

MIRIAM PRADOS



BIENVENIDA A CASA



BIENVENIDA
A CASA

MIRIAM PRADOS

BIENVENIDA A CASA



© 2024, Miriam Prados Vidal

Diseño de portada: Luisa Galtsyan

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A Chati, porque donde tú estés siempre estará mi hogar.

*Hay una niña perdida,
que no sabe dónde ir
me pregunta si hay salida,
pero no sé qué decirle.
Que si se la lleva el viento,
pero de eso ya hace tiempo
la conozco bien y siento
que muchas veces no la entiendo.*

Niña de ojos tristes – Belén Aguilera

Prólogo



¿Por el principio?

Si os digo la verdad, no sé por dónde empezar. Supongo que es lo que nos pasa a todos cuando contamos nuestra historia, pero al final creo que siempre escogemos uno de esos momentos que marcan quienes somos ahora y el mío... el mío fue aquella tarde con mi abuela.

Aunque ahora parezca mentira, de niña era muy introvertida, no me gustaba relacionarme con los niños y mis padres se empeñaban en apuntarme a cualquier extraescolar a la que nunca quería ir, hasta que un día, llorando de camino a una de ellas, mi abuela decidió dar la vuelta y volver a su casa. No me dijo nada, simplemente, cuando llegamos me llevó a la cocina y puso un taburete a su lado para que subiera. Lo hice, y allí de pie vi cómo sacaba varias cosas de los armarios y las disponía sobre la encimera.

—Mañana es mi cumpleaños, vamos a hacer una tarta.

—¿Y cuántos años cumples, abuela?

—Eso no se pregunta, cielo.

—Pues a mí siempre me lo preguntan, hasta mamá y papá.

—Cumpló sesenta y cinco —me dijo al oído y sonreí—. ¿De qué hacemos la tarta?

—De galletas.

Aquella tarde, en aquella cocina mientras mojaba unas galletas en leche y las iba poniendo en un molde, sentí que encontré un lugar donde encajaba, donde me sentía segura. Mi lugar.

Al mismo tiempo que yo crecía y mi abuela envejecía, ya no solo nos juntábamos en la cocina para hacer nuestras tartas de cumpleaños, sino que también me enseñó a hacer el roscón del día de Reyes o los pestiños que tan típicos eran en Semana Santa.

La cocina y sus manos me ayudaron a entender que todo eso que nos hace sentir nosotros mismos debería quedarse siempre en nuestra vida; que deberíamos luchar por hacer lo que siempre quisimos, pero cuando las responsabilidades llaman a la puerta, las ilusiones y los sueños son sustituidos por esas ideas más terrenales que nos inculcan hasta el punto de hacernos creer que es lo correcto. El problema de reprimir parte de lo que somos es que con el tiempo vuelve a llamar porque quiere abrirse paso, y fue exactamente lo que me pasó a mí.

Estudié *Marketing* porque mis padres insistieron en que tenía que ir a la universidad, les hice caso, no me rebelé porque en el fondo también quería salir de casa, y estudiar iba a ser un puente para ello. Después del máster, trabajé durante cuatro años en una empresa como *community manager*, hasta que hace unos meses me cansé y acabaron echándome por mi actitud. No os creáis que me subí en una mesa y empecé a tirar carpetas a diestro y siniestro, lo había soñado varias veces, lo confieso, aunque solo me bastó con hacerme la despistada durante una semana con el jefe nuevo. El día que me despidieron fui corriendo a casa de mi abuela, y en cuanto abrió la puerta y se percató de mi sonrisa, sabía lo que había hecho.

—¿Los has mandado a freír espárragos por fin?

—¿Dudabas de mí?

—¡Esa es mi niña! —Me apremió para que entrase y cerró detrás de mí—. Ven, ven, que voy a darte una cosa.

La esperé sentada en el sofá de la pequeña salita, salió con un cuaderno entre sus manos y cuando llegó a mí me lo tendió.

—¿Qué es esto? —pregunté extrañada.

—Ábrelo.

Era un recetario escrito a mano, y no solo con la suya, sino con la de su madre y su abuela. Las hojas añosas tenían un color amarillento, se sentían frágiles después del paso del tiempo, hasta pude notar por sus distintas tonalidades dónde comenzó a escribir cada una de ellas.

—¿Y esto?

—Pues que no ves, Candelita, es un recetario.

—Eso ya lo sé, abu, y es precioso. —Se lo tendí de vuelta después de ojearlo y negé enérgica con la cabeza.

—Quiero que te lo quedes, que te acompañe y, sobre todo, que lo sigas escribiendo.

—Es tuyo —pronuncié con la voz trémula.

—Ya es hora de que pase de manos. Ahora es tu momento, sabes que lo único que te queda es hacerle caso a eso que lleva esperándote mucho tiempo. —Hizo un aspaviento con la mano, indicando que el tiempo que pasó era demasiado, y fruncí los labios.

—Puede que sí, que este sea el momento, pero yo no me quiero alejar de aquí. Estás tú, están mis amigos...

—Mira la Alejandra, oye, se fue a Madrid y va a triunfar en *Howilud*.

—Dirás en Hollywood. —Me reí y me palmeó la mano—. Ella es actriz de musical, no de películas.

—No te rías de esta vieja. Aunque a algunos nos dejes aquí, tu amiga está allí, así os hacéis compañía. Además, que ahora existen los teléfonos. El otro día tu tío me enseñó a hacer una llamada de esas que se ve mi cara y todo.

—Una videollamada.

—Pues eso, niña, que no hay excusa. Los viajes tampoco duran días, ahora con el tren llegas en un periquete.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo, tú hazle caso a tu abuela.

—¿Y mis padres?

—A freír espárragos también. —Nos echamos a reír y agitó la cabeza—. Ya no eres esa niña de siete años que un día traje de vuelta a casa, esa tarde yo tomé la decisión por ti, pero ahora... ahora puedes hacerlo tú sola.

La abracé, sentí el olor a laca de su pelo, el de esa colonia de jazmín que desprendía su ropa y le devolví bajito aquel «te quiero» que ella pronunció mientras me tenía entre sus brazos. A veces necesitamos a una persona que nos empuje hacia nuestra dirección, alguien que nunca nos haya soltado la mano, que sepa cómo estamos con tan solo mirarnos y yo... yo hice las maletas, dejé atrás los reproches de quienes no me apoyaban, abracé a quienes sí lo hacían y me fui a Madrid gracias a ella.

Capítulo 1



¿Destino o casualidad?

Ocho meses después

Llegué cinco minutos tarde al instituto y aún tenía que cambiarme. Saludé en la recepción y entré en los vestuarios a ponerme el uniforme. Si había algo que odiaba de esas chaquetillas eran los innumerables botones que tenían para abrochar. Guardé todas las cosas en mi taquilla, cogí mis apuntes y salí del vestuario apresuradamente para entrar en clase. Me van a matar, me van a matar. El último trimestre y me voy a coronar. Ay, como me penalicen.

Miré por esa especie de ventana que tenía la puerta y vi que Beltrán, nuestro profesor, no había llegado todavía. Bendita mi suerte. Entré justo cuando escuché unas voces en el pasillo y mis compañeros me miraron con una sonrisa entre sus labios que corroboraba esa alineación de los astros.

—Si hubiese sido yo la que llegaba tarde, me habrían pillado fijo —susurró Rebeca mientras me sentaba.

—Todas las guapas tienen suerte —aseguró Tomás.

—¿Qué estás reinventando el refranero?

—¿Y a mí me has llamado fea? —replicó mi amiga.

Rebeca y Tomás, más que mis compañeros, eran mis amigos. Nos conocimos durante la primera semana en el instituto de una forma un tanto peculiar, y es que en la primera clase práctica que tuvimos, Tomás se tropezó y el merengue que llevaba salió por los aires cayendo sobre nosotras. Cierto es que Rebeca se llevó la peor parte. Recuerdo cuando nos miramos los tres con merengue hasta en la punta de la nariz y luego nos echamos a reír. Desde entonces cada clase que compartíamos, cada práctica, las noches que estuvimos en vela preparando los exámenes —y las que no, todo hay que decirlo— nos unieron aún más. Tanto que creo que no podría pensar en vivir esta experiencia sin ellos a mi lado.

Unos minutos después nuestro profesor entró en clase, se colocó frente a nosotros y nos saludó ajustándose las gafas sobre el puente de su nariz.

—Buenos días a todos. Espero que hayáis descansado porque os tengo preparada una sorpresa —dijo con una sonrisa. Le faltó frotarse las manos—. Hoy nos visita un compañero y buen amigo mío. Dirige un restaurante de una estrella Michelin.

—Cágate, lorito, el postre de hoy —soltó Rebeca en voz baja.

—Dios, con lo cansada que estoy.

—¿Qué hiciste ayer, pillina?

—Algo tan interesante como atemperar chocolate hasta las dos de la mañana.

—Bien, os presento a Álvaro Santana, chef ejecutivo del restaurante Aire.

Devolvimos nuestra atención a lo que estaba ocurriendo delante de la clase. Entró al aula un

chico alto, de cuerpo fibroso y justo cuando se colocó al lado de Beltrán reparé en su pelo oscuro alborotado y en esos ojos azules. Ya decía yo que tanta suerte no podía ser buena, en algún momento del día tenía que terminar.

Todo el mundo comenzó a murmurar, había comentarios de admiración, Álvaro Santana era conocido por su trabajo y la experiencia gastronómica que englobaba el restaurante, aunque también escuché otras cosas que nada tenían que ver con la cocina.

—Qué manera de alegrarnos el día —dijeron las chicas de delante.

—Madredelamorhermoso. —Me acurruqué en la silla tratando de hacerme algo más pequeña y pasar desapercibida.

La clase avanzaba con esas explicaciones a las que intentábamos prestar atención. El chocolate me perseguía, había tenido hasta pesadillas con él, y ahora otra vez. Una esfera de chocolate blanco con, creo que escuché que dijo, cerca de unos ochenta pasos. ¿Pero qué había fumado para inventarse aquel postre? ¿Opio?

—Vamos a salir de aquí a las nueve de la noche. Sois conscientes, ¿verdad? —lamentó Rebeca.

—¿A las nueve? Qué optimista —seguí.

—¿De qué vais a querer hoy el bocadillo? Para ir a la cafetería en el descanso y pedirselo a Carmen.

—De pavo.

—Con aceite y tomate. —Mis tripas rugieron en recuerdo a ese desayuno que hice mal por falta de tiempo—. Ah, y dile que le ponga el jamoncito del otro día. Qué rico.

—Ya no me he enterado de lo que ha dicho —se quejó Rebeca.

—Ni yo —confesamos Tomás y yo.

—Pregúntale, que tú eres una de las favoritas del profe —pidió él.

—Ni hablar.

—Si lo haces te invito al bocadillo.

—No tengo cinco años, chantajista.

—¿Pasa algo por la fila de atrás? —preguntó el chef y nuestro profesor nos reprochó con la mirada.

—Estábamos comentando una duda que teníamos.

—Compartidla, quizá alguien más se pregunte lo mismo.

Me incorporé y me topé con el azul de sus ojos. La sonrisa de su rostro se borró de un plumazo y creo que la expresión de su cara no distó mucho de la mía cuando lo vi. Ya no había vuelta atrás.

—¿Ha dejado un tercio del chocolate dentro del bol?

—Sí, de esa manera podéis atemperarlo más rápido. Ya solo queda mover e ir comprobando la temperatura, en este caso, al ser chocolate blanco, para atemperar tiene que alcanzar unos veintiocho grados. Si no dejáis un tercio del chocolate dentro del bol...

—Tenemos que volver a calentar levemente después —terminé.

—Exacto.

—Gracias.

—A ti por la pregunta. —Apartó su mirada y retomó la explicación.

—Nos has salvado la esfera —susurró Tomás.

—Calla ya, cotorro.

Una *mousse* y *coulis* de frambuesa, bizcocho de sifón de pistacho, un *crumble*, la esfera... ¿Podía una clase convertirse en una tortura? Ya os lo digo yo, podía.

Pasaron dos horas cuando sonó el timbre, no obstante, aquello no había hecho más que empezar, ya sabéis: *the show must go on*, y después de la clase teórica, venía la práctica.

Recogimos, fuimos a la cafetería y nos sentamos fuera con esos bocadillos que Carmen nos preparó con cariño. Yo creo que era gracias a Tomás que siempre le lanzaba piropos y ella le contestaba con un «qué zalamero eres» que nos hacía reír.

—Te adora, eh —le dije y rio.

—Vosotras sois unas siesas y yo soy la mar de salado.

—Y de pesado —añadió Rebeca y le choqué los cinco—. Oye, el chef no para de mirar hacia aquí.

—Solo está tomando un café, bueno, y el aire. Ese postre debió de volarle los sesos hasta a él. —Quité importancia.

—No, no. Te está mirando a ti —aseguró.

—No digas tonterías y come, que no nos da tiempo.

—Que viene, que viene —avisó.

—Candela. —Escuché detrás de mí y me atraganté con el pan. Comencé a toser, Tomás me tendió el botellín de agua con una mano mientras que con la otra palmeaba mi espalda. Me levanté recuperando el aire y bebí un sorbo de agua—. ¿Estás bien?

—Bien, bien.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora? —Miré a mis amigos intentando que me echasen una mano y me alentaron a que fuera.

—Si puedes, claro.

—No, no puedo. Tengo que ir a clase.

—Aún nos quedan cinco minutos —comprobó Tomás y apreté los puños para no matarlo. Autocontrol se llama.

—¿Podemos hablar después?

—Claro, come tranquila. —Señaló mi asiento y volví a sentarme—. Hasta luego.

—Chao —contestó Rebeca por mí—. ¿Qué ha sido eso? ¿Por qué no nos habías contado que lo conocías?

—Lo conozco de vista —mentí—. Es amigo de un amigo de Alejandra y me tiró una copa en un bar.

—Y...

—Y nada más.

—Mientes fatal —protestó—. Cuando mientes pones morritos así. —Imitó mi gesto.

—No la atosigues, mujer. Ya nos lo contará cuando ella quiera.

Lo dejaron estar y respiré aliviada. Por ahora.

Hay quienes dicen que creen en el destino, otros, en las casualidades. Yo pienso que ambas van de la mano, que si el destino quiere que algo ocurra, siempre habrá una casualidad donde lo haga.

Terminamos aquel almuerzo accidentado y de camino a clase cogí mi móvil y abrí WhatsApp. Si alguien me podía salvar de aquello tenía que ser él.

Cande:

Hugo, ¿has llegado ya?

Hugo:

Justo acabo de dejar la maleta en el apartamento de Alejandra. ¿Pasa algo?

Cande:

¿Puedes venir a recogerme al instituto sobre las diez? Si lo haces te invito a cenar.

Hugo:

Hecho.

Cande:

Eres mi salvador. Graciasss.

Sí, ya sé, mi plan era huir. Llamadme cobarde, pero no estaba preparada para enfrentarme a esa conversación con él, yo pensé que nunca más nos volveríamos a ver.

Entramos en la cocina y nos pusimos los gorros dispuestos a replicar aquel postre. Cogí los apuntes dejándolos a mi lado y preparé la *mise en place* con todos los ingredientes.

—Voy a necesitar dos cocinas para poner todo esto.

—Sobre todo tú que eres Mari la Cochina cuando cocinas —le dije a Tomás y Rebeca rio.

—Yo seré Mari la Cochina, pero tú eres la Niña Repelente.

—Uy, lo que ha dicho.

—A ver, concentración —terció Rebeca.

El resto de mis compañeros ya habían puesto en marcha sus robots de cocina y nos centramos en aquella receta que teníamos sobre la encimera de aluminio. Hice primero la *mousse* de frambuesa y la metí en el abatidor, seguí con el *crumble* y mientras este se horneaba me puse con el *coulis*.

—Huele a quemado por aquí —advirtió nuestro profesor y fui corriendo al horno. No era el mío, sino el de uno de mis compañeros. Lo saqué corriendo y lo llevé al sitio de Ángel.

—Gracias, Cande. No tenía tiempo de repetirlo.

—¿Qué está pasando? —Beltrán se acercó junto al chef y vio la bandeja en la mesa—. ¿No era tuyo el *crumble*? —me preguntó.

—No, yo solo quería...

—Me parece bien que os ayudéis entre vosotros, pero sabes que en ese momento no debías. Cada uno tiene que estar atento a sus elaboraciones y, en caso de que se queme o salga mal, hay que repetir el proceso.

—Lo siento.

Santana me pisó levemente el pie y señaló el horno con la mirada.

—Tengo que ir a por el mío.

—Ve, ya has perdido tiempo.

Me relajo, me relajo. Respiré hondo, cogí el puñetero *crumble* del horno y volví a mi sitio. Seguí con el bizcocho, el colorante verde me llegó hasta una de las mejillas. Nunca aprenderé a no tocarme la cara después de manipular los colores, la semana pasada me tocó ser un Pitufo.

Le llegó el turno al temido chocolate, Rebeca le dio prioridad a la esfera y Tomás ya había atemperado cuando yo comencé. Me puse nerviosa, sabía que era la parte más importante, y aunque no era difícil, llevaba bastante tiempo. Puse las gotas de chocolate blanco a fundir al baño maría mientras controlaba con un termómetro la temperatura. Cuando alcanzó unos treinta y nueve grados lo vertí sobre una placa de mármol y lo manipulé con la espátula. Diría que

resultaba un tanto relajante si no fuera porque el tiempo pasaba y la temperatura no bajaba. El profesor dando vueltas a nuestro alrededor diciendo el tiempo que nos quedaba para acabar con aquel postre tampoco ayudaba a calmar esos nervios. Santana se acercó y se colocó al lado de Tomás que le preguntó algo, y después de resolver su duda, disimuladamente, se acercó a mí.

—Has fundido toda la bolsa de chocolate, por eso estás tardando tanto en atemperar.

—No me va a dar tiempo.

—Vierte en un bol la mitad y vuelve a comenzar. No hagas después las dos semiesferas muy finas por miedo a que no tengas chocolate, te saldrá de sobra.

—Gracias.

—Corre. —Me sonrió y le devolví la sonrisa.

¿Habéis escuchado alguna vez eso de que no todo el mundo paga con la misma moneda? Pues eso mismo hice yo. El chico me pidió que hablásemos, me ayudó con la elaboración y yo iba a huir como un conejo asustado porque no sabía a qué atenerme. Además, prefería que aquello se quedase en un encuentro más y no derivase en una de esas conversaciones que nos volviesen a acercar. Las palabras pueden ser peligrosas, especialmente cuando son directas y se atreven a salir de nuestra boca sin miedo a significar algo más.

Capítulo 2



Preparados..., listos..., ¡ya!

Huimos por temor a nosotros mismos. Esa es una verdad como un templo de grande, tanto que diría que hasta el Taj Mahal se queda pequeño. Huimos porque haciéndolo volvemos a casa, a esa torre de marfil inaccesible que hemos construido desde que el primer miedo asaltó nuestra vida y en la que vivimos engañados porque es, diría, el único lugar donde nos sentimos bien, donde, aparentemente, no hay peligro. Pero ¿qué pasa si no nos damos cuenta de que el peligro convive dentro?, ¿de que somos nosotros mismos? Pues que seguimos poniendo ladrillos en esa torre hasta hacerla más alta, más grande, sin advertir que, realmente, no solo estamos reforzando la torre, sino también nuestros miedos.

—Candela, es tu turno.

Tomás me miraba enseñándome los pulgares en un gesto que indicaba que iría bien. Nuestro profesor se colocó a mi izquierda, Santana a mi derecha, y este último me pidió que tirase aquella esfera de chocolate blanco sobre una tabla. La dejé caer desde arriba y el chocolate se rompió dejando paso a un estallido de colores sobre el blanco de la superficie. El *coulis* se extendió junto a los demás elementos como si de un cuadro de Pollock se tratase. Me dolió un poquito — bastante— romper aquella esfera que tanto me había costado hacer, pero era parte del espectáculo, de esa especie de magia que el comensal esperaba que ocurriese en sala.

—Aparentemente está todo —observó mi profesor mientras contaba con su cuchara las elaboraciones, trató de coger parte de cada una y se introdujo la cuchara en la boca.

Silencio, silencio sepulcral. Volvió a coger un poco más y esa vez también lo hizo el chef, pasó su lengua por el labio inferior y se lo mordió levemente después de saborear. Algún día me daría algo de los nervios.

—¿Qué le has puesto al *crumble*? —me preguntó.

—Arándanos deshidratados y nueces pecanas.

—Le va de maravilla, puede que te copie la idea.

—Claro —asentí sonriendo.

—Está todo muy equilibrado, en boca me recuerda al postre del chef —intervino mi profesor—. Es cierto que le faltan algunos detalles: el borde de la esfera debería quedar limpio, el rojo de los bastones es muy sutil, le habría hecho falta más frambuesa, y el color del bizcocho está demasiado subido.

—Lo sé, esta semana me toca ser la rana Gustavo.

El profesor sonrió y agitó la cabeza.

—Tienes que centrarte solo en tu trabajo, Candela. Si hubieses contado con el tiempo que perdiste, habría salido mejor de lo que ya está.

—Cierto. Lo siento.

Me guiñó un ojo y dio unos cuantos pasos hasta colocarse al lado de mi compañera.

—Bicarbonato y vinagre para tus manos, ranita —me aconsejó Santana antes de seguir con la ronda y aguanté la risa. ¿La rana Gustavo? ¿De verdad? No se me pudo ocurrir algo mejor.

Fui al lado de Tomás y Rebeca mientras veíamos y escuchábamos lo que les decían a nuestros compañeros. Probé el postre de ambos, mi amiga fue la que más se acercó de los tres y no me extrañaba, era capaz de hacer acopio de toda la serenidad que nos faltaba a nosotros, de enfocarse en su presa y no estar satisfecha hasta conseguir, en este caso, el resultado que esperaba.

—Dios, qué buena está la pasta de pistacho, Rebeca.

Tomás también probó y puso los ojos en blanco.

—Candela, definitivamente somos los dispersos.

—Yo no soy dispersa, solo soy buena compañera —apunté—. Espero que a Ángel le vaya bien, porque si no habrá sido en vano.

—Se van a poner como el Quico como sigan comiendo —señaló—. Mira la miseria que han dejado en tu plato, Rebeca.

—Si eres tú que no paras de darle a la cuchara. Termínatelo ya.

—¿Tú has visto la hora que es? Tengo hambre, me comería un ñu. ¿Habrán dejado los de cocina una tapita por ahí?

—Seguro que somos los últimos —dijo mi amiga mirando el reloj—. ¿Vas a quedarte a hablar con el chef? —Quiso saber y negué con la cabeza.

—Voy a ir a los vestuarios, me voy a cambiar y voy a esperar a que todo el mundo salga. Vosotros os vais, si no me ve a vuestro lado se creará que me he ido.

—Qué mala persona. El chico te ha dado consejos y tú se lo agradeces así.

—No me hagas sentir mal, Rebeca.

—Mimimimi, pues si quieres que te ayudemos nos tienes que contar qué fue lo que pasó.

—Y vuelve la burra al trigo. —Me miró con los brazos cruzados sobre el pecho y chasqué la lengua—. Está bien, pero hoy no.

Mi plan iba sobre ruedas. Eran las diez y cuarto cuando los vestuarios quedaron vacíos y, a decir verdad, tampoco se escuchaba nada fuera. Siempre éramos los últimos en salir. Cuando era lunes o incluso miércoles, no pasaba nada, pero los viernes... debería estar prohibido salir de clase un viernes a las diez.

Salí del vestuario, las luces ya estaban apagadas, saqué el teléfono de mi mochila y encendí la linterna hasta que llegué a la puerta. Empujé y... cerrada. Cerrada. Busqué en la lista de contactos y llamé a Hugo.

—¿Dónde estás? Ha salido todo el mundo y no te he visto.

—Me he quedado encerrada.

—¿De verdad? —preguntó aguantándose la risa.

—Ni se te ocurra reírte, maldito.

—Voy a ver si hay alguien, quizá encuentro al de seguridad. Espera, hay alguien con chaquetilla, voy a preguntar. —Escuché una conversación a lo lejos y volvió a hablar—. ¿En qué parte estás?

—En la entrada.

—Vamos a buscar al de seguridad y volvemos. Juega al *Candy Crush* mientras tanto.

—Ja, ja. Qué gracioso.

Pues quizá no era una mala idea.

Diez minutos después vi que tres sombras se acercaban a la puerta de cristal, el guardia

alumbró con la linterna deslumbrándome y a medida que se acercaban pude ver a mi amigo y a Santana. El plan de huida perfecto, tanto que lo tenía delante de mis narices. Cuando abrió, Hugo finalmente rio y yo le di un codazo. Le di las gracias al guardia y me froté la sien tratando de pensar lo que iba a decir, pero él se adelantó.

—Si no querías hablar solo tenías que decirlo.

—No es eso, solo que...

—Solo que tiende a huir cuando cree que hay un peligro —terminó Hugo y le tendió la mano—. Soy Hugo, su amigo, casi su hermano.

Santana apretó su mano y le sonrió amable.

—Álvaro en lo profesional, Santana fuera de la cocina.

—¿Él es... el que...sí ese qué? —me iba preguntando mientras yo asentía—. Encantado. Gracias por ayudarme a buscar al guardia. La próxima vez urde bien los planes, Candelaria —me reprobo y le pellizqué el brazo.

—Vámonos, solo quiero llegar a mi casa y chutarme valeriana.

—De eso nada, me prometiste que íbamos a cenar. ¿Quieres venir con nosotros, Santana?

—No, gracias. Tengo cosas que hacer.

—Nos vemos entonces —se despidió Hugo y se marchó hacia el coche dejándome a solas con él.

—Solo quiero hacerte una pregunta... ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Ocho meses.

—Ocho meses... entiendo. Buenas noches, Candela.

—Buenas noches.

Lo vi alejarse y me dirigí hacia el coche de Hugo. Si queréis que os haga un tutorial de cómo quedar de culo con el plus de cómo decepcionar, solo tenéis que decírmelo, tengo una estrella Michelin en cagarla soberanamente.

—Mal, fatal —siguió Hugo cuando me monté en el coche.

—Ya lo sé. ¡Ya lo sé!

—No te costaba nada decirle que no querías hablar, pero tú siempre te escondes.

—No necesito que me regañes como si fuera una niña.

—Solo quiero que te des cuenta de que por ahí no es, Candela. Que en la dirección que te dice esta que tienes aquí arriba —dijo señalando mi cabeza—, no es la manera de quitarte esas inseguridades.

—¿Por qué se tenía que llamar Álvaro? Dime, ¿por qué?

—A mí no me parece mal. Es la manera que tiene la vida de ponerte delante algo que no has superado y que tú te empeñas en esquivar.

Álvaro... hace tiempo tuve una relación con un chico que se llamaba así. Siete años, siete años estuve viviendo con alguien con el que sentía que nunca era suficiente, con el que todas esas exigencias que yo ya tenía conmigo misma por haber crecido en una familia donde siempre busqué que reconociesen lo que hacía, lo que conseguía, se acrecentaron. Me engañó con una chica que conoció una noche y que quedó en eso, en una noche. Cuando me lo contó hice las maletas, no lo pensé dos veces, y me fui. En aquel momento me dije que tenía una herida que curar, y no era solo la que él me hizo, sino las que yo fui coleccionando a lo largo del tiempo. Sin embargo, eran más profundas de lo que yo creía, porque os sorprendería saber todas esas cosas que van haciendo mella en nosotros desde que somos pequeños...

Después de la historia de Álvaro uno, alias el Sepultado —no porque estuviera bajo tierra,

sino porque en mi vida ya estaba enterrado—, estaba Álvaro dos, alias Santana. A él lo conocí por un amigo de mi mejor amiga Alejandra y después coincidimos una noche en la que, sin querer, me tiró una copa encima. A esa copa le siguió un *follow* en Instagram, un privado, dos... bueno, varios; un «quiero conocerte», un «me gustaría verte». Yo... de verdad... también quería. Tenía la intención de abrirme a alguien, de esperar que me entendiese, pero a medida que avanzábamos me sacudieron todos esos fantasmas en forma de recuerdos. No quería volver a exigirme que tenía que ser la mujer perfecta y hacer lo correcto, lo que se esperaba de mí. No, ya no. Así que lo dejé pasar convenciéndome de que no era el momento para que alguien nuevo entrase en mi vida. Lo dejé pasar como tantas cosas buenas que podían haberme ocurrido alguna vez. Además, no me digáis que no es fastidioso que tuviera el mismo nombre que el de una persona que aborrecía. ¿Os ha pasado eso alguna vez? Quizá sea la única desgraciada.

—Tierra llamando a Candela. —Hugo palmeó mi rodilla y me sobresalté.

—Estaba pensando.

—Pensar solo lo complica todo, si fueras como tú eres, como todos te vemos...

—¿Qué?

—Que sería la hostia, enana, sería la hostia que te vieras así.

Capítulo 3



Hogar, dulce hogar

Dejar Málaga y volar hacia Madrid fue todo un reto. No volar de forma literal, ni siquiera en avión, sino dejar el que siempre había sido mi hogar, fue algo que me costó hacer. Ya sabéis, todos estamos llenos de miedos cuando se nos presenta alguna oportunidad o cuando decidimos apostar por algo que no sabemos cómo saldrá. Yo no iba a ser menos, y cuando llegué aquí estaba cagada. Mi única suerte era tener en la ciudad a mi mejor amiga que, aunque estuvo bastante ocupada con los ensayos del musical en el que la habían contratado, estuvo conmigo y me ayudó a buscar piso mientras me quedaba con ella en el suyo. Por suerte no tardé en encontrarlo.

Hugo condujo hacia mi casa y aparcó con facilidad. Él decía que había que pensar que iba a encontrar un sitio a la primera, invocarlo, esa vez le funcionó. Caminamos hacia el portal y subimos las escaleras hasta el tercer piso. La puerta de mi casa era... particular. Aquella madera gruesa estaba pintada de verde, no de un verde botella discreto, no, de un verde pistacho, y qué queréis que os diga, a mí me encantaba pese a que a todo el que venía a mi casa le horrorizaba. Era muy práctica. Que llegaba el señor de Amazon, le decía que el piso era el de la puerta verde pistacho, el repartidor de *Just eat*, la puerta verde pistacho, hasta a Higinia, mi vecina, que era mayor y no veía muy allá, el verde pistacho le ayudaba a diferenciar mi puerta de la de nuestro vecino en aquel descansillo. Puede que no fuese la más bonita del mundo, pero el color, junto a esos arañazos y desconchones que tenía por los que se intuía el color del que una vez fue, la dotaban de una cierta personalidad.

—Creo que nunca dejaré de sorprenderme con esta puerta.

—Es especial —dije convencida mientras metía la llave en la cerradura.

—Es fea de cojones.

—Es práctica, muy práctica.

—Pues como todas las puertas.

—Bah, con lo profundo que eres a veces, deberías ver más allá de ella.

Y es que para mí, la puerta era la antesala de lo que se encontraba tras ella.

Encendí la luz y cerré después de que mi amigo pasase. Dejé la mochila que llevaba con el uniforme en la pequeña barra de la cocina y me serví un vaso de agua.

—¿Quieres algo de beber? ¿Hugo?

Hugo se quedó de pie delante de aquel escaparate. Madrid quedaba a los pies de aquellos tres enormes ventanales por los que se filtraba el brillo de una ciudad que apenas dormía. Mi casa, si bien no era la más funcional del mundo ni la más grande, tenía una magia especial que te envolvía.

—Hugo. —Le volví a llamar.

—Perdona, me he quedado embobado.

—Bonito, ¿eh?

—Mucho.

—Es una ratonera, pero es mi ratonera.

No podía llamar de otra manera a un piso de treinta y cinco metros cuadrados donde la única estancia que tenía una puerta —gracias al cielo— era el baño. En aquel cubículo cabía una cocina que, menos mal que tenía horno y vitrocerámica, separada del «salón» por una pequeña barra y del «dormitorio» por un biombo blanco. Hice lo que pude, encontrar un piso con habitaciones separadas, bien separadas, en algún distrito más o menos céntrico de Madrid, sin vender un riñón, era algo casi imposible.

Me duché rápidamente y me puse cómoda para salir. Un vaquero, camisa fluida y manoletnas. Sin complicarme la vida. Avisé a Hugo de que estaba lista y salimos de allí. Decidimos volver a coger el coche e ir a algún bar de Malasaña, así cuando Alejandra saliera del trabajo no estaríamos lejos.

Después de lo que se me antojó una eternidad, entramos a un barecito y nos quedamos en la barra sentados en taburetes. Pedimos unas cañas y algún plato para compartir que llegó pronto.

—Estas croquetas de pulpo son de otro mundo.

—¿Qué tal va la búsqueda de piso? —abordé el tema.

—Pues... he encontrado algo, pero no sé...

—¿Qué es exactamente lo que no sabes? ¿Si te gusta el piso o lo que va a decir mi amiga?

—Más bien lo segundo. Quizá no quiera vivir conmigo, Candela. Solo llevamos diez meses juntos.

—¿Y lo de antes no cuenta?

Se encogió de hombros y dio un sorbo a su caña.

—No sabe que he encontrado trabajo en un hospital de aquí, imagínate ya lo de vivir juntos.

—A ver, si le dices que has encontrado trabajo aquí no creo que sea muy tonta, ya sabrá cuáles son tus intenciones.

—Lo estoy haciendo todo a sus espaldas.

—¡Sorpresa! —Di una palmada y se sobresaltó—. Espabila, hombre. ¿Qué vas a perder? Si no quiere irse a vivir contigo, te vendrás tú aquí igualmente y, con el tiempo, de quedaros uno en la casa del otro, os daréis cuenta de que es una tontería estar pagando dos alquileres y os iréis juntos. Fin del problema.

—Qué fácil, ¿no? —preguntó con cierta ironía—. Parece que se te olvida que es de Alejandra de la que estamos hablando. De la cabezona de tu amiga.

—Bebe, verás que con unas cuantas cañas lo ves todo más claro, si no, yo te ayudo. Para eso estamos.

—Ah, no. Déjame a mí.

—¿Te doy miedo? —Arqueé la ceja y se rio.

—Me da miedo tu *modus operandi*. Mira cómo acabaste hoy, encerrada en el instituto.

—Eso ha sido un lapsus, normalmente mis planes no suelen fallar.

—Bueno, quizá podamos probar suerte los dos. —Accedió y yo esboqué una sonrisa triunfante.

Hugo y Alejandra eran mis mejores amigos. Estuvieron juntos durante varios años y tuvieron que separarse porque la vida, a veces, es una hija de su madre digan lo que digan y nos pone a prueba de formas que nunca llegamos a imaginar. Aunque como también dicen, Dios aprieta, pero no ahoga, así que años después, en uno de esos momentos en los que Dios dejó de

apretar, volvieron a encontrarse. Bueno, bueno, ¡Hugo estaba hasta comprometido! Un culebrón... digno de guion de telenovela de las que ve mi abuela, pero ambos fueron atando cabos hasta que en uno de ellos se volvieron a recordar, y después de algunos meses y muchos miedos, decidieron intentarlo. Vaya, llevaban una relación a distancia porque Hugo seguía viviendo en Málaga y Alejandra vino aquí persiguiendo su sueño, por eso, diez meses después, él pensó que era hora de dar un paso más y... ojalá que aquello saliese bien.

Seguimos bebiendo alguna caña más, cuando él y yo nos juntábamos nunca llevábamos la cuenta y, mientras comíamos, el camarero las iba poniendo delante de nosotros. La risa tonta comenzó a aflorar siendo más que evidente ese estado de embriaguez en el que nos estábamos adentrando.

—Te tendrías que haber visto detrás de la puerta de cristal con los puños pegados suplicando que te sacásemos de allí. —Se rio y yo bufé—. Socorro, socorro. —Me imitó.

—Yo no he dicho socorro en ningún momento. —Cogí el montadito y le di un mordisco—. Bueno, puede que sí. Tenía miedo, se escuchaban cosas.

—Pues el chico estaba preocupado. Es cierto que es una putada que se llame como tu ex.

—¡Ves cómo sí! Un tío que tenga ese nombre no puede ser bueno. —Hice una cruz con mis dedos índices y Hugo me pellizcó el moflete.

—No puedes echarle la cruz a todos los Álvaros del planeta.

—Sí que puedo —repliqué.

—No, no puedes. Además, ¿no le dicen Santana? Ya tienes un problema menos en tu lista.

—¿Qué Santana? —preguntó una voz femenina detrás de nosotros. La sonrisa de Hugo se ensanchó y se fundieron en un abrazo que acabó con un beso.

—Me toca, me toca. —Alejandra me apretó entre sus brazos y me zarandeó provocando mi risa.

—Ya está, suficiente amor. —Mi amiga acercó otro taburete y se sentó en medio de nosotros—. ¿De qué Santana hablabais?

—De ninguno —contestamos a la vez.

—Malditos mentirosos. Tú tienes algo que decirme —señaló a Hugo—, y tú algo que contarme. —Sostuvo con mirada acusadora.

—No he hecho nada malo. Solo han sucedido una serie de catastróficas desdichas.

Hugo aguantó la risa y bebió de su vaso.

—Tengo toda la noche.

—No, mujer. Que ya mismo es hora de ese polvo de reencuentro.

—Candelaria.

—No ha pasado nada —aseguró Hugo.

—¿Y por qué a él sí le cuentas las cosas y a mí no? —Cruzó los brazos delante de su pecho e hizo un mohín.

—Porque la he tenido que rescatar.

—No alardees que ha sido el guardia quien me sacó de ahí —le recordé.

—¿De dónde?

—Del instituto. Me quedé encerrada en el instituto.

—¿Tú no tienes reloj? ¿Y Tomás y Rebeca?

—Se fueron antes, yo se lo pedí, verás... —Me preparé para contar el relato—. Era un día soleado, llegaba tarde a clase, pensaba que me iban a penalizar, pero la vida me sonrió un poco y el profesor no había entrado todavía.

—¿Me vas a contar también cada una de las elaboraciones del postre que has hecho?

—Complicado de cojones —comentó Hugo, a quien se lo había contado antes—. De estrella Michelin. —Dejó caer.

—Cuando entró nos dijo que tenía una sorpresa, como si fuera un huevo Kinder, y de seguido presentó a Santana. —Alejandra dibujó en su rostro una expresión de sorpresa—. Sí, sí. El mismo al que ignoré hace meses. Puedes abrir la boca tanto como quieras.

—Hostia...

—Y quería hablar conmigo. —Mi amiga agitó su mano y me miró apurada—. ¿Qué iba yo a hablar con él? ¿Le pregunto que cómo le va la vida?

—Hubiera sido un detalle —apuntó Hugo con sorna.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Esperar a que todos salieran.

—Y cerraron —terminó Alejandra.

—Exacto, con la maldita casualidad de que estaba fuera y Hugo le vio y le preguntó si sabía dónde estaba el guardia.

—¿Qué hizo cuando vio que eras tú la que estaba encerrada?

—Llorar. ¡Pues qué va a hacer! Se le notaba que estaba cabreado, mi maniobra de evasión fue un fracaso y él se dio cuenta de cuáles habían sido mis intenciones. Solo me preguntó antes de irse que cuánto tiempo llevaba viviendo en Madrid. Después «bye, bye, mi piccolissima dama» —conté reproduciendo aquella frase de una canción de David Civera. A veces me sentía un poco vieja.

—Tienes que buscarlo y hablar con él —afirmó seria—. No seas una niña ni dejes que esos miedos que pululan por tu vida decidan por ti. Ya está comprobado que de ahí no sale nada bueno, a los hechos me remito.

—Yo también iría, además, sabes dónde encontrarlo. —Secundó Hugo.

—Ahora dirige el restaurante, debe de estar liado.

—Si no lo haces, en algún momento volverás a encontrártelo y será más embarazoso todavía.

—No sé yo, eh.

—Hay personas que son como un *boomerang*, por mucho que intentes alejarlas, siempre vuelven.

Capítulo 4



El boomerang

Todos los capítulos que no cerramos a lo largo de nuestra historia vuelven a abrirse en algún punto de esta. Esos capítulos pueden llevar el nombre de una persona, de un lugar, de algo que tememos, algún sueño o anhelo. Llevan el nombre de eso que no nos atrevimos a escribir cuando tocaba enfrentarnos a ello. Y en mi historia... había unos cuantos capítulos inacabados e inconclusos porque, precisamente, mis ideas no eran brillantes, sino que acudían a mí de forma atropellada enredando más los hilos. Imaginaos para deshacerlos.

El fin de semana pasó con rapidez, incluso el domingo, ese día en el limbo en el que somos menos personas y más melancolía, pasó mientras sentada en una terraza, reía con mis amigos.

Cuando bajé del autobús el lunes me sentía renovada, estaba contenta, con ganas de meter mis manos en cualquier masa e incluso de romperme la cabeza con cualquier elaboración. Todos necesitamos un motor que nos mueva por dentro, que nos haga sentir y nos acerque a recordarnos quiénes somos y, para mí, la pastelería era ese motor que me movía.

Tomás esperaba delante de ese camino hecho con piedras que conducía al interior del instituto. Vi que Rebeca se dirigía también al mismo lugar, nuestras miradas se encontraron y sonreímos en la distancia hasta que llegamos al mismo punto.

—Buenos días los de Dios.

—Buenos días, santo Tomás —bromeé.

—Vaya, parece que habéis tenido un buen fin de semana. Mirad esas caritas —observó Rebeca sonriente.

—Tú como siempre estás contenta... —La pinchó Tomás.

—No estoy siempre contenta, a veces tengo ganas de tirarte un merengue a la cabeza como hiciste tú, pero disimulo. —Esbozó una sonrisa falsa y me reí.

—Venga, vamos, que todavía hay que cambiarse.

—¿Te acuerdas de ese taller de costura que estaba haciendo? —me preguntó Rebeca.

—¿El de las Señoras del Telar? —Pellizqué a Tomás y este rodeó a Rebeca con su brazo—. No te piques, mujer. Sabes que siempre me gusta bromear. A ver, cuéntanos, qué hiciste.

—Eres malo —lamentó—. Te iba a decir que nos estaba haciendo una chaquetilla a cada uno, aunque pensándolo mejor, la tuya la voy a quemar en cuanto la acabe. —Rio maliciosamente y me carcajeé.

—Oye, ¿ese de ahí no es el chef que vino el otro día? —Tomás llamó nuestra atención y nos giramos bruscamente.

—Sí, sí que es. Creo que es inconfundible.

Era él. Claro que era.

—Como si en el campus no hubiera nadie guapo.

—Vaya, ya se enfadó la flor del jardín.

—No, pero es que...

—Ya vuelvo —les interrumpí y salí con paso apresurado.

—Niña, ¡qué te van a penalizar! —me advirtió Tomás mientras me alejaba.

¿Os acordáis de eso que os estaba contando unos párrafos más arriba? Pues bien, Álvaro — al final me va a salir un sarpullido por decir su nombre—, Santana tenía unos puntos suspensivos en uno de mis capítulos. Hay un refrán que dice: «quien se va sin ser echado, vuelve sin ser llamado». Y fue justo lo que pasó. El *boomerang*, ese maldito *boomerang* del que hablaba mi amiga, aunque esa vez me atreví a cogerlo, no iba a correr. Por ahora.

—¡Santana! —le llamé cuando me acercaba. Miró de soslayo y siguió caminando—. Espera. No huyas.

—¿Cómo lo hiciste tú? —me preguntó justo cuando se paró.

Vale. Me lo merecía. Sus ojos azules se tornaron profundos, en su cara atisé una expresión de enfado. Quizá su fin de semana no había sido tan bueno. O no había tomado el café reglamentario del lunes.

—Sí, como lo hice yo.

—Al menos lo reconoces.

—Hice uno de los ridículos más espantosos de mi vida. Que mira que yo soy la reina, pero aquel entra en mi top cinco. —Callé unos segundos y esboqué una sonrisa conciliadora—. Lo siento. Siento lo que hice y si te hice sentir mal.

—No te preocupes, Candela. Ya me quedó claro.

—¿Qué es lo que te quedó claro?

—¡Candela! ¡Tenemos que irnos a la de ya! —gritó Rebeca.

—Vete, vas a llegar tarde y no quiero que te penalicen. —Me alentó con un gesto y le retuve unos segundos más.

—¿Podemos tomar café algún día?

Negó con la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa. Pequeñísima. Parece que le había arañado un poco lo que pasó el viernes. Lo que pasó el viernes, lo que pasó hace unos diez meses, quién sabe.

—Me voy. Venga, corre.

—¿Para qué has venido? —Quise saber.

—Tenía un problema que no he podido solucionar.

—¿Por qué?

—Porque al final me he dado cuenta de que no quiero solucionarlo.

Me pellizcó la mejilla antes de desearme que tuviera un buen día y me sonrojé. No lo vi alejarse, eché a correr como si tuviera unas piernas eternas y no unas de alguien que se corresponde con un metro sesenta de altura. Que ya sé que no es poco, pero tampoco era Beyoncé. Para qué engañarnos. Y, al mismo tiempo que corría, sus palabras resonaban un poco en mi cabeza.

—Maldita sea —mascullé cuando llegué con mis amigos. Fuimos al vestuario y nos cambiamos con toda la rapidez que pudimos—. Odio los botones, los odio. Espero que las que estás cosiendo sean de velcro.

—Qué horror. —Nos reímos y salimos hacia nuestra clase.

El profesor justo acababa de entrar, sabíamos que no le gustaba que entrásemos detrás de él, pero podía haber sido algo peor que esa mirada reprobatoria y su dedo índice advirtiéndonos para una próxima vez. Respiramos aliviados en cuanto nos sentamos, abrimos nuestros cuadernos y

prestamos atención a lo que ocurría delante, en cocina.

¿Alguna vez habéis probado un *macaron*? ¿Ese pequeño y sutil dulce que se funde en la boca con tan solo morderlo? ¿Ese *petit four* delicado que desaparece de un bocado y que necesita horas de elaboración? Parece fácil cuando lo ves, incluso adorable, aunque lo cierto es que eran peleones, y en aquella clase nuestro profesor comenzó a desvelarnos todos esos secretos que escondía el *macaron* perfecto.

—...Estas claras que separamos de las yemas deben envejecer. Para ello las tapamos con film transparente, agujereamos con la punta del cuchillo y directas a la nevera. Lo que nos interesa es que pierdan humedad.

Todos intentábamos atender a la explicación al mismo tiempo que tomábamos apuntes. Tomás se lo tomaba con más calma, según él en su cuaderno solo estaba escrito lo imprescindible y verdaderamente útil. Decía que era el rey de la síntesis. Rebeca y yo no lo teníamos tan claro, sobre todo cuando días antes del examen pedía hacer alguna fotocopia a nuestros cuadernos.

—Pierre Hermé recomienda que estas claras estén unos días, incluso una semana en la nevera.

—Pues me voy a hacer viejo haciendo un *macaron* —dijo alguien haciéndonos reír.

—Valdrá la pena —aseguró Beltrán.

—Y si en el examen tenemos que hacer *macarons*, ¿de dónde sacamos esas claras? —preguntó alguien más.

—A ver, como ya sabéis y os repito hasta la saciedad, os estáis formando como pasteleros. El día de mañana, cuando trabajéis en la cocina de un restaurante o decidáis montar un negocio propio, necesitaréis saber el porqué de estos pasos. Obviamente, cuando hagáis un examen o cualquier prueba y no tengáis unas claras envejecidas...

—Qué drama por unas claras de huevo —comentó Rebeca en voz baja.

—Y que lo digas.

—...Tendréis disponible albumina en polvo que, mezclándola con la cantidad justa de agua y añadiéndosela a las claras, dará un resultado muy similar.

—A eso se le llama complicarse la vida —concluyó Tomás que apuntó en su cuaderno: «usa albumina. Claras envejecidas = complicarse la vida».

—Tacha eso —le reprendí.

—Yo tampoco tengo toda la vida para envejecer claras, bastante tengo con envejecer yo.

—Cazurro.

—Algunas veces pienso que tienes serrín en la cabeza. —Rebeca puso los ojos en blanco y Tomás, exasperado, acabó tachando lo que escribió.

El profesor siguió explicando cómo debíamos hacer la pasta de almendra, algo que no nos pareció complicado, y después pasó al merengue.

—No me hagáis el merengue suizo, que os conozco. Debéis preparar el francés o el italiano. A ser posible el italiano, de esta manera obtendréis unas conchas más lisas y brillantes —explicó mientras preparaba el almíbar que este necesitaba.

La clase siguió con las explicaciones del *macaronage*, ya os dije que ese dulce minúsculo era hijo del mal. Tenía hasta una técnica para integrar todas sus elaboraciones. Si removías de más con la espátula, mal, ya te habías cargado todo el proceso; y si removías poco, también mal.

—Hay que encontrar el equilibrio —nos aconsejó.

No lo encontraba yo en mi vida, iba a encontrarlo en un *macaron*. Al final era cierto que

íbamos a salir envejecidos de aquella clase.

Después de la clase de demostración teníamos un descanso, y cuando este acababa, una clase práctica. Cuando sonó el timbre juro que vi algunas de las cabezas de mis compañeros echar humo.

—Un momento, no os vayáis —pidió—. Al principio de este mes se os comunicó que el periodo de prácticas comenzaría el seis de mayo. Ya tengo las listas con los nombres y los lugares que se os han asignado.

Nuestro curso de pastelería tenía una duración de nueve meses, nos encontrábamos en el último trimestre. Notábamos la exigencia en las clases, hasta la presión que poníamos sobre nosotros mismos, y el hecho de tener unas prácticas en cualquier restaurante u obrador era parte de este sueño, de esta experiencia, pero también provocaba miedo e incertidumbre, sobre todo porque no sabíamos hasta qué punto seríamos capaces de tolerar esa presión, ya que teníamos que llevar las clases y las prácticas al mismo tiempo. Y no consistían precisamente en hacer un bizcochito, sino en empaparnos bien de esa experiencia, involucrarnos y colaborar todo lo que pudiésemos.

—Bien, coged un folio e id pasando.

En un instante se formó un revuelo y las cosquillas comenzaron a instalarse en mi estómago.

—¿En qué momento decidimos ponernos en las últimas filas? —protestó Rebeca.

—No lo elegimos, ya sabes que fue el sitio que nos tocó. Además, como alguien vea que le quitamos su sitio, nos muerde —recordó Tomás.

Nos reímos y esperamos a que las hojas llegasen a nosotros. Estaban agrupadas por lugares, fui leyendo hasta localizar mi nombre. No tardé mucho.

Listado de prácticas diploma en pastelería 2021

Restaurante Aire

Ferrero Luque, Ángel
Macías Ramos, Candelaria
Martínez del Río, Marta
Pérez Guijo, Rebeca
Rojas García, Tomás

—No puede ser —dije incrédula—. Esto tiene que ser un error. No puede ser.

Mis amigos celebraban la noticia hasta que, unos segundos después, se dieron cuenta de lo que ocurría.

—A ver, que no cunda el pánico —pidió Tomás mientras Rebeca me frotaba la espalda para tranquilizarme.

—Tengo que hablar con Beltrán.

—No vas a hablar con nadie, Candela. Mírame. —Rebeca alzó mi barbilla y clavó sus ojos en los míos—. Independientemente de la historia que hayas o no tenido con él, esta es una oportunidad que no se presenta más veces. Y te lo digo de verdad. Vamos a estar los tres juntos en la cocina de un restaurante con estrella Michelin. ¿De verdad doña exigente quiere perderse eso?

—Pero es que no... esto no va a salir bien. Voy a hablar con él. —Me levanté y Tomás me frenó.

—Una semana, Candela. Inténtalo durante una semana. Si no te sientes cómoda te prometo que yo vendré contigo a hablar con el profesor.

Callé durante unos segundos. ¿Podría intentarlo? ¿Podría dejar a un lado todo lo que sentí hace unos meses? Quizá... No, no era una buena idea, pero había pasado, mi nombre estaba en esa lista, ¿y si todo pasa por algo? Quizá podría intentarlo. Quizá. Sí.

—Como luego te echas para atrás con tu promesa, te juro que te mato —amenacé.

—Esa es mi peleona. —Me abrazó y sonreí no muy convencida.

Mientras descansábamos y comíamos ese bocadillo que Carmen nos preparó, pensé en la conversación que tuve con Santana aquella mañana y llegué a una conclusión: el problema que había venido a resolver era yo. El problema que primero quería solucionar y después no era yo. Maldito *boomerang*.

Capítulo 5



Problema con nombre y apellidos

Había varias cosas que aprendí a lo largo de mis treinta y un años, pero estas fueron las primeras lecciones que recibí: la primera es que no puedes retener a alguien que no quiere estar en tu vida. Da igual lo que tú quieras, si esa persona no quiere formar parte, no hay nada que hacer. Y la segunda, quizá más importante que la primera, es que a quien sí quiere quedarse, a esa persona, hay que cuidarla como a nadie.

La primera de ellas la aprendí con quince años. Dicen que no todo el mundo está preparado para ser padre, que hay gente a la que esa palabra le queda demasiado grande, que todo se escapa de sus manos, que su vida se convierte en un caos, y cuando no sabes manejar algo, cuando se escapa de tu control, hay quien opta por soltar y continuar desde donde veía la vida más fácil en lugar de quedarse y tratar de amar ese caos. Fue justo lo que les pasó a mis padres. Mi madre no estaba preparada para ese compromiso que uno tiene de por vida con sus hijos, decía que no estaba preparada para abandonar sus sueños e ilusiones, aunque, curiosamente, sí lo estaba para abandonarnos a nosotros. El día que se marchó mi madre recuerdo que Aina se abrazó a sus piernas pidiéndole que no se fuera, que la llevara con ella, pero ella trató de explicarle, más bien de poner la excusa de que no podía, prometiéndole que volvería. En aquel instante aprendí que es imposible retener a quien, con todas sus fuerzas, desea irse de un lugar, del lado de alguien.

Mi padre se quedó roto, tan roto que no sabía si lo que veía era una persona o un ente sin alma que vivía por inercia, hasta que, un día, por suerte, decidió llevarnos con su tía Isabel y nos quedamos en la casa del pueblo con ella. Su partida dolió menos, quizá porque nos estábamos acostumbrando a ese dolor.

Puede que suene trágico, algo dramático tal vez, no obstante, después de ellos nuestra vida con la tía Isabel estuvo llena de buenos recuerdos. De bizcochos recién horneados, de paseos a un pequeño corral a darle de comer a las gallinas y recoger sus huevos, de plantar semillas en el huerto, de leer en su pequeña biblioteca. Ella me enseñó durante esos años que, aunque pasase algo que no me merecía y que al mismo tiempo me hacía daño, tenía que sobreponerme, seguir y centrarme en lo que valía la pena, en quien sí estaba a mi lado, así que ahí llegó esa segunda lección, por eso Aina se convirtió en mi prioridad.

Nuestra tía nos ofreció las oportunidades que no nos dieron nuestros padres, me alentó a estudiar y yo tenía claro desde bien entrada mi adolescencia que, si algo quería ser, era cocinero. Me gustaba la creatividad, la dedicación que la profesión llevaba consigo, esa pasión que nunca sentí y que de repente despertó en una cocina, la ilusión que creía que nunca iba a recuperar. Cuando cumplí los diecinueve nos

mudamos los tres a Madrid y, con los años, mientras yo terminaba mis estudios, la luz de la tía Isa se iba apagando. Era una de las leyes a las que estaba sujeta la vida, y a pesar de que Aina y yo lo sabíamos, sufrimos esa pérdida más, muchísimo más, que el día en que nuestros padres nos abandonaron.

Desde entonces, planté. Y regué, y regué, y recogí mierda, montones de mierda, pero persistí porque ella me había enseñado a hacerlo, me dijo que un día recogería algo que realmente mereciese la pena, y ese instante llegó. Mi camino se cruzó con el de Enrique, quien me contrató como aprendiz en su restaurante. Me formó, me trató como a un hijo, y después de varios años a su lado, me empujó a volar. Dejó en mis manos su restaurante, ese que ya no podía llevar porque decía que era demasiado mayor y que requería una energía que ya no tenía, así que accedí y nos convertimos en socios. Aire se convirtió en mi oportunidad, en mi casa, era el resultado de mi esfuerzo y del de la tía Isa. Ese que nunca iba a olvidar.

Puede que os preguntéis a santo de qué os estoy contando esto, y os diré una sola palabra para que me entendáis: ella. Todo tenía que ver con ella. Que Candela volviese a aparecer en mi vida era algo que quizá podía esperar, ya sabéis, el mundo es un pañuelo y las casualidades muy putas; lo que no esperaba era revivir todo aquello, que volviese a traer esa idea a mi cabeza, lo que aprendí en el momento en el que se fue mi madre. Y cuando se quedó encerrada en el instituto me sentí mal porque me di cuenta de que, realmente, ella no quería que nuestras vidas volvieran a cruzarse. Por eso, cuando vi su nombre en el correo que Beltrán, mi amigo y su profesor, nos mandó con el listado, decidí ir a hablar con él.

Aquella mañana me vestí con urgencia, dejé la taza de café en la mesa y cogí las llaves del coche.

—¿Se puede saber a dónde vas tan temprano? —me preguntó Aina. Se acababa de despertar y sus ojos aún trataban de acostumbrarse a la luz.

—Voy a hablar con un amigo, tengo prisa. El café está recién hecho —la avisé.

—Vale. Ten cuidado, en cualquier momento tu carraca te va a dejar tirado.

—Ya verás como no.

—No sé a quién le rezas el día de antes de la ITV para que la pase.

Me reí y salí de casa.

Aina vivía conmigo, estudiaba diseño de moda y los fines de semana me ayudaba trabajando como acomodadora en el restaurante para sacar algún dinero. Desde el principio insistí en que se centrara en sus estudios, y como era de esperar, ella se negó en rotundo. Era obstinada, dulce pero obstinada.

Llegué al instituto y aparqué en una calle algo alejada, no es que me avergonzase de aquel Ford fiesta rojo del noventa y ocho que la tía Isa me regaló cuando cumplí los dieciocho y que era de su marido, sino que necesitaba que me diese el aire y ordenar en mi cabeza todo lo que quería decir. Cuando entré todo estaba en silencio, las clases todavía no habían comenzado y me dirigí hacia la recepción donde la chica que trabajaba me ayudó a localizar a Beltrán en la cafetería de aquel edificio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó cuando me vio—. ¿Café?

—Por favor. —Se levantó y volvió poco después con una taza que dejó delante de mí—. Vengo a hablar contigo del correo que recibí con la lista.

—Te escucho. —Dio un sorbo y entrelazó sus manos apoyándolas encima de la

mesa.

—Hay una alumna que no puede hacer las prácticas en mi restaurante.

—Candela —pronunció impasible.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno tiene ojos en la cara para saber que no era la primera vez que vosotros dos coincidíais.

—Pues no, y por eso mismo no puede hacer las prácticas en Aire. Ella no quería coincidir conmigo en ningún momento y no quiero que se vea forzada a hacerlo.

—Candela es más inteligente de lo que tú piensas. Créeme, no va a dejar pasar esa oportunidad que tiene de aprender. Es demasiado exigente consigo misma.

—Quizá yo tampoco esté cómodo con ella en el restaurante.

Soltó una carcajada seca y después me miró con seriedad.

—¿Me vas a decir que para un tío que se ha sobrepuesto a la mierda eso le va a suponer un problema? Si me dices que sí, me levanto y me voy.

Maldita sea, tenía razón.

—Claro que la tengo —dijo como si pudiese leer mis pensamientos.

—¿De verdad piensas que irá bien?

Asintió convencido, se terminó el café y se levantó.

—Ahora, si no tienes alguna queja inútil más que darme, me retiro. Tengo que dar clase.

—No te quito más tiempo. Gracias.

—Lo que necesites, ya lo sabes.

Asentí, me palmeó el hombro, y cuando se marchó me bebí el café en dos sorbos antes de salir de allí. En un momento la entrada se había llenado de gente, algunos alumnos llevaban puesta la chaquetilla, otros aún iban sin ella. Sorteé algunos grupos y caminé con paso ligero de vuelta a mi coche.

Antes de alejarme de aquel edificio escuché a alguien llamarme, miré de soslayo y la vi acercarse al mismo tiempo que seguí caminando.

—¡Espera! No huyas.

—¿Como lo hiciste tú? —le pregunté justo cuando me paré.

—Sí, como lo hice yo.

—Al menos lo reconoces.

—Hice uno de los ridículos más espantosos de mi vida. Que mira que yo soy la reina, pero aquel entra en mi top cinco. —Esbocé una breve sonrisa y ella sonrió con amplitud haciendo que se le marcara ese hoyuelo que tenía en la mejilla izquierda—. Lo siento. Siento lo que hice y si te hice sentir mal.

—No te preocupes, Candela. Ya me quedó claro.

—¿Qué es lo que te quedó claro?

Pues que no querías que nos volviésemos a encontrar, que preferirías marcharte o huir, no sé.

—¡Candela! ¡Tenemos que irnos a la de ya! —gritó su compañera.

—Vete, vas a llegar tarde y no quiero que te penalicen. —La alenté con la mirada, pero me retuvo unos segundos más.

—¿Podemos tomar café algún día?

No, definitivamente no la entendía. Negué con la cabeza y esbocé un amago de

sonrisa.

—Me voy. Venga, corre.

—¿Para qué has venido? —Quiso saber.

—Tenía un problema que no he podido solucionar.

—¿Por qué?

—Porque al final me he dado cuenta de que no quiero solucionarlo. —Le pellizqué la mejilla y arrastré el pulgar por su suave piel hasta que retiré mi mano—. Que tengas un buen día.

Candela era fuego, era vida, era luz. Candela fue todo lo que una vez quise, aunque ella nunca lo supo. Sin embargo, Candela también era miedo, inseguridad e incertidumbre y, por mucho que pudiera intuirlo, en realidad no lo sabía. No sabía hasta qué punto sus heridas eran profundas, y ella tampoco sabía de las mías.

Capítulo 6



Las cosas claras y el chocolate espeso

Las palabras son un arma de doble filo porque con ellas podemos dañar y sanar al mismo tiempo. Las podemos dirigir hacia quienes queramos y como queramos, pero si hay algo de lo que me he dado cuenta, es que hay veces que, definitivamente, las palabras sobran. Sobran porque pueden estar vacías y lo único que las llenan son los actos: una intención, un gesto, algo que se haga desde dentro sin que sea necesario hablar; una sonrisa, por mínima que sea, esa señal que significa que alguien te importa, que algo te importa.

Aquella tarde, cuando salí de clase, fui a buscar a Santana. ¿Qué dónde lo encontraría? No lo tenía muy claro, y empezar por el restaurante no me parecía una mala idea. Ya sé que existe el teléfono, de hecho, le mandé un mensaje que no tuvo respuesta. Siendo sinceros, si yo hubiera sido él, tampoco habría contestado, pensaría que es mejor guardar distancia y no ahondar más en algo que quedó en la superficie, pero si íbamos a trabajar juntos, tenía que remover un poco más esos recuerdos para llegar a un nuevo punto de partida en el que ambos pudiésemos sentirnos bien. Sin más.

Cogí el metro, hice unos cuantos transbordos y me bajé en la parada de Colón. Anduve, tal y como me guiaba el señor Google, por el paseo de Recoletos hasta entrar en una de sus calles. Fui buscando el cartel con el nombre del restaurante, lo encontré en la parte alta de una puerta acristalada con una caligrafía clásica. Me quedé parada durante unos minutos, pensé si debía entrar o irme por donde había venido hasta que una voz masculina me hizo dar un respingo que me sacó de mis pensamientos.

—¿Vas a entrar? —me preguntó un chico alto. Era moreno, tenía los ojos almendrados y marrones. Cuando me sonrió se encogieron un poco más y le sonreí de vuelta sin saber bien qué hacer.

—Busco a alguien.

—No tienes pinta de cobradora del frac ni de mafiosa. —Se rio—. Así que creo que te podré ayudar. Canta, Pajarillo.

—Buscaba a Santana, digo, al chef. —Me sonrojé y él siguió mirándome—. Me llamo Candela.

—Candela qué más...

—El interrogatorio se lo haces a él. Yo solo quiero hablar.

—Me gusta tu carácter, Candela.

—Si me conocieras quizá no dirías lo mismo —dije con sorna.

—Soy Javier, gerente del restaurante, o lo que es igual, cabeza de turco cuando algo no sale muy bien. —Me tendió su mano y la apreté firme. Hizo un gesto con la cabeza para que entrase al restaurante y la puerta de cristal se abrió automáticamente dando lugar a la zona de recepción: un espacio reducido y bien iluminado en el que reciben al comensal.

El reloj marcaba las siete de la tarde, reinaba el silencio en el interior. Javier pasó la recepción y se dirigió hacia el interior. Desapareció unos segundos para encender las luces que poco a poco fueron revelando la sala. Era preciosa, muy amplia, especial. De esos lugares a los que vas y con el paso del tiempo sigues recordando. El techo estaba pintado en un degradado de azules que simulaba el cielo, la iluminación era suave creando una atmósfera íntima. Las mesas eran de madera no muy oscura y alternaban la forma redonda, cuadrada o rectangular según el número de comensales; las sillas azules, aterciopeladas. La barra se encontraba en el lado derecho, blanca, justo antes de un pequeño espacio de emplatado en el que podías ver al chef trabajando durante el servicio. Pero lo que hacía a aquel restaurante especial, no era sino un jardín que se encontraba en el fondo de la sala, tras unas grandes mamparas de cristal. Verde, cuidado, lleno de flores blancas, solo blancas que recordaba a un cielo lleno de nubes. Era impresionante, absolutamente impresionante.

—¿Qué te parece? —Quiso saber.

—Es increíble.

Él asintió y siguió andando hacia una zona con un cerramiento que parecía ser un área más privada, después me condujo hacia la cocina. Se escuchaba algún que otro ruido salir de ella y me paré antes de entrar.

—No te preocupes, está en plena búsqueda de inspiración, pero no muerde. —Entró e incliné la cabeza un momento para ojear el interior—. Hay una chica que pregunta por ti.

—No estoy para nadie.

—Uy, la princesa. ¿Le digo que coja cita en esa agenda que no tienes?

—Este plato no funciona. No funciona. Toma, prueba. —Le metió una cuchara en la boca y Javier paladeó.

—Está bueno.

—No explota, no hay *umami*.

—Madre mía... la cabeza es lo que te va a explotar a ti y después a mí —resopló quejándose y se dirigió de nuevo hacia la puerta—. Candela, entra.

Entré tímida y algo insegura. Su expresión me hizo saber que a la última persona que se esperaba allí era a mí. El ceño fruncido y el pellizco que dio a sus labios me indicaron que quizá no era el momento para hablar.

—Si quieres puedo venir en otro momento.

—No, está bien.

—Si necesitas el bozal solo tienes que llamarme —susurró Javier y sonreí.

—Gracias.

—Qué gracioso. Tenemos que hablar de algo.

—No puedes vivir sin mí —bromeó y me guiñó un ojo antes de salir de la cocina.

Cuando nos quedamos solos, miré hacia el suelo sin saber atajar la conversación y me pellizqué el interior de la mejilla.

—No hagas eso. —Se acercó a mí y levantó mi rostro con suavidad.

—Te escribí un mensaje. No sé si cambiaste de número o...

—No lo vi. Llevo aquí todo el día, esto de crear platos nuevos va a acabar conmigo. Siempre falta o falla algo.

—¿Me dejas probarlo? Lo mío es la pastelería, aunque quizá pueda ayudarte.

Asintió, apartó un poco en un plato y me dio una cuchara.

—Coge un poco de todo. —Metí la cuchara en el plato y me la llevé a la boca. Paladeé los

distintos sabores, estaba realmente bueno, y volví a meter la cuchara y a comer. —¿Quieres que te traiga una Coca Cola y ya cenas? —preguntó con una sonrisa.

—No estaría mal.

Me quitó la cuchara y volvió a probar él. MI cuchara. Me quedé quieta mientras le vi centrarse de nuevo en eso que faltaba. No, no podía ayudarle, pese a que conocía ciertos términos porque era muy aficionada a los programas y *realities* de cocina, no me atrevía a meterme más allá de la pastelería, ese era realmente mi dominio, lo demás era un territorio inexplorado.

—Ya sé, ¡ya sé! —Se introdujo de lleno en lo que estaba pensando y desapareció durante unos minutos en los que maniobraba—. ¿Puedes pasarme el queso de cabra? Está en la nevera.

Fui hacia la nevera que me señaló con un gesto y cogí el queso. Me pidió que cortase una cuña no muy grande, lo hice como buenamente pude, mi abuela me regañaba siempre que cortaba el queso, yo creo que era un arte que se adquiría con los años, y ya no os digo lo de cortar jamón. Hice un poco de pinche, aunque me tenía que indicar donde estaba cada cosa. Yo solo iba, cogía lo que él me pedía, se lo daba y le observaba. Era algo hipnótico ver cómo trabajaba, cómo maniobraba según lo que su cabeza engranaba.

—Emborracho el *foie* con el Pedro Ximénez y lo dejo reducir unos minutos —habló para sí—. Creo que va a funcionar, Candela. —Se dirigió a mí entusiasmado y sonreí.

—Podrías contratarme como pinche.

Me miró después de dejar la espátula apoyada en un plato y negó con una sonrisa.

—Prefiero ver lo que hacen tus manitas con el dulce.

—Creo que lo vas a ver más a menudo de lo que te gustaría. —Encaucé el tema de conversación y negó con la cabeza.

—Luego.

—¿Luego cuándo? Quiero hablar contigo e irme a casa a cenar. Los bocadillos de Carmen están buenos, pero voy a tener que pedirle que me haga una baguete entera la próxima vez —refunfuñé y me senté en la encimera de aluminio que quedaba detrás de él.

¿Alguna vez habéis tenido la suerte de ver a un hombre en chaquetilla? Blanca, casi impoluta, marcando cada una de las curvas de la musculatura. Un maldito espectáculo. Si no hablaba ni comía, por lo menos podía entretenerme con las vistas y el olor de lo que fuera que estuviera haciendo.

—¿Por qué siempre tengo hambre?

—Porque estás entre comida —contestó sin levantar la vista.

—Pues mi abuela dice que después de cocinar durante toda la mañana luego no le apetece comer, a mí no me pasa. Cuando acabamos las clases prácticas en el instituto no nos vamos hasta que nos comemos el postre que preparamos. Tomás es mucho de probar el de Rebeca y después el mío hasta que le quitamos la cuchara.

—Te quedó bien el del otro día. Me gustaron los arándanos y las nueces en el *crumble*.

—No me recuerdes el maldito *crumble*... No veo qué hay de malo en ser una buena samaritana.

Atisbé una sonrisa.

—No hay nada de malo. Al final, en una cocina se trabaja en equipo, pero el contexto es diferente. Digamos que en la escuela tienes que mirar por tu culo porque las consecuencias van directas al plato.

—¿Y tú qué fumas para inventarte tal cosa?

—¿No te gustó? —preguntó con sorna.

—¿Ni ti gisti? —Imité y me reí después.

Probó de nuevo lo que estaba haciendo y soltó un bramido de satisfacción. Cogió una cuchara, se dio la vuelta y la introdujo directamente en mi boca. Apoyó sus antebrazos en la encimera, de modo que mi cuerpo quedó entre ellos, se separó lo suficiente para poder observarme y mientras yo saboreaba el contenido de la cuchara, él esperaba ansioso mi veredicto. Hizo una especie de *mousse* y todos los sabores se iban abriendo paso en mi boca, suaves, envolventes.

—¿Te gusta?

—Mmm... —pronuncié en respuesta.

—Supongo que eso es un sí.

—Supones bien. —Mi mirada se encontró durante unos segundos con la suya, pero la apartó y volvió a los fogones.

—Entonces..., ¿termino y cenamos?

—¿Me vas a invitar a cenar?

—Mi vis a invitar a cinir. —Copió y réimos los dos—. Sí, Candela. Bueno, tú me has ayudado también, así que no es una invitación como tal —dijo.

—Necesito ir al baño.

—Saliendo a la derecha —me indicó.

Rápidamente me bajé de la encimera y me encaminé hacia el baño. Cuando entré abrí el grifo y me pasé la mano mojada por la nuca. Vale. Seguíamos teniendo esa complicidad de hace meses, no me hizo falta más que este tiempo con él para saberlo. Vale y, ¿eso era bueno o malo?

Salí tras unos minutos y volví a la cocina. Me pidió que entrase en la sala, había preparado una de las mesas pequeñas que se encontraba pegada a la enorme cristalera que daba al jardín. Me senté y esperé allí. Comenzó a sonar por los altavoces las notas de una canción que hablaba sobre lo que haríamos si supiésemos que el mundo se acaba, y me quedé absorta en la letra hasta que él me interrumpió.

—¿Todo bien? —Dispuso el plato delante de mí y dejó una rebanada tostada de pan *brioche* en el lado izquierdo.

—Todo perfecto. —Ocupó su asiento y me pidió que comiese. Me observó mientras lo probaba y esperó con las manos cruzadas debajo de su mentón—. Oh, Dios mío. Esto está de flipar. —Cogió el pan y mojé dentro del plato—. No sé quién vino a visitarte para devolverte un poco la inspiración, pero bendito sea.

—Bendita seas entonces tú. —Negué con la cabeza y seguí comiendo—. A veces necesitamos que alguien o que cualquier cosa nos saque un momento de donde estamos enfrascados para volver al camino y reconducir. Eso mismo me pasó cuando llegaste con Javi.

—Es majo.

—No sabría qué hacer sin él —aseguró—. Come antes de que se enfríe.

—Estoy comiendo de estrella Michelin por mi cara bonita. —Hice un baile con los hombros y sonrió—. Me gusta la canción. ¿Cómo se llama?

—«If the world was ending».

—¿Qué harías si supieras que el mundo se acaba?

Pensó durante unos segundos, acarició su labio inferior con el pulgar y asintió con la cabeza.

—Prepararía una comida o una cena con mis amigos y mi hermana. Recordaría momentos con ellos y reiría escuchando alguna de sus anécdotas. ¿Y tú?

Me extrañó que no mencionase a sus padres. No pregunté por ello y le conté lo que había pensado antes de que llegase.

—Iría a ver a mis padres, después a mis amigos y esperaría el final del mundo en la cocina de mi abuela mientras preparamos algo dulce.

—Es un buen plan.

—El mejor.

Terminé aquel plato, satisfecha, y le di las gracias.

—No tienes por qué dárme las. —Se levantó, retiró los platos y volvió a dejar delante de mí otro con una especie de *panna cotta*.

—Postre y todo.

—¿De qué querías hablar, Candela? —Volvió a ocupar su sitio y me miró.

—Ya lo sabes.

—Quiero escucharlo de tu boca, sin indirectas.

Dejé la cucharilla en el plato y apoyé mis antebrazos en la mesa.

—Sé que soy el problema que querías solucionar esta mañana. Y yo no quiero ser un problema para nadie.

—Seguro que cuando te enteraste de que tus prácticas eran aquí tampoco querías hacerlas.

—No.

—Pero esta es una oportunidad para ti, para que sigas aprendiendo. El equipo de pastelería es increíble, no puedes perderte eso por algo que no llegó a pasar entre nosotros.

—Tú no quieres que yo esté aquí.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Tú! Me llamaste problema, te lo repito.

—A ver... —Respiró hondo tratando de encontrar las palabras—. El problema es que no quiero que tú te quedes en un sitio donde creas que vas a estar incómoda por el simple hecho de que te lo hayan adjudicado. No quiero que te quedes si crees que no te vas a encontrar a gusto porque yo esté aquí. Ya está, no hay más.

—Es cierto, es una oportunidad, pero sentía que te debía una explicación para poder así empezar... de cero.

—No me tienes que dar ninguna explicación. —Apretó mi muñeca levemente y después se alejó hasta apoyar la espalda en el respaldo de la silla—. Tú no sentías lo mismo que yo y ya está. Es normal, a todo el mundo le pasa alguna vez.

—Oye... yo...

—Olvidate de aquello —interrumpió—, y quédate solo si quieres tú.

No podía olvidarme de aquello, y menos cuando lo tenía delante de mí. Dudé, dudé como llevaba haciendo desde que salí de la escuela dispuesta a hablar con él. Odiaba esa inseguridad que me azoraba y que me hacía pensar más en la caída que en el vuelo. Resoplé y le miré buscando algo de tranquilidad.

—¿Seguro que no te voy a incomodar?

—¿Estás de coña? ¡Mira lo que salió cuando llegaste! —exclamó señalando los platos vacíos que se encontraban en la barra.

—De cero entonces. —Le tendí mi mano.

—¿Eso significa que te quedas? —Asentí y apreté mi mano con una sonrisa. —De cero.

Y puede que aquellas palabras fuesen el principio de algo que podía funcionar o el principio de algo que acabaría por hacernos daño.

Capítulo 7



Ahora o nunca

Durante toda aquella semana estuve debatiéndome entre el miedo y las ganas. Creo que era algo que me planteaba demasiado a menudo. Por una parte, tenía ganas de aprender, me podía la curiosidad, el saber cómo iba a ser aquella experiencia y, al mismo tiempo, me preocupaba no tener el control, salir de mi zona de confort que ahora era la escuela, no saber si sería capaz de hacerlo... Así que cuando llegó el día esas dudas fueron a más. Se había instalado en mí una pequeña vocecita que me decía que yo no estaría a la altura de lo que me esperaba en la cocina de aquel restaurante. Era una voz pequeña, pero a medida que las horas iban pasando se hacía un poco más fuerte, más ruidosa, más presente.

—Tierra llamando a Candela. ¿A qué planeta te has ido?

—A ninguno. ¿Nos vamos ya?

—Tengo que pasar por mi casa, necesito cambiarme. He sudado dándole a la varilla por culpa del nitrógeno —se quejó Tomás.

—¿Y has visto lo tersa que se te ha quedado la piel? —bromeé.

—Perdona, pero yo no tengo ni una arruga.

—Normal, si te embadurnas en cremas —apuntó Rebeca—. Necesitamos tus *tips* de belleza.

—El número uno es que mantengas la cara alejada del nitrógeno. Mira, mira qué seca la tengo.

Nos echamos a reír mientras íbamos hacia el coche de Tomás. Al llegar a su piso nos pidió que esperásemos en el salón y su sofá nos acogió después de haber estado casi cuatro horas de pie.

—Ni se os ocurra poner los pies en la alfombra.

—Que no, don Limpio —contestamos.

—Ya quisiera ese tener la mata de pelo rizada que tengo yo en la cabeza —dijo marchándose.

Me recosté un poco más en el mullido sofá y cerré los ojos. De repente escuché una especie de siseo cerca de mi oído y seguidamente me llegaron unas gotas húmedas al brazo junto a un agradable olor floral.

—¡Joder! —Me sobresalté y miré a mi alrededor mientras Rebeca se carcajeaba—. ¿Qué ha sido eso?

—El ambientador de don Limpio.

—Pero ¿qué? Si parece una llama escupiendo.

—Desde que hemos entrado he contado que tiene unos cuatro. —Me hizo saber.

—Aquí cada uno con sus taritas.

—No me dirás que no es acogedor entrar a casa de Tomás. ¿Te acuerdas de la noche que nos quedamos a dormir aquí?

Asentí recordando.

—Las sábanas de la cama olían a colonia Nenuco.

—El truco es meter en un bote mitad de agua, mitad de suavizante, y rociar un poco antes de acostarte —nos contó volviendo al salón.

—Tu ambientador casi me mata de un susto. Yo no sé cómo no te infartas cada vez que eso da un soplo.

—Costumbre. Venga, vámonos. —Dio una palmada y nos levantamos—. Todavía nos queda día por delante.

—Ojalá pudiera acostarme en tu cama —resoplé.

—¿¡Cómo!? —exclamó.

—No malpienses. Es que eres un buen anfitrión y tienes tropecientos productos de limpieza que hacen que estar en tu casa sea como pisar un hotel de cinco estrellas.

—Además, ella ya tiene ojos para otro —le recordó mi amiga.

—Yo tengo ojos para la cocina.

—¿Y quién dice que entre cocinado y cocinado no te puedas enamorar? —preguntó Tomás.

—¿Qué no lo ves? Ella ya está *in love* con el chef.

—Si vais a empezar así me voy. De verdad, chao chaquetilla.

—Hablando de chaquetillas... —Rebeca sacó de su bolso dos paquetes y nos dio uno a cada uno—. Venga, abridlo. —Rasgamos el envoltorio y sacamos esas chaquetillas que llevaba tiempo confeccionando para nosotros. Eran especiales. La de Tomás era azul celeste y tenía un pequeño gorro de cocinero bordado en la parte izquierda del pecho acompañado de unas letras que ponían «merengue». La tela de la mía también era celeste, pero estaba estampada con algunas flores de cerezo y tenía cierto corte japonés. Igualmente aparecía bordada la palabra «merengue» en el mismo lugar.

—Esto... esto es una preciosidad.

Me emocioné un poquito y Rebeca vino corriendo a abrazarme. Tener entre las manos una chaquetilla, para quien lleva este oficio, es algo muy especial. Para mí significaba sostener ese sueño por el que estaba luchando, y desde que entré a la escuela, también significaba familia.

—Doña talleres, haces magia con las manos. Ven aquí. —Tomás me tomó el relevo y la apretó entre sus brazos.

—Me pensé seriamente si quemar la tuya.

—No rompas el momento —dijo mientras la apretaba más fuerte haciendo ininteligibles sus palabras—. Hala, ya está. Ahora sí es el momento de irnos.

—Gracias, Rebeca. De verdad.

—Ni darlas. Mis merengues merecían una chaquetilla *made by me*.

Salimos del piso de Tomás y volvimos a subirnos en el coche, esta vez para ir hacia el restaurante que mi amiga indicó. Si a Rebeca se le antojaba algo era difícil sacarla de ahí, y quería burrata y pasta con salmón y vodka.

—Venga, entra, borrachina —le indicó Tomás cuando llegamos.

—Luego lo pruebas y ya me dices. ¿Sabes que Gigi Hadid subió una receta de la pasta con vodka?

—Y tú te comes lo que esa gente inventa.

—Tranquilo, no lo ha patentado ella. Ya existía —informé mirando mi teléfono—. Pone que se utiliza para espesar las salsas.

—Cuéntaselo a mi abuela a ver qué te dice.

Nos reímos y nos sentamos en la mesa a la que el camarero nos condujo. Miré por aquella cristalera que daba lugar a una terraza mientras escuchaba a mis amigos hablar de fondo y comentar la carta. Respiré hondo una, dos, tres veces, pero no conseguía aplacar esos nervios que se habían instalado en mi estómago. ¿Por qué no podía disfrutar de aquel momento? ¿Por qué no podía pensar que merecía lo bueno que estaba pasando? ¿Sentirme orgullosa de lo que estaba logrando? Yo no creía demasiado en la suerte, sino en el esfuerzo, y aún me costaba creer que todo eso que estaba viviendo era fruto de haber peleado por estar allí. De haberle dicho a mis padres que aquel no era mi sitio, que lo que hacía no me llenaba, y de que mi abuela me empujase a este todo. Porque ella tenía razón cuando me dijo que era ahora o nunca.

Tenía que ser ahora.

Volví a la conversación, pedimos nuestros platos y Rebeca atacó esa burrata con pesto que el camarero dejó en el centro de la mesa.

—Ahora ya nos puedes contar lo que pasó con el chef.

—¿Ahora? ¿No estás disfrutando de la burrata?

—Claro que ahora. En dos horas entramos en su restaurante. Vamos a estar viéndole de jueves a domingo y necesitamos saberlo todo o casi todo —señaló convencida—. Tú imagínate que hay que salir a defenderte, tenemos que estar informados y saber lo que hay detrás.

—Rebeca tiene razón.

—Pero si tú eras el único que decía que no me presionara. —Hice un mohín y comí el bocado de mi tenedor bajo sus atentas miradas.

—Estamos esperando, por si no te habías dado cuenta.

—Qué pesados —protesté—. Lo conocí en un restaurante porque un amigo de Alejandra nos lo presentó. Ese mismo día, por la noche, coincidimos en una terraza del centro. Me tiró media copa en el pantalón.

—Vaya, empezó con buen pie —comentó Tomás y seguí.

—Me atrajo desde el primer momento, maldita sea, me quedé con el recuerdo de sus ojos azules unas cuantas noches hasta que decidí buscarlo en Instagram y hablarle.

—Aquí viene la parte milenial, ya me extrañaba a mí que todo fuese tan tradicional.

—Si cada uno vive en una punta. ¿Qué quieres? ¿Que hablen por telepatía? —le preguntó Rebeca.

—Si es que empiezo y no me dejáis seguir. ¿A qué me callo? —amenacé e hicieron el gesto de cerrar la boca con cremallera—. Hablábamos de vez en cuando, compartimos algunas cosas y también nos animamos a intercambiar nuestros números. Yo... no esperaba nada de nadie, no buscaba nada, y cuando apareció en mi vida y pensé que podía funcionar, me asusté. Me asusté porque no sabía si estaba preparada, no quería volver a vivir lo de antes, y en cuestión de semanas pasé de la ilusión al miedo, y se me hizo un mundo. Las conversaciones que eran tan frecuentes fueron espaciándose poco a poco en el tiempo, hasta que dejé de contestar a sus mensajes, a sus llamadas, y llegó un momento en el que, evidentemente, él dejó de buscarme.

—Madre mía... —susurraron.

Me encogí de hombros y miré a mis amigos.

—Él no sabía que vendría, no sabía que me atrevería a perseguir ese sueño del que le hablé y, cuando me vio, vosotros mismos pudisteis ver su cara. —Bebí agua de mi vaso y volví a dejarlo sobre la mesa—. Ayer fui al restaurante a hablar con él.

—¿Qué?

—¿¡Cómo!?

—Después de todo también era lo más lógico. No quería que él se sintiese obligado a tenerme allí.

—¿Y qué te dijo?

—Lo mismo, pero a la inversa: no quería que estuviera allí si realmente yo no quería.

—Y quieres.

—Claro que quiero. Es una oportunidad, yo vine para eso, Tomás.

—Pues claro, niña, claro. —Pasó su brazo por mis hombros y me acercó a él—. Entonces, ¿en qué quedasteis?

—En empezar de cero.

—Bueno, no es un mal punto de partida.

—Claro que no, Tomás. Es el cero. —Mi amiga hizo el número con sus dedos y puse los ojos en blanco.

—Es el vodka de la pasta —aseguró y reprimí una risotada.

—¿Sabéis qué me dijo? Que esas cosas pasaban, que a veces sientes y la otra persona no te corresponde, como si yo no hubiese sentido nada.

—Es normal que dijera eso después de tanta evasiva y del numerito del otro día. Además, adivinos no somos. Si no se lo dijiste en algún momento es normal que piense eso.

—Aquí mi pregunta es: ¿a ti te sigue gustando? —Quiso saber Rebeca.

—Me sigue atrayendo y tenemos esa conexión que sentí al principio, pero más allá de eso no lo sé, no sé si sigo sintiendo por él lo que sentí hace unos meses —contesté sincera.

No lo sabía porque había pasado tiempo y todos cambiamos con él. No somos las mismas personas que hace un año, ni siquiera unos meses. Hay cosas que nos destruyen y otras que nos ayudan a crecer, y yo no sabía realmente quién había detrás de él. No sabía apenas nada de su vida, solo conocía su trabajo y, por casualidad, que tenía una hermana. Parece mentira después de todas esas conversaciones que mantuvimos, y entendí que una persona es capaz de mostrarnos solo lo que quiere que veamos. Quizá para él el trabajo lo era todo, pero todos tenemos una historia, y en la suya seguro que eso no era lo único que existía.

—Ya lo irás viendo, ¿vale? Ahora preocúpate de disfrutar de esta experiencia. —Me sonrió Tomás.

—Nos tienes siempre. —Rebeca tendió su mano en el centro y pusimos las nuestras encima de la suya.

Hay caminos que son más fáciles no por cuáles son, sino por quienes te acompañan.

Hay miedos que dejan de pesar tanto cuando los compartes.

Hay caminos y miedos.

Capítulo 8



Uno de esos caminos

«Si me ven, si me ven, voy camino de Belééén», canturreé en mi cabeza hasta que me acordé de que cantar villancicos en una época que se alejaba bastante de la Navidad daba mal fario. O eso dicen. Desde luego, con tantas supersticiones una no sabe bien qué creerse, por si acaso, yo que era bien supersticiosa, me callé, no quería que nada se gafara.

A las cinco en punto, la hora a la que nos citaron, estábamos delante de la puerta del restaurante. Esperamos a Ángel —también conocido como *crumble* quemado, para que os acordéis de él— y a Marta, otra de nuestras compañeras. Cuando estuvimos todos, nos miramos y dimos unos pasos hacia delante bastante nerviosos. Rebeca incluso apretó fuerte mi brazo y solté una risita. Ni que fuésemos a entrar a la casa de *Gran Hermano*.

Javier nos esperaba en el recibidor, se sorprendió al verme de nuevo y esbozó una amplia sonrisa.

—Hola, chicos. ¿Qué tal?

—Bien, algo nerviosos, creo. —Tomás nos miró y confirmó su respuesta.

—No os preocupéis, todo va a salir rodado, ya veréis. Seguidme, por favor.

Subimos unas escaleras que nos condujeron a la parte de arriba, en ella se encontraba una oficina, una pequeña sala abierta con un chéster azul de dos plazas, una mesa de centro y dos silloncitos, y otra habitación con varias sillas y una pizarra donde supuse que se reuniría el equipo.

—Sentaos por aquí, por favor. —Cerró la puerta y se colocó delante de nosotros—. Mi nombre es Javier, pero podéis llamarme Javi, y soy el gerente del restaurante, así que cualquier cosa que necesitéis o problema que tengáis, podéis acudir a Álvaro o a mí.

En ese momento llamaron a la puerta y justo entró él. Llevaba la chaquetilla puesta y unos vaqueros claros. Intercambió una mirada con todos nosotros, palmeó a Javi y se colocó junto a él.

—Perdonad la tardanza. ¿Por dónde vais?

—Solo nos he presentado.

Asintió y siguió hablando él.

—Bien. Voy a explicaros un poco el concepto del restaurante. —Impostó su voz y comenzó a hablar sin vacilación—. Aire nace de las cosas que son breves y sencillas, esas que hay que disfrutar el tiempo que duren, en este caso, en boca. Evoca la pureza del sabor y combina la sencillez de la tradición con la vanguardia en sus platos. La creatividad es la parte más importante del proceso, es algo que parece intangible, como el aire, pero que somos capaces de sentir en lo que producimos, en lo que creamos.

Lo escuchamos atentos, puede que estuviese incluso embelesada. Pellizqué la rodilla de Rebeca y sonrió levemente dándome con la suya, haciéndome saber que pensaba casi lo mismo

que yo. Dirigí mi atención de nuevo hacia ellos y seguí escuchándolos.

—En cuanto a lo que os comentó Javi, para cualquier cosa que necesitéis estamos los dos junto a Oxana y Berto, ambos están al frente de la línea de pastelería. Queremos, de verdad, que viváis, disfrutéis y saquéis el máximo partido de esta experiencia. —Me miró durante un instante, haciendo referencia a lo que me dijo la noche anterior, y asentí con una sonrisa para que supiese que lo haría, que lo intentaría.

—De lunes a miércoles podéis disponer de unas horas en la cocina, Álvaro y yo siempre estamos por aquí, de hecho, creo que él vive en el cuarto de la despensa —bromeó y Santana puso los ojos en blanco—, de modo que, si en algún momento queréis practicar, esta casa ahora también es vuestra.

—Gracias —dijimos casi al unísono.

—El equipo de pastelería debe de estar al llegar, mañana os presentaremos al personal de sala y de cocina.

—En estas cajas están los uniformes por tallas. Acercaos, por favor, coged tres chaquetillas de vuestra talla, delantales y los gorros de cocina —pidió Javi.

Me levanté y esperé a que mis compañeros encontrasen sus tallas.

—Psss, Pajarillo. Qué calladito te lo tenías —susurró Javi y me encogí de hombros.

—Sorpresa.

—Ha sido buena, sí.

Cogí mi uniforme y volví a sentarme cuando lo tuve.

—En esta hoja tenéis el horario —explicó Santana—. Si en algún momento alguien no puede venir a trabajar, por favor, que avise a poder ser la noche o el día de antes del servicio. ¿Tenéis alguna pregunta?

Todos negamos con la cabeza y, mientras llegaba el equipo de pastelería, mis compañeros hablaban entre ellos con entusiasmo. Nos encontrábamos todos en uno de esos lugares que alguna vez imaginamos, casi teníamos que pellizcarnos para darnos cuenta de que no estábamos soñando.

Oxana y Berto entraron junto a tres pasteleros más, nos presentamos y, una vez estuvimos todos, comenzaron a enseñarnos las partes del restaurante hasta llegar a la cocina.

—En la cocina hay varios espacios. En el módulo central hay dos encimeras, una es para la línea de frío, otra para la de calor. La encimera que se encuentra detrás de ambas y se extiende a lo largo de aquella pared es la vuestra, la zona de pastelería. Esa barra que está delante de la ventana es la zona de emplatado y donde se recogen los platos para servir. En el lado derecho, al fondo, área de lavado, y si salís por este pequeño pasillo, os encontráis el almacén y las cámaras frigoríficas.

Dimos una vuelta por la enorme cocina y recorrimos aquel espacio en el que reconocimos los mismos robots que teníamos en la escuela junto a algún electrodoméstico más. Terminamos aquel *tour* y fuimos de vuelta a la sala donde habían dejado a lo largo de la barra algunas copas y vasos junto a varios platos para picar algo en forma de bienvenida.

¿Alguna vez os habéis sentido tan abrumados que casi no podéis ni hablar? Era como si necesitase salir de allí y coger aire. Demasiadas sensaciones. Sentía por momentos miedo, nervios y, al rato, felicidad; sentía alegría por vernos a todos allí, sonriendo. Pensé también en mi abuela, en cómo reaccionaría cuando le contase lo que estaba viviendo. En resumen: demasiadas emociones en tan solo unas horas.

—¿Blanco o tinto?

Su voz me sacó de aquella vorágine y sonreí al ver la copa que me tendía.

—Blanco. Seco.

Cogí la copa mientras él descorchaba una botella de vino y me sirvió al terminar.

—Estás temblando. —Observó mi mano y la cogió para parar ese temblor—. ¿Tienes frío? —me preguntó al tocar mi piel y negué.

—Solo son nervios. Estoy... necesito coger aire.

—Vamos fuera.

—Quédate aquí, nos están mirando —le indiqué sutilmente que mis compañeros y alguno de sus trabajadores habían dirigido la atención hacia nosotros. Él sonrió socarrón.

—Pues parece que nunca han visto a dos personas hablar.

—Ya debes de ser raro como para que se extrañen por eso. Seguro que eres serio con ellos, y distante.

—No has dado una. Venga, vamos.

—También mandón.

—Eso solo en el trabajo.

Salí detrás de él hacia la puerta de entrada y nos sentamos en uno de los bordillos de un ventanal con la espalda pegada al cristal. Respiré hondo de nuevo. Cerré los ojos y volví a abrirlos mirando hacia arriba. El cielo estaba teñido de un naranja suave, había alguna nube salpicándolo y la luna ya asomaba. Todo estaba pasando y cambiando a la misma velocidad en la que el día sucedía a la noche.

—Estoy abrumada. He pasado de tener la nada absoluta a estar viviendo cosas que nunca pensé que viviría.

—Fuiste valiente y pensaste en ti. Los cambios no son fáciles, pero sí necesarios. Si algo no cambia está destinado a morir, Candela. Hiciste bien.

—Tengo miedo —le confesé como hace unos meses atrás no me atreví a hacer y él me miró interrogante.

—¿De qué tienes miedo?

—De no estar a la altura, de que sea demasiado bueno para mí y no llegue. Simplemente, no llegue.

«De ti, de mí», pensé.

Santana negó y levantó mi cabeza gacha.

—Te dije que no hicieras eso.

—¿El qué?

—Agachar la cabeza como si te sintieses avergonzada o pequeña... Todos los que estamos aquí somos imperfectos, quizá yo sea el que más, así que nadie te puede exigir nada. No has venido a cumplir las expectativas de nadie, ¿vale?

—Vale. —Asentí con fuerza—. ¿Me abrazas?

Mi pregunta le pilló desprevenido y su cuerpo se tensó.

—¿Qué te abraza?

—Sí, ¿sabes lo que es o te lo explico?

Se levantó, me tendió la mano hasta ponerme de pie y me envolvió entre sus brazos. Era la primera vez que nuestros cuerpos se acercaban de ese modo. Rodeé su cuello con mis brazos, cerré los ojos y me perdí en el olor de su perfume, era fresco, distinguí ciertas notas cítricas y amaderadas. Me relajé, mi cuerpo fue soltando la tensión y recuperando también la temperatura. Deberíamos abrazar más, deberíamos abrazar y soltar por un momento esa mochila que

cargamos; abrazar y sentir, abrazar y olvidar, abrazar para irnos, pero también para volver.

—No te preocupes de más —musitó apartando un mechón detrás de mi oreja—. ¿Mejor? —preguntó distanciándose después del abrazo.

—Mucho mejor. —Esbocé una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Hace cuánto no te abrazan?

—¿Por qué lo dices?

—Porque todo tu cuerpo se tensó cuando te lo pedí y cuando te abracé tus hombros cayeron y se relajaron.

—Ahora también sabes de lenguaje corporal. Interesante —repuso.

—Lo único que sé es que es algo que, aparentemente, hago más que tú. ¿Volvemos dentro?

Asintió y anduvimos de vuelta hacia el interior. Tomé esa copa de vino que se había quedado en la barra y me uní a la conversación que el resto estaba manteniendo. Al parecer, Oxana, la chef pastelera, había trabajado en ocho restaurantes más antes de llegar a Aire.

—Me llevé algo de cada sitio en el que trabajé, necesitaba vivir distintas experiencias. Trabajar mano a mano con varios chefs es algo realmente gratificante y te ayuda a crecer como profesional, sin embargo, cuando conocí a Álvaro tuve la sensación de que esta podía ser mi casa por más tiempo. Más aún cuando conocí su historia.

Me quedé expectante, como si Oxana fuese a seguir hablando y contarnos esa historia que le hizo quedarse en Aire. Juraría por la cara de mis compañeros que era una curiosidad compartida, aunque muy a mi pesar se quedó ahí porque Javi interrumpió la conversación. Puede que el vino soltase la lengua y Oxana estuviese hablando de más. Puede que fuese pronto para saber de esa historia o demasiado importante como para que la supiéramos nosotros, personal, quizá. En cualquier caso, como al gato, me mataba un poco esa curiosidad.

—Oxana es como nuestra madre —la interrumpió Javi—. Seguro que haréis un gran equipo junto a ella y los demás.

—Claro que sí. Bueno, niños, a la cama que mañana hay servicio.

—¿Veis lo que os decía? —dijo Javi sin que ella lo escuchase y nos reímos.

—Tiene razón, ha sido un día muy largo.

—¿Necesita alguien que lo lleve a casa? —Se ofreció y nosotros negamos.

—Yo, guaperas —le dijo Oxana y él se rio. Me recordaba un poco a la relación que Tomás tenía con Carmen, la cocinera de nuestra cafetería.

—Rebeca y Candela se vienen conmigo. Si queréis puedo acercaros —sugirió a Marta y a Ángel, pero dijeron que no hacía falta, que vivían cerca.

—Vaya con los millonitis —solté bajito y Rebeca se rio.

—Entonces vámonos, muñequitas, que mañana hay que trabajar.

Nos fuimos despidiendo de todos y antes de salir me dirigí hacia Santana con disimulo y dejé mi copa en su mano.

—Gracias por el abrazo y por la charla. Si alguna vez necesitas alguno, pídelo.

—Lo tendré en cuenta.

—Pero no solo a mí. —Le guiñé un ojo antes de girarme y lo dejé con una sonrisa entre los labios.

En ocasiones pienso que quizá nuestro propósito en la vida sea más simple que todo eso que nos han contado. Que sea algo tan simple como ese abrazo, como hacer reír a quienes tenemos cerca o ver cómo alguien disfruta de lo que damos tanto como nosotros disfrutamos creándolo. El problema es que la mayoría de veces lo vemos difícil, y no porque lo sea, sino porque de creerlo acabamos haciéndolo así, complicado.

Al llegar a casa aquella noche me di una ducha larga bajo una canción que sonaba, me acurruqué entre las sábanas y sonreí pensando que era cierto, había sido valiente tomando la decisión de dejarlo todo y venir aquí.

Capítulo 9



Caos

Los primeros días pasaron rápido. Muy rápido. Me caía de la cama para ir a clase, comíamos en la cafetería y salíamos hacia el restaurante. Con deciros que me quedaba dormida poco después de llegar a casa por las noches y el despertador sonaba a las siete os lo digo todo. Quien me conozca sabe que eso es un récord, que yo lo de dormir pronto y levantarme temprano siempre lo he llevado fatal, soy mucho más productiva por la noche, qué le vamos a hacer.

En el restaurante todo iba bien. Los servicios de las dos noches anteriores nos sirvieron para familiarizarnos con el ritmo de aquella cocina donde reinaba el orden y todos parecían concentrados. Prácticamente, solo se escuchaban las voces de los chefs y el «oído» después de una comanda u orden. Al principio pensábamos que quizá nosotros los distraíamos con nuestras preguntas, pero ni eso lograba desviar la atención de los cocineros. Conocimos al resto del equipo y apunté mentalmente los nombres de algunos de ellos, aunque mi cabeza aquellos días no daba para más.

El sábado cuando llegamos había una chica morena en la recepción. Tenía el pelo largo y los ojos grandes y azules. Salió de detrás del mostrador en cuanto entramos y nos saludó.

—Buenas tardes, ¿teníais reserva? —nos preguntó algo extrañada y sonreímos.

—Ya quisiéramos —contestó Tomás—. Estamos haciendo las prácticas de pastelería.

—¡Ah! —Se sonrojó al instante—. Soy Aina, la hermana de Álvaro. No hemos debido coincidir porque solo vengo los fines de semana para echar una mano.

—Pues encantados —le dijo y sonrió—. Candela, Rebeca, Ángel y Marta. Yo soy Tomás.

Saludamos también.

—Igualmente, nos vemos por aquí entonces.

Asentimos y nos dirigimos a la cocina.

—¿Y esa sonrisa de seductor? —observó Rebeca.

—Ni se te ocurra, Tomás.

—Ah, no, tú cuchicheando con el jefe y yo por haber sido amable ya me vais a echar la bronca.

—Ahí tiene razón —apuntó Rebeca.

—Voy a hacer como si no hubiese escuchado nada —avisé—. ¿Creéis que las relaciones entre personal están prohibidas?

—¿Estás pensando en...?

—Es simple curiosidad —la interrumpí antes de que siguiera con lo mismo.

—No, no están prohibidas —resolvió Javi detrás de mí y me asusté.

—Un día de estos me va a dar un infarto —me quejé y se rio.

—El jefe de cocina tiene algo con una de las camareras de sala.

—¿Con quién? —preguntó Rebeca enganchándose a mi brazo mientras andábamos.

Menos mal que no era solo yo la cotilla.

—Con Mara, la que es rubita y tiene el pelo rizado.

—Ah, sí. Ayer sacó algún postre —recordó.

—Uno de vuestros compañeros de pastelería tenía una relación con una cocinera de la línea de frío. Lo dejaron y no se pueden ni ver, eso es lo malo de trabajar en el mismo sitio.

Seguimos hablando hasta llegar a la cocina y nos despedimos.

A las siete y media de la tarde todos estábamos en nuestros puestos, era sábado y, según nos habían contado, solía haber más movimiento que los demás días.

—Rebeca, por favor, ocúpate de la crema de malvavisco —pidió Oxana—. Tomás, ponte a hacer los bizcochos de sifón de chocolate negro. Candela y Ángel, la espuma de *toffee* y la tierra de galleta.

—Oído.

—¿Haces tú la tierra y yo el *toffee*? —me preguntó Ángel.

—Perfecto. Cuando acabe con la tierra te ayudo con la espuma.

Nos centramos cada uno en su elaboración, aquel postre era una versión de lo que se conoce como *s'more*, ese sándwich de galleta que los *boy scouts* comen en las hogueras cuyo interior es un malvavisco y una onza de chocolate, aunque en el postre todo iba integrado en distintas texturas. Cuando lo probé el primer día me impresionó encontrar el sabor exacto de aquella galleta con el añadido del caramelo salado que potenciaba el sabor de los demás ingredientes.

Empecé a mezclar la mantequilla junto con el azúcar, añadí los huevos, la leche y la miel, removí y después fui añadiendo la harina junto a la levadura y la sal hasta conseguir la masa. Era automático, hacía una bandeja, la horneaba y cuando estaba hecha la galleta, la rompía hasta conseguir esa textura de tierra. Una bandeja detrás de otra hasta tener las cantidades que se necesitaban para el total de postres. En aquella cocina todo funcionaba así, a lo grande, y era cierto que nosotros estábamos acostumbrados a trabajar con elaboraciones individuales, así que cuando entramos y nos pusimos manos a la obra, me acordé de lo que me dijo Santana: «en una cocina se trabaja en equipo».

Terminé con mi elaboración, ayudé a Tomás a desmoldar los bizcochos de sifón y, cuando él vio que llegaba, volví con Ángel. Lo veía algo apurado, el *toffee* llevaba su tiempo, aún más contando con que se necesitaban dos tandas.

—¿Vas bien?

—Voy a empezar con el caramelo de la segunda.

—Te ayudo.

Pesé el azúcar y la puso en el cazo junto a la cantidad que correspondía de agua.

—Vamos, vamos.

Cuando el caramelo comenzó a cambiar de color añadió los ingredientes restantes y los integró con rapidez. Una vez listo, cogí los sifones para rellenarlos, la mezcla era espesa.

—¿Quieres que lo haga yo? —le pregunté viendo que tenía el pulso para robar panderetas.

—No, ¿puedes sujetar el sifón?

—El sifón pesa, no se va a caer.

—Ya, pero así estoy más seguro.

Lo sujeté mientras él inclinaba el cazo directamente sobre la boquilla, su mirada se alternaba entre el reloj y lo que estaba haciendo. En una de esas veces, el *toffee* se deslizó sobre la encimera y mi antebrazo, el mismo que tenía remangado unos centímetros.

Me tragué el grito que quería soltar y todas las palabrotas que se acumulaban en mi boca

atropelladamente. Ángel me miró paralizado y salí de la cocina corriendo con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Me cago en la puta! ¡Joder! —grité cuando entré al baño y puse el brazo bajo el grifo de agua fría.

Oxana entró al momento, miró mi brazo y de seguido a mí.

—Voy a llamar a Javi, esas quemaduras tienen que vértelas en el hospital.

—No quiero ir al hospital, quiero acabar el servicio.

—Candela, es mejor que vayas. No te preocupes por el servicio ahora, saldrá.

Lloré de impotencia por no poder terminar el servicio, parecía que se cumplía uno de esos miedos que tenía: acababa de empezar y ya sentía que no llegaba, que no estaba a la altura. Y para colmo tenía que ir al hospital. Oxana me abrazó y besó mi frente tranquilizándome.

—Ya verás que no es nada y la semana que viene vuelves a estar en cocina con toda la artillería. Venga, bonita, ánimo.

Javi entró al baño y me hizo un gesto con la cabeza haciéndome saber que había que irse. Estaba serio, muy serio. La primera semana y ya había un problema. Bajamos hasta el garaje donde había dos coches aparcados: uno muy antiguo y otro muy nuevo. Las luces del más nuevo guiñaron encendiéndose, me abrió la puerta, entré y la cerró detrás de mí. Salimos de allí casi en Fórmula Uno, no quería mirarme el antebrazo, y cada vez clavaba más los dientes en mi labio inferior tratando de aguantar el dolor.

—Qué movida, Pajarillo —lamentó mientras conducía hacia el hospital—. Espero que no te corten el brazo —bromeó tratando de distender el ambiente.

—Idiota —solté sin pensar—. Mierda, perdona.

—Puedes decir lo que quieras, yo en tu lugar ya habría dicho «me cago en la puta» unas veinte veces. Y a mi compañero también le habría dicho gilipollas y vete tú a saber qué más.

—¿Falta mucho para llegar? —Era lo único que quería saber.

—Cinco minutos. ¿Te duele?

—Estoy un poco mareada.

—Ya llegamos.

Pisó el acelerador y minutos después aparcamos en urgencias. Ni nos preocupamos por si el coche se quedó de mala manera aparcado. Me agarré a su antebrazo como pude y anduvimos hasta entrar. Dimos los datos y en la sala de espera maldijimos en relevos durante un rato más.

—Más lentos que el caballo del malo. Voy a traerte agua.

Finalmente miré mi brazo, tenía varios círculos que estaban mutando, por suerte no parecían muy grandes, aunque su tono no era para nada bonito y se alejaba bastante del color de mi piel. De repente escuchamos otra voz que se unía a las nuestras. Santana se agachó hasta quedar de cuclillas. Su rostro era una mezcla de preocupación y enfado. Me examinó con la mirada y apartó mi pelo de la cara.

—¿Estás bien? —Le enseñé el brazo y apretó la mandíbula—. Mierda, Candela.

—Candelaria Macías —llamó la enfermera y me puse en pie. Estaba mareada, no sé si por la tensión, el dolor o una mezcla de ambas.

Santana me agarró por la cintura y me acompañó hacia la puerta donde la enfermera esperaba.

—¿Candelaria? —Asentí—. Tu pareja puede pasar si quieres.

—No es mi...

—Voy.

Entré a consulta y el doctor me examinó.

—Las quemaduras son dolorosas y cuando van curando algo molestas, pero no tienes de qué preocuparte —nos explicó a la vez que curaba y cubría parte de mi antebrazo—. Son cosas que pasan en una cocina. —Sonrió mirando nuestras chaquetillas—. Te recuperarás rápido. Mañana tienes que volver para hacerte otra cura y ya te darán las indicaciones para que te las cuides en casa, si las sigues al pie de la letra, con suerte no te quedará mucha marca.

—Eso espero. Muchas gracias. —Me levanté cuando terminó y cogí los papeles que me tendía—. Buenas noches.

—Que se tome un analgésico cuando llegue a casa —le indicó a Santana antes de cerrar la puerta.

Javi nos esperaba sentado en la sala de espera. Se levantó al vernos y sonrió al ver las vendas.

—Mira el lado positivo, no has acabado como una momia.

Santana puso los ojos en blanco y yo sonreí.

—Lleva a Aina a casa, por favor.

—No te preocupes. —Le palmeó la espalda y me dio un beso en la mejilla—. Mejórate, que tienes que volver a volar.

—No te vas a librar de mí por unas quemaduras.

—Eso quería escuchar.

Anduvimos hacia el aparcamiento hasta llegar al coche. El segundo, ese que os dije que era antiguo, era el de Santana. De color rojo, casi como mi piel en ese momento.

—Puedo coger un taxi.

—¿Estás de broma? Anda, entra —pidió abriendo la puerta.

Le indiqué la dirección de mi casa y condujo en silencio por las calles ya sin tráfico. Cuando llegamos, aparcó, me pidió las llaves de casa y, mientras él vigilaba mis pasos desde atrás, subimos poco a poco las escaleras.

—¿Qué piso es? —Me preguntó al llegar al rellano. Avancé hasta mi puerta y sonrió—. Una puerta verde rana.

—No es verde rana, es verde pistacho —repliqué y sonrió.

—Me gusta.

—¿Sí? —Lo miré extrañada—. Pues serás el primero después de mí.

—Es original.

—Y práctica, muy práctica —repetí como siempre que hablaba de la puerta.

Abrió con mis llaves y encendí la luz. Le indiqué que dejase mi mochila, esa que traje consigo, en el perchero de la entrada, y me fui directamente al sofá.

—¿Me das el número de Alejandra?

—Puedo estar sola, no es la primera vez que me pasa algo estando aquí.

—Ya, pero me quedo más tranquilo si se queda alguien.

Negué con fuerza.

—Son casi las dos, debe de estar dormida. Hoy tuvo dos pases.

—Entonces me quedo yo.

—¿Qué? ¡No!

—Soy tu jefe, deja de negarte.

—No uses el comodín del jefe fuera del trabajo. Me duele, pero estoy bien.

—No me voy a ir.

—Santana. —Lloriqueé.

—Candela. —Imitó en el mismo tono y me reí—. Ya vuelvo.

Le escuché hablar por teléfono y poco después volvió con un vaso de agua y una pastilla.

—Tómatela, mañana estarás mejor.

—¿Hablabas con tu hermana? —Asintió y esperó a que me tomase la pastilla—. ¿Cuántos años tiene Aina?

—Veintiuno.

—¿Estudia?

—Diseño en la universidad. Los fines de semana insiste en trabajar en el restaurante. Yo no quiero que lo haga, quiero que disfrute de esa etapa, que salga con sus amigos, que viva, pero ella es terca como una mula.

—¿Estáis los dos solos?

Torció los la boca en un gesto y se levantó.

—Para estar enferma estás preguntando demasiado.

—Es que la lengua no me la quemé. —Agitó la cabeza disimulando una sonrisa y dejó el vaso en la pequeña barra de la cocina—. Estás enfadado.

Tensó los hombros justo antes de darse la vuelta y me miró.

—Sí, lo estoy.

—Lo siento, de verdad.

—Lo siento yo, pero por ti. Eso no debería haber pasado. Venís de la mejor escuela de pastelería. Entiendo que todavía os cueste llevar el ritmo de una cocina, pero para eso hay varias personas dentro del equipo, para ayudar.

Se sentó a mi lado y se echó hacia atrás hasta apoyar su espalda en el sofá. Cerró los ojos, respiró con fuerza y dejé mi mano sobre la suya. Sus dedos jugaron con los míos durante un instante, me sentía aturdida, en una especie de limbo. Cuando me percaté, aparté la mano con rapidez y volví a dejarla sobre el asiento.

—Voy a cambiarme.

Me levanté del sofá y me encaminé con urgencia hacia el baño. Un sitio donde escapar, lejos de las sensaciones que me provocaba. Como si aquellas cuatro pareces se convirtieran en trinchera y fuera se librara esa guerra que yo no quería comenzar y en la que, sin apenas darme cuenta, ya se habían disparado algunas balas.

Salí al rato, me tomé más tiempo de lo habitual y lo encontré mirando por uno de los ventanales. Alto, impertérrito, con el pelo alborotado, la bandana alrededor de su muñeca y esas Vans que tan desenfadado le hacían ver. Lo saqué de sus pensamientos con el sonido de mis pasos y se dio la vuelta al escucharme.

—Tienes la ciudad a tus pies.

Y a él, a él lo tenía en el centro del salón, mirándome e invitándome a perderme en algún lugar. Tenía la ciudad a mis pies y mi mundo comenzaba a ponerse patas arriba.

Capítulo 10



Inevitables

El fuego es un elemento hipnótico. Su color atrae, sus llamas ondean en una especie de baile cautivador que crece en intensidad y, cuando lo prendes, comienza poco a poco a invadir todo el espacio. Si nunca supiésemos el daño que hace nos acercaríamos a él hasta quemarnos, como Ícaro cuando voló cerca del sol hasta que sus alas se consumieron. Y es cierto, todo lo divino atrae, todo lo bonito, lo bello, pero no nos damos cuenta del poder que tiene hasta que estamos cerca, y cuando lo hacemos ya es imposible escapar de ello, como de un incendio, porque comienza a arrasarlo todo.

Yo sabía todo lo que el fuego era capaz de provocar y aun así no quería alejarme de allí aquella noche. Puede que no le encontréis el sentido, hasta a mí me costaba encontrárselo, lo único que sabía era que Candela era como ese fuego al que no me debía acercar y del que me costaba mantenerme alejado. Y me lo decía, joder que si me lo decía, sin embargo, al mismo tiempo pensaba en lo que ella y yo podríamos haber sido hace unos meses atrás.

Acababa de salir del baño, una camiseta ancha cubría parte de su cuerpo dejando ver sus piernas. Tenía el pelo desordenado, de ese color que me recordaba al caramelo, los ojos brillantes por el cansancio y los labios rosados de tanto mordérselos. En aquel momento pensé que me gustaría que lo liberara de entre sus dientes para poder hacerlo yo pese a que no debía. Ella era fuego y sabía que me quemaría.

—En ese cajón hay unas sábanas. El sofá se abre, te ayudaría, pero no puedo.

—No te preocupes, descansa.

Recogió uno de sus mechones detrás de la oreja y asintió.

—Buenas noches.

Pasó por delante de mí y agarré su otro brazo para detenerla unos segundos. Me miró confundida, como si ella misma estuviese jugando a una especie de tira y afloja en el que un extremo de la cuerda le llevaba a tierra firme, y el otro a un lugar desconocido. La recogí entre mis brazos y la apreté levemente entre ellos, no sabía si quería mi contacto. Ella se puso de puntillas y pasó el brazo que podía levantar por mi cuello. Ahogó un sollozo en él y dejé un beso en su pelo.

—No me has dicho que necesitabas un abrazo —susurré.

—Ya te diste cuenta tú.

No estaba acostumbrado a abrazar demasiado. De vez en cuando Aina buscaba refugio en mis brazos, otras lo busqué yo, pero no era algo que soliese hacer. Será que todo lo que nos tocó vivir hace ya tiempo hizo que nos pusiéramos una coraza para obligarnos a ser fuertes, para evitar mostrar esa vulnerabilidad que quedaba

descubierta en los abrazos. A Candela le daba igual mostrarse vulnerable, ella sabía que eso no era sinónimo de ser débil. Me di cuenta el mismo día en el que ella me pidió que la abrazara, y la verdad es que cuando lo hizo me sentí jodidamente bien, como si en ese cruce de cuerpos soltase toda la tensión que cargaba.

—¿Estás bien? —Quise asegurarme.

—Sí, estoy bien. —Nos separamos y esbozó una sonrisa triste—. ¿Sabes dónde está mi teléfono?

Fui hacia su mochila y lo saqué del bolsillo pequeño.

—Tomás y Rebeca deben de estar preocupados.

—Voy a mandarles un mensaje y mañana hablaré con ellos.

—Avísame si necesitas algo.

Asintió y desapareció detrás del biombo blanco que separaba su cama del espacio en el que me encontraba.

Cuando amaneció la luz del sol entraba directamente por aquellos ventanales. Miré hacia ellos maldiciendo, y con un ojo observé que había unos cuantos estores que no bajé la noche anterior y que me hubiesen permitido dormir, al menos, una hora más, porque cuando me despertaba ya no había manera de que volviese a coger el sueño. Me levanté, fui hacia el baño y me lavé la cara, después recogí las sábanas y dejé el sofá en su posición inicial. Candela seguía dormida, respiraba profundamente, así que esperé en la cocina mientras hacía café y algo para desayunar.

Al abrir la nevera sonreí, tenía una balda llena de tabletas de chocolate amontonadas, dos docenas de huevos, varias barras de mantequilla y algunos botes de nata para montar. «Pastelera», pensé. Cogí algunos huevos y el pan de molde que había en un armario junto a algunas especias para hacer tostadas francesas. Aquella cocina era pequeña, casi diminuta, parecía la cocina de los Pinypon o de David el Gnomo, según como se mire.

Traté de hacer el menor ruido posible, pero me costaba moverme en aquel rectángulo. Terminé de hacer el café y al girarme para dejar las tazas en la barra la encontré sentada en uno de los taburetes bostezando y frotándose los ojos.

—Buenos días. —Arrugó la nariz y sonrió—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media, señorita.

—Huele bien. ¿Qué es?

—Tostadas francesas. ¿Cómo tomas el café?

—Con un chorrito de leche y una cucharadita de azúcar. —Lo dejé delante de ella y dio un sorbo—. Puedes irte cuando quieras, seguro que tienes cosas que hacer.

—No empecemos desde temprano.

—¿Empezar?

—Sí, como anoche. Yo te diré que no me voy, tú insistirás en que me vaya, y al final voy a hacer lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —preguntó, curiosa.

Me incliné hacia delante hasta casi rozar su nariz con la mía. Se quedó quieta y sonreí con picardía.

—Comerme el desayuno —contesté y dio una palmada en mi pecho.

—Y después te vas —aseguró.

—Ya veremos.

Puso los ojos en blanco y me reí de su gesto exasperado.

Comió con ganas, hacía horas que no comía, probablemente desde antes de entrar al restaurante. Miré su brazo esperando que cuando volviésemos al hospital todo fuese mejor.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, luego puedo ir a trabajar.

—Ni hablar —negué rotundo.

—Voy a ir.

—No, no vas a ir.

—Quiero ir —sostuvo.

—Olvídate, Candela —pedí serio—. Vamos a ir al hospital a que te hagan la cura y después vas a volver a casa a descansar.

—¿Por qué rebates todo lo que digo? Ya sé que estás acostumbrado a hacer de jefe, pero no pienso obedecer fuera de la cocina. Yo no soy así.

—Dios, ¿por qué me mandas a todas las que tienen la cabeza dura como un melón? ¿No tenía suficiente con mi hermana?

—Retira eso —llamó mi atención dándome un toque en el brazo.

—Lo primero, no abuso nunca de mi posición en el restaurante. Y lo segundo, solo quería quedarme para asegurarme de que estabas bien, no como empleada, sino como amiga.

—¿Ahora somos amigos? —Se levantó para dejar su plato en el fregadero y después se acercó a mí esperando una respuesta.

—¿Qué si no? —Me acerqué aún más a ella. Noté su respiración acelerada y volvió a morderse el labio en un gesto inconsciente.

—Voy a darme una ducha y nos vamos —dijo zafándose de aquella conversación.

—Perfecto.

Salió de la cocina con paso acelerado, cogió su ropa y se metió en el baño. Me desesperaba, no recordaba cómo llegaba a desesperarme. Mientras tanto, ella seguía tirando de ese extremo de la cuerda que le alejaba del camino desconocido, de mí.

De camino al hospital estuvo en silencio, algo meditabunda. Volvieron a curarle las quemaduras, por suerte tenían mejor aspecto que la noche anterior, le indicaron cómo cuidárselas en casa y salimos de allí.

—Candela... —Levantó la cabeza en un gesto interrogativo—. Solo quiero que te recuperes, que descanses hoy. Lo necesitas, sé que esta semana ha sido difícil, han sido muchos cambios, y que pasase eso no me quita parte de la responsabilidad.

—Tú no tienes culpa de nada.

—Debería haber estado más encima de vosotros —suspiré—. Ve a trabajar si quieres, es tu decisión.

—Vale. —Se bajó del coche y antes de darse la vuelta se paró en la ventanilla—. Gracias por preocuparte y por quedarte anoche. Y perdona por el arrebató de antes, es cierto que soy muy cabezona y verme con el brazo así no me ayuda nada.

—Pasará pronto, ya lo verás. Escíbeme si necesitas algo.

Se despidió con una sonrisa y arranqué cuando entró en el portal. Conduje hacia casa, el trayecto fue una mierda, tenía la atención puesta en la carretera, pero el pensamiento de dar la vuelta no paraba de resonar en mi cabeza. Quería quedarme

con ella, pero me recordé que tenía obligaciones y que solo era su jefe. Bah, no sé a quién cojones pretendía engañar, sabía que la miraba de forma diferente, que seguía siendo especial.

Subí y me di una ducha, no había nadie en casa, Aina salió con sus compañeros de clase, así que no me detuve más que el tiempo necesario y fui al restaurante para saber cómo fueron las cosas en mi ausencia la noche anterior. Lo confieso. Era un obseso del control, en el trabajo no quería que algo saliera mal y cuando lo hacía me costaba asumir que era parte del camino, que no tenía por qué culparme por cada error que se cometiese. Cuando llegué llamé a Carlos, el jefe de cocina, a mi oficina. Me comentó que el servicio continuó con normalidad y que, aunque tardaron unos minutos en recuperar el ritmo de trabajo en pastelería, los postres salieron a tiempo y sin problemas. Respiré aliviado después de hablar con él, le di las gracias y salió de la oficina. Javi le relevó y se sentó delante de mí acomodándose en el asiento.

—¿Está ya cómodo el señor?

—Estaría mejor con una cerveza y una tapita, pero qué le vamos a hacer.

—Ya me contó Carlos que todo fue bien.

—Deberías confiar más en el equipo y tomarte algunos días de descanso. Es normal que las ideas no fluyan, estás ahí aturrullado. —Hizo un gesto con sus manos como si algo fuese a explotar, supongo que se refería a mi cabeza.

—Confío en todas y cada una de las personas que trabajan aquí.

—¿Con los ojos cerrados?

—A ver...

—¿Ves? Ese es el problema, cuando uno confía en alguien, lo hace con todo, y lo hace siempre, no de vez en cuando, sino, amigo, se llama desconfiar.

—Me cuesta dejarlo todo en otras manos. Todo el trabajo, todo mi esfuerzo, lo que luché para llegar hasta aquí.

—Ya lo sé, pero no está solo en unas manos. Cuando tú no estás seguimos trabajando en equipo, si uno no encuentra una solución, la encuentra otro. Sabes que tienes suerte de contar con Carlos y con Oxana, por no hablar de mí, claro —dijo con fingida modestia.

—Debería ser más consciente de esas cosas, ¿verdad?

—Verdad —afirmó con la voz de presentador de concurso—. ¿Qué tal el Pajarillo? Me apoyé en el respaldo de la silla y resoplé con fuerza.

—Está mejor. Volvieron a hacerle una cura, espero que cada día le moleste menos.

—Es fuerte, eh. Aguantó el dolor como una jabata.

—Tiene carácter, sí.

—Y te gusta.

—Y me gusta —admití, cansado.

—¡Te gusta! —exclamó y dio una palmada en la mesa que me sobresaltó—. Creí que eso nunca volvería a pasar. Que habías cerrado ya las puertas a todas las mujeres habidas y por haber. Entre lo que te pasó con Aurora y el plantón de la chica de hace unos meses... Vaya suerte, amigo.

—Ella es la chica del plantón.

—¿¡Que qué!? Espera, acabo de sufrir un cortocircuito.

—¿Como el que yo tuve cuando la volví a ver o cuando me enteré de que entraba

en el restaurante a hacer las prácticas?

—A eso se le llama destino o putada, según como se mire, aunque creo que es bueno que ella esté aquí.

—No lo sé, aún no lo sé. No la entiendo, de verdad que lo intento, pero no sé lo que pasa por su cabecita.

—¿Y ella te entiende a ti? A mí me costó años conseguirlo —admitió.

—Pensará lo mismo.

—Quizá no te hayas dado cuenta todavía, pero no pareces un adivino, así que, si no hablas con ella, si no tenéis, ya sabes, una cita, pues es difícil que lo hagas —sugirió—. Me apunto lo de comprarte una bola de cristal por si no sale bien.

—Cada vez que intento acercarme a ella huye como si fuera a hacerle daño, como si acercándose a mí también se lo fuese a hacer a ella misma.

—Deberíais sentaros con una copa de vino a escupir verdades y unos cuantos miedos.

—¿No me has escuchado? Si le digo que salgamos alguna noche la que va a salir es ella, pero corriendo.

—No pierdes nada por preguntarle.

Me levanté de la silla y empecé a dar vueltas por el pequeño despacho.

—No tenía yo suficientes cosas en mi cabeza, no —bufé.

—Mira, cuando los miedos hablan, el resto del cuerpo y de los sentimientos se callan. Se callan las ganas, se callan las intenciones, se callan las emociones. No existen. Caput.

A todos nos domina el miedo alguna vez en nuestra vida, a veces incluso se hace una constante que decide por nosotros. El peligro de darle el mando es que acabamos actuando como él quiere, alejándonos de nosotros mismos, de lo que sentimos, de lo que una vez quisimos. Es como si eso ya no importase, como si darle ese poder fuese la única forma de estar a salvo, y no nos damos cuenta de que no hay más peligro que caer en él, en ese juego nuestro de ponernos la zancadilla constantemente. Yo no podía alejar sus miedos de una vez, pero sí quería entenderlos, quizá también intentar contarle todo eso que me atormentaba y que me acompañaba desde que era un niño. Fácil decirlo también, pero todo se complica cuando tratamos de hacerlo.

Capítulo 11



Fragilidades

En el momento en el que cerré la puerta de casa me eché a llorar. Me sentía frágil, el aire acudía a trompicones y las preguntas se sucedían en mi cabeza de forma atropellada, lo más frustrante de todo era que no tenía respuesta para ninguna de ellas. Creía que lo tenía todo bajo control y me percaté de que solo era una falsa sensación, que por alejarme de todo lo que me hacía daño no iba a olvidar, no dejaría de doler menos ni yo dejaría de sentirme como me sentía en aquel momento. Lo supe desde el momento en el que entré al restaurante a trabajar, lo supe también desde que él y yo nos volvimos a encontrar. Y esos pensamientos no han dejado de repetirse como si solo hubiese una emisora sintonizada en mi cabeza. Pensé en dejar las prácticas, pero ¿de qué me serviría? Eso solo me alejaría de mí y yo no quería que mi pasado pesase más que cualquier cosa.

La primera en llamar a mi puerta fue Alejandra, le mandé un mensaje mientras iba en el coche. En cuanto abrí me examinó de arriba abajo, sostuvo mi cara entre sus manos y me abrazó fuerte.

—¿Por qué no me llamaste ayer, tonta? ¿Por qué? Que ya sé que estoy muy liada con el trabajo, pero tú para mí eres de lo primero. —Me encogí de hombros y nos sentamos en el sofá—. Has estado llorando.

—No lo estoy haciendo bien, Alejandra. Me siento débil, como si ahora mismo todos esos recuerdos pudiesen más que yo.

—¿Tú? ¿Débil? ¿De verdad estoy hablando contigo, Candela?

—No quiero volver a presionarme para intentar ser perfecta, no quiero cumplir las expectativas de nadie, no quiero sentirme pequeña, que no soy suficiente. —Miré mi brazo vendado—. No quiero sentirme así.

—Ninguno de los que te rodeamos sabemos lo que es la perfección. ¿Eso se come? —Intentó sacarme una sonrisa—. Cande, ya no eres una niña, ya nadie decide por ti ni te marca una meta a la que llegar.

Vivimos condicionados por quienes fuimos una vez, como si fuese un patrón inamovible, un diseño único con el que nos vestimos, con el que a veces nos visten y esperan que llevemos puesto durante toda la vida. Porque así brillaremos más, porque así seremos más lo que quien lo diseñó esperaba. Y así, a lo largo de nuestra vida, vamos poniéndonos trajes que los demás diseñan para nosotros. ¿Y dónde queda nuestra voz? ¿Lo que queremos llevar nosotros? ¿Lo que realmente somos? Debajo de todos esos trajes que tenemos que empezar a quitarnos. Y hacerlo conlleva tiempo y mucho esfuerzo.

—Para mí que ayer pasase esto fue fallar. —Le enseñé mi brazo—. Por eso tengo que ir a trabajar hoy.

—No fallaste, ni a ti ni a tu trabajo. Y que hoy no vayas a trabajar es una forma de dejar de

exigirte tanto. Necesitas descansar, así que te vas a quedar aquí conmigo y si tu cabeza quiere hablar, que hable.

—No puedo hacer eso.

—Sí puedes. Escribe a Santana, hasta que no te vea ir en contra de todo lo que te dices no te voy a dejar tranquila. Y... quizá debas retomar el contacto con tu psicólogo, Cande. Yo solo te puedo ayudar a montarte en la bici, pero la que pedalea eres tú. Si no le das, no avanzas.

Suspiré sabiendo que lo que me decía Alejandra era verdad. Me costaba pedir ayuda, me costaba admitir que, aunque me mantuviera en pie, mi mundo seguía tambaleándose.

—Coge el móvil y escríbele un mensaje, dile que no vas a ir a trabajar.

—No me voy a sentir mejor por hacer eso.

—No puedes hacer algo solo por sentirte mejor o no. De hecho, las cien primeras veces que hagas algo que vaya en contra de lo que tu cabeza dice puede que te sientas como el culo, las cien restantes ya me lo agradecerás.

Quítate una de esas prendas, Candela. Aunque solo sea un botón. Cogí el teléfono, busqué su nombre, abrí una conversación y escribí.

Cande:

Hola, te escribo para decirte que no voy a ir a trabajar.

Alejandra leyó el mensaje y soltó una risita.

—Qué sosa, ponle una carita o algo.

—No hay carita que valga, es mi jefe.

Santana:

Esperaba este mensaje. ¿Te encuentras mejor?

—Se preocupa por ti —comentó echándole un vistazo a la conversación.

Cande:

Parece que tengo buenos enfermeros.

Santana:

¿Está Alejandra contigo?

Cande:

Sí, gracias por preocuparte. Nos vemos el jueves.

Santana:

Mejórate y descansa. Si necesitas cualquier cosa... avísame.

Me sonrojé y salí de la aplicación. Al instante agité la cabeza en un gesto negativo, bloqueé el teléfono y lo dejé en la otra punta de la mesa.

—Necesito que me hables de otra cosa, distráeme.

—Hugo me ha dicho que quizá es el momento de irnos a vivir juntos.

—¿Y?

—¿Cómo qué «y»? ¿Ya lo sabías?

—Soy su mejor amiga. ¿A quién quieres que le cuente las cosas si no?

—No, perdona. Eres MI mejor amiga, no puede escalar puestos tan rápido y haber llegado tarde. —Se cruzó de brazos enfurruñada—. No es justo, yo llevo contigo toda la vida. Te he

sujetado el pelo mientras potabas.

—Solo lo has hecho una vez. Qué bronca la de tu hermano cuando llegamos aquella noche —recordé—. Ale, Hugo es mi mejor amigo, pero tú siempre serás mi hermana. —La apretujé entre mis brazos y trató de esconder una sonrisa que finalmente esbozó.

—Le dije que sí, supongo que nosotros también tenemos que seguir avanzando. Cada vez es más difícil que él esté allí y yo aquí.

—Hacéis muy bien. Ya le dije yo que no te ibas a molestar, él pensó lo peor para ponerse sobre aviso, porque es verdad que eres impredecible. Eres como esos peluches que parecen adorables y que con solo darle a un botón te enseñan los dientes.

—¿Qué peluches son esos?

—Unos que le regalé a Lucas por su cumpleaños.

—Muy buena influencia, sí.

Lucas era el sobrino de Alejandra, pero era como si también fuese el mío. Ya os dije que tenía una pequeña familia, y ella, junto a su hermano Óscar, Nuria y el pequeño eran lo que yo llamaba hogar, ese sitio al que llamas y te abren la puerta con los brazos abiertos siempre eran ellos. Alejandra, Nuria y yo éramos un pack indivisible, hasta que tuvimos que mudarnos a la capital y dejamos a una parte de nosotras allí, a la más madura y sensata, la que no quería ver que tirásemos la toalla, sino que lo intentásemos hasta el final.

—¿Cómo está Nuria?

—Embarazadísima, y me da pena pensar que me perderé muchas cosas.

—Tengo que llamarla, esta semana ha sido un poco caótica. No verás a la niña tanto como veías a Lucas porque ahora mismo tu lugar no está allí, pero piensa que cuando él nació tú querías estar dónde estás ahora, así que vive este momento y disfruta de los que puedas compartir con ellos.

—Sí... tienes razón. Devuélveme mi pipa de la sabiduría.

—¿Pedimos algo para comer? —pregunté y se frotó las manos.

El timbre volvió a sonar y nos miramos extrañadas. Me levanté y abrí la puerta. Tomás y Rebeca entraron casi a empujones, este último logró entrar primero y se tropezó.

—¡Es que encima te vas a matar y a tirar la comida! —exclamó Rebeca.

—¿Cómo está mi quemada favorita?

—Tú lo has dicho, quemada, y sin haber estado en Bora Bora.

—A la salida vamos a acorralar a Ángel y a leerle nuestro lema —me dijo serio y sonreí.

Rebeca me examinó, me apretujó entre sus brazos y volvió a mirarme.

—Menos mal que estás bien.

—Sí, ayer íbamos a servir de postre corazón de Rebeca, la última receta del chef. —Dejó las bolsas en la encimera de la cocina—. ¿Cómo va todo, Alejandra?

—Todo bien. ¿Y vosotros? —preguntó mientras se saludaban.

—Pues... hemos estado mejor.

—Una semana dura, ¿no?

Tomás asintió varias veces con la cabeza.

—Un día de descanso a mitad de semana no nos vendría nada mal.

—Nada mal —repitió Rebeca saludando a Alejandra con dos besos—. Hemos traído comida china para que comamos juntos.

—Voy a sacar los platos —anunció Tomás y Alejandra se levantó para ayudarlo.

Me obligaron a sentarme en el taburete mientras ellos disponían los platos, vasos y cubiertos

a lo largo de la pequeña barra. Cuando estuvo me sirvieron incluso la comida y comencé a comer con ganas, aunque con cierta lentitud, me tiraba la piel cada vez que intentaba cortar el rollito de primavera, maldita sea.

—Ayer el chef entró en la cocina después de saludar a los comensales, y cuando se enteró de lo que pasó, salió como un toro de miura del restaurante —me contó Rebeca.

—Yo le hubiese dado una patadita a Ángel de paso —apuntó Tomás.

—En ese momento le hubiese retorcido el pescuezo como a una manga pastelera. —Hice el gesto y mi amigo rio.

—Tu brazo ahora, con esa venda, es como el puño de *Ironman*. Yo lo sujeto y tú le das un mamporro.

—Eso, disimula que te cae bien —le dijo Rebeca.

—Oye, Alejandra, ¿cuándo nos vas a invitar al teatro? —Desvió la conversación preguntándole como todas las veces que la veía.

—Cuando tú me enchufes en el restaurante —contestó y Tomás achinó la mirada.

—Te voy a conseguir una mesa VIP, ya lo verás. ¿Para cuándo?

—Espérate a que haya alguna ocasión especial. Y una última condición: tú me tienes que servir el postre.

—¿Cuánto dices que vale la entrada? —le preguntó y nos echamos a reír.

Después de esas últimas horas para olvidar, unas risas, una charla y unos cuantos platos de comida china me reconfortaron durante aquella tarde.

Capítulo 12



La cosa va de ópera

Los lunes siempre llegábamos a clase con ganas, y eso que la mayoría de los mortales suele odiar este día, pero para nosotros se había convertido en uno de los días menos malos de la semana y, después de como acabó la mía, estaba segura de que la cosa ya solo podía mejorar. Digo yo, que vaya que también lo dijese muy alto y me cagase una paloma mientras esperaba a mis amigos.

—¿En qué piensas? —me preguntó Rebeca cuando me vio.

—En que hoy he sido la más puntual, y en que no me riegue la cabeza una de esas palomas que están con el culo para afuera. —Las señalé y se rio.

—¡Buenos días! ¿Quién se va a echar hoy que se puede una siesta de tres horas? —preguntó Tomás, contento—. No contestéis todas a la vez.

—Espero que nuestra vida social a partir de ahora no se resuma en dormir la siesta.

—Si queréis la podemos dormir todos juntos.

Me eché a reír y Rebeca le dio un golpe con el codo.

—Cuando terminemos las prácticas y las clases vamos a hacer un viaje que ya veréis.

—Si lo organizas tú, me fio —dije.

—¿Y de mí por qué no? Si se puede saber, claro. —Puso los brazos en jarra y me agarré a uno de ellos para andar hacia clase.

—Porque a ti solo te gusta el turismo de chiringuito, Tomaso.

—Es que es el mejor. ¿De dónde crees que he sacado esta barriguita tan sexy?

—Socorro —pronuncié entre risas.

—Dejádmelo a mí, anda. —Zanjó mi amiga.

Entramos a clase y nos sentamos en nuestros sitios, esos que no tenían ningún nombre, aunque, como decía Tomás, todos sabíamos de quiénes eran. Beltrán entró y se puso, como siempre, al frente de la cocina. Nos saludó y comenzó a explicar.

—Hoy vamos a empezar con la tarta Ópera y, no quiero daros malas noticias, pero ha caído en algún examen. —Se rio para sí—. He visto versiones muy buenas de algunos exalumnos.

—No quiere dar malas noticias, pero ya las ha dado —susurró Tomás.

La tarta Ópera era una tarta de origen francés creada por el chef Gaston Lenôtre, un hombre que, por aquel entonces, seguro que tenía mucho tiempo libre. Hacía homenaje a la ópera Garnier de París por la grandiosidad del lugar y los espectáculos que se ofrecían en ella; creo que ya podéis imaginar que aquella receta fácil, lo que se dice fácil, no era. Saberlo era una especie de alivio porque al menos nos daba tiempo a prepararnos mentalmente para lo que nos íbamos a enfrentar en las siguientes horas.

—Para esta tarta necesitamos hacer tres placas de bizcocho Gioconda. Utilizamos este bizcocho porque al estar hecho con harina de almendras es más flexible y jugoso. —Comenzó a hacer la mezcla de los ingredientes sólidos y líquidos para preparar esas placas—. Mientras se

hornean las placas, vamos a seguir con el relleno: dos de las capas son una mantequilla de café, otra es una ganache de chocolate.

—Pero ¿cuántas capas tiene? —Se alarmó Tomás.

—Más que Drácula, fijo —contesté bajito y sonrió.

—Cuando los rellenos estén listos, los reservamos y pasamos a cortar las placas de bizcocho. Una de las características de esta tarta es su forma cuadrada. —Nos explicó e hizo el corte de las tres placas—. Recordad que vamos a impermeabilizar la capa que va pegada a la base con chocolate negro. La parte que queda sin chocolate hay que pincelarla con el jarabe de café que hemos preparado. Cogemos nuestra manga pastelera rellena de mantequilla de café y hacemos una capa, alisamos un poco con la espátula y colocamos otra capa de bizcocho; para esta capa utilizamos la ganache de chocolate. Mismo proceso: ponemos la última placa, pincelamos con jarabe de café y de nuevo el relleno de mantequilla de café.

—¿Y tú crees que esto lo vamos a versionar bien en un examen? Ya tengo que ir yo harto de vino.

—Si vas a hacerlo harto de vino puede que te salga la torre de Pisa —apunté.

Nuestro profesor siguió explicando algunos trucos para elaborar la tarta Ópera perfecta. Capas no muy gruesas, uniformes y bizcocho suficientemente húmedo. En mi libreta, en lugar de tomar apuntes, parecía que estaba haciendo un croquis. Si mi abuela viese esto diría que no hacía falta tanta virguería, que con que estuviese buena era suficiente. Recuerdo una vez, hace ya años, que le pedí que me hiciera una tarta de queso para celebrar que había aprobado todo en la universidad, me plantó delante una copa con un flan de queso y le dije que tarta, lo que se dice tarta, no era. Lo probé, me miró y me preguntó «¿A ti te gusta? Pues ya está» contestó cuando asentí. Ojalá pudiera decir eso cuando alguno de los postres que hacía yo no salía bien pero seguía estando rico. Vayáis a creeros que nos salía todo a la primera, eran horas y horas de práctica para que, la mayoría de las veces, el resultado no se acercase a lo que nos pedían.

Salimos de clase en el descanso y nos quedamos de pie en la barra de la cafetería mientras hablábamos con Carmen, teníamos el culo carpeta de tanto estar sentados.

—¡Ay, chiquilla! ¿Qué te ha pasado? —exclamó cuando me vio el brazo.

—Me quemé en la cocina. —Tomás carraspeó y le pisé el pie levemente—. Ya no me duele casi.

—Cuando te destapes eso cuídatelo, sobre todo del sol —me aconsejó.

—Es una herida de guerra. —Sonreí y di un mordisco a mi bocadillo.

—¿Cuándo te vas a venir con tu marido al restaurante? —le preguntó mi amigo y ella le palmeó la mano.

—El día que deje de haceros bocadillos y me jubile.

—Anda ya, si estás en la flor de la vida.

—Piropea a las muchachas de tu edad, que yo ya estoy mayor.

—Que sepas que el marido te va a retar a un duelo —aseguró Rebeca y nos carcajearos.

—¡Pero, Carmen, ya quisiera alguna estar como está usted! —siguió porque así era él, hasta que no le sacaba los colores no paraba.

Me giré un momento, lo suficiente para ver que Ángel se acercaba, y mis amigos se pusieron en alerta.

—Hola, Candela. ¿Podemos hablar un momento? —pidió y asentí. Nos alejamos unos metros y me miró el brazo antes de empezar a hablar—. Lo siento muchísimo, me quedé fatal cuando saliste de la cocina.

—Estoy bien. Fueron tres quemaduras, mejorarán con las curas.

—Si necesitas alguna cosa, dímelo.

—Gracias. Intenta relajarte en la cocina y disfruta, no pienses tanto en los jefes. Si tú disfrutas, el comensal también lo hará.

—Quizá para ti sea más fácil, como tú lo conoces —soltó e invoqué en silencio a la poca paciencia que me quedaba con él.

—Independientemente de que lo conozca o no, yo siento lo mismo que tú cuando estoy allí. Siento la presión y la exigencia, no soy de piedra ni diferente al resto.

—Puede que tengas razón.

¿Puede? ¿De verdad?

—Nos vemos en clase, Ángel. —Di por terminada la conversación.

Asintió y anduvo hasta reunirse con otros de nuestros compañeros.

—¿Le leo ya nuestro lema?

—Pero ¿de qué lema hablas, niño? —preguntó Rebeca, exasperada.

—Se lo está inventando, doy fe, será bueno.

Teníamos un grupo en el que, por suerte, todos nos llevábamos bien. Salíamos de vez en cuando y nos alegrábamos cuando aprobábamos porque avanzábamos casi todos juntos, pero, como en todos los grupos, había quien iba al instituto a lo que iba, que era a aprender y estudiar, no a hacer amigos. No quiero decir que eran como las ovejas negras a pesar de que eran ellos mismos los que se apartaban del resto, por eso digamos que, más bien, eran grises, tanto que no me había dado cuenta hasta ahora de que podían acercarse más a ser el lobo.

La clase práctica fue, digamos que, un despropósito, por lo que nuestro profesor decidió repetir la clase de la querida tarta Ópera al día siguiente. Salimos de clase tarde y nos despedimos un poco desanimados.

—¿Tú has visto el troncho de bizcocho que me ha salido? Ni con un litro de agua hubiese pasado eso por la garganta —lamenté.

—Te recuerdo que se me ha cortado la mantequilla de café tres veces. ¡Tres! —continuó Rebeca.

—Relax. A todos nos ha salido como el culo. Mañana volveremos a intentarlo y saldrá algo más decente. —Trató de consolarnos Tomás.

Anduvimos hacia el coche de Tomás y nos despedimos hasta el día siguiente. Cuando me senté en el autobús me puse los auriculares y apoyé mi cabeza en el cristal de la ventanilla. Aunque acabase el día cansada, me gustaba estar allí. Ir a clase era como entrar en una pompa en la que solo había ganas, en la que me sentía bien conmigo misma y, por unas horas, lograba olvidar todo lo que sucedía fuera. Supongo que es lo que nos pasa a todos cuando hacemos lo que nos gusta; yo entraba en ella y no salía hasta que el timbre que avisaba del final la explotaba. La vuelta a casa sí era más difícil porque con la oscuridad y el silencio solían volver algunos fantasmas.

En cuanto abrí la puerta de mi apartamento dejé la mochila en el perchero de la entrada y cogí el recetario de mi abuela. Me relajaba observar y leer esas recetas que llevaban años escritas en sus páginas. Agarré también mi teléfono y marqué su número esperando una respuesta. Cuando lo cogió, vi en la pantalla su cara muy cerca del teléfono y su dedo índice aporreando el cristal.

—¡Abuela, que ya te estoy viendo! —la avisé mientras me reía.

—Ay, niña, que no me aclaro yo con esto.

—Bueno, poquito a poco. Cuando descuelgas solo tienes que esperar a que te salga mi cara en la pantalla, no le tienes que dar a nada más.

—A ver si me acuerdo para la próxima. —Sonrió acomodándose en el sillón—. ¿Cómo estás?

—Bien. Algo cansada con el trabajo y las clases, pero bien —dije tratando de que no viese el vendaje que llevaba en el antebrazo.

—¿Cómo se portan en el restaurante? ¿Y Rebeca y el niño? ¿Están bien?

—Son todos muy simpáticos, para ellos somos unos cuantos más en su equipo aunque solo vayamos a estar un mes. Rebeca bien, y Tomás como siempre.

—Es que son más buenos.

No entiendo cómo se las ingeniaba Tomás para que todo el mundo le cogiera cariño. Hasta se ganó a mi abuela que lo conocía de unas cuantas videollamadas en las que me pilló con ellos. Además, yo no sé si a vuestras abuelas les pasa, pero para la mía todo el mundo era bueno. Hasta que se demostrase lo contrario, claro.

—¿Y tú qué?

—Pues he llegado de ver a Encarna y dejarle unos cuantos tápers, que la mujer tiene muchos achaques, y como yo hago comida para un ejército, pues le guardo y le llevo cuando puedo.

—¿Hace cuánto que conoces a Encarna? —le pregunté, yo ya lo sabía, pero me gustaba escucharla hablar y que me contase esas historias de las que se acordaba como si no hubiesen pasado años desde que las vivió.

—A Encarna la conocí una Navidad que empecé a trabajar haciendo mantecados. Me acuerdo de que tu abuelo me estaba pretendiendo por aquel entonces y cuando venía a verme ella me decía «Gracita, que ha venido a verte el moreno». Le decían así por el apellido, vaya, y porque tu abuelo tenía el pelo más negro que las uñas de un minero.

Me carcajé y me acomodé en la banqueta de la cocina mientras ella seguía contándome aquella historia.

—En el recetario está la receta de los mantecados.

—Ah, ¿sí?

—Encarna me la dio porque era la que se arrimaba a las que los hacían y al final acabó metiendo la mano en la masa. A mí como no me dejaban, solo los liaba, pues luego cuando llegábamos a casa me decía cómo se hacían.

Busqué en el recetario y la encontré: mantecados de Antequera de Encarnita. Sonreí al leer el nombre de la receta.

—Aquí está.

—Pues esta Navidad a ver si los hacemos. ¿Has escrito alguna receta tuya?

—Aún no, por ahora solo lo abro para hacer alguna de las vuestras. Es una joyita, abuela. Esto lo vendo y me hago rica —bromeé y se rio.

—Véndele a tu jefe alguna receta y que la ponga en la carta del restaurante. Luego que me invite a probarla, eh.

—Faltaría más... Pero ¿¡cómo voy a hacer eso!?

—¿Qué es un estirado?

Pensé en Santana y en el hecho de que si mi abuela lo conociese seguro que se caerían bien y acabaría diciendo que es buena persona. Y quizá sí que llevaría la razón.

—No, no.

—¿Es guapo?

—Puede.

—A los cocineros de *Saber vivir* les sienta muy bien la chaqueta blanca que se ponen. *Saber vivir*... Estallé en carcajadas y ella se contagió de mi risa.

—Espero poder ir a verte pronto.

—No te pongas ñoña que tú estás muy bien allí. Hasta que no acabes no hay abuela que valga.

—El día que menos te lo esperes toco el timbre, ya verás.

Ella sonrió y me lanzó un beso.

—¿Esto qué es? Que me ha salido aquí una cosa en la pantalla. Pone «Conchi cuñada». Mírala, ¿la Conchi sabe hacer llamadas de cara y yo no?

—Abuela, cuélgame dándole al botón rojo y te sale su cara en vez de la mía.

—Hombre, prefiero ver la tuya. —Agité la cabeza entre risas—. Voy a ver qué quiere la mujer. Seguro que palique. Es que a veces nos aburrimos mucho.

—Besitos, abuela. Cuídate mucho.

—Igual, mi niña. —Me lanzó algunos y desapareció su cara de la pantalla.

Esta mujer me daba años de vida.

Me levanté a coger unos cuantos bolígrafos y volví a sentarme. Escribí el título de una receta que llevaba algunos meses en mi cabeza y que probaba a hacer en mis ratos libres, de seguido comencé a apuntar los ingredientes y su elaboración. Cuando terminé la miré contenta y tranquila porque, al igual que ellas, había dejado mi huella en aquellas páginas.

Capítulo 13



Nada es lo que parece

El martes salimos de clase triunfantes, la tarta que se nos resistió el día anterior acabó saliendo y en mi cabeza sonó la flauta, un poco desafinada, podéis imaginar que no fue perfecta, pero por lo menos salió y no hizo falta un litro de agua para poder tragar. No hubo troncho bizcocho, así que el miércoles llegamos rezando porque lo que tocase no fuese tan complicado. Beltrán nos dio un poco de tregua y comenzó con terminología culinaria durante las dos primeras horas, después un artesano impartió un taller de bollería y las siguientes horas estuvimos entre masas y rellenos.

—Estoy agotada. ¿Os apetecen unas cervezas después de clase?

—¿No dices que estás cansada?

—Para unas cervezas no. —Me guiñó un ojo.

—Por mí bien. Seguro que la venda esta sirve hasta de abrebotellas.

—De abrebotellas no sé, pero de paño de cocina... Madre mía la de mierda que tiene eso —observó Tomás y miré mi antebrazo. Aguanté una carcajada que acabó sonando como una especie de graznido. Miré al profesor e intenté disimular con una manga pastelera y un *éclair* que tenía horneado.

—Qué quieres que haga —dije cuando se dio la vuelta—. Lo único que puedo hacer para no mancharme es ponerme unos guantes de fregar.

—Ahora te ayudo a cambiártela, anda. Al final vas a ser tú Mari la Cochina.

—Solo durante unos días, después me vuelves a tomar el relevo.

Seguimos inmersos en nuestras bandejas y hornadas hasta que sonó el timbre. Recogimos y limpiamos las cocinas, salimos hacia los vestuarios despidiéndonos de nuestros compañeros hasta el día siguiente y cuando nos cambiamos pusimos rumbo a alguna terraza.

Estábamos prácticamente a mitad de mayo, el ambiente de las calles era ese que se respira cuando va llegando el buen tiempo: la gente paseando, los bares llenos, la música que sonaba en cualquier local. Todo te invitaba a salir. Nos sentamos en una terraza de La Latina. Había un chico cantando y tocando la guitarra que animaba a la gente con su música. Pedimos tres cervezas y tres pinchos de tortilla.

—Yo la quiero con cebolla.

—Y yo.

—Yo no, por favor. Eso es como comer la pizza con piña —comparó Tomás.

—¿Habéis probado el sándwich de chorizo y nocilla? —Quise saber y el camarero me miró horrorizado antes de retirarse.

—Qué guarrada, ¿no? —dijo mi amigo.

—No está mal. Lo probé con Lucas porque decía que su mejor amigo se lo llevaba al recreo. No daba un duro por esa combinación.

—Las anchoas con leche condensada están buenas —siguió Rebeca.

—¿Vosotras tenéis gusto?

Rebeca llamó al camarero, le preguntó si tenían anchoas y si podía traerle también leche condensada. La miró a ella con la misma cara que a mí.

—Yo le daba una de esas anchoas, seguro que deja de mirarnos mal —sugerí.

—No voy a probar eso.

—Oh, sí. Tomás, querido —insistió Rebeca.

Le preparó el bocado bajo la incrédula mirada del camarero porque eso estuviera comestible, llamé su atención y le ofrecí una a él.

—Pruébalo, seguro que te gusta.

El chico pasó la mirada de la anchoa a mi cara sonriente durante unos instantes para ver si se trataba de una broma, viendo que era verdad, la cogió y la mordió. Su gesto fue cambiando a medida que iba masticando.

—Pues está bueno. —Se sorprendió.

—Lo próximo el bocadillo de nocilla y chorizo.

—Ese creo que lo voy a dejar pasar. —Esbozó una sonrisa finalmente y siguió atendiendo las demás mesas.

—¿Me preparas otra, Rebeca?

—Deberías tener más fe en mí.

—Yo creo en ti como en la Biblia, cariño.

—Cariño y todo.

—Cuando os tengo que dar la razón, os la doy.

Bebimos la primera cerveza, devoramos el pincho de tortilla y repetimos con una segunda ronda.

—¿Qué tal el restaurante el domingo?

—Todo bien, como el resto de días. Me tocó a mí trabajar con Ángel. Tenía ojos hasta en el cogote, yo no me fio ya —aseguró Tomás—. Huele a conspiración. —Se tocó la nariz con el dedo índice y dio un sorbo a su botellín.

—A ver, es verdad que el otro día fue un capullo. —Secundó mi amiga.

—Te dio a entender que tenías un trato de preferencia por conocer a Santana.

—¿Se cree que no nos valemos solitas para hacer las cosas o qué? Si haces las cosas bien es por ti, nada más hay que verte trabajar en clase como para que suelte ese comentario. Le hacía así. —Estrujó una servilleta en su puño y después la soltó—. Envidioso.

—Se cree el rey de Roma y ahí en la cocina no le vale el dinero. Es uno más y parece que le cuesta asumirlo —criticó Tomás.

—No quería pensar mal de él, en clase tampoco fue mal compañero, pero llegó al restaurante y le hizo la cabeza como a Chucky. —Imité al muñeco diabólico y mis amigos se rieron.

Seguimos hablando, comiendo y bebiendo. La segunda cerveza pasó sin darnos cuenta, con la tercera ya comenzábamos a estar algo achispados. El chico de la guitarra hizo que algunos grupos se levantaran para bailar alguna canción. Mientras Tomás y yo canturreábamos la letra de una de ellas, Rebeca desvió la atención hacia su teléfono que sonaba y vi que le daba la vuelta.

—¿Todo bien? —le pregunté al oído, asintió—. Sabes que cualquier cosa estoy aquí.

—Lo sé. Mira nuestro Tomaso.

Bailaba a la par que chasqueaba con sus dedos al ritmo de la música y nos animó a que nos uniésemos a él. Cuando la canción acabó decidimos que era hora de marcharnos, pedimos la

cuenta, pagamos y anduvimos de camino a la parada de metro.

—Necesitaba salir un rato a airearme, voy a acabar confundiendo mis manos con robots de cocina —confesé agarrada al brazo de mi amigo.

—A mí todavía no me ha dado tiempo de ir a comprar recambios para los ambientadores, y eso no puede ser.

Rebeca y yo nos miramos comiéndose una sonrisa y apoyamos nuestras cabezas en los brazos de Tomás.

—¿Qué olor te gusta? ¿El de pino? —pregunté y mi amiga se rio.

—Echaba de menos hasta que os agarraseis así, borrachinas. Y no, el ambientador de pino no me gusta.

—Yo digo que es el de vainilla —pensó Rebeca.

—No, no. Es el de canela seguro, porque es afrodisíaco.

—Tan exótico como sus camisas de flores.

—Perdona, esas camisas son lo puto más —interrumpió haciéndose el ofendido—. Tampoco es el de canela, ni el de vainilla. Seréis empalagosas.

Estuvimos intentando adivinar el olor de sus ambientadores hasta llegar al metro. Después fuimos hacia mi apartamento, donde Tomás dejó su coche. Me despedí de ellos con un abrazo.

—Nos vemos mañana, carga la artillería.

Hice como si cargase un arma con mi brazo vendado y rieron. Subí las escaleras del portal y cerré la puerta con llave. Caminé hacia mi habitación mientras iba dejando los zapatos y la chaqueta por el camino en un baile un poco descoordinado. Al salir del baño me tropecé con uno de esos zapatos y me reí.

Era la una de la madrugada cuando por fin me senté en el sofá y cogí el diario que tenía en la parte baja de la pequeña mesa del salón. De vez en cuando escribía, especialmente cuando me sentía sobrepasada, aunque también lo hacía cuando quería dejar en el papel un recuerdo bonito o algo que me hizo sonreír en el día. Lo retomé un poco a modo de terapia, me servía para distanciarme de todo lo que pasaba por mi cabeza —que era mucho—; el problema era que cuando pensaba que ya estaba bien y que no lo necesitaba, lo dejaba. Fallo mío, porque al final siempre acababa volviendo a él, y no me extrañaba porque mi mundo interior era un tanto inestable, así que tenía que trabajar en él para cambiar y poder avanzar. Recordé aquella frase que me dijo Santana: «Si algo no cambia, está destinado a morir, Candela». Y no quería marchitarme por dentro.

El sonido del timbre me sacó de lo que estaba escribiendo. Me sobresalté, miré el reloj y fruncí el ceño. ¿Quién llama a las dos de la madrugada? Dejé las luces apagadas, anduve silenciosa hacia la puerta y miré por la mirilla. Abrí de inmediato al verla detrás.

—Cande —musitó con una mueca en los labios.

—Vamos, entra. —Agarré a Rebeca del brazo y la conduje hacia el sofá—. Quédate aquí, voy a hacer una infusión y ahora me cuentas.

Al volver dejé una taza con una bolsita de tila delante de cada una.

—Gracias.

Vi que traía consigo una mochila y supe que algo no andaba bien.

—¿Ha pasado algo, Rebeca?

Ella asintió con lágrimas en los ojos. Rebeca era una de las personas más fuertes que había conocido. Era tenaz y decidida, pero, como todo el mundo, tenía debilidades, y su familia era una de ellas.

—En casa las cosas no andan bien...

—Puedes quedarte aquí conmigo el tiempo que necesites.

—No, no puedo. No es justo. Siempre he intentado ser independiente, he trabajado por ayudarles a pagar sus deudas, he tratado de entender los errores que cometieron, y ahora que más los necesito, tengo que buscar un sitio donde vivir porque ellos no quieren entender..., en fin —resopló.

—¿Qué es lo que no entienden?

—Algo que me importa. —Enjugó las lágrimas de sus ojos—. Ahora mismo no estoy preparada para hablar de ello, lo siento.

—Rebeca... —Apreté su mano mientras ella movía las piernas con nerviosismo—. Lo que no es justo es que tú tengas que estar así. Intenta no pensar en ellos más que en ti.

—Siempre tengo la esperanza de que aprecien que me esfuerzo por ayudarles, por estudiar y trabajar, pero tengo la sensación de que nunca es suficiente.

Me recordó un poco a como yo me sentía con mis padres, buscando su aprobación, su palmada en el hombro, esa que dejaron de darme cuando les conté que había decidido volar y pensar de una vez en mí. A veces creemos que porque las personas sean familia hay que aguantarlo todo, y no, necesitamos aprender a poner límites, a decir «no» si realmente no queremos. Necesitamos saber que no tenemos que complacer a nadie ahí fuera, que ya tenemos bastante con intentar ser felices nosotros como para andar contentando al resto.

—Nadie nació sabiendo ser padre, Rebeca.

—Sin embargo, yo siempre estoy intentando ser buena hija.

—Y lo eres, quédate con eso. Ahora te toca desplegar las alas un poco y dejarlos atrás. Consigue lo que quieres porque eres de las mejores pasteleras y, cuando llegues, ayúdalos si lo necesitan, si es lo que tú también quieres. Sé que te cuesta ser un poco egoísta, pero no te queda otra si no quieres seguir sufriendo por eso, Rebeca. Y te entiendo, te entiendo mucho.

—Tú al menos tienes suerte de tener a tu abuela, Candela.

—Lo sé, pero tú me tienes a mí. —Le di un codazo y sonrió—. Y a Tomás.

Rebeca cogió su taza de la mesa y le dio un sorbo mientras cerraba los ojos. Respiró algo más tranquila y sonrió levemente.

—Al final no nos dijo cuál era el ambientador. —Se secó las lágrimas que quedaron salpicadas en su rostro y me miró—. Perdona por haber venido tan tarde, no sabía a dónde ir y como me dijiste antes que estabas aquí, pues...

—Claro, detrás de esta *amazing* puerta verde está tu casa ahora, tómate tu tiempo.

—No quiero gorronear, serán unos días y después veré qué hacer.

—Céntrate en el instituto y en el trabajo, lo demás importa menos que eso ahora. —Le pellizqué la mejilla y esbozó una sonrisa—. Venga, termínate eso y a la cama.

—Déjame que te ayude a curarte la quemadura al menos.

—Toda tuya, me da un poco de repelús.

—Menos mal que es tuya.

—Pues eso, menos mal. —Nos reímos.

Aquella noche, mientras Rebeca dormía, pensé que todos necesitamos alejarnos de lo que nos hace daño, y aunque suene redundante, al mismo tiempo alejarnos puede doler, porque en ocasiones no se puede elegir, nos alejamos porque nos vemos empujados a hacerlo, porque no encontramos otra salida y necesitamos seguir nuestro camino; sentir y vibrar en nuestra sintonía y no en la del resto.

Capítulo 14



Mi vida es un fandango

Lo más duro de caer, a veces no es el golpe, sino ser conscientes de que lo hemos hecho y de que tenemos que levantarnos. Encontrar la manera es un ejercicio de prueba y error hasta que, poco a poco, vamos aprendiendo cómo hacerlo. Puede llegar a ser un proceso frustrante, quizá algo desesperante, sobre todo para los que, como yo, creían en el falso poder de la inmediatez, pero tenía que seguir intentándolo y aprender que, aunque duela, caer era la única manera de encontrar un camino para llegar a mí.

Durante esos días traté de encontrar ese cómo mientras pensaba entre las hojas del diario que escribía y volvía a pedalear un poco en esa bicicleta a la que Alejandra me ayudó a subir. No os creáis que fue todo tan sencillo. Me negué en rotundo unas cuantas veces, ni siquiera quería volver a hablar con mi psicólogo, supongo que serían los miedos, que tan a gusto estaban en el sitio que habían ocupado, los que hablaban por mí; al final lo acabé haciendo porque ella misma fue la que llamó y me concertó la cita. Pedir ayuda o admitir que la necesitamos no siempre es fácil ni lo vemos claro, pero quien está fuera de ese mundo nuestro que creamos, lo ve, lo ve claro, y tiene la paciencia de intentar que volvamos a pisar con nuestros pies el mundo que sí nos espera fuera, el real.

No salí de la sesión aliviada, porque cuando hablaba de lo que pasaba todo se removía en mí haciéndome sentir incómoda; no obstante, entendí que no podía cambiar mi pasado y que no me quedaba otra que seguir caminando con todo eso que me atormentaba, con la Candela que me hablaba creyéndose más grande que yo. Tenía que tratar de decirle que podía hablarme cuanto quisiera, pero que yo iba a continuar sin importarme lo lento que fuese, si necesitaba parar o incluso retroceder algunos pasos, porque él me recordó que, con todo lo que había aprendido, con mis decisiones y todo lo que había vivido hasta entonces, por mucho que retrocediese, nunca volvería al punto de partida.

Las cosas en el restaurante iban bien, al igual que mi quemadura, cada vez la notaba menos, eso sí, las mangas bajadas y el botón de la muñeca abrochado, por si las moscas. Durante esa segunda semana las noches de servicio fueron algo menos complicadas que en la primera. Con Ángel se palpaba la tensión en el ambiente, por suerte, Oxana observó que él trabajaba mejor con Marta, y cuando no le tocaba alguna elaboración individual, solía ponerlos juntos. Puede que suene un poco como el patio del recreo, pero también entendíamos que para Oxana y Berto era más fácil controlarnos de esa manera y ganar en tranquilidad. En cuanto a Santana, apareció por la cocina solo para supervisar, supuse que estaba inmerso en ese proceso creativo que ocupaba la mayor parte de su tiempo.

Rebeca también se había instalado en casa, llevó unas cuantas cosas e insistió en que no se quedaría mucho tiempo, también en que no quería que Tomás se enterase porque no estaba preparada para su reacción, ambas sabíamos que era demasiado sensible e intenso y necesitaba

un tiempo para ella, para procesar lo que estaba ocurriendo y encontrar así el momento para contárselo.

El domingo acabé la semana más muerta que viva. Era como si los jueves llegase un Dementor —una de las tantas criaturas de *Harry Potter*— y me absorbiese la fuerza poco a poco, menos mal que no lo hacía del tirón, porque los bichos esos chupaban el alma como si bebiesen algo con pajita.

Rebeca decidió ir a tomar algo con su grupo de las Señoras del Telar, como decía Tomás, aunque yo creo que eran más bien jóvenes, pero bueno; y yo estaba deseando llegar a casa, coger el recetario y seguir leyendo las recetas que estaban escritas en él. Mi abuela se reía porque decía que lo estaba leyendo como una enciclopedia, podía ser, lo cierto era que me gustaba imaginar a las mujeres que lo escribieron cocinando en sus casas con menos recursos y compartiendo esas recetas con sus familias. Quizá algún día yo podría hacer lo mismo. En un futuro lejano. Muy lejano.

Mi móvil comenzó a vibrar en señal de recibir unos cuantos mensajes y vi en la pantalla la notificación junto al nombre de «Las supremas», era el grupo que tenía junto a Nuria y Alejandra.

Nuria:

Me acabo de despertar de una pesadilla. A Alejandra la raptaba el conejo y le hacía comer zanahorias mientras Candela las pelaba.

Alejandra:

Que me parto.

Cande:

En vez de pastelera, ahora soy verdulera.

Nuria:

Además, Bebi estaba mazado. Era su venganza por haberlo dejado con nosotros.

Alejandra:

Cuando termine de instalarme en el piso nuevo se vendrá con nosotros, le echo de menos.

Nuria:

Se me ha antojado un Calippo. De fresa, fresquito.

Cande:

La niña va a salir con más lunares que un vestido de gitana.

Alejandra:

Sí, y de paso la llamáis Rocío.

Nuria:

Oye, ¿ya habéis acabado de trabajar? Parece que no estáis tan ocupadas como para meteros conmigo y con mi Castaña.

Cande:

¿Aún no hay nombre?

Nuria:

¿No os gusta Castaña?

Alejandra:

Verás que la niña nace en dos meses y no tiene nombre, verás.

Nuria:

Lucas quiere ponerle Elsa.

Cande:

¿Como la de *Frozen*?

Nuria:

La misma.

Me reí con su ocurrencia.

Alejandra:

Para eso le pondría Ariel.

Cande:

¿Como *La sirenita* o como el detergente?

Alejandra:

Vas a sacar algo cada vez que diga un nombre, ¿verdad?

Cande:

Verdad.

Nuria:

Prefiero seguir llamándola Castaña por ahora.

Abrí la mochila para buscar el recetario y palpé dentro mientras leía la pantalla. Solté el teléfono en la mesa cuando no lo encontré. Miré dentro y al no verlo comencé a buscarlo por toda la casa. Mierda, mierda, mierda. ¿Y si se me había caído? ¿Y si me lo dejé en el restaurante?

Cande:

Chicas, emergencia.

Alejandra:

¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? Acabo de salir del teatro.

Nuria:

¡Qué yo no puedo hacer nada! Llamo al 112.

Cande:

¡No, Nuria! Se me perdió el recetario de mi abuela, no lo encuentro en casa. Juraría que lo tenía en la mochila, siempre lo llevo encima.

Alejandra.

Joder, qué susto.

Nuria:

Castaña ha pegado un bote, casi rompo aguas.

Cande:

Voy a ir al restaurante a ver si me lo dejé allí.

Nuria:

¿A esta hora? Alejandra, ve con ella.

Cande:

No hace falta, Nuri. Cojo un taxi y en un rato estoy de vuelta.

Nuria:

Aquí pegada me quedo comiéndome el Calippo.

Alejandra:

Qué pronto se te pasan a ti los sustos. Llámame cuando llegues al restaurante y me cuentas si lo encuentras, Candela.

Salí de la conversación para llamar a un taxi y cogí la mochila antes de cerrar la puerta. Mientras iba en el coche intentaba recordar la última vez que vi el recetario, juraría que fue esa misma tarde antes de cambiarme en el restaurante y dejar mi mochila en la taquilla. Pagué al taxista cuando llegué y entré en el restaurante. Le pregunté a quienes estaban recogiendo y limpiando si habían visto un cuaderno con las tapas negras de piel, pero nadie lo vio. Recorrí el pasillo hacia el vestuario, donde se encontraban las taquillas, y comencé a abrir y cerrar cada una de ellas.

—¿Dónde has metido el cuaderno, Candela? ¿Dónde?

Me desesperé un poco, bueno, bastante. Solo podía pensar en el valor que tenía. Pasó por tantas manos, incluso por una guerra, para que tuviese que ser yo la que lo perdiera. Qué disgusto se iba a llevar mi abuela.

—¿Candela? ¿Qué haces aquí?

—¡Joder, Santana! —Su voz me sobresaltó y me llevé la mano al pecho—. Lo siento, me asustaste.

—Y tú a mí, creí que había un ladrón o una rata. —Me enseñó su teléfono con el 112 marcado y en la otra mano la escoba. Me reí acordándome de Nuria.

—Se me ha perdido un cuaderno. De este tamaño. —Indiqué con mis manos—. Y las tapas de piel en color negro.

Me senté en el banquillo y enterré mis manos en el pelo.

—Bueno, es solo un cuaderno. No pasa nada.

—Sí pasa. Era el recetario de mi abuela. Y no solo de mi abuela, sino de mi bisabuela y mi tatarabuela.

—Coño.

—Tengo que encontrarlo.

—A ver. —Se sentó a mi lado y puso su mano en mi rodilla intentando que cesase el movimiento—. ¿Dónde fue la última vez que lo viste?

—Aquí. Y no está. Ya he mirado en todas las taquillas.

—Vamos a volver a buscar y luego echamos un vistazo por la parte de arriba.

Una hora más tarde el cuaderno no aparecía. Tenía la lagrimilla asomando, pero antes de perder la esperanza, me encomendé al santo al que todos nos encomendamos cuando no encontramos algo.

—Déjame algo para atar.

—¿Qué dices, Candela?

—Dame algo, corre. —Se quitó el pañuelo que llevaba puesto en el pelo en forma de bandana y me lo dio—. San Cucufato, san Cucufato, los cojones te ato, como no me devuelvas el

recetario, no te los desato. —Tiré bien de la bandana y la metí en mi bolsillo.

—Pobre san Cucufato —lamentó con sorna—. ¿Funcionará?

—No lo sé, ya no se me ocurre otra cosa.

—Mañana le preguntaré al equipo, les mandaré un correo si hace falta.

—¿Harías eso?

Asintió dando un paso hacia mí. Su cercanía me ponía nerviosa. Su cercanía, el pelo que le quedó alborotado después de quitarse la bandana, y su olor. Ese maldito perfume que parecía que llevaba pegado a la piel.

—¿Va todo bien? —pregunté rompiendo el silencio.

—Sí, ¿por?

—No sé, estos días has estado... ausente.

—Conque ausente... ¿Me has echado de menos?

—¿Qué? No flipes. —Negué con todas las facciones de mi cara y esbozó una sonrisa socarrona.

—He estado trabajando, y cuando no consigo nada estoy irritable, no quiero pagarlo con nadie, por eso aparecí algo menos.

—Haces bien, nadie quiere ver al ogro que llevas dentro.

—¿Piensas que soy un ogro?

—Así un poco cuqui, como Shrek.

—No lo has mejorado.

—Un poquito sí. —Fruncí la nariz e hice el gesto con mis dedos—. Un poquito —susurré y miré el reloj que había en la pared—. Mierda, ¡es tardísimo!

—Te acerco a casa.

—No, no. Cojo un taxi.

—No me importa hacerlo, yo me voy a ir también, así no tienes que esperar.

Agarró mi mano sin dejarme opción a replicar y tiró de mí para bajar por las escaleras. Ahora podía haberse caído mi zapato de cristal, con la diferencia de que eran más de las doce y de que, sin haberme fijado, había salido con las zapatillas de casa. Suerte que no eran las de las orejitas de oso. Mientras íbamos en el coche volví a abrir el chat y escribí.

Cande:

Chicas, malas noticias, no ha aparecido ☹

Alejandra:

Hay que investigar, esto no se puede quedar así.

Nuria:

Me acabé el Calippo hace rato, me tenías en un sinvivir. Yo voto por la investigación.

Alejandra:

¿Quién es el primer sospechoso?

Cande:

¿Mi despiste? Se me habrá caído, lo habré dejado en algún lado, no lo sé.

Nuria:

¿Le ataste los huevos a san Cucufato?

Cande:

Dos veces, se los he puesto de corbata.

Alejandra:

¿Y has cogido ya el taxi?

Cande:

Más o menos.

Nuria:

¿Cómo qué más o menos?

Cande:

Santana estaba allí y me va a acercar a casa.

Alejandra:

Yo solo digo una cosa: no hay mal que por bien no venga.

Cande:

Hubiese preferido tener mi recetario desde el principio y estar ya en mi cama acurrucadita.

Nuria:

Mira, entre el insomnio del embarazo y los culebrones, me tenéis enganchada al teléfono.

Cande:

Ya llegué a casa, tengo que dormir, dentro de seis horas está sonando el despertador.
Hablamos, ¿vale?

Nuria:

Bueeenno, vale. Pero solo porque estás cansada. Os quiero.

Cande:

Y yo.

Alejandra:

Yo también os quiero.

Dejé el teléfono en mi bolso y Santana detuvo el coche delante de mi portal.

—Mis amigas estaban preocupadas, les avisé de que llegué a casa.

—Aparecerá, ¿vale?

—Eso espero. Hasta que no aparezca no te puedo devolver el pañuelo.

—Todo tuyo.

—Gracias y buenas noches, Santana.

—Buenas noches, Candela.

Me bajé del coche y anduve hacia el portal, busqué en mi mochila las llaves. En un bolsillo, en otro, en el de más adentro, en el de fuera. ¿En serio? Pegué un zapatazo en el suelo y me mordí uno de mis nudillos aguantándome las ganas de gritar. ¿¡Por qué!?! ¿¡Por quééé!?

—¿Pasa algo? —me preguntó bajando la ventanilla.

—Las llaves. ¡Las putas llaves!

Santana se echó a reír y al final acabé riendo también, mejor que llorar era. Puso las luces de emergencia y se sentó conmigo en el portal.

—Tu noche soñada —bromeó sacándome una sonrisa.

—Me va a explotar la cabeza. Ya te digo yo a ti que de esta no salgo bien.

Alrededor solo había silencio, lo único que podía escuchar era mi corazón bombeando por su cercanía. Levanté mi mirada hacia sus ojos y naufragué unos instantes. Unos pasos rompieron el silencio de la calle y desviamos la vista hacia la persona que se acercaba. Era Rebeca.

—¡Hola! ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Llevas las zapatillas de casa o estoy muy ciega?

—Se me ha perdido el recetario y me dejé las llaves arriba.

—No me digas.

—Dime que tienes las llaves que te di. —Las sacó del bolsillo de su chaqueta y respiré aliviada.

—Me voy entonces. Ahora sí, buenas noches —nos dijo y le hice un gesto de despedida con la mano.

—Hasta el jueves, que descanses —contestó Rebeca por las dos.

Capítulo 15



Una aguja en un pajar

Pensar demasiado lo estropea todo. Todo. Ojalá tuviésemos un botón de apagado que nos ayudase a dejar de hacerlo y que, al mismo tiempo que se apaga, se encendiesen las ganas, lo que llevamos dentro, eso a lo que llamamos sentir.

Podía escuchar a Candela mantener una conversación consigo misma mientras más me acercaba, una de esas conversaciones en las que uno da mil vueltas sin llegar a ninguna conclusión. Y no me gustaba. No me gustaba ver cómo mandaba sobre ella el miedo. O es que quizá no quería esa cercanía. Ya no sé bien.

Cuando entré en casa escuché la televisión y supuse que Aina estaría viendo alguna serie, fui dispuesto a regañarla porque mañana tenía que ir a la universidad, pero estaba dormida en el sofá con esas risas enlatadas de fondo. Apagué la televisión y dejé que durmiera, siempre me decía que no la despertara, que si lo hacía ya no conciliaba el sueño en toda la noche. Creo recordar que le pasaba desde pequeña, al menos desde que mis padres se fueron.

Llegué a mi habitación y cerré la puerta con suavidad. Fui hacia el baño, me desabroché la chaquetilla y la dejé en el suelo. Me miré al espejo, tenía el pelo hecho un desastre, era un claro reflejo de cómo estaba mi cabeza: hecha un puto lío. Las ojeras marcadas tampoco me decían algo diferente. Me metí en la ducha y dejé que el agua empapase mi cabeza hasta recorrer mi torso. Llevaba tres meses intentando actualizar los menús degustación con nuevos platos, hasta ahora había algunos de Enrique y otros míos, pero él quería que yo dejase mi esencia en aquel restaurante, y aunque iba a mantener algunos de sus platos, ahora esa nueva tarea de crear me correspondía a mí.

Había momentos en los que una idea se prendía en mi cabeza y fluía, esos instantes me tenían en vela hasta bien entrada la madrugada, tenía que aprovecharlos porque, por desgracia, no eran los más frecuentes, por eso, en ocasiones me encontraba irritable, desganado y tenso. Cuanto más buscaba, menos encontraba. Joder, a ver si era verdad que tenía que irme a la jodida China para volver renovado y con ideas que mereciesen la pena.

Terminé aquella ducha algo más relajado, cogí un pantalón cómodo y me acosté. Se acabó el pensar por unas horas.

A la mañana siguiente me desperté y mientras me desperezaba ojeé los correos de mi teléfono. En uno de ellos, Oxana me pedía que fuese al restaurante porque estaban haciendo un nuevo postre que podíamos incluir en alguno de los menús. Al fin una buena noticia. Dejé la cama con las sábanas revueltas y salí al salón.

—Buenos díaaas —saludó contenta mi hermana.

—Vaya, te has despertado de buen humor.

—Yo siempre me despierto de buen humor, lo que pasa que tú eres un poco ogro.

—Otra —bufé y fui a servirme un café.

—¿Cómo qué otra? ¿Quién osa llamar a mi hermano ogro sin mi permiso? —Se apoyó en la encimera esperando una respuesta.

—Alguien.

—Espera, ¿he escuchado bien? —Asentí y continuó con su interrogatorio—. ¿Quién es? ¿La conozco?

—Aina, es muy temprano. Deja que me tome el café, tengo que ir corriendo al restaurante.

—Ni hablar. Tengo el deber de proteger tu corazón, no quiero que te vuelvas a ilusionar y que te den plantón. Ahora que lo pienso, últimamente has tenido mala suerte en el amor.

—Aina —la avisé y apreté mis labios ocultando una sonrisa.

—Es que es verdad. Primero, tu ex te dice que quiere probar a abrir la relación porque habías sido su primer novio y, claro, hay demasiada peña que conocer en el mundo; y luego, la chica que estabas conociendo en verano te hizo *ghosting*.

—¿Qué es eso?

—Eso es lo que hace alguien que de la noche a la mañana deja de hablarte y desaparece como si nunca hubiese existido.

—¿A ti te han hecho *ghosting*?

—Por no hacerme no me han hecho...

Dejé la taza de café corriendo y le tapé la boca.

—Ni se te ocurra, Aina, joder.

Se echó a reír y agité la cabeza, exasperado.

—Pues eso, que has tenido mala suerte, y que me digas que hay alguien hace que encienda mi alarma. Mira, ves —dijo señalando su cabeza—. Tengo la sirena aquí encima. Como la de los bomberos. Esa que te deja sordo.

—Desactívala. Lo único que tiene mi atención ahora mismo es el trabajo, así que me ducho y me voy. —Le di un beso en la mejilla y salí de allí.

—Esto no va a quedar así. —La escuché gritar.

Cogí el coche, conduje hacia el restaurante y entré en la cocina a toda prisa. ¿Desesperado por ideas? ¿Quién? ¿Yo? Nah. Oxana y Berto llevaban desde bien temprano trabajando en algo nuevo. Olía bien, realmente bien, parecía que hoy desayunaría algo dulce.

—Buenos días —saludé sonriente.

—Parece que mi mensaje te puso de buen humor —observó Oxana—. Anda, acércate.

—Me está entrando hambre tan solo de olerlo.

—Ayer me llegó un correo de un alumno de prácticas con una receta suya. Decía que había estado dándole vueltas durante unas semanas, y como no ha podido venir porque tenía clase por la mañana, nos lo ha dejado todo bien indicado. Tal cual él la pensó y la hizo.

—La original es la receta de un hojaldre de pestiño, aunque hemos pensado que este se acerca más a ti y a tus raíces.

—La flor de Calatrava —musité cuando la vi en el plato.

Aina y yo vivimos con la tía Isabel en un pueblo de Toledo durante cuatro años. Al verla me acordé de mi tía preparando esas flores durante los días de Semana Santa y sonreí inconscientemente al vernos a ambos en aquella cocina en la que pasábamos tanto tiempo.

—Hemos decidido hacer las flores más pequeñas manteniendo el sabor de la masa de los pestiños, ya ves que tiene las semillas de ajonjolí y matalahúva. Van acompañadas de una crema ligera de vainilla y nueces de macadamia en la base. Ambas texturas en boca casan muy bien. Cogí con la cuchara una de esas pequeñas y delicadas flores junto a la crema y la introduje en mi boca. Se deshizo con tan solo tocar el cielo de esta. En ese momento tuve un chispazo. Ya os dije que esto era una tómbola, salí un momento hacia la cámara donde guardábamos el nitrógeno y regresé a la cocina.

Probé a hacer de nuevo la crema ligera de vainilla e infusionarla con ron, después hice una mezcla de naranja y miel que convertí con el nitrógeno en unos *shots* para aportar ese toque fresco y cítrico al plato. Volví a probarlo todo, Oxana y Berto se acercaron y también lo hicieron.

—Ahora sí, faltaba el toque del chef.

—Qué pasada —reconoció Berto.

—Esto es... no sé. Gracias.

—No es solo tu responsabilidad estar creando nuevos platos, tienes a todo el equipo, lo sabes bien —me recordó Oxana a modo de regañina.

—Lo que pasa es que le cuesta mucho delegar —apuntó Berto palmeando mi hombro—. Es normal después de haber pasado por tanto, muchacho, pero mira, no ha salido tan mal.

—Dejadme el correo del alumno, le escribiré para darle las gracias y hablaré con él el jueves.

La idea sobre la que comenzamos a trabajar era buena, realmente buena. Sabía que dos cabezas pensaban más que una, ya no os digo si contase con más personas del equipo, el problema era que yo sentía ese proceso creativo como mi responsabilidad. Abracé a Oxana y Berto, volví a darles las gracias y subí a mi despacho, tenía la necesidad de coger un bolígrafo y un papel.

Al llegar encendí el ordenador. Desplegué en mi mesa todos los libros, los cuadernos y notas que iba tomando. Puede que alguien crea que esta profesión solo consiste en entrar en una cocina y ponerte a cocinar, que de esa manera se crea todo lo que el comensal puede disfrutar después, pero antes de eso hay un proceso de investigación, viajes que se convierten en ideas, intentos de llevarlas a cabo, frustración, y al final, con suerte, luz. Un producto final, un plato que merece todo ese esfuerzo.

Ahora que lo pensaba, había dejado de lado todo eso que antes hacía, llevaba casi un año sin viajar, desde que Enrique me ofreció lo del restaurante me enfoqué en hacerlo bien, en ocuparme de todo lo que conllevaba; me centré también en Aina, temía que se sintiese sola durante la universidad y quería acompañarla todo lo que pudiera.

Quizá de querer abarcar tanto, no terminaba de darlo todo en ningún lugar.

En el momento en el que llegó esa nueva idea me sentí eufórico, sin embargo, a medida que pasaban los minutos era como si el desaliento se volviese a instalar. Y me sentí extraño. Me levanté al darme cuenta de que algo no iba bien, de que no estaba bien, y salí de la oficina hasta montarme en el coche. Conduje durante unos minutos hacia un lugar seguro, cuando llegué llamé a la puerta y me recibió al otro lado esa voz amable.

—Álvaro, ¡qué sorpresa! Pasa, pasa, no te quedes ahí como un pasmarote.

—Qué bien la veo, Paz. ¿Cómo va su cadera?

—Mira, mira. —Se puso las manos en la cintura y comenzó a bailotear moviendo sus caderas lentamente. Sonreí y me agarró del brazo mientras recorríamos el pasillo —. Me han dado años de juventud después de la operación.

—Está usted perfecta.

—Tantos años y sigues llamándome de usted. Ay, este muchacho. —Chasqueó la lengua contra el paladar y llamó a la puerta—. Enrique, el niño ha venido.

Paz me llamaba «el niño» cariñosamente, ella decía que como su matrimonio no había sido bendecido con ningún hijo, cuando yo entré en la vida de Enrique siendo tan joven, él me trató como si fuese de su familia. Alguien a quien proteger y aconsejar. Entramos al despacho, olía a libro antiguo, a madera y a pipa. Se levantó de su silla en cuanto me vio y nos abrazamos.

—¿Cómo estás? Te veo más delgado, y eso que estás todos los días entre comida.

—El restaurante me está quitando la vida, ahora entiendo cómo no tienes barriga.

Paz se rio junto a su marido.

—Te dirá que es porque va al gimnasio todos los días, pero que no te engañe, era del estrés del restaurante. ¡Así está! Calvo.

Intenté aguantarme la risa.

—¿Acabaré yo así también?

Agarró mi pelo y tiró un poco hacia arriba. Se miró la mano y negó con la cabeza.

—No creo, tú tienes un buen pelo. Mi marido es que ya era de pelo pobre antes de quedarse como una bola de billar.

—Pero bueno, Paz, el muchacho va a pensar que no me quieres.

—Claro que te quiero, te quiero bien, y los matrimonios que se quieren bien se dicen las verdades.

—Eso será.

—¿Queréis algo antes de que me vaya a pilates?

Enrique me miró y negué.

—Nada, mujer. Váyase tranquila.

Se despidió de nosotros y cerró la puerta.

—Sigue siendo un terremoto, la cadera nueva trae cuerda —le dije y se rio.

—Si mi Paz no fuese así, yo no estaría donde estoy, así que ojalá esa cuerda no llegue a acabarse nunca.

—Seguro que no.

Enrique sacó una botella de *whisky* de su vitrina junto a dos vasos y la dejó en la mesa. Los rellenó y deslizó uno de ellos hasta dejarlo delante de mí.

—Bebe, traes cara de necesitarlo.

—¿Tanto se nota? —Acerqué el vaso a mis labios y me bebí el contenido de un

trago. Él volvió a llenarlo.

—Ahora cuéntame qué te pasa, te conozco como si fueses hijo mío.

—Ojalá yo hubiese tenido un padre como tú.

—Bueno, esas cosas no dependían de ti, y quizá si no hubiese pasado todo, no estarías aquí.

—Puede que tengas razón. —Bebí del vaso, esta vez con más calma—. Siento que voy sin rumbo, que quiero hacerlo todo bien, abarcar, abarcar y no soltar nada. Tengo alumnos de prácticas en el restaurante, tengo que estar con mi hermana, platos nuevos que hacer y no puedo hacerlos sin ideas.

—Tengo, tengo, tengo... —repitió—. No tienes ideas para los menús, tienes alumnos en práctica en el restaurante y tienes que cumplir con tu deber de hermano.

—Exacto.

—Vale, muy bien. ¿Y en qué lugar quedas tú?

—Ahora eso no importa.

—Claro que importa, Álvaro. Sé que has estado acostumbrado a hacerlo casi todo tú solo en la vida, a tener todas las responsabilidades, a ocuparte de tu hermana, pero eso fue hace quince años. Ahora tienes treinta y uno. —Se mojó los labios en el alcohol y siguió hablando—. Tienes que confiar en la vida, aprender a soltar, a delegar. Hay un equipo en ese restaurante como pocos he visto, deseando que confíes en ellos, formar parte de todo. Aina tiene veintiún años, ya no es la niña que abandonaron tus padres. Ella sabe lo que quiere hacer, o por lo menos, está en el camino, y tú no puedes andar quitándole piedras. Estás seco, hijo, porque no dejas que haya cosas, lugares, personas que poco a poco llenen ese vacío, te da miedo equivocarte, que algo salga mal, que te hieran, y es algo que tienes que aprender: no hay garantías de que no vuelvas a sufrir, de que algo no falle. El miedo que tienes formará parte de tu camino, pero no te puede limitar, tienes que dejar a las cosas ser lo que tengan que ser.

Enrique tenía razón, había desconectado de la cocina porque me sentía desconectado de mí. No me di cuenta de todo lo que había detrás de mi falta de motivación, las razones por las que no me permitía delegar; no supe ver que los miedos y las heridas estaban arañándose, intentando encontrar su lugar porque yo solo hacía por evitarlos, porque no cicatrizasen. Y lo cierto era que me costaba aceptarlo, que llevaba años fingiendo que no me importaba, que yo podía con todas las responsabilidades, con el papel de esa madre y de ese padre que no tuve. Me acordé de la tía Isabel, pensé que la estaba decepcionando, que le estaba quitando el mérito que tuvo de criarnos a los dos, pero no era así. Ella hizo por mimar y cuidar nuestras heridas sabiendo que solo nosotros podíamos coserlas. No sé si a Aina solo le quedaban las marcas sobre su piel, no hablábamos de ello, lo que sí sabía era que yo me olvidé de lo que era una aguja, y de ensartar el hilo.

Capítulo 16



Cuando brille el sol

Las dos noches siguientes a la desaparición del recetario tuve pesadillas. Soñé que se quemaba, que el conejo de Alejandra lo roía —en mi sueño, al contrario que en el de Nuria, no estaba mazado— y que lo encontraba, pero al abrirlo todas sus páginas estaban en blanco. Un desastre. De modo que cuando el despertador sonó para ir a clase, quise estrellar el móvil contra la pared. Y no era muy buena idea, porque era una ventana y podía cargarme el teléfono y el cristal. Como comprenderéis, no desafié a mi suerte.

El martes Rebeca había insistido en que al acabar las clases fuésemos a un taller de cerámica que tan de moda estaba, le pregunté si podía llamar también a Alejandra, se le daban bien las manualidades, y pensé que le haría ilusión, así que después de hablar con ella salimos corriendo hacia el instituto.

Tomás nos esperaba apoyado en un poste, estaba con los auriculares puestos, cuando nos vio esbozó una pequeña sonrisa y los guardó en su bolsillo.

—Tienes cara de cansado. ¿Estás bien?

—He pasado toda la noche con fiebre, el domingo estuve ayudando a Berto y a Carlos a reponer en la cámara frigorífica y me he resfriado.

—A mí no te me acerques que yo lo pillo todo. —Rebeca se alejó y Tomás tiró de su brazo espachurrándola contra su torso—. ¡Tomás, suéltame! Me voy a poner mala de verdad. —Lloriqueó.

—Que esto no se pega. ¿Tenéis pañuelos? Me he quedado sin ningún paquete de tanto sonarme.

—Qué raro que siendo amigo de Foxy te falten los pañuelos —dije tendiéndole uno y Rebeca se rio.

—Ja, ja, qué graciables. Ahora en serio, el trabajo y el instituto me están robando la vida. Exijo tener un día libre —protestó alzando la voz y un grupo que pasaba por nuestro lado nos miró riéndose.

—Todos hemos perdido días de vida, querido Tomás. —Me agarré de su brazo y anduvimos hacia dentro.

—¿No hay noticias del recetario?

—No me lo recuerdes que esta noche ha estado dándome patadas como si fuese una karateka. Dios mío, qué leches.

—Si no me gano la vida haciendo pasteles, quizá pueda hacerme cinturón negro. —Hice un movimiento con las manos y sonreí.

—¿Has pasado la noche en casa de Candela? —preguntó a Rebeca y esta abrió los ojos como platos.

Esa noche y unas cuantas más. Las mentiras tienen las patas muy cortas. Muy.

—Sí, tenía una duda de la tarta Ópera y me dijo que fuese a su casa, se nos hizo tardísimo y ya me quedé a dormir.

—¿Estudiasteis sin mí?

Nos miró y no quise decir nada. No quería mentirle y también me sabía mal por Rebeca y la situación por la que estaba pasando.

—Fue una dudita de nada.

Tomás hizo una mueca con la boca sin saber bien qué creer.

—El recetario todavía no apareció. No sé si lo hará, cada vez tengo menos esperanzas.

—¿Dónde se te pudo perder?

—Yo juraría que lo llevaba en la mochila el domingo, quizá se me cayó en el vestuario y alguien del personal de limpieza lo cogió. Santana me dijo que les iba a preguntar, y, si no, mandaría un correo.

—Un correo con asunto: el recetario de Candela.

—Algo así, supongo. —Me encogí de hombros y llegamos a clase.

Nuestro profesor entró frotándose las manos y eso solo podía significar dos cosas: que hiciese frío, algo poco probable porque estábamos en mayo, y que hubiese alguna noticia de esas de agárrate y no te menees.

—Buenos días a todos. Espero que estas semanas que lleváis de prácticas estén siendo muy productivas tanto a nivel personal como, especialmente, profesional. Ya estamos en la recta final del curso, me da algo de pena y alegría a la vez comunicar esta noticia. Hay dos fechas importantes.

—No estoy preparada para esto.

—Yo tampoco —contestaron mis amigos a la vez.

—El examen final será el día veintiuno de junio, y la graduación el mismo viernes veinticinco.

—Pero ¡qué noticias son estas! —me quejé—. No sé, dime que se han pensado mejor lo de la tarta Ópera o que en las prácticas todos vamos a tener ese aprobado, ¡pero esto! —exclamé en voz baja.

—Queda poco más de un mes para el examen. Ya podemos ir apretando el culo —advirtió uno de mis compañeros de delante.

—O comprando vaselina —sugirió otro.

—Bueno, pues que empiecen los juegos del hambre. —Tomás dio una palmada y nuestros compañeros se rieron.

—Yo diría más bien del empacho —puntualizó nuestro profesor—. Y para que sigáis con el empacho, hoy vamos a profundizar en las técnicas de bombonería que dejamos aparcadas en el segundo trimestre.

—Esto no va a caer, ya lo veréis —vaticinó Tomás.

—Toma apuntes, esto es como una tómbola, nunca sabes qué puede tocar.

Estuvimos toda la mañana con el chocolate, volviendo a su atemperado, que variaba según el tipo de chocolate que fuera; a la elaboración de ganaches y la variedad de infusiones que podíamos realizar para el relleno de los bombones, incluso al pintado de estos. Las clases pasaron rápido, tanto la teórica como la práctica, estuvimos bastante entretenidos con el aerógrafo, no al nivel de un grafitero, pero los bombones que salieron eran verdaderas joyas. De algunos impresionaba la capa exterior simulando gemas, uno de ellos, con ese degradado de azules, me recordó al mar, otros tenían formas más sencillas y lo importante era el interior, ese

relleno en el que cada uno plasmaba sus gustos y el atrevimiento por hacer combinaciones que sorprendiesen en boca.

Al terminar le preguntamos a Tomás si quería venir al taller de cerámica y nos dijo que prefería descansar, así que nos despedimos hasta el día siguiente volviéndole a asegurar que no estudiaríamos más sin él. A veces le decíamos que era Tomás el Tóxico porque no podíamos hacer nada sin ser tres, pero lo entendíamos, habíamos sido nosotros desde el principio.

Rebeca y yo anduvimos hacia la parada del autobús, paramos en casa para comer y después nos preparamos para el taller. Me gustó tener tiempo para arreglarme y pintarme, calzarme esas manolitas que aún no había tenido tiempo de estrenar y verme en el espejo con algo diferente a un uniforme. No sé si os lo he contado en algún momento, pero entre alguno de mis pecados estaba el gusto por la moda y todo lo que tuviese que ver con ella.

Quedamos con Alejandra en la puerta del local, decía que necesitaba airearse, que estaban siendo unos días de cambios y que le vendría bien que estuviésemos juntas.

—¡Ale! —la llamé cuando le vi cruzar el paso de peatones y nos abrazamos cuando llegó.

—¿Te creías que no te había visto? Esas manolitas brillantes solo podían ser tuyas.

—Yo también te vi de lejos, pareces Charmander. ¿Qué te han hecho en el pelo?

—Me acabo de poner el tinte y por eso se ve tan subido, con los lavados volverá al color de siempre. Charmander ni Charmander.

—¡Ay, que echaba de menos a mi mustia! —La volví a abrazar y rio.

Saludó también a Rebeca y entramos en el local. Era pequeño, una sala diáfana con una mesa de madera que se extendía a lo largo de esta. Las sillas, cada una de su padre y de su madre, le daban al lugar ese toque informal. Las paredes estaban decoradas con varias creaciones de cerámica y alguna que otra foto de un paisaje.

La chica que se encargaba de impartir el taller se acercó a nosotras. Rebeca y ella se saludaron de una forma bastante familiar, Alejandra y yo no nos soltamos del brazo hasta que ocupamos una de las sillas.

—Rebeca, ¿alguna vez has hecho cerámica? —le pregunté cuando ocupó el sitio de mi derecha.

—Sí, no es la primera vez que vengo.

—Vaya, entonces partes con ventaja —dijo Alejandra.

—Bueno... no es muy diferente a la pastelería en cuanto a detalles, solo hay que aprender a trabajar con un trozo de barro e ir modelando. Por ende, se te debería de dar bien.

Alejandra se rio a sabiendas de mi escasa paciencia y prestamos atención al trozo de barro que Elisa —así se llamaba la profesora— dejó delante de nosotras.

—A esto le llamamos pella.

—Vaya, como la de mi barriga —susurré y Alejandra me dio con el pie.

—Ahora mismo está perfecta de humedad, pero puede pasar que de tanto manipularla sea necesario agregar un poco más de agua, para ello tenéis cada uno un pulverizador. Con dos veces que le deis es suficiente —indicó—. Para que os familiaricéis con el barro vamos a empezar con la técnica del pellizco. Tenéis que hacer una bola y clavar el pulgar en el centro, desde este punto vamos a hacer un movimiento hacia afuera. Las manos las podéis colocar de esta manera, haciendo una especie de cuna para sostenerla, y con el dedo gordo seguimos haciendo este movimiento. —Lo hizo para que lo viésemos, de manera que iba quedando una especie de vaso, por llamarlo de alguna manera.

—Mira, mira. —Me enseñó Alejandra.

—Creo que el mío no va bien —avisé y Rebeca miró.

—Tienes que tratarla con cariño, a la cerámica no le gusta la prisa.

—¿En serio? ¿Y le tengo que hablar también? —pregunté con sorna y volví a intentarlo.

—Una vez tengamos hecho esto, hay que estar conectados con la pieza, ver que hay una proporción en el grosor de las paredes y la base. Tenemos que tocar e ir compensando. —Elisa iba dándole vueltas a la pieza, parecía que le estaba dando un masaje—. Cuando la tengáis, la dejamos reposar unos minutitos para que llegue a tener una dureza cuero, es decir, que quede un poquito más dura, de manera que sea más fácil maniobrar.

—La mía no está muy compensada que digamos. —Le enseñé a Rebeca.

—Bueno, así tiene más personalidad.

—Creo que la que mejor está quedando es la de Alejandra.

—Este va a ser el vaso de los cepillos de dientes —anunció mi amiga y nos reímos—. ¿Qué? ¿No es una buena idea? En Zara Home te cobran una millonada por esto.

Asentimos, divertidas.

—Oye, Rebeca, ¿conoces a Elisa de algo más? Es que la he pillado mirando hacia aquí.

—No —negó con rapidez—. Será porque he venido aquí un par de veces más.

—Entonces tú ya irás por el nivel de hacer un cuenco, ¿no? —le preguntó mi amiga.

—Voy por el bol para los cereales.

—¿Cómo vais? Por lo que veo todos bastante bien —continuó Elisa—. Ahora, si queréis alisarla, podéis coger la esponjita que tenéis delante, humedecerla y pasarla. En caso de que lo queráis irregular, dejadlo así.

Miré a Alejandra y puso los ojos en blanco. La observé mientras ella sí alisaba las paredes de su obra de arte. Después la decoramos con algún dibujo, eso sí se me dio bien, además, me recordó un poco más a lo que solía hacer con el dulce. Cuando terminamos nos dijo que hornearía las piezas, dejamos nuestras iniciales escritas en la base de estas y la próxima vez las pintaríamos. Salimos de allí contentas, nos gustó pasar un rato juntas y haciendo una actividad diferente, doña talleres sabía cómo hacer para que no nos aburriésemos, ella decía que el saber no ocupaba lugar, por eso casi todas las semanas buscaba algún taller que hacer.

—¿Vamos a tomar algo fresquito? Me apetece un granizado de vermú —propuso Alejandra.

—No puedo, chicas. Tengo planes. —Se excusó Rebeca.

—Bueno, la próxima será —le dijo Ale.

—Voy a pasar antes por tu casa para cambiarme, me he manchado el pantalón. —Nos enseñó—. Nos vemos.

—Vale, ten cuidadito.

—Hecho. Adiós, chicas.

—¡Adiós! —se despidió Alejandra—. Oye, ¿qué estáis compartiendo piso?

—Ha tenido unos problemas en casa y no tenía dónde quedarse, a mí no me importa, así que por un tiempo estaremos las dos viviendo en mi ratonera.

—Espero que no sea nada.

Negué con la cabeza y cogimos el metro hasta bajarnos en Tribunal, dimos un paseo, entramos a una librería de la que salimos con algún libro, y después de entretenernos, decidimos sentarnos para tomar ese granizado que se le había antojado a mi amiga.

—¿Cómo va la mudanza? —Quise saber.

—Pues ya solo quedan un par de cajas. Tienes que venir, Hugo también te echa de menos.

—Qué ñoño es. —Me reí y se encogió de hombros—. No pongas esa cara, tú también lo

eres.

—Puede, pero eso es solo un ratito, el resto del tiempo...

—Sí, que Cuenca lo tienes más que recorrido.

—¡Candela! —Me palmeó la mano y derramó un poco del vermú sobre la mesa. Me carcajeé y comenzó a reírse.

—¿Qué tiene de malo, mujer? Si es lo normal. Estáis en esa etapa de plena efervescencia, como si fueseis dos adolescentes.

—Me cago en... —Hizo una mueca de dolor y me asusté.

—¿Qué te pasa?

—Me ha dado un pinchazo en la parte baja, me tiene que venir la regla. Voy a ir al baño.

—Espera que te acompaño.

Dejamos la mesa unos instantes y entramos en el baño. Esperé fuera a que saliese canturreando la canción que sonaba.

—Ya está. Era eso.

—Habrá que pedir otro granizado, ese será ya aguachirri.

Pedimos una ensaladilla y dos bocadillos de calamares, los vermús también se sucedían al igual que nuestras risas lo ocupaban todo. Pocas cosas me gustaban más en el mundo que estar con ella. Alejandra era mi persona vitamina, estaba llena de luz y siempre era ese lugar al que quería ir cuando necesitaba un refugio, pero también cuando quería llorar de la risa. Tenía tanto coraje... siempre aprendió a luchar con sus sombras. Y la admiraba, admiraba de ella cada paso que daba.

—¿Cómo te fue el otro día con el psicólogo? Parecía bien majo cuando hablé con él. No se sorprendió tampoco porque le pidiera la cita en tu lugar.

—Fue bien, ya sabes, lo removié todo, pero lo necesitaba. Tú misma me lo dijiste, ya no soy aquella niña.

—Claro que no lo eres. Solo tienes que mimarte y regarte, estoy segura de que algún día te veré florecer. Vas a ser la flor más preciosa de tu jardín.

—Hugo te está pegando su cursilería, y lo peor es que me vas a hacer llorar. —Hice un mohín y me agarró la mano.

—No es eso. Solo quiero decirte que no estás sola. Yo te entiendo, de verdad. Y estoy aquí para quererte cuando tú te quieras menos, para recordarte lo que vales, lo que te admiro por estar consiguiendo con esfuerzo todo lo que te propusiste. Porque lo estás haciendo, Cande. Hace un año no te imaginabas saliendo de esa mierda de trabajo que no te hacía feliz, y mira, le diste la mano a ese miedo y lo hiciste. Tú puedes, solo te queda intentarlo con el resto.

—A veces no me doy cuenta de todas esas cosas y siento que no avanzo, pero es cierto, he sido capaz de tomar decisiones que eran buenas para mí, gracias por recordármelo.

—Pues claro que has sido capaz de tomar decisiones buenas para ti. Y lo seguirás haciendo.

Me levanté para abrazar a Alejandra y me acurruqué en su pecho. Lo que me dijo era verdad, tenía que ser capaz de valorar lo que había conseguido, lo que estaba haciendo por mí, el lugar que me estaba dando; darme cuenta de lo válida que era, la mujer independiente en la que me convertí, esa que era invierno, pero esperaba la primavera.

Capítulo 17



Vértigo que no se va

Por la noche llegué a casa con una dosis de mimos y una charla llena de sabiduría, de esas que te calientan el corazón. Al abrir la puerta todo estaba en silencio, Rebeca no estaba. Encendí la luz, colgué el bolso en la percha que había detrás de la puerta y fui a la cocina a echarme un vaso de agua. Justo en ese momento me di cuenta de que mi cuaderno de tapa negra estaba encima de la barra de la cocina. Solté corriendo el vaso y lo abrí para comprobar si se trataba del recetario.

Lo era.

Grité, bailoteé un poco por la casa y pasé sus páginas. Todo se conservó perfecto, menos la última página en la que escribí que no estaba. No le di demasiada importancia, así que me fui contenta hacia el sofá con mi cuaderno y cogí mi teléfono para abrir una conversación.

Cande:

Gracias, gracias, gracias. Te debo una bien grande.

Santana:

He ido a llevártelo, pero Rebeca me dijo que no estabas. No me tienes que dar las gracias, no hice nada, alguien lo encontró y lo dejó en mi oficina.

Cande:

Ya averiguaré quién lo encontró. Mientras tanto, te lo agradeceré a ti.

Santana:

Desátale los huevos a san Cucufato, pobre hombre.

Me reí y fui a por la bandana para desatar el nudo. Cuando lo hice le mandé una foto.

Cande:

Listo. Nunca falla. El jueves te devuelvo el pañuelo.

Santana:

No hace falta, quédatelo.

Cande:

¿Y para qué quiero yo el pañuelo? ¿Lo uso como trapo de cocina?

Santana:

Seguro que te queda bien en el pelo.

Cande:

No todos somos tan macarras como tú, ojos azules.

Santana:

Ya no sabes qué decir para no llamarme por mi nombre.

Cande:

No tengo ningún inconveniente en llamarte por tu nombre, pero debo decir que no me gusta nada. Es horroroso.

Santana:

A mí me gusta el tuyo. Quema incluso cuando lo dices.

Cande:

Pues entonces no tengo por qué recordarte el refrán.

Santana:

No me importaría quemarme.

Releí el mensaje y salí de la aplicación. ¿Qué no le importaría quemarse? Miré el pañuelo, lo enrollé en mi muñeca varias veces y lo anudé. Quizá no era demasiado tarde para admitir que uno de mis pies ya estaba puesto en el fuego.

Dejé su mensaje en visto y me fui a la cama con un plan, me temblaban las piernas tan solo de pensarlo. Qué vértigo, tanto tiempo sin sentir así, que ahora solo buscaba alguna cuerda segura a la que agarrarme y no soltar, mañana quizá entendería que las cuerdas seguras son las que te detienen cuando quieres saltar a ese vacío en el que no hay oscuridad, sino donde está todo lo que queremos; hasta entonces descansaría después de las sonrisas, el cuaderno y los vermús.

A la mañana siguiente Rebeca aún no había vuelto. La sábana de su lado estaba intacta y no se escuchaba ruido alguno en la casa. Me desperecé y miré el teléfono, tampoco había un mensaje suyo, decidí esperar a terminar de desayunar para llamarla. Puse los pies en el suelo y bostecé, por fin había dormido bien.

Fui hacia los ventanales y abrí uno a uno los estores que había. El día estaba nublado, vaya, parece que tanto sol no podía ser verdad, ya sabéis el refrán: hasta el cuarenta de mayo, no te quites el sayo, y todavía quedaba, porque el tiempo veraniego se resistía a hacer acto de presencia. Me preparé como todos los días, hice el desayuno y me senté en la barra mientras ojeaba el correo. El sonido de las llaves atrajo mi atención y Rebeca entró en silencio, creyendo que yo estaba dormida.

—Tranquila, no te voy a decir que qué horas son estas de llegar. ¿O debería? —le pregunté.

—¡Joder! Qué susto, Candela. —Se llevó la mano al pecho.

¿Dónde carajo se habría metido? ¿Habría vuelto a su casa?

—¿Has desayunado? —Negó con la cabeza—. En la sartén hay un crep con jamón y queso, por si te apetece.

—La verdad es que estoy famélica. —Se lo sirvió en un plato, se preparó una taza de café y se sentó a mi lado—. Gracias por no preguntarme de más y respetar mi espacio.

—Lo respeto, aunque eso no quita que esté preocupada. Cuando quieras contarme algo...

—Sé que puedo contar contigo. —Me dio un beso en la mejilla y achiné los ojos.

—Pelota. —Se rio—. Solo te voy a decir una cosa: queda poco tiempo para el examen, no te disperses, Rebeca. No le puedes quitar el puesto a Tomás. —Quise bromear.

—Ya... es que estoy intentando entender lo que pasa, estoy confundida y, siento que si lo comparto, me confundiré más. —Dio un sorbo a su café—. ¡El recetario! —exclamó—. Se me olvidó contarte que Santana vino para dártelo, liberad a san Cucufato.

—Es un santo libre. —Reí—. De verdad, pobre hombre, yo no sé quién se inventaría algo así, pero funcionar, funciona.

—Santana también es un santo. Siempre está preocupado por ti.

—Uy, uy. ¿Te ha enseñado la credencial del papa nombrándole santo?

Espurreó el café y rio.

—Bueno, quizá no sea para tanto, pero se ve buen chico, a mí no me engañan sus pelos desaliñados. Además, lo de que se preocupa por ti sí que es verdad.

—Puede —dije con la boca chica.

Rebeca dibujó un corazón y lo aparté con las manos.

—«Fueera de míí, ya no quieero tu quereer». —Canturreé.

—«De mi mentee, te he borradoo, ya no quieroo, besar tus labios» —seguimos vociferando las dos.

Me levanté con la maldita canción en la cabeza y Rebeca se ofreció a lavar los platos.

Cogimos el autobús para ir a clase, normalmente, cuando me subía en el autobús compartía el trayecto con las mismas personas, nos saludábamos y después nos sumíamos en el silencio dejando la mirada perdida en la ventanilla. Con Rebeca eso era imposible, no paraba de hablar, era de esas personas que podía sacar un tema de conversación de una piedra. Y yo que creía que a verborrea no me ganaba nadie... Pues mira, algunas veces incluso echaba de menos ese silencio. No me estaba gustando nada esto de hacerme mayor.

Las clases iban llegando a su fin, se notaba en el temario, en esas preguntas que todo el mundo hacía sobre cualquier cosa porque a nadie le gustaba quedarse con la duda, no fuera a ser que la pudiera picar con la elaboración de turno, y también se notaba en el ambiente. Daba igual la edad que tuviésemos, escuchar la palabra examen ponía tenso a cualquiera, por lo que atendíamos de más como si tuviésemos una red y quisiéramos atrapar todos los conceptos. ¿Qué algunos lo podrían haber hecho desde el principio?, pues también, pero hay quien dice que estudia mejor bajo presión. Yo, desde luego, eso no lo llevaba bien. Me gustaba llegar a casa, pasar los apuntes y ordenarlos. No era una empollona, solo era constante. Además, siempre me quedaba un *lettering* bien bonito.

Cuando sonó el timbre, Tomás nos avisó de que se quedaba en las cocinas practicando y decidí quedarme con él. Por el contrario, Rebeca se excusó diciendo que tenía algo que hacer y que nos hablaría luego para ver cómo íbamos. No quise poner caras raras, lo juro, pero en cuanto nos quedamos solos, Tomás entornó los ojos y los clavó en los míos.

—Suelta.

—¿Qué suelto?

—No te hagas la tonta, te conozco demasiado como para saber que algo pasa.

—A mí no me pasa nada.

—A Rebeca sí.

—Lo que le pasa a Rebeca, por mucho que insistas, no lo sé ni yo.

—¿Y eso de que está viviendo contigo? —soltó y abrí los ojos sorprendida—. Candela.

—¡No es mío! —me defendí—. No puedo contarte algo que no es mío.

—¿Está viviendo contigo entonces?

Asentí confirmándolo.

—Solo por un tiempo. Tiene problemas en casa. Hasta ahí puedo leer, lo demás háblalo con ella, quizá a ti te lo cuente.

—Vamos a las cocinas, anda, que te voy a hacer un buen merengue.

Me reí y anduvimos hasta entrar en ellas. Decidimos empezar por los *petit fours*: una tarta de caramelo salado y una tartaleta de *lemon pie*. Cuando estudiábamos juntos observábamos los pasos que daba cada uno, nos corregíamos o apuntábamos algo en caso de que se pudiese hacer mejor o de otra manera. Era la forma en la que estudiábamos los tres juntos, y hasta el momento nos ayudó a aprobar los exámenes. Tocaba madera, bueno, aluminio porque no me quedaba otra, para que todo fuese igual esta vez.

Cerca de las ocho de la tarde Tomás y yo decidimos parar, eso sí, llevábamos un buen cargamento de pasteles a casa. Algunos nos los comimos para merendar, tantas horas en la cocina daban hambre, el resto lo repartimos, al menos para el desayuno ya teníamos. Nos despedimos hasta el día siguiente, me hizo prometerle que le avisaría si algo me preocupaba y salí hacia la parada del autobús.

En casa me duché corriendo, saqué del armario un vestido negro, corto, de mangas también cortas, un pelín abullonadas y la espalda descubierta cruzada por unas cuantas tiras. Me calcé unas cuñas de esparto del mismo color cuyas cintas até a mis tobillos. Al mirarme al espejo me di cuenta de que tenía los labios bastante agrietados como para pintarlos de algún rojo, chasqué la lengua por esa manía mía de morderlos cuando estaba nerviosa, así que opté por un color *nude*. Me maquillé los ojos sutilmente, me hice alguna onda desenfadada en el pelo y me devolví una sonrisa en el espejo.

¿Que qué iba a hacer? Esperad y seguid leyendo.

Salí de casa y cogí un taxi que me llevó al restaurante. Al llegar me quedé plantada en la puerta como el primer día, pensando si entrar o no, si lo que iba a hacer era lo que realmente quería. De nuevo me habló la duda, la inseguridad, esa que aparecía cuando estaba a punto de hacer algo que no era bueno para ellas, pero que sí lo era para mí. Me abracé un momento, sentí el frío de mi piel nerviosa, a veces el cuerpo habla por nosotros, y me froté los brazos para volver a entrar en calor. Algunos pensarán que exagero, sin embargo, quien sepa lo que es enfrentarse a una misma sabrá de lo que estoy hablando.

Di unos pasos hacia delante y la puerta se abrió, justo cruzaba la entrada Javi para ir a la sala y se extrañó. Miró mis zapatos, esos que no eran muy de miércoles y que tampoco era el típico zapato vasto que estábamos acostumbrados a llevar en cocina; observó que tampoco había rastro de mi uniforme, y me encogí de hombros sin saber bien qué decir.

—¿Qué estás haciendo aquí? Hoy no trabajas, ¿no? O es jueves y yo lo he soñado.

—Santana —pronuncié brevemente.

—¿Pretendes rescatar a la princesa refunfuñona de la cocina?

Me acerqué y le di un codazo.

—Calla, que se va a enterar todo el mundo.

—Hoy no hay mucha gente trabajando aquí.

—Suficiente como para que mañana hablen.

Parece que Javi y yo sabíamos de lo que estábamos hablando.

—Está arriba, en la oficina —me indicó—. ¿Te puedo decir una cosa?

Asentí.

—Estás muy guapa, Pajarillo.

—Gracias. —Sonreí y me encaminé hacia las escaleras.

—¿Te puedo decir otra?

Volví a asentir.

—Menos mal que alguno dio el paso.

Capítulo 18



1, 2, 3, un pasito para adelante, ¿Candela?

Dar pasos en línea recta era algo que no se me daba bien hacer. Lo mío era perderme y tomar atajos que luego llegaban a ser como esa manzana que la bruja le ofreció a Blancanieves: un camino envenenado. Tampoco solía dar pasos firmes, me asaltaban muchas preguntas que me hacían cuestionarme por dónde iba, que me decían que nunca me encontraría, pero ¿sabéis qué? Que solo equivocándome entendí que el propósito de perderse no es encontrarse, sino aprender a disfrutar de esa sensación de libertad que nos da el no tener ni idea de hacia dónde vamos, porque así podemos pasar por diferentes lugares, vivir experiencias, aprender y seguir creciendo. Sí, estar perdido es una sensación que deberíamos acoger en lugar de rechazar.

Lo de dar pasos en línea recta lo podía aplicar a cualquier situación, por ejemplo, a la que estaba viviendo con Santana. Cuando lo conocí podía haber seguido por ese camino que me llevaba directito hacia él, pero yo decidí desviarme, y un año después entendí que los miedos que tenía antes, los seguía teniendo ahora; que de nada me servía huir si lo que llevaba dentro me iba a perseguir a cualquier lugar al que fuese, que él no tenía la culpa, que quizá tampoco la tenía yo, y llamar a su puerta fue una forma de darle la mano a esos miedos.

—Adelante...

Escuché detrás de la puerta y abrí despacio. Estaba absorto en unos papeles que había sobre su escritorio. La mesa estaba llena de libros, de notas adhesivas, desordenada como él, como su pelo.

—¿Sabes lo único que va a salir de aquí, Javi? Ya te lo digo yo: humo.

Me reí y levantó la vista.

—Vaya... —Me miró durante unos instantes y sonrió—. Pues no eres Javi.

—Creo que no. Quizá mañana me levante con algo ahí...

—¡Candela! —exclamó y seguí riéndome en ese estado de nerviosismo—. ¿Qué haces aquí? Hoy descansas.

—Sí, yo descanso, pero tú también.

Se puso de pie, apartó la silla y rodeó la mesa hasta quedar frente a mí.

—Yo no descanso nunca, ni durmiendo.

—Pues eso tiene que cambiar. —Me acerqué a él y pasé mis brazos por detrás de su cabeza hasta llegar a la bandana de su pelo. Santana se quedó quieto, observando mis movimientos. La desabroché y la guardé en mi bolso—. Sin esto no puedes trabajar.

—Creo que al final de esta historia vas a tener que devolverme unas cuantas.

—Solo tengo dos.

—Porque es el principio —susurró y me mordí el labio arrastrando el labial. Mierda.

—Bueno, ¿nos vamos?

—¿A dónde? —preguntó de buen humor.

—Vas a hacer que me desespere y te aviso ya de que la paciencia no es uno de mis atributos. Te dije que te debía una y yo siempre, grábatelo en la cabeza, siempre cumplo mi palabra.

—Ahora estoy con los nuevos menús, Candela. Tengo que seguir trabajando.

Puse los ojos en blanco y tiré de su mano.

—No vas a encontrar inspiración entre estas tristes paredes, ni siquiera en la cocina.

—Mi cocina no es triste —replicó.

—Lo que te quiero decir es que necesitas vivir para crear, y por esas ojeras y esa cara, diría que se te ha olvidado.

Santana calló unos instantes, exhaló con fuerza y me miró.

—Me cambio y nos vamos. —Me guiñó el ojo y salió de la oficina.

Me quedé de pie en aquel espacio, cauta por si, al salir de allí, lo que me esperaba fuese algún peligro. Sabía que estaba haciendo algo que profesionalmente no debía hacer, pero no tenía la culpa de que una casualidad nos encerrase a los dos en el mismo lugar. Ninguno de los dos éramos culpables de que nuestros caminos se hubiesen vuelto a cruzar por andar perdidos por ahí.

Javi entró haciendo que me sobresaltase y me preguntó curioso.

—¿Lo has conseguido? ¿Abandona el ruedo por hoy?

—Creo que sí.

Subió la mano para que chocase y lo hice. Santana entró y los dos disimulamos sonrientes.

—¿A dónde vas? —le preguntó Javi.

—Pues no lo sé. ¿A dónde vamos? —Me miró y me encogí de hombros.

—A buscar inspiración.

—¿De verdad le vas a llevar a algún museo, Pajarillo? ¿Para eso lo raptas?

—Eh, que yo no estoy raptando a nadie en contra de su voluntad. ¿Y qué museo abre a las diez de la noche, Javi?

—Pues... seguro que habrá alguno.

Santana se rio y le palmeó la espalda.

—Nos vemos mañana temprano.

—Creía que me ibas a dar unas horitas de tregua.

—De eso ni hablar.

—Pues me voy a tomarme unas cervezas. —Salió de allí y Santana se dirigió a mí.

—Ahora sí nos podemos ir.

Salimos del restaurante y seguimos mis pasos. Había marcado una ruta de bares y restaurantes a los que había ido durante estos meses. Algunos estaban más escondidos, eran más pintorescos, uno de ellos era de esos que ves la entrada y dices «ni de coña entro», pero luego tenía cierto encanto; y otros, simplemente, estaban regentados por gente por la que merecía la pena ir, la que hace de ese lugar una casa y que encima tiraban la caña con bien de espumita.

Hicimos nuestra primera parada en un barecito donde hacían unas marineras de las que me podía comer unas tres casi sin respirar. Quizá así os hacéis una idea de lo buenas que estaban. Santana me miró cuando pedí en la barra dos cañas y dos marineras. Sonreía, tenía una sonrisa casi perfecta rodeada de unos labios carnosos y una barba de apenas días. Sus ojos se achinaban cuando lo hacía y después de sonreír apartaba la mirada, cauto, quizá. Es curioso que tan solo observando seamos capaces de descifrar detalles que de otra manera pueden pasar por alto. Dio un bocado a la marinera y abrió los ojos, sorprendido.

—Está de muerte. —Cuando se acabó la primera, llamó de nuevo al camarero y pidió dos

más.

—Vamos a hacer un *tour* por algunos barecitos. No puedo llevarte a hacer un viaje, me falta tiempo y algo de dinero, pero aún puedes encontrar inspiración en otros lugares más cercanos. Por ejemplo, en esta marinera. —Le di un bocado y sonreí.

—Gracias. —Sonrió y siguió comiendo—. Oye, ¿el recetario bien?

—Sí, todo bien. Solo falta una página, lo demás está intacto, menos mal.

—Le eché un ojo y entendí por qué era especial. Si a mí me hubiesen dado algo así también hubiese removido cielo y tierra por encontrarlo.

—Me lo dio mi abuela el día que me echaron del trabajo. Ella sabía que no me llenaba lo que estaba haciendo, trabajaba ahí por no escuchar a mis padres y al final, a quien no escuchaba, era a mí. —Di un sorbo a la cerveza mientras él me prestaba atención—. Cuando llamé al timbre de su casa y se lo conté, me llevó al salón y me dijo: «toma, Candelita». Me pidió que lo siguiera escribiendo. Es oro lo que hay en él.

—Sí que lo es. ¿Tu abuela te llama Candelita? —Rio y le palmeé la mano.

—No te rías, oye.

—Tu nombre tiene tanta fuerza como tú.

—A mí me gustaría decirte algo bonito del tuyo, pero ya sabes que me horripila.

—No te horripila el nombre, sino la persona que conociste que lo llevaba, y tengo que decirte una cosa.

—A ver.

Se acercó unos centímetros y agachó su cabeza hasta quedar a mi altura.

—Que yo no soy él.

Volvió a su sitio y bebí un trago largo de cerveza hasta acabar con la caña. No, Candela, Santana no era él. Puede que estuviera generalizando por no haber conocido algo diferente cuando hablamos de relaciones, porque creí que todos los hombres que conociese iban a ser como lo fue él. Pero no. Ni Santana se parecía a Álvaro ni yo era la misma persona que estuvo en esa relación.

Salimos del restaurante después de pagar y volvimos a retomar nuestra ruta. Santana caminaba pegado a mí, con las manos en los bolsillos y mirando al suelo. Parecía que vivía más en ese mundo interior suyo que en el que hay ahí afuera.

—¿Te duelen los pies? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—No, vengo preparada para la acción. —Di una patada al aire y corriendo me tapé por si se me había visto algo. Escuché su carcajada y vi como agitaba su cabeza.

—¿Esta es nuestra segunda parada?

Abrí la puerta y le indiqué que entrase. En esta ocasión, el restaurante era un tanto particular. Una barra enorme se extendía a lo largo de la sala y tanto el techo como parte de la pared de atrás estaban decorados con cajas de lonja en distintos colores. Santana lo miró todo como un niño cuando entra a una juguetería y pedí la bebida mientras él ojeaba la carta.

—Tú dirás.

Hice mi elección y hablé con el camarero. Santana nos escuchaba atento.

—Listo, si no te gusta lo que escogí no me echas la culpa.

—Eso no va a pasar. ¿Cómo puede ser que tú llevando en Madrid unos meses sepas de estos lugares, y yo que llevo años no tenga ni idea de su existencia?

—Porque vivo.

—Porque vives... —repitió masticando mis palabras.

El camarero llegó con el primer plato, lo dejó delante de nosotros y nos explicó en qué consistía el pequeño bocado.

—Este es el rolex: panceta ibérica con azúcar de palma, un disco de foie, vino *Sauternes*, francés, trufa y la yema de huevo cocinada durante una hora a baja temperatura —explicó mientras sopleteaba la panceta y el azúcar. Para terminar, enrolló la panceta sobre la yema—. Listo, que aproveche.

—Gracias —dijimos al unísono.

—Come, verás, vas a flipar.

Santana levantó el bocado a mi salud y lo introdujo en su boca. Cerró incluso los ojos y ahogó un bramido. Hice lo mismo y pasé la lengua por mis labios, saboreándolo.

—Dios, qué puta maravilla es esta.

Sonreí y justo llegó el camarero con otro plato. El *showcooking* era algo que mantenía al comensal con todos los sentidos puestos en lo que estaba ocurriendo en la mesa. Santana atendía entusiasmado a lo que el camarero contaba sobre esa trufa vasca mientras maniobraba con el soplete.

—Esta es la chistorra, está curada en sidra.

—Cómo huele —observó Santana—. ¿Es la grasa de la vaca la que recubre el solomillo?

—Exacto, con el soplete lo que hacemos es derretirla y que se integre con la grasa de la chistorra haciendo una salsa —continuó explicando—. Disfrutadlo.

—¿Hay muchas más paradas? Porque yo ya me quedo aquí.

—No, una más. —Sonreí al ver que le gustó.

—¿Tienes un bolígrafo?

Rebusqué en mi bolso y le di el que encontré. Cogió una servilleta y comenzó a apuntar algo.

—Existen las notas del móvil.

—Prefiero el papel, aunque sea este. —Me enseñó la servilleta con algunas palabras cuando terminó—. Voy a pedir un último plato y nos vamos.

Nuestra penúltima parada era una heladería, intenté avisarle de que eligiese el helado de pistacho, bueno, quizá para el que nos viese desde fuera parecía que le estaba obligando, que conste que era por un buen motivo, y nos sentamos en uno de los bancos que rodeaban la pequeña plaza en la que estaba localizada.

—Te lo advertí —dije mientras, divertido, me quitaba helado con su cuchara y yo me enfurruñaba.

—La próxima vez que no te haga caso, recuérdame este momento.

—No dudes que lo haré. —Reímos.

—¿Te hizo mucho daño? —me preguntó de repente.

—¿Quién? ¿Álvaro? —Asintió—. Creo que me hice yo más daño que él porque debería haber salido antes de ahí. Al igual que rompí, por así decirlo, con mis padres, debería haber tenido el coraje de hacerlo con él.

Santana me miró extrañado.

—¿Con tus padres?

—Desde pequeña han sido muy exigentes conmigo y, por ende, acabé siendo yo exigente conmigo misma. Me castigaba mucho por no llegar a ser la mejor en el colegio, por no tener una matrícula de honor en la universidad, el ascenso en el trabajo, creía que así les estaba fallando a ellos, y cuando pasó lo de Álvaro, me castigué por no haber sido la mejor novia para él.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Candela?

—Sí. Desde que tomé la decisión de venir aquí me he sentido libre, me ha costado tener una mala relación con ellos, pero siento que no es mi problema, que ahora soy lo que siempre quise ser, que ahora ya no me fallo a mí.

—Por eso en tu primer día en el restaurante estabas tan nerviosa.

—Sí, tengo el piloto automático y sigo exigiéndome demasiado, es algo que estoy intentando cambiar.

—Ven aquí.

Santana agarró mi antebrazo y me acercó con suavidad. Sus brazos envolvieron mi cuerpo y me sentí en calma refugiada en su pecho. Me dio un beso tierno en la frente, nos fuimos de aquella plaza y continuamos paseando por Gran Vía. Pasamos por la puerta del hotel donde nos encontramos por segunda vez, en ese momento tiró de mí hacia el interior, subimos en el ascensor y llegamos a la terraza. Nada había cambiado en aquel lugar después de aquellos meses, al parecer los únicos que sí lo habían hecho, o que al menos lo estaban intentando, éramos nosotros.

—¿Ginebra con *Seven-up*?

—Sí, y sin tirármelo encima, por favor.

Sonrió y se alejó hacia la barra. Lo observé desde lejos, Santana imponía, creo que incluso de primeras, cuando lo conocías, parecía antipático, pero en cuanto hablaba dejaba ver que detrás se escondía alguien especial. Dejó la copa delante de mí y lo agradecí.

—Oye, Candela... —Me miró pensativo—. Espero que algún día le des la mano a todo eso que te da miedo, que aprendas que no tienes que cumplir las expectativas de nadie a costa de tu felicidad.

—En ello estoy.

Levantó su copa levemente y la acercó a la mía hasta que chocó.

—Por ti, por tu risa escandalosa y por tus sueños.

—Yo no tengo una risa escandalosa. —Bebí y pensé en que no era el primero que reía cuando yo lo hacía—. Vale, puede que sí.

Nos levantamos de la mesa, caminamos hacia un pequeño escenario donde un chico cantaba con tan solo la compañía de su guitarra y lo escuchamos junto al resto de personas que se encontraban allí. Santana se colocó detrás de mí, envolviéndome la cintura con los brazos en uno de esos gestos que indican protección. Sonreí tarareando aquella canción y noté también su sonrisa pegada a mi cuello mientras mirábamos al frente.

—«Dame, la solución para conseguir que me calle, que deje de ir sobre seguro y amarrarte con todo lo que se puede tambalear. Quiero, perder el miedo cada vez que hay algo dentro, poder decir que nos lanzamos al momento, que no sabemos si todo nos quemará».

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que era normal que yo a ti te gustase, aunque tú a mí no? ¿Qué eran cosas que pasaban? —Me giré y me acerqué a su oído para preguntarle. Él asintió—. Eso no era así, lo que pasa es que creía que no estaba preparada para encontrarme contigo.

—¿Y sigues creyéndolo? —Quiso saber.

Rodeé su cuello con mis brazos y me acerqué hasta dejar mis labios sobre los suyos. Me separé un instante, lo mínimo para que nuestras miradas se cruzasen y volviera a acercarme a él.

—Quizá este sea un buen momento para saberlo.

Pasó su mano por mi cintura y me besó con suavidad hasta que nuestras lenguas se encontraron y comenzaron a bailar acompasadas. En ese beso había un pasado que se convirtió

en presente, había ganas, había miedos y hablaba de esa historia que comenzó cuando nos volvimos a encontrar.

Capítulo 19



Bailando despacio

Mi abuela dice que la vida es un baile, que a veces nos toca bailar canciones que nos gustan y que otras veces no. Que las que nos encantan y hacen que vociferemos su letra parece que duran unos instantes comparadas con esas de las que no nos sabemos ni el estribillo. Y así era, los momentos que más esperamos, que más disfrutamos, esos que dejan un recuerdo dulce, duran unos segundos, mientras que los que son agrisados, en ocasiones, parece que llegan para quedarse, y aunque al principio queramos que pasen rápido, que se marchen, os diré una cosa: el truco está en aprender a bailar durante ellos, porque si nos paramos a esperar algo que aún no llega, a que pase algo, se nos va la vida. Mi abuela siempre dice que la vida hay que bailarla como venga y eso, eso es algo que debemos aprender a hacer.

Creo que en aquel momento estaba bailando un vals, algo dulce que, a medida que se sucedían los besos, la melodía cambiaba y sonaba una canción de rock, dura, fuerte. No recuerdo en qué momento soltamos la copa, solo sé que las manos de uno estaban sobre el cuerpo del otro, las mías hundidas en su pelo, las suyas en mi cintura. Me mordió el labio, esbozó una sonrisa lateral y volvió a besarme. Nos separamos después de unos minutos, apoyé las palmas de mis manos sobre su pecho intentando recuperar el aliento. Mis labios pasearon por la piel de su cuello que dejaba al descubierto esa camisa azul y le mordí levemente hasta quedarme ahí, sintiendo como su corazón latía con rapidez y su perfume inundaba mis sentidos.

Sonaba una canción en la que alguien hablaba de ese debate que alguna vez todos hemos mantenido entre decir adiós y olvidar o quedarte y que, en el caso de que hiciésemos esto último, que lo intentásemos con fuerza, que mereciese la pena arder.

—Candela —me llamó en un susurro—. Esta vez quédate un poco más.

Durante los minutos que duraba la canción me di cuenta de que no quería huir, de que no tenía un porqué, de que lo único que quería en aquel momento era... sentir.

El cantante finalizó la noche con aquel tema y todos los que rodeábamos el pequeño escenario aplaudimos. Santana miró hacia arriba, alguna nube oscura comenzó a encapotar el cielo y poco después salimos de la terraza hasta bajar a la entrada del hotel.

—Ahora sí me duelen los pies. —Me senté un segundo en el escalón. El hombre que estaba en la puerta incluso me preguntó si estaba bien y yo asentí.

—Ven, levántate. —Santana se paró delante de mí, tiró de mi mano hasta ponerme de pie y me cargó sobre los hombros, en un momento quedé bocabajo.

—¡Qué se me van a ver las bragas! —Pasó una pareja por nuestro lado que nos señaló y se rio—. Ves, ellos ya me las han visto.

—¿Son rojas?

—¿Qué? Ni que fuera Nochevieja.

—Negras entonces.

—Tampoco. ¡Suéltame que no llevo! —Me soltó con rapidez y me reí—. Que te lo has creído. —Me carcajeé y se unió a mi risa.

—Le caerías bien a Aina.

—¿A tu hermana? —Asintió—. Si yo le caigo bien a todo el mundo. —Fingí falsa modestia y sonrió.

—A mí al principio no me caíste muy bien —admitió entre risas.

—¿Cómo qué no?

—Lo malo abunda —recordó imitando mi voz—. Como si yo tuviera la culpa de que tu ex fuese un capullo.

—Pues tú a mí tampoco, y luego me tiraste una copa en el pantalón, parecía que me había meado encima.

—Estabas guapa, esa mancha no importaba.

—Te odié mucho esa noche —confesé.

—¿Por lo de la copa?

—No, por haber aparecido.

—Vaya. Entonces, ¿qué hago ahora?

—Quedarte también un poco más —le pedí a sabiendas de que fácil, lo que se dice fácil, no sería.

Santana rodeó mis hombros y me estrechó contra su pecho en respuesta. Pasamos por una calle llena de locales que estaban cerrando. La gente se agolpaba fuera mientras se despedía animada como si fuese viernes y al día siguiente no sonase el despertador.

—Madre mía, ¿qué hora es?

—Las dos de la mañana.

—Rebeca debe de preguntarse dónde estoy.

—Yo creo que no —dijo a medida que avanzábamos por la calle.

—Sí, a veces es un poco madre como yo.

—Que no, Candela.

Levantó mi cabeza y la dirigió hacia una pareja que se besaba casi simultáneamente con una tercera persona.

—Pero ¡qué cojones!

—Es un local de intercambio de parejas.

—¿Se está acostando con una pareja?

—Quizá es un matrimonio.

Intentamos pasar desapercibidos y vimos cómo llamaban a un taxi y se marchaban de ahí juntos.

—Madre mía, Rebeca —musité.

—Ella sabrá lo que hace.

—¿Y si no?

—Pues se equivocará como todos lo hemos hecho alguna vez.

Desde ese momento me hice muchas preguntas, pero solo necesitaba una única respuesta, algo que me indicase que ella estaba bien. Llegamos de vuelta al restaurante, cogimos el coche y Santana me llevó a casa. A ver mañana quién se levantaba a las siete.

—Intenta descansar.

—Sí, tú también.

—No creo que lo haga, ahora mismo solo quiero darle forma a esto.

—¿A la servilleta? No sabía que te iba el origami —bromeé.

—¿Quién te crees, si no, que dobla las servilletas en el restaurante?

Reí y me acerqué hasta besarle. Me retuvo unos instantes con su mano levemente apoyada entre mi cara y el cuello haciendo que ese beso durase unos segundos más.

—Buenas noches.

—Nos vemos, chef.

Cerré la puerta, comprobé que tenía llaves y entré al portal. Al llegar a casa me recibió el silencio, las luces de la ciudad titilaban a lo lejos, me coloqué delante del ventanal observando cómo el cielo comenzaba a descargar y me abracé. Me abracé como hacía tiempo que no lo hacía, abracé mi caos, el momento, lo que estaba sintiendo. Y creo que no era un mal comienzo.

Me desperté con el sonido de las llaves intentando abrir la puerta, por un momento pensé que era de noche y que alguien estaba intentando entrar en casa. El sonido de los botines de Rebeca me tranquilizó y me cubrí con la sábana hasta la cabeza. Aquello era mi fuerte y no iba a entrar nada ni nadie a perturbarme por la mañana. Fuera imágenes de anoche, fuera recuerdos. De repente me desperté y me senté en la cama. Joder, que lo que vi ayer no fue moco de pavo como para que no me perturbase.

—Buenos días —me saludó dejando un beso en mi pelo antes de tumbarse a mi lado.

—¿Has dormido?

—Un poco.

—¿Vas a venir a clase?

—Sí.

Me levanté de la cama para dejarla descansar unos minutos y entré en el baño. Abrí el grifo y me metí debajo del chorro de agua, no escuchaba nada, ni dentro ni fuera, solo el agua caer, fluir, quizá era lo que debíamos hacer, quizá era lo que Rebeca también estaba haciendo. Al salir me sequé el pelo y me lo cepillé sin prisas, a mi abuela le encantaba hacerlo, siempre me decía «Candelita, tienes el pelo y los ojos del color del caramelo», y con un peine entre sus manos desenredaba mi cabello durante un rato mientras nos contábamos cualquier cosa.

Cuando pensaba en mi abuela era inevitable sentir admiración, siempre que la miraba me preguntaba cómo de fuerte había sido para que, con todo lo que había pasado a lo largo de su vida, siguiese en pie, con una sonrisa y dispuesta a darle manotazos a cualquier cosa que pudiese tambalear la felicidad de alguien a quien quisiera; supongo que de ella aprendí eso de defender con uñas y dientes y querer a manos llenas.

Salí del baño preparada y rápidamente dispuse el desayuno a lo largo de la barra: unos boles con algo de fruta y yogur y algunas tostadas para empezar bien el día. Rebeca resucitó y se sentó dándome las gracias, le quité importancia mientras ojeaba los apuntes de la escuela.

—¿Qué tal ayer con Tomás? ¿Estudiasteis mucho?

—Practicamos algunas *mignardises* y *petit fours*, lo que nos dio tiempo, ya sabes que semanas antes del examen las cocinas se llenan.

—Sí, debería ir haciendo lo mismo.

La noté pensativa.

—Rebeca, no quiero sonar plasta, pero...

—No quieres que me disperse —terminó.

—No era eso lo que te quería decir. Confío en que sepas hacer lo mejor para ti, pero si en algún momento te sientes sobrepasada pues... aquí estoy, y no te lo voy a repetir más.

—Entiendo que estemos viviendo juntas por algo que me pasó en casa, pero estoy bien,

Cande. Sé lo que hago y estoy bien —contestó.

—Joder, vale. Qué plasta soy. —Recogí mis platos y la dejé terminando el desayuno—. Me voy ya, quiero ir antes a la biblioteca a coger algunos libros.

De camino en el autobús revisé el email y vi uno de Oxana. Nos citaba una hora antes en el restaurante, Berto y ella querían enseñarnos la que tenía potencial de ser una de las nuevas incorporaciones en la carta. Sonreí al leerlo, quizá aquella servilleta que Santana escribió a lo largo de la noche sirvió para algo más que para hacer un barco de papel.

La mañana pasó entre un ambiente de nerviosismo y de tensión que no mejoró cuando llegamos al restaurante.

—Joder, qué pisotón, Tomás —se quejó Rebeca en el vestuario.

—Lo siento, a veces le haces daño a alguien y no te das cuenta.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te he hecho algo yo a ti?

—¿A mí? —preguntó con sarcasmo.

—Oye... esto no va a ningún sitio. Vamos a entrar ya en cocina —medié.

—No —gruñeron los dos a la vez y salí de allí.

Respiré aliviada al ver que aún estaba sola en la cocina y me froté la sien, recogí mi pelo con un bolígrafo y abrí mi cuaderno dejándolo en la encimera. ¿Sabéis cuando os levantáis y tenéis la sensación de que no va a ser un buen día? Pues justo eso me pasó a mí. Y mira que intenté centrarme en cosas más amables, desviar mi atención de lo malo, pero a medida que pasaban las horas se me hacía más difícil.

—¿Qué haces aquí sola? —La voz de Santana me sorprendió y me di la vuelta. Esbozó una de esas sonrisas socarronas y se acercó a mí.

—Estoy esperando a que Tomás y Rebeca terminen de discutir, y al resto de mis compañeros.

—¿Has podido dormir algo?

—Sí, aunque el día ha empezado un poco torcido y parece que no va a mejor. —Mordí otro de mis bolígrafos y me lo quitó de los labios—. ¿Y tú?

—He gastado uno de estos de tanto escribir.

—Porque ya lo llevarías por la mitad.

—También es verdad. —Reímos—. ¿Te contó algo Rebeca?

—Nada, y tampoco parece que vaya a hacerlo.

—Si algo he aprendido de vivir con una adolescente, es que cuando alguien quiere contarte algo, lo hace sin más.

—No la estamos presionando. Bueno, quizá Tomás ahí dentro le esté haciendo un tercer grado.

Chasqueó la lengua contra el paladar y garabateó en una de las hojas de mi cuaderno.

—No me refiero a hacerlo con palabras. Si os comportáis de forma distinta con ella, más distantes o molestos, puede que se sienta así, y no vais a conseguir nada.

—Vaya, sí que te enseñó la adolescente.

—Mi hermana es una buena maestra. No creas que no me ha desesperado muchas veces, hasta de los pelos me he tirado.

—Oh, Dios, creí que el peluquín era sagrado.

—Pensaba que me iba a quedar calvo.

—Pues menos mal que aún no llegó con algún novio a casa.

—Ni lo hará.

Me reí.

—Claro que lo hará.

—Por encima de mi cadáver.

Escuché los pasos de mis compañeros por el pasillo y salió de la cocina guiñándome un ojo. En esa página que garabateó, escribió «quédate un poco más», lo cerré rápidamente en cuanto lo leí y sonreí.

Cuando entraron no supe si Rebeca y Tomás habían arreglado algo o lo habían complicado más. Oxana entró junto a Berto y nos saludaron sonrientes.

—¡Hola a todos! ¿Qué tal la semana?

—Bien —respondimos al unísono y sin demasiado ánimo.

—Ha sonado a un regular más bien, supongo que estáis cansados. Os hemos citado por lo que os dijimos en el correo. Vamos a enseñaros un postre nuevo, no sabemos si llegaréis a hacerlo en cocina porque los nuevos menús aún están en proceso, pero esta idea os la debemos a uno de vosotros, por eso hemos querido que estuvieseis hoy aquí.

Berto levantó una campana y todos miramos el plato, atentos.

—Son unas delicadas flores de Calatrava especiadas, de manera que recuerda al típico pestiño andaluz. Como base tenemos una crema ligera de vainilla infundada con ron y unos *shots* en nitro de miel y naranja.

A medida que Berto iba explicando el plato, un nudo apretaba más y más mi estómago. No me lo podía creer. Ese postre, bueno, la idea sobre la que partía, era el que escribí en el recetario de mi abuela, y significaba mucho para mí porque era con el que me había atrevido a escribir en él por primera vez. Ahora que lo recuerdo, la única página que faltaba era esa, la que estaba escrita de mi puño y letra. En aquel momento no le di mucha importancia porque tenía la receta memorizada y sabía que las hojas de aquel cuaderno eran frágiles y podían caerse si no se cuidaban, pero jamás pensé que había sido arrancada. Hasta ahora, claro.

—Candela —me llamó Tomás—. ¿Estás bien?

Asentí levemente y sonreí. Ángel comenzó a hablar de cómo había trabajado en el postre, de que desde la idea inicial en la que era un hojaldre, los chefs habían pensado en la flor de Calatrava porque Santana había vivido en un pueblo de Toledo y así tendría más sentido para él y su restaurante. Mis compañeros lo felicitaron cuando terminó, no me miró, no se atrevió a mirarme y yo me estaba aguantando las ganas de hacer un cazo de caramelo y gotearlo sobre él. No me malinterpretéis, jamás lo haría, era la rabia la que hablaba por mí.

Durante el servicio estuve algo dispersa, demasiadas cosas en la cabeza, preocupaciones que fueron sumándose a lo largo del día. Me llamaron la atención en dos ocasiones porque mis elaboraciones iban atrasadas, me había equivocado en una de ellas y Tomás me ayudó a terminar.

—Candela, espabila, tía. ¿Qué te pasa?

—¿Te acuerdas cuando desapareció el recetario? —susurré y asintió—. Pues una de las páginas no estaba cuando lo encontraron. Era la receta de Ángel.

—¿La del postre de antes? —Asentí y abrió los ojos como platos—. ¿Estás de coña?

—No. Era la receta de los pestiños de mi abuela.

—Espera, espera que flipo.

—Te dejo un rato que lo hagas, yo llevo toda la tarde.

—¿Y lo vas a decir?

—Oye, chicos. Menos hablar y más trabajar —nos regañó Oxana y le indiqué a Tomás que

luego hablaríamos.

Al acabar el último emplatado de la noche, ayudé a recoger la cocina y salí de allí mientras ellos hablaban, necesitaba un poco de aire después del caos. Inhalé y exhalé sonoramente intentando aplacar esa rabia que parecía un boxeador golpeándome el estómago.

—Candela —me avisaron Rebeca y Tomás—. Estaban buscándote, ya sabes, un pequeño tirón de orejas.

—Qué desastre de servicio —lamenté. Tomás se acercó con rapidez para abrazarme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rebeca.

—El postre de Ángel lo escribió Candela en el recetario que desapareció y apareció por arte de magia. No sabía que aparte de pastelería estudiaba magia.

—Sí, negra —puntalicé.

—Será cabrón. Y el tío poniéndose medallitas. Ve a contárselo a Oxana, seguro que te entiende.

—No puedo ir ahora mismo a hablar con Oxana, ¿qué le voy a decir? Si ni siquiera tengo la hoja donde lo escribí —dije agobiada—. Necesito pensar.

—Ese va a la graduación con el ojo morado, ya te lo digo yo.

—Ahora te vas a volver un macarra —dijo Rebeca.

—Los accidentes también ocurren.

—No, no. Lo único que quiero es que deje de molestarme, no tengo bastante con el trabajo, la escuela y el examen como para tener que preocuparme por si me va a pasar algo más.

—Te voy a comprar un ojo turco para que te proteja —aseguró Tomás.

—¿Y si te han echado un mal de ojo? —siguió Rebeca.

—No le digas eso —la reprendió.

Me daba pavor cualquier cosa que tuviera que ver con el esoterismo. No me gustaban los juegos de tarot ni cualquier rito que tuviera que ver con la adivinación.

—Me quiero ir. ¿Podéis traerme mis cosas de la taquilla?

Rebeca y Tomás entraron y volvieron poco después con mis cosas.

—Te dejo primero a ti y luego a Rebeca.

Miré a Rebeca, por su cara pude intuir que todavía no le había contado nada a Tomás.

—¿Puedes llevarme a casa de Alejandra?

—Si quieres puedes quedarte conmigo. —Se ofreció Tomás, negué y se lo agradecí. En ese momento necesitaba a mi familia.

Capítulo 20



Reinventando los cuentos

Sabía que me tomaría tiempo acostumbrarme a cada pequeño cambio que hiciera, que llevaría mal eso de no poder controlarlo todo, pero también entendí que tenía que encontrar un equilibrio entre todas esas responsabilidades que llevaba y vivir, algo que, al parecer, me había olvidado de cómo hacer. Lo primero que hice fue hablar con el equipo, quería escucharlos, que ellos formasen también parte de lo que yo me empeñaba en hacer solo, de lo que, claramente, no podía hacer solo.

¿Qué si Candela tenía que ver? Sí. Tanto la noche que pasé con ella como la conversación que tuve con Enrique fueron las que me ayudaron a reconfigurar mis creencias, a replantearme mis pasos. Dicen que nosotros mismos, cuando nos perdemos, nos volvemos a encontrar. Y así es, lo hacemos, sin embargo, pienso que nos presionamos demasiado para hacerlo todo solos, como si nuestra voz, nuestros consejos, fuesen las únicas verdades a las que debemos agarrarnos, y no, a veces nos perdemos y hay quien nos encuentra. Quien nos ayuda a encontrarnos.

Aquella noche tenía pensado esperar a Candela después del servicio y contarle alguna idea que tuve para uno de los menús a raíz de nuestra salida del miércoles, pero Oxana me interrumpió algo molesta y me dijo que se había ido junto a Tomás y Rebeca después de que el trabajo que realizó dejase que desear. Por su cara supuse que quería echarle la bronca, intenté pedirle que se tranquilizara, que mañana hablaría yo con ella. Y lo haría, porque algo había pasado para que Candela trabajase mal. Estaba atada de pies y manos a la idea de la perfección, no solo con el trabajo, sino en su vida, y aunque sabía que estaba trabajando en ello, también sabía que no se iba a desatar de un día para otro.

Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón y la llamé sin obtener respuesta.

—¿Qué estás haciendo aún aquí? —me preguntó Javi.

—Estaba esperándola y desapareció.

—Como la Cenicienta, pero en vez de a las doce, desaparece cuando acaba el servicio.

—Y sin dejar ningún zapato. Tampoco coge el teléfono.

—Vaya, sí que avanzó el cuento. —Sonrió arqueando las cejas.

—Como si existiesen...

—Mira que eres cenizo —dijo sentándose en la encimera mientras yo volvía a llamar—. ¿Nada?

—Hay algo que me estoy perdiendo y no tengo ni idea de qué es.

—Bueno, en todos los lugares se cuecen habas, aquí no iba a ser menos. —Miró el

reloj y me palmeó la espalda—. Uno que se va, mañana me cuentas si hay alguna noticia.

—Nos vemos. Descansa.

Volví a intentarlo una última vez y después de algunos timbres me respondió su voz.

—¿Sí?

—Candela, ¿estás bien?

—Sí, solo un poco agobiada.

—¿Por lo que pasó ayer? —Quise saber.

—No, por eso no. El trabajo, la escuela... —pronunció con voz suave.

—Claaaro que sí. ¡Venga ya, Candela! ¿Quién se va a creer eso?

Escuché a una voz decir por detrás.

—¿Estás en casa?

—No, estoy en casa de Alejandra, acaba de llegar de trabajar.

—Dile que venga.

Volvió a sonar la voz de su amiga.

—¿Qué? Se te ha subido la sangre a la cabeza de tantas acrobacias.

Sonreí y puse los ojos en blanco. La escuché forcejear con el teléfono hasta que volvieron a hablar.

—¿Santana? Soy Alejandra. Vente a cenar, Hugo está al llegar también.

—Hola, Alejandra. No te preocupes, no quiero molestar.

—Tranquilo, es imposible dar más por saco que Candela.

—¿Perdona?

—Cállate, es para convencerlo. —Volvió a nuestra conversación—. ¿Qué me dices?

—Es tarde, tendréis que descansar.

—En esta casa somos un poco noctámbulos. Vamos a pedir algo de cenar, te esperamos.

Unos minutos más tarde aparqué en la dirección que Alejandra me había indicado y me encaminé hacia la puerta de aquellos bloques. No me había cambiado, me acompañaba el uniforme de trabajo, caí en la cuenta de que aún tenía la bandana en la frente y me la quité atándola a mi muñeca. Agité la cabeza para que mi pelo volviese a... qué demonios, jamás conseguiría un peinado decente.

Llamé a la puerta y me abrió Hugo. Sonrió y me tendió la mano después de pasar dentro, recordando ese momento tan surrealista en el que nos conocimos.

—¿Qué tal estás? ¿Ahora cerraste el restaurante?

—Bien. El servicio acaba sobre las once, pero mientras limpiamos y hablamos terminamos más tarde.

—Vaya, algún día te pediré que me reserves una mesa.

—Cuando quieras, tu casa es.

Me condujo hacia la cocina y me ofreció una cerveza, la cogí y chocamos el culo de nuestros botellines. Bebimos y me invadió una especie de familiaridad.

—¿A qué te dedicas, Hugo?

—Soy ginecólogo. —Me atraganté con el sorbo de cerveza y se rio—. ¿No lo imaginabas?

—La verdad es que no. Entonces, trabajas hasta ahora por los turnos, ¿no?

—Ahora mismo estoy un poco puteado, acabo de empezar en el hospital. Espero que dentro de poco pueda tener un horario más fijo.

—¿No vivías aquí?

Negó con la cabeza y bebió.

—Vivía aquí con Alejandra hace años, pero me dejó y volvió a Málaga. Yo me quedé aquí y terminé de estudiar, después volví a Málaga con mi expareja y me reencontré con Alejandra, desde entonces todo cambió.

—Joder, menudo culebrón.

—Todavía no sé cómo estoy vivo.

—Y cuerdo.

Reímos y salimos de la cocina. Anduvimos por un pequeño pasillo hasta llegar al salón. Recordé el pelo de color que llevaba Alejandra y se levantó sonriente a saludarme.

—¡Cuánto tiempo! Si te digo la verdad, pensé que nunca te volvería a ver. —Miró a Candela y esta puso los ojos en blanco.

Se levantó del pequeño sillón rosa en el que estaba sentada, aún llevaba la chaquetilla puesta, aunque le acompañaba unos vaqueros. Se acercó hasta abrazar mi cintura y la rodeé con mis brazos dejando un beso en su pelo.

—¿Todo bien? —susurré y ella asintió.

Me senté en el otro sillón que había a su lado. Candela subió las piernas hasta sentarse como un indio y abrazó un cojín.

—Hemos pedido pizza, los días de mierda la invocan.

—Si tú no has tenido un día de mierda.

—Ya, pero me solidarizo —resolvió su amiga.

Hugo ocupó asiento al lado de Alejandra y ella se apoyó en su pecho. No sabía nada de su historia, por lo que me contó Hugo supuse que fue complicada, pero en ese instante en el que los observé los vi tranquilos, al contrario que a Candela, que parecía ser una bomba esperando a ponerse a cero para explotar.

—Estamos esperando a que desembuches, por si no te has dado cuenta —apuntó Alejandra.

—No pienso hacerlo, porque si lo hago seguro que ninguno de los que estáis aquí os vais a quedar con los brazos cruzados y yo quiero que os quedéis tranquilitos.

—Si ha pasado algo en el restaurante tengo que saberlo, Candela.

Negó con rotundidad y los tres resoplamos a la vez. Ellos también sabían de esa terquedad de Candela, seguramente mejor que yo. Llamaron al timbre y Hugo se levantó, volvió unos minutos después con las cajas y las dejó encima de la mesa.

—A ver si comiendo te cambia el humor y decides contarnos algo.

—¿Y por qué no hablamos del musical? ¿O de cuántas pacientes has tenido hoy?

—No creo que hablar de mi trabajo ahora mismo sea lo más oportuno.

—A mí no me da asco, eh.

—Ni a mí —aseguró Alejandra.

—Bueno, comed y callad. Que me tenéis la cabeza como un bombo y solo llevo aquí un rato.

Alejandra y Candela se miraron y luego lo miraron a él. La primera le dio un codazo

y la segunda le tiró una servilleta que arrugó en su mano.

—No me vendría mal que Santana se uniese a mi club, así no estaría solo.

—¿Qué club? ¿El de la comedia? —preguntó Alejandra.

—No creo, a ver, no es por ofender, pero eso de los chistes no es lo tuyo —repuso Candela.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo mío?

—Lo de dar apoyo sí que se te da bien.

—Y lo de rescatar también —comenté y se rio.

—Perdona, que yo no necesito a nadie que me salve.

—A veces sí. Y no solo de quedarte encerrada, sino de ti misma —añadió Hugo.

—Por no hablar de los embolados en los que te metes... —siguió Alejandra.

—Si lo que queréis es venderme, lo estáis haciendo de puta madre.

—¡Ah!, se quiere casar. —Se le ocurrió decir a Alejandra y me atraganté con la pizza.

—Creo que lo vas a espantar —avisó Hugo.

—¡Pues claro que lo vais a espantar! Me estáis espantando hasta a mí, que mira que es difícil, pero bueno.

—¿Te quieres casar? —le pregunté y ella se rio.

—No, no quiero.

—Hace unos meses querías —recordó su amiga.

—Había una boda inminente, estábamos en una despedida de soltera, bebidas, y tú y Hugo os estabais reconciliando. Sobredosis de azúcar.

—Que no te engañe, siempre ha sido la más empalagosa de todas —me contó Alejandra.

—Porque os quiero mucho, pero eso no tiene nada de malo.

—Es como un *cupcake* relleno.

Candela resopló.

—Yo hubiese salido ya corriendo —me dijo Hugo.

—¿Tú a quién quieres engañar, poetiso? —replicó Candela y Alejandra se carcajeó.

—Vamos a dejarlo aquí ya —propuso Hugo.

Era innegable que llevaban toda una vida juntos. Tenían complicidad, había cariño, no faltaban las risas entre ellos, estar en aquel salón me recordó lo que era tener una familia, supuse que Candela estaba allí para refugiarse, que fue buscando su apoyo, y me alegré del hecho de que, simplemente, se tuvieran.

—Cuenta lo que pasó, venga, que ya tienes la barriga llena —la animó Alejandra.

—Yo os lo quería contar a vosotros, pero...

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté y negó con la cabeza.

—No.

—Pues cuéntanoslo, por favor.

—Prométeme que no vas a hacer nada —me pidió y me froté la frente. Su mano me palmeó el muslo y me miró esperando mi respuesta.

—Vale. —Levanté las manos en señal de rendición y apoyé mi espalda en el sillón.

—La receta que te enseñaron esta mañana Oxana y Berto no era de Ángel, era mía.

—¿¡Qué!?

Me incorporé al instante y esperé a que siguiera hablando.

—¿Dónde apareció el recetario el martes?

—En mi mesa.

—¿Y quién lo puso ahí?

—No tengo ni idea. Solo sé que apareció y...

—Desapareció y apareció por arte de magia. La última hoja en la que tenía la receta no estaba. Me lo quitó él y lo devolvió cuando consiguió lo que quiso. Y encima te lo dio a ti, ¿por qué? Porque es evidente que nos conocemos de más y que me lo ibas a dar.

—Estoy flipando —dijo mi amiga.

No lo terminaba de creer. ¿Cómo alguien podía hacer eso solo por el mero hecho de tener reconocimiento? No tiene sentido llegar a una meta si para hacerlo hay que pisar a quien está por delante. No lo tiene, y no me gustaba que en mi cocina, en aquel lugar donde todo el mundo era familia, ocurriese algo así.

—¿No me crees? —me preguntó Candela—. La receta original era un hojaldre de pestiño.

—Sí te creo, ¿cómo no lo voy a hacer? Hace dos semanas el caramelo, ahora esto. ¿Qué le pasa?

—¿Por qué tiene esa fijación contigo? —continuó Hugo.

—¿A qué hora entráis mañana? Porque me va a escuchar, ya te digo yo a ti que me va a escuchar.

—Alejandra —la llamó Candela.

—Ni Alejandra ni leches. Te ha costado años, enfrentarte a tus padres y aguantar un trabajo de mierda para llegar aquí y, cuando has llegado, encima hay alguien que quiere quitarte un trabajo y un mérito que es tuyo. —Levantó la voz enfadada—. Pues perdona que te diga, no me da la gana.

—Tiene razón —la apoyó Hugo.

—Claro que la tiene, Candela. —Chasqueé la lengua contra el paladar—. No sé por qué no lo vi antes.

—Tú no tienes la culpa —señaló Hugo—. ¿Cómo ibas a pensar que hay alguien con una mente tan enrevesada? Por Dios.

—Santana —Me miró seria y me mordí los nudillos con rabia—. No puede salir de aquí, ¿de acuerdo?

—Esto no se puede quedar así —bufé.

—Estoy contigo —secundó Alejandra.

—Ale, yo sé por lo que he trabajado y también sabes lo que trabajo por encontrar cierta calma dentro de toda esta vorágine. No quiero discutir con Ángel porque, de hacerlo, todo iría a peor y me queda una semana en el restaurante —dijo y la entendí.

Candela no solo trabajaba por alcanzar aquello por lo que vino a Madrid, tenía un proyecto aún más importante: el que tenía consigo misma.

—Tiene razón, chicos —concluyó Hugo tras un silencio—. Ella encontrará la manera de hacer las cosas.

Me acerqué a Candela y la estreché contra mi pecho.

—Todo va a ir bien, ¿vale? —musité y ella asintió.

—Por eso te dije que no nos podían ver juntos.

—Joder, es que ya tenéis una edad como para ir escondiéndose.

—Ya, pero en los trabajos se habla mucho, Alejandra —mencionó Hugo a sabiendas de lo que hablaba.

—Vaya mierda, en el mío no pasa nada emocionante.

—¿Te parece poco emocionante volar y hacer piruetas por todo el escenario con la única sujeción de un arnés? Porque entonces Hugo que solo ve niños y jujus y yo chocolate y cucharones debemos de estar aburridísimos.

Las risas resonaron en aquel salón mientras nuestros dedos se entrelazaban. No fue como la primera vez en su apartamento que nuestras manos se tocaron y se apartaron como si quemasen, en aquel momento sabíamos que sí, quemaban, pero que estábamos dispuestos a arder, a arriesgarnos, y quizá en ese instante es donde empiezan las historias. No me refiero a las de érase una vez y vivieron felices, sino a las que reinventaban esos cuentos y los sustituían por una realidad, por unas cuantas verdades, un puñado de miedos y un intento porque, a pesar de todo eso, nuestras manos no se volviesen a soltar.

Capítulo 21



Entre confesiones

Nunca fui una persona tranquila, ni física ni mentalmente. Desde pequeña las ideas acudían a mi cabeza una detrás de otra y liberaba esa energía a través de mi cuerpo. No podía estar sentada más de media hora y, si tenía que estarlo, debía tener algo entre las manos. Mi abuela guardaba muchos de los dibujos que salieron de aquellos momentos. El caso es que siempre me insistieron en que debía estar quieta, cumplir con mis tareas y no salirme del marco de lo que se supone que era normal para un niño, pero en mí había un monstruo llamado creatividad que no dejaban que explotase y al que fueron anestesiando con el tiempo, hasta que salí de casa de mis padres para ir a la universidad.

Allí exploté, había profesores que se asustaban hasta de mis ideas, no porque fueran locas, bueno, puede que alguna también, sino porque quizá eran algo diferentes para una chica de diecinueve años. Yo siempre les decía que no me iba a dedicar al *marketing* para siempre, algo dentro de mí lo sabía, e insistían en que era un talento que iba a desperdiciar; lo cierto es que la empresa en la que trabajé después ya se aprovechó bastante de él. Malditos.

Cuando ocurrió lo de Ángel me sentí igual, como si alguien pudiese aprovecharse de esas ideas después de todo el tiempo que las mantuve encerradas. Me entristecía, pero no quería escándalos, solo tenía que encontrar el momento para hablar con Oxana y explicarle lo que ocurrió, viniera lo que viniese después, tenía que hacerlo por mí. Ahora que lo pienso, todo esto me parece surrealista, un juego de niños en el que me vi envuelta sin querer cuando lo único que realmente quería era estar tranquila. Tampoco quería más tensiones en la escuela, mucho menos en el restaurante.

Mis amigos y Santana lo entendieron. Bueno, quizá a Alejandra le costó más de la cuenta eso de no poder ir a cantarle las cuarenta, no la culpa, las dos éramos muy viscerales cuando se trataba de algo que nos hacía daño.

Me levanté para quitar la mesa mientras hablaban y Santana me siguió hasta llegar a la cocina. Dejó los vasos en el lavavajillas y me quitó los platos de las manos para meterlos junto al resto.

—Algún día me contarás todo eso que te ha hecho ser así.

—¿Así cómo?

—Valiente, Candela. Valiente.

—También tengo ganas de estrujarlo —aseguré y esbozó una sonrisa.

—Me imagino, pero algún día todo eso que llevas dentro te llevará donde quieres. Eso sí, te voy a regalar un candado para el cuaderno —bromeó.

—No, que seguro que pierdo la llave. —Me reí y su risa se unió a la mía.

—¿Sabes qué admiro de ti? —Me encogí de hombros con timidez—. Que a pesar de que te ocurra algo malo, vuelves a sonreír. Y no todo el mundo puede hacerlo. Es difícil perder la

sonrisa y recuperarla. Al menos eso creí hasta que te conocí.

—¿Sabes qué es lo que admiro de ti?

—Ah, ¿hay algo?

—Ajá, que no sepas que existen los peines.

Se acercó con rapidez hasta tenerme entre sus brazos y miró hacia arriba soplando el flequillo. Enterré mis manos en su pelo y jugueteé con algunos mechones mientras le miraba. Le miré tratando de descifrarle, como si fuese ese libro cerrado cuya llave está escondida en algún lugar al que aún no tenía acceso.

—Siento que no sé nada de ti.

—¿Y qué quieres saber?

—Todo.

Se inclinó para besarme, me acercó a su cuerpo y se me escapó un suave jadeo. Descargué en aquel beso toda la tensión y los recuerdos que en ocasiones quería borrar. Mordió mi cuello antes de volver a mi boca y traté de aprender los movimientos que su lengua dibujaba alrededor de la mía. Nos separamos cuando escuchamos un ruido en el pasillo y sonreí con la frente apoyada en su pecho mientras escuchaba a mi amiga regañar a Hugo por haber hecho ruido.

—A estas horas ya no coordino, cariño —se defendió.

Santana besó con suavidad mis labios y volvimos al salón donde ambos intentaban disimular.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me preguntó Santana.

—No, esta noche prefiero quedarme aquí.

—Como quieras entonces. —Se dirigió a Hugo y a Alejandra y les dio las gracias—. Espero veros pronto por el restaurante.

—Lo que necesites.

—Gracias de nuevo. —Sonrió y anduvimos hacia la entrada—. Descansa y no pienses mucho en lo que ha pasado, ¿vale?

—¿Crees que el karma existe?

—Lo único que sé es que hay cosas que pasan a quienes menos las merecen.

—Puede que tengas razón.

—Nos vemos mañana, Candela. —Me besó y se giró antes de marcharse—. Tenéis suerte de teneros.

—Lo sé. Hasta mañana. —Gesticulé un adiós con mi mano y cerré la puerta.

Me apoyé unos instantes en ella y pensé en él, en que quizá su historia y la mía no fuesen tan diferentes...

A la mañana siguiente Hugo me acercó a la escuela antes de entrar a trabajar. Tomás y Rebeca esperaban en el mismo sitio de siempre, puedo decir que el buen humor brillaba por su ausencia y resoplé. A este paso no íbamos a llegar a junio, al menos sin algún soldado caído en el camino.

—Buenos días. ¿Cómo estáis? —pregunté cuando llegué y me encaramé al brazo de Tomás.

—Bien, chata. Cansado y un poco enfadado, pero bien. Aún no se me ha pasado lo de Ángel, estoy haciendo acopio de paciencia para no darle un mamporro cuando lo vea.

—No malgastes energía en eso, Santana ya lo sabe todo.

—¿Hablaste con él?

—Vino a casa de Alejandra ayer. Veréis... —Hice una pausa, si algo había entre Santana y yo no quería ocultarlo, a fin de cuentas, eran mis amigos, y era más que evidente que cuando él y

yo nos cruzábamos cambiaban hasta nuestras miradas.

—Estáis liados. —Asentí y abrió los ojos como platos—. ¡Qué fuerte!

—Shhh, este no es el mejor sitio para hablar de esto.

Rebeca me miraba y sonreía, andaba callada, algo meditabunda, y su rostro era el vivo reflejo del cansancio. Y no ese físico, sino el que uno lleva dentro, el de esas cosas de las que nos cuesta hablar, de eso que creemos que somos más valientes por ocultar y que solo añaden un peso más a la mochila que cargamos.

—Tengo que hablar con vosotros —soltó y Tomás exhaló aliviado, como si estuviera esperando este momento.

—¿Pues sabéis qué? Que les den a las clases hoy. —Tiró de nosotras y le frenamos.

—Nos queda poco tiempo para el examen. ¿Y si explican algo importante?

—Me da igual. Llevo dos semanas viendo como el tiempo pasa y nadie es capaz de parar. Nos arrastra un ritmo frenético, nos veo a los tres y me cuesta reconocernos. No sé por qué antes nos lo contábamos todo y ahora, simplemente, lo pensamos tres veces porque no queremos que al otro le afecte, cuando a mí lo que realmente me afecta es vernos así. De modo que a tomar por culo la tarta Sacher, la Ópera y sus primas. Hoy nos prefiero a nosotros.

Rebeca y yo sonreímos, se agarró a Tomás también y nos montamos en el coche antes de poder arrepentirnos de lo que estábamos haciendo. Media hora después, gracias al tráfico insufrible de la capital, nos sentamos en una pequeña cafetería cerca del centro donde poder desayunar. Cuando dispusieron la comida delante de nosotros la miramos como si llevásemos unos días sin comer, o quizá era esa especie de adrenalina que aún llevábamos con nosotros por haber hecho pellas.

—Ya sabía yo que tú y el chef habíais hecho algún postrecito juntos. —Tomás hizo unos gestos con sus dedos. Rebeca rio y sacudió la cabeza—. Por fin, hija. Se me había olvidado hasta tu risa.

—No he hecho nada más allá de...

—¿Un magreito?

Negué con la cabeza.

—Además, si hubiera magreo tampoco te lo iba a contar con pelos y señales, morboso.

—Tampoco quisiera yo saber, eh. Ahora, una cosa te digo, que tenga cuidadito contigo.

—Si no le lee el lema —apuntó Rebeca.

—Todavía le estoy dando vueltas, lo que sí tengo claro es que el primero en mi lista es Ángel.

—Bueno, Rebeca, tu turno.

Su espalda se tensó al momento evidenciando ese estado de nerviosismo en el que se encontraba sumida desde hacía tiempo. Le agarré la mano para que supiera que, fuera lo que fuese, seguiría ahí, seguiríamos ahí.

—Llevo algo más de una semana viviendo en casa de Candela porque me he peleado con mis padres.

—¿Cómo qué te has peleado? —inquirió Tomás.

—Unos amigos suyos me vieron enrollándome con una mujer.

—Me cago en mi vida —masculló lleno de rabia.

—Con Elisa —concluí.

Ella asintió y seguimos escuchándola.

—Salí una noche y me lie con un tío. Me gustó, nos gustamos y continuamos hablando unas

semanas más. Cuando nos acostamos me dijo que estaba casado y que a su mujer le encantaría conocerme. Hemos estado encontrándonos los tres en algún club, en su casa y también hemos salido solo a tomar algo. —Hizo una pausa y tomó una bocanada de aire—. Mi sorpresa vino cuando descubrí que tenía más cosas en común con ella, que me gustaba cómo era, cómo éramos juntas y... pasó lo que tenía que pasar.

Tomás movía la pierna con nerviosismo, sabía que estaba dolido y Rebeca también lo notó.

—Tomás... —Rebeca buscó su mirada y él negó con la cabeza.

—No me puedo creer que necesites ayuda y no la hayas pedido, que ni me hayas contado que no estabas viviendo en casa, Rebeca. ¿Crees que iba a juzgarte? Joder, si ilusionarse con alguien nunca debería ser una mala noticia.

—No lo sabía, Tomás. No sabía qué pasaba hasta ahora. Me siento tonta, una completa imbécil.

—Un poco tonta sí que has sido, pero por guardarte todo eso pensando que nadie te entendería —opiné.

—Es que no me entendía ni yo. Mis padres... —Dirigió su mirada hacia abajo y palmeamos sus manos a la vez.

—El problema lo tiene quien piensa que es algo que no está bien o que no es normal —retomó Tomás aparentemente enfadado—. Lo único que debería pesar aquí es el amor, porque mira, si eso no nos mueve, no sé qué más podría hacerlo, así que vive tu vida como quieras.

—Tiene razón —recalqué—. Y aquí estamos nosotros mientras ellos intentan entenderlo o, al menos, respetarlo. Sabes que te puedes quedar en mi casa el tiempo que necesites.

—No, no. Te vienes conmigo que tengo una habitación de sobra y así no le jodes los casquetes.

—Entonces te los jodo a ti.

—¡Nadie le jode los casquetes a nadie! —exclamé.

—Yo tengo llave en mi habitación, además, con todo el estrés ni se me levanta.

—Dios, Tomás. —Nos llevamos la mano a la frente automáticamente.

—Es broma, joder. Pero hacedme caso, podemos compartir piso hasta que trabajes y puedas mudarte sola.

—Te compraré todos los recambios de los ambientadores —prometió y me reí.

—¿Y qué pasa entonces con Elisa y su marido?

—¿Cómo sabías que era Elisa?

—Santana y yo te vimos el otro día con los dos, ella me sonaba de algo, después me acordé de la clase de cerámica y até cabos —conté.

—Pues... aún no lo sabe.

—¿Y si la que sale perjudicada eres tú? —Quiso saber Tomás—. Otra a la que le tengo que leer mi lema.

—Ya estás tardando para terminarlo —le apremié.

—Ahora mismo no sé nada, supongo que el tiempo también dirá.

Ambos asentimos y seguimos hablando de nuestras vidas. De ese tiempo que pasaba, del viaje que pondría punto y final a nuestra aventura culinaria, de los viejos y los nuevos miedos. Hablamos y volvimos a recordar nuestras risas y, a veces, el simple hecho de sonreír, debería recordarnos que todavía nos quedan motivos por los que hacerlo, debería ayudarnos a seguir con nuestro mundo.

Capítulo 22



Aprendiendo a estar bien

El amor da vértigo, pero si hay algo que dé más vértigo que amar, es hacerlo bien. Hay tanta letra pequeña en una persona que a veces, en ese intento de leerla, nos acabábamos perdiendo y tiramos la toalla. La tiramos porque nadie nos habló de que esa palabra requiere esfuerzo, de que no siempre es fácil y de que también cambia. Nadie nos habló de que querer, querer bien, se trata de aprender; de que querer, querernos bien, se trata de aprender.

Cuando llegué al restaurante por la tarde, Oxana me llamó al despacho, les dije a mis amigos que entrasen ellos en la cocina y subí las escaleras. La puerta estaba abierta y me recibió con una sonrisa tranquilizadora, aunque yo ya estaba nerviosa.

—Hola, Candela. —Me saludó y le devolví el saludo—. Siéntate, tenemos que hablar.

—Siento mucho mi actitud en el servicio de ayer —me adelante—, tengo que aprender a no dejar que las cosas que me pasan me afecten en la cocina.

—Sí, uno tiene que saber apartar la vida personal del trabajo, pero es difícil cuando te pasa algo dentro de él. ¿No es así?

—¿A qué te refieres?

—A que sé que ayer te pasaba algo, eres muy expresiva, y cuando enseñamos el postre tu actitud cambió de repente. ¿Hay algo que me quieras contar?

—No sé qué es lo que tengo que hacer ahora mismo, Oxana, porque hable o no siento que va a llover en ambas direcciones.

—Prueba a hablar, ya veremos luego hacia dónde llueve.

—Mi abuela me regaló un recetario cuando decidí mudarme a Madrid para estudiar. Es un recetario antiquísimo, me lo dio para que yo también dejase escritas mis recetas. El domingo desapareció y el martes volvió a mis manos con una página menos. —Apreté mis manos sobre los muslos y la miré—. En ella estaba la receta del hojaldre.

Oxana chasqueó la lengua contra el paladar y negó con gesto de desaprobación.

—No tengo la hoja, sé que es difícil saber ahora de quién es la receta, si suya o mía. Tampoco tengo intención de pelearme con nadie, solo vine a aprender y sacar provecho de mi tiempo aquí, por eso no dije nada —expliqué—, pero, al mismo tiempo, me duele, porque lo que había en esa hoja era fruto de mi trabajo y me molesta que mis ideas se esfumen de esa forma.

—Te entiendo mejor de lo que crees, Candela. Yo dejé mi país por este oficio y sé lo que significa para ti cada paso que das.

En ese momento Santana entró por la puerta, miró a Oxana y luego me miró a mí.

—¿Pasa algo que deba saber?

—Pasa mucho que debes saber —respondió ella—. Bueno, quizá ya lo sepas.

Me tapé la cara con las manos y Santana se sentó a mi lado. ¿Tan evidente era lo que había entre los dos?

—No es justo que esto quede así.

—No, no lo es, pero tengo una idea.

—Miedo me da —confesó él.

—No debería, como has dicho, solo vamos a ser justos. Ve a la cocina, el servicio empieza en breve —me dijo.

Me levanté y, antes de salir de allí, me giré.

—Gracias, Oxana.

—Deberías compartir tus recetas, Candela. Estoy segura de que llegarán lejos.

Bajé las escaleras sonriendo y llegué a la cocina. Ocupamos todas nuestras tareas, las cuales íbamos rotando según el postre que nos tocara, aprendimos a trabajar bajo presión, bueno, más bien nos acostumbramos a ello. Las recetas estaban en nuestras cabezas, se sucedían de manera automática hasta las cantidades, y os preguntaréis, quizá, que cómo es posible si hasta para hacer el mismo bizcocho que has hecho diez veces necesitas mirar las cantidades, era algo a lo que nosotros llamábamos memoria del pastelero.

—Voy a colar la crema de fruta de la pasión y directa al sifón —avisé a Tomás.

—Al bizcocho de yogur le queda un minuto.

—Candela, ¿cómo vas? —Se acercó Berto a supervisar—. Que tenías a la jefa contenta.

—Ayer tuve un mal día, pero hoy lo estoy dando todo —dije.

—¿Las placas de chocolate blanco y ají?

—En la nevera —contesté.

—¿Los besos de merengue?

—Horno, chef —siguió Tomás.

—Así me gusta, os estáis cargando el postre los dos solitos.

Tomás y yo nos miramos con complicidad. Desde lo que ocurrió con el caramelo, Oxana y Berto decidieron ponernos juntos y así trabajábamos bien. Ambos nos conocíamos, sabíamos cuáles eran esas debilidades en la cocina que podía compensar el otro y nunca faltaba la comunicación.

—Chicos, emplatamos en dos minutos —anunció Berto.

—El sifón está listo. ¿Puedes cargarlo mientras voy a la nevera a por las placas de chocolate?

—Sin problema.

Salí andando por el pequeño pasillo hasta llegar a la nevera que había solo para la zona de pastelería, la abrí y saqué ambas placas.

—¿Te ayudo?

La voz de Santana me hizo dar un respingo y cuando me di la vuelta me saludó esa sonrisa pícara.

—No, y déjame. Tengo prisa. —Cerré la puerta con el trasero y salí de allí agitando la cabeza. Sabía que me seguía porque notaba el rastro de su perfume.

—Vamos a disponer los platos para emplatar —indicó con rotundidad.

—Ayúdame a cortar las placas, Tomás.

—Termino esto y voy.

Santana me escuchó y en unos segundos lo tenía al lado clavando la espátula en el chocolate y cortando trozos irregulares.

—Vas a conseguir que me vuelvan a quemar con el caramelo —protesté en voz baja y sonríó—. Te odio.

—No es cierto. —Se metió un trozo de chocolate en la boca y esperé a que paladeara—. Perfecto.

—Sí que lo es. Hasta Oxana lo sabe —siseé—. ¿Pica mucho? —Quise saber y me dio un trozo. Sí. En la boca—. Te mato.

—Cuántas cosas bonitas me estás diciendo. —Se lo estaba pasando bien el muy cabrito—. ¿Qué sabe Oxana?

—No te hagas el tonto, no te pega nada.

—Es demasiado observadora, pero tranquila, es una tumba.

Cogí la bandeja, me fui al lado de Berto y comenzamos a emplatando en cadena las elaboraciones de aquel postre.

—Muy bien, Candela. Mantén el ritmo —me animó.

Qué gimnasio ni gimnasio, entre los helados con el nitrógeno, el movimiento de varillas y las cargas del sifón, me ahorraba pagar la cuota. Además, a quién quiero engañar, tampoco es que yo fuera una usuaria asidua del gimnasio. Era ese propósito de año nuevo que siempre escribía y nunca cumplía.

Cuando terminamos, Tomás y yo nos abrazamos y fuimos a echarle una mano al resto de postres que salían detrás del nuestro, especialmente los *petit fours*.

El servicio acabó alrededor de las once, aplaudimos, recogimos las cocinas como todas las noches y nos despedimos. Rebeca me dijo que no aparecería por casa, tenía que preguntarle si, a pesar de que tanto Elisa y ella supieran lo que había entre ellas, seguían siendo... tres en la cama. Tomás esperó a que saliese del vestuario para llevarme a casa.

—¿Qué tal fue la bronca?

—Oxana sabe lo de la receta, se dio cuenta, no me preguntes cómo.

—Se lo habrá dicho un pajarito.

—No, porque ese pajarito me prometió que iba a mantener el pico cerrado.

—Entonces es bruja.

Me reí y miré por la ventanilla del coche.

—Quizá sí que exista eso del karma.

—¿Estás más tranquila? —preguntó palmeando mi muslo.

—Por una parte sí, por otra no porque no sé qué piensan hacer.

—Algo bueno seguro, voy a preguntarles a ver si puedo participar.

—No, que entonces sí que me da miedo. —Nos reímos—. Gracias por preocuparte por mí.

—Lo que sea. —Me guiñó el ojo y siguió conduciendo.

—¿Tienes algún plan esta noche? —le pregunté distraída.

—Voy a salir a tomar algo con unos amigos, ¿quieres venir?

—Estoy cansada, solo quiero llegar a casa, darme una ducha y tumbarme en el sofá a ver la tele.

—Estás mayor.

—Antes molaba. —Asumí y me reí—. Estoy guardando fuerza para nuestro viaje, te vayas a creer.

—Así me gusta. Espero a que entres, ¿vale? —me dijo cuando llegamos y le di un beso en la mejilla.

—Hasta mañana, guapito.

Entré al portal y subí las escaleras hasta mi rellano. Un viernes y estaba tan cansada que no me planteaba otra cosa que comer algo rico y tirarme en el sofá. Chasqueé la lengua y encendí la

luz de la entrada, cerré con llave y lo dejé todo por medio como si un terremoto hubiese pasado para entrar al baño con rapidez. Puse en mi móvil una de esas *playlist* con música *chill* que al final acababan siendo canciones melancólicas. No sonaba Pablo Alborán, aunque podría hacerlo perfectamente.

Terminé de ducharme y puse alguna canción más amena que me hizo cantar con el peine en la mano mientras, entre verso y verso, me cepillaba el pelo. Cuando terminé recogí el baño y lo que había dejado arrumbado cuando entré, pedí una hamburguesa a mi sitio favorito, que con suerte aún no había cerrado, y la esperé viendo un capítulo de una de esas series que tenía aparcada por el tiempo. Me comí mi hamburguesa con bastones de boniato, cogí mi teléfono y abrí el chat de «Las supremas». Eso sí que era mucho más entretenido que una serie o cualquier *reality*.

Cande:

«Dime ya por quééé».

Alejandra:

«Dime por qué te fuiste, dímelo bebééé».

Me reí cuando siguió la canción y vi que Nuria estaba escribiendo.

Nuria:

Mis cabras locas, cómo os echo de menos.

Cande:

¿Qué estás haciendo, Nuri?

Nuria:

Cagarme en todo porque esta niña me está destrozando las costillas.

Cande:

A ver si tiene un culo como las Kardashians.

Alejandra:

Ponte la almohada que ha sustituido a mi hermano.

Cande:

Seguro que por la noche le hace vudú a la almohada.

Alejandra:

Cuando nazca despídete de ella.

Cande:

¿Tienes a Óscar a pan y agua?

Nuria:

¿Os creéis que con este barrigón puedo hacer ya algo? Pero vaya, que no os voy a hablar de mi vida conyugal.

Cande:

Aquí la única que baila mambo es Alejandra.

Nuria:

¡Qué yo no he dicho nada!

Alejandra:

Yo ahora solo necesito un masaje en los pies, ¿voluntarios?

Cande:

Si hay tiempo para el mambo, también hay para que te dé un masaje, digo yo.

Alejandra:

Uhmm... puede.

Nuria:

Pues después que se pase por aquí, tengo los tobillos como un elefante.

Alejandra:

Dos mesecitos más y fuera males, Nuri.

Cande:

¿Hay nombre para el alma cándida?

Nuria:

Sí.

Automáticamente le di al botón de videollamada y nos vimos las tres en la pantalla.

—Voy a llorar. —Hizo un puchero al vernos—. Por eso no quería hacer últimamente videollamadas.

—Ay, Nuri.

—Pero si estás guapísima —la piropeó Alejandra y sonrió.

—Anda que vosotras. ¿Tienes el pelo rojo? —Achinó los ojos y se acercó a la pantalla.

—¡Ves! Charmander.

Nuria se carcajeó y Alejandra refunfuñó.

—Cuéntanos cómo se va a llamar nuestra sobrina.

—Empieza por ele.

—¿Cómo Lucas? —pregunté.

—Queríamos que tuvieran las mismas iniciales.

—Si pretendes que te digamos nombres, Candela te va a decir más de los que existen y encima ninguno va a ser.

—Mujer de poca fe —murmuré.

Vimos a Óscar llegar al salón y darle un beso a Nuria.

—Eh, eh —vociferamos Alejandra y yo.

—Será posible. ¿Qué estáis haciendo a la una de la madrugada? ¿No tenéis vida?

—Oye, qué guapo estás. —Arquee mis cejas y me guiñó un ojo.

—¿Cómo están mis porculeras favoritas?

—Apalancadas en el sofá un viernes por la noche —suspiramos.

Óscar cogió la almohada de Nuria y la tiró hacia delante.

—Cuando tenga a la bebé te ayudo a quemarla —urdí y se rio.

—Te tomo la palabra.

—¿Y si viene otro? —se aventuró a preguntar Alejandra y los dos negaron escandalizados.

—Bueno, ¿nos vais a decir cómo se va a llamar o no?

Nuria y Óscar se miraron con ternura. Ellos siempre fueron para Alejandra y para mí ese ejemplo, lo que significaba quererse bien. Habían pasado por mucho juntos, pero se dieron la mano y no se la soltaron. Se eligieron y se elegían cada día.

—Se va a llamar Lara —dijo Nuria.

Unas lagrimillas se acumularon en mis ojos, Alejandra, directamente, lloró.

—Es precioso —pronunció al fin.

—Me encanta, chicos.

—Nos ha costado decidirnos, pero ya lo tenemos —contó Óscar—. ¿Cuándo vais a bajar?

—El mes que viene seguro —contesté.

—¿Vas a ir acompañada? —soltó Alejandra con una risita.

—¿Cómo qué acompañada? —Inquirió Óscar.

Óscar era como mi hermano mayor. Habíamos crecido juntos, me seguía protegiendo después de tantos años, me aconsejaba y me mimaba tanto como a Alejandra. Ahora que lo pienso, también recuerdo unas cuantas collejas. Él decía que tenía dos hermanas, por eso Lucas también me llamaba tía, y yo solo podía agradecerlo porque nunca, nunca, me sentí sola.

—Está saliendo con su jefe. —Le chivó Alejandra.

—¡No estoy saliendo con mi jefe!

—¿Cómo es eso? ¿Yo no te he enseñado que donde pongas la olla no metas la...

—¡Por Dios, Óscar! —le regañó Nuria e, inevitablemente, nos reímos.

—¿Te acuerdas el chico con el que hablaba en verano? —Asintió—. Era él.

—Un reencuentro —concluyó, pensativo—. Espero que no sea igual de chungo que el de mi hermana. Como te vea llorar voy para allá y le quito la estrella Michelin con esto. —Me enseñó el puño y seguimos riéndonos.

Joder, cómo les echaba de menos. Cómo nos echaba de menos cuando estábamos juntos.

—Te contaré cuando nos veamos, pero quédate tranquilo, no es tan chungo como el de Alejandra.

—¿Y yo qué? —protestó Nuria.

—Tú sabes más que Óscar —aseguró Alejandra y este la miró.

—Y no me cuentas nada... Ya te vale.

—A ver, cariño, no son cosas mías. Tú sabes que cuando me cuentan algo soy una tumba.

—Bueno... —dijimos los tres a la vez, sonriendo.

—Chicos, me despido, estoy agotada. Candela, ¿te llamo mañana y hacemos algo antes de que entres a trabajar?

—Hecho. —Colgó el teléfono cuando les dijo adiós y me quedé con ellos.

—Estás bien, ¿verdad? —Quiso saber Óscar.

—Estoy bien, ahora estoy aprendiendo a estar bien.

—No quiero que te sientas sola, me da igual si estás en Madrid como si te vas a la China popular. Si me necesitas, llama. Si en algún momento no puedes más, llama. Que te cuesta pedir ayuda, siempre has sido así —resopló.

—Ya lo sé, Óscar.

—¿Qué tal si les hacemos una visitita? Ya va siendo hora —le propuso a Nuria—. Necesito cerciorarme de que todo va bien.

—Ni que fueses un coronel, por Dios —comentó.

—No soy un coronel, soy hermano mayor.

—Y eso es peor —dije.

—Mucho peor.

Nos despedimos con la promesa de vernos pronto y llamarnos más a menudo. Me hice un ovillo en el sofá cuando colgué y sonreí.

Sonreí mucho.
Muy fuerte.

Capítulo 23



No te vayas

Me desperté con el sonido de unos nudillos repiqueteando en la madera vieja de mi puerta. Lo escuché mientras estaba dormida en el sofá, como si estuviese soñando, pero el sonido resultó ser real. Odiaba tener el sueño tan ligero. Me levanté y miré el reloj de la cocina que marcaba las tres de la madrugada. Cogí el rodillo, obviamente, las uñas no las tenía tan largas como para poder defenderme con ellas. Supuse que sería Rebeca, quizá se dejó las llaves. Me acerqué a la mirilla y lo vi a él. A él. ¿Qué cojones hacía en la puerta de mi casa a las tres de la mañana?

Quitó el seguro, di una vuelta a la llave y abrí.

—Hola —susurró con la lengua algo trabada y me reí.

—Hola.

—¿Te he despertado? —Alcanzó a decir.

Había bebido. No iba borracho, le habían faltado calculaba que unas dos copas más para estarlo, aunque se encontraba en ese punto entre la realidad y el limbo que resultaba gracioso.

—Estaba viendo la tele —mentí y le dejé pasar.

—¿Está Rebeca? —preguntó en voz baja.

—Si estuviera no te dejaría entrar. —Me miró como si no entendiera—. No, no está. —Me reí.

Me siguió hasta el sofá y se dejó caer con los ojos cerrados.

—Todo me da vueltas, maldito Javi.

—¿Y él dónde está?

—Se quedó con un amigo.

—¿Y tú por qué has venido?

—Te fuiste hoy y no te despediste. Siempre te vas sin decir adiós.

—Es cierto, perdóname. Ya sabes que no quiero que piensen que somos...

—¿Qué somos qué, Candela?

Clavó su mirada en la mía y me perdí en ese azul. Noté que su respiración estaba agitada y me paré a mirar ese trozo de piel que la camisa blanca dejaba descubierta. Llevaba las mangas remangadas hasta el codo, marcando sus brazos, y me acerqué atrapando su labio inferior con mis dientes. Bramó de satisfacción agarrándome hasta colocarme a horcajadas sobre él. Noté su erección rozando el vértice de mis muslos y gemí mientras recorría mi boca con su lengua. Estaba perdida. Bajó sus manos por mi espalda, colando una de ellas bajo mi camiseta mientras que con la otra me sostenía.

—¿Qué somos? Dímelo.

—Amigos.

—Y una mierda, Candela.

Acometió con fiereza contra mis labios, posó su mano en mi espalda y pegó mi cuerpo al

suyo. Busqué su contacto, me froté con su miembro enfundado en la tela gruesa del vaquero y jadeé. Quería... quería sentirnos sin ponernos nombre. Quería aprender a fluir por primera vez.

—Para, para —pidió de repente y me miró con las pupilas dilatadas.

Me bajé de su regazo al momento y le quité el pelo de la frente.

—¿Estás bien?

—Muy bien, pero no quiero hacerlo contigo borracho.

—Joder, qué susto. —Me reí y él se mordió el labio con saña tratando de mantener su palabra—. Muy bien. Entonces ¿quieres ir a la cama? —Le tendí la mano y lo conduje hacia la habitación.

—Me lo vas a poner difícil —lamentó, risueño.

—A dormir —aclaré.

Intentó desabrochar los botones de su camisa y maldijo unas cuantas veces. Le ayudé a hacerlo y deslicé la tela por sus hombros hasta dejarla en el silloncito que tenía en la esquina.

—Nunca me imaginé que la primera vez que me desnudaras sería así.

—Ah, ¿y lo has imaginado más veces?

—Muchas —confesó.

—Mañana te arrepentirás de contarme todo esto.

—Contigo no me voy a arrepentir de nada. Ven aquí.

Nos acomodamos en la cama y me rodeó con uno de sus brazos hasta que apoyé mi mejilla en su pecho. Unos minutos después se escuchaba su respiración profunda y no tardé en cerrar los ojos y unirle a la suya.

Me despertó una de sus alarmas a las siete de la mañana. Un sábado. Busqué el móvil entre las sábanas y la apagué, también las siguientes. Me paré a observarlo dormir, tenía el pelo como siempre, alborotado, así eran sus ideas, cada una tenían un principio y un fin diferente. Sus labios estaban entreabiertos, apostaba a que no estaba demasiado acostumbrado a las resacas ni a dormir más de ocho horas, parecía incluso que por su gesto relajado lo estaba disfrutando. Deslicé mis ojos hacia su pecho y dibujé círculos sobre su piel. Me fijé en su espalda ancha y en el vello corto de su abdomen que formaba una fina línea que se perdía hacia abajo. Antes de volver a acurrucarme en su pecho, observé que en su costado tenía un tatuaje pequeño, eran unas coordenadas, y lo repasé con las yemas de mis dedos. Se movió al sentir el contacto y frunció el ceño mientras balbuceaba algo.

—No te vayas —musitó—. No me abandones.

Esto último lo dijo de forma más clara, en unos segundos su cuerpo pasó de estar en calma a encontrarse tenso.

—No me voy a ir. Estoy aquí.

Me apoyé en su pecho tratando de calmarle y poco después su respiración volvió a ser normal. No me dormí otra vez. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a la idea de que realmente no nos conocíamos y era evidente que algo pasaba, que Santana jugaba a esconderse de sus sombras y estas decidieron salir a pasear, basta con un simple rayo de algo que merezca la pena vivir para que vuelvan a aparecer.

Santana despertó bastante aturdido, no reconocía el lugar en el que se encontraba.

—Buenos días —le saludé incorporándome, esboqué una sonrisa pícaro y me mordí el labio tratando de ocultarla. Iba a torturarlo un poquito.

—Muy buenos días —Me sonrió tapándose los ojos con el antebrazo—. Lo tengo todo borroso —confesó.

—Pues deberías tenerlo todo bastante claro —dije intentando ponerme seria—. Anoche me dijiste que querías casarte conmigo.

—¿Qué? —Se incorporó y me miró sin entender nada.

—Lo siento, te dije que no, es un paso muy importante y apenas nos conocemos —seguí ante su confusión. No iba a aguantar la risa mucho más tiempo.

—Candela.

—Y que querías niños. ¡Ah! Y un perro. También me dijiste que nos mudaríamos a un ático en Chamberí. Y que me llevarías el desayuno a la cama todos los días.

—Pero ¿qué cojones? —Cogió la almohada y se la puso encima de la cabeza. Me carcajé y se destapó de inmediato—. Es mentira... —Me cogió de un lado de la camiseta y me colocó encima suya haciéndome cosquillas.

—Te lo debía, ayer por la noche me asustaste —seguí riéndome—. Has aguantado bastante bien el tipo.

—Estaba tratando de recordar dónde dejé las zapatillas, pero has dicho lo del perro y me has convencido.

—Qué idiota. —Agité la cabeza—. Creo que deberíamos hablar.

—Si es una broma, ya no me hace gracia —me advirtió—. Esa frase la he oído antes.

—Déjate de tópicos, anda —dije palmeando su pecho—. Ayer me preguntaste que qué éramos.

—¿Lo hice? —preguntó arqueando las cejas—. ¿Y qué contestaste?

—No contesté, no quiero decir que tú eres mi algo y yo tu algo.

—Me va a cortocircuitar el cerebro, necesito un café para entenderlo.

—Quiero que fluyamos como hasta ahora, que nos conozcamos, que nos vivamos, Santana.

Él sonrió debajo de mí y me acarició el rostro.

—Creo que eso de vivirnos es lo que más me apetece ahora mismo.

Esboqué una sonrisa y le besé con suavidad. No quería ponerle nombre a lo nuestro, no porque nos limitase, en ningún momento he pensado que cuando conoces a alguien acaba esa libertad ni tampoco que suponga atarse, sino porque aún trataba de adaptarme a lo que estaba pasando en mi vida, a dejarle la puerta abierta a alguien después de tenerla tanto tiempo cerrada.

—Esta te la voy a guardar —juró, risueño—. Los infartos de buena mañana me los suele dar Javi que, por cierto, espero que llegase bien ayer.

—Tenías un mensaje suyo en el teléfono. Vi la notificación cuando te apagué las cinco alarmas. Cinco.

—¿Tú te despiertas con una? —Subió sus manos por mis costados y apreté los brazos por las cosquillas.

—No, pero esas son demasiadas hasta para mí.

Me dio la vuelta en el colchón y se colocó encima de mí. Su mirada era dulce, sus gestos aún más. Se agachó hasta quedar apoyado en sus antebrazos, dejando un mínimo espacio entre su cuerpo y el mío.

—Me gusta lo que somos cuando estamos juntos, lo que veo cuando te miro.

—¿Y qué ves? —pregunté con la voz suave.

—Un atisbo de suerte. Unas alas inmensas.

—Santana.

—Dime.

Aparté esa distancia con premura y busqué sus labios. Gemí cuando su boca me recibió

cálida, húmeda. Nos recreamos en esos besos que imaginábamos y que ahora eran reales, tan reales que lograban erizarme la piel. Bajó su pelvis rozándome y me froté con su erección sobre mi ropa interior. Estábamos en el mismo punto de anoche. Santana subió poco a poco mi camiseta dejando mis pechos al descubierto, me miró con una sonrisa lasciva que desapareció deslizándose por mi cuello hasta llegar a uno de mis pechos. Jadeé cuando lo alcanzó y alcé mi cadera clavándome la tela gruesa de aquel pantalón.

—Sigue —le animé.

Mientras lamía y mordía mi pezón, logré colar mi mano entre los dos hasta llegar al botón. Lo desabroché, bajé la cremallera y se separó unos instantes para deshacerse de la prenda hasta tirarla al suelo.

Sus manos siguieron recorriendo mi piel, como si hubiesen trazado una ruta: bajó desde mi pecho hasta el vientre, sorteando mi ombligo hasta colarse debajo de mi ropa interior. Allí sus dedos bailaron tratando de conocer ese punto sensible que supo que encontró tras escucharme gemir. Aceleró sus movimientos mientras me observaba y, cuando creía que estaba a punto de explotar, paró.

—Maldito —me quejé echando mi cabeza hacia atrás.

—Aún no, quiero conocerte.

—Esta no es la idea de conocernos que yo tenía.

—Considerémosla un tanto por ciento.

Introdujo uno de sus dedos en mi interior, siguiéndole el segundo, los movió haciendo una ligera curva y arqueé mi espalda. Volvió a mis labios, a esos besos que eran de todo menos inocentes, al choque de nuestras lenguas y dientes mordiendo la piel. Solo se escuchaba el sonido irregular de nuestras respiraciones y nuestros cuerpos tratando de hablar entre ellos. Conociéndose por primera vez.

Bajé mi mano hasta su cintura, palpé por encima de su ropa interior y deslicé mi mano decidida hasta agarrar su erección. Dejó escapar un bramido ronco de su garganta que me envalentonó a seguir. Alargamos todo lo que pudimos aquella primera vez. Paramos unos segundos, lo que tardé en colocarme encima, y dejé mi pecho apoyado en su torso. Me incorporé unos segundos para abrir el cajón de mi mesita y saqué un preservativo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó dulce, acariciándome la cara sonrosada.

—Muy bien.

—Déjame a mí —me pidió y lo deslizó con rapidez.

Volví a rozar su boca y me apoyé con una mano en el cochón mientras que con la otra guie su miembro hacia mi entrada. Bajé sobre él hasta quedar sentada, acogiendo todas las sensaciones, y los dos gemimos a la vez.

—Creo que no voy a aguantar demasiado —avisé.

Comencé a moverme encima de él, las yemas de sus dedos se hundieron en mis caderas guiándome en movimientos lentos que, a medida que nuestros cuerpos se adaptaban, se volvieron más bruscos y frenéticos.

—Joder, Candela.

—¿Qué? —pregunté entre jadeos.

—No quiero que acabe nunca —bufó desacelerando.

—Siempre puedes volver a empezar —dije con malicia.

Vi cómo su cuerpo se tensaba bajo el mío. Mis caderas dibujaban círculos, rozaba ese punto sensible con cada embestida y noté cómo se vaciaba en mi interior.

—Sí... —pronuncié.

Unos segundos después estallé en torno a él y caí hacia delante, me quedé sobre su pecho esperando a que nuestras respiraciones se acompasasen. Poco después nos encontrábamos el uno al lado del otro con sus dedos acariciando mi espalda de arriba abajo. Me desperecé para incorporarme y me retuvo entre sus brazos repitiendo lo que antes dijo en aquel mal sueño.

—No te vayas.

Y os digo que yo no tenía la intención de irme, pero los planes que se esbozaban para nosotros eran muy diferentes de lo que queríamos.

Capítulo 24



Que no cunda el pánico

A todos nos dan miedo los cambios. Son inestables, impredecibles y muchos de ellos no tenemos ni la opción de elegirlos. Llegan a nuestras vidas de repente, sin previo aviso, que digo yo que un wasap o un correo no estaría mal que nos mandasen, y lo cambian todo. A partir de ese instante giramos en torno a ellos, y pensamos si merecerá la pena el esfuerzo, si nos costarán más lágrimas que sonrisas, si seremos capaces de adaptarnos, de hacernos a ellos. Porque cuando llega algo que no pediste, que ni siquiera estaba entre tus planes, primero entras en pánico y después, con el tiempo, eres capaz de pararte a pensar en que cada cosa que llega, aunque no la elijas, tiene un propósito.

Era pasado el mediodía cuando decidimos salir de la cama y darnos una ducha. Las nubes que aparecen en los principios entre dos personas son bonitas, muy bonitas, y especiales. Las recibimos siempre de buena gana, como un regalo inesperado, pero tenemos que saber, que tener en cuenta, que siguen siendo nubes. Que se moverán con el tiempo, que algunas desaparecerán y aparecerán otras no tan claras y esponjosas que también nos enseñarán que cuando algo merece la pena, hay que quedarse bajo ellas cuando se vuelven grises. Por ahora iba a seguir disfrutando de esas nubes esponjosas y claritas un ratito más.

Después de ducharnos entre risas, nos vestimos y preparamos el desayuno en mi minúscula cocina.

—No te hacía saliendo de fiesta.

—Te recuerdo que nos encontramos hace meses en una terraza con una copa en la mano —dijo tras darle un sorbo al café.

—Eso fue antes de que te quedaras el restaurante, después seguro que te has convertido en un monje de clausura.

—Conque clausura, eh. —Pellizcó mi cadera y me sonrojé—. Es cierto que el restaurante ocupa la mayor parte de mi tiempo.

—Vives para trabajar —observé y suspiré.

—Me gustaría decirte que no, pero es la verdad. Sé que los primeros años de un negocio necesitan mucho más tiempo de lo que ya necesitan de por sí, Enrique me lo advirtió.

—¿Quién es Enrique?

—Es el dueño del restaurante, yo solo tengo una parte. Fue mi mentor tanto en lo profesional, como digamos que, en lo personal.

—¿Algo así como un psicólogo? —pregunté.

—Algo así.

Intenté entender todo eso que me contaba, más que entender, atar algunos cabos, aunque había tantos y cada vez aparecía algún cabo más, que me era imposible sacar algo en claro sobre su vida. Me podía la curiosidad, me arañaba diciéndome «Candela, saca esa parte tuya de

periodista», pero no quería que se viese forzado a contarme algo que le hiciese sentir incómodo, así que alimentaba a esa parte con pequeñas preguntas con las que, por ahora, se iba conformando.

—Es difícil saber cosas sobre ti —pensé en voz alta.

—Mi vida no ha sido fácil, Candela, y hay cosas que aún no estoy preparado para contarte.

Hice una mueca y asentí. Su teléfono comenzó a sonar, se levantó hasta llegar a la cama a por él y cogió la llamada.

—Estoy bien. Sí, debería haberte avisado —le decía a su interlocutor—. Ayer fue el cumpleaños de Javi y salimos a tomar algo. No, ahora no estoy con él. Luego nos vemos y hablamos. Vale, perdóneme, gruñona, adiós.

Dejó el teléfono en el mismo lugar y volvió a ocupar su sitio para terminar el desayuno.

—Era Aina, no la avisé de que íbamos a salir y se preocupó.

—Parece buena niña.

Asintió.

—Lo es todo para mí.

—No sabía que ayer era el cumpleaños de Javi. Deberíais habernos avisado, podríamos haberle hecho una tarta —comenté cambiando de tema.

—No te preocupes, su cumpleaños dura todo el fin de semana.

—Como debe ser. —Sonreí y aparté detrás de mi oreja un mechón que caía en mi cara.

—¿Sabes? La noche que volvimos del hospital ya me costó no meterme entre tus sábanas. Llevabas la misma camiseta que ayer e intentaba no recorrer tus piernas con la mirada. Fue una puta tortura.

Me levanté, rodeé la barra y me coloqué entre sus piernas. Me miró con lascivia y me mordió el labio esperando a que desdibujara ese gesto con un beso, así lo hizo. El timbre de la puerta nos bajó al suelo de nuevo. ¿Qué pasa en esta casa con las visitas sorpresa?

Abrí la puerta y Alejandra entró como un torbellino.

—Gabinete de crisis. Crisis gorda, gordísima.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —dije sin entender nada.

—Hola, Santana —saludó sin prestar atención—. Coño, Santana —repitió después de procesar que estaba allí.

—Buenos días, Alejandra.

—Siento interrumpiros, pero necesito estar a solas con Candela.

—Me voy entonces. —Intentó ocultar una sonrisa—. Que sepas que ahora tengo curiosidad.

—No me extraña, nuestros gabinetes son de lo más entretenidos —contesté.

—Este es serio, muy serio. —Paseó de arriba abajo por el pequeño saloncito.

Santana recogió sus cosas con rapidez y me dio un beso antes de irse.

—Nos vemos luego. Espero que no sea nada.

Sonreí y volví a besarle.

—Estoy tan nerviosa que estoy pasando por alto lo que estoy viendo, pero te juro que en unos instantes te bombardearé a preguntas —aseguró y cerré la puerta de casa.

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Test.

—¿De inteligencia? —bromeé y se sentó en el sofá. Viendo que no podía ni reír cogí la bolsa y saqué uno de ellos—. Es el segundo gabinete de crisis que tenemos con un test de embarazo.

Hace algo más de un año, cuando las dos vivíamos en Málaga, Nuria se plantó en mi casa creyendo que estaba embarazada. Por aquel entonces no había ni siquiera planes de boda y cada una de nosotras teníamos una vida totalmente distinta a la que tenemos ahora, por lo que, para ellos, tener un segundo hijo teniendo ya uno con el que les costaba conciliar el trabajo, era algo para lo que no estaban preparados. Dio negativo y las tres lo celebramos incluso con una sesión de cine, palomitas y Coca Cola.

—No me bajó.

—Si el martes me dijiste en el bar que habías sangrado.

—Pues no vino, desapareció. Puf, la regla Houdini.

Agité la cabeza y me palmeé la mano llamando mi atención.

—Toma. —Dejé el test en su mano y fui con ella hasta el baño—. Ya sabes lo que hay que hacer.

—No quiero, Cande. ¿Y si es positivo?

—Pues ya lo veremos, ahora haz pis. —Negó con la cabeza y la miré seria—. ¿A que te bajo yo las bragas?

Obedeció sabiendo que era capaz de hacerlo. Esperé con ella y cuando terminó me lo dio, lo tapé de nuevo y lo dejé bocabajo en el lavabo.

—¿Cuánta probabilidad hay de quedarme embarazada tomando anticonceptivas?

—No sé. ¿Un uno por ciento? ¿Dos, quizá?

—¿Y voy a ser ese puto uno por ciento?

—Joder, Alejandra. No dramaticemos —le pedí que se sentara en la taza del váter—. ¿Dónde está Hugo?

—Trabajando.

A los dos minutos sonó el temporizador y dimos un respingo. Mi amiga estaba asustada, me miró como si quisiera esconderse y no salir para no saber qué era lo que iba a pasar después. Lo cogí y le di la vuelta, me empezó a doler el estómago de los nervios, lo leí tres veces antes de volver a mirarla.

—Es positivo.

—No, no puede ser. —Se levantó, me lo quitó de las manos y comenzó a llorar—. No, Candela, ahora no. —Apoyó su espalda en la pared y se deslizó hasta sentarse en el suelo. Me senté junto a ella, abrazándola.

—Oye, Ale... —Besé su pelo y la estreché más contra mí—. Esto no es el fin de nada.

—Me ha costado años alcanzar mi sueño, sé que es egoísta, que quizá me esté comportando como una niña, pero no estoy preparada, no sé si alguna vez lo estaré.

Alejandra había abandonado sus sueños hace años, la necesitaban en casa y ella no dudó ni un segundo en marcharse y dejarlo todo. Cuando el tiempo pasó, cuando todo volvió a su cauce y consiguió hacer las paces consigo misma, decidió que ya no había nada que pudiese parar esos sueños que dejó aparcados, así que se lanzó a por ellos. Por eso no quería un embarazo ahora que estaba viviendo lo que siempre quiso, por lo que luchó. Lo que no pensé era que también había algo más allá de eso.

—No es egoísta, yo te entiendo y, aunque no vaya a ser fácil, tampoco es imposible. Lo que es tuyo, por lo que tú has luchado, estará ahí después de ser madre si decides serlo, porque sabes lo que vales, todos sabemos lo que vales, joder. Si tu cara sale en plena Gran Vía, Alejandra, el musical tiene las mejores críticas, cómo no van a saber lo que vales como artista.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si me echan? ¿Y si no puedo trabajar y ocuparme de un niño?

—Pues para eso está Hugo también, y su tía. Joder, yo dejo los pasteles y me hago niñera si quieres.

La hice reír y respiré aliviada.

—No vamos a sacrificar un sueño por otro.

—Solo quiero que entiendas que no se acaba tu mundo. —Asintió algo más tranquila—. Piensa un poco y, lo más importante, háblalo con Hugo.

—Uf, Hugo, uf.

—Ya...

—¿De cuántas semanas estoy?

—Según el predictor, de dos a tres.

—Joder, puta tecnología —maldijo y nos reímos.

—Levántate, vamos a secarte las lágrimas y a salir a comer, después nos volvemos a enfrentar al mundo.

Ya os dije que a todos nos daban miedo los cambios.

Capítulo 25



Dejándome llevar

Los ecos de aquellos años permanecían ahí. Las heridas estaban abiertas, aún no pude ver la cicatriz sobre mi piel. Dolían y, aunque cada vez lo hacían menos, había días que los recuerdos reverberaban alto y se repetían, como cuando gritas en una cueva y esos gritos vuelven a ti. Solo los podía escuchar yo. Y quería que se fueran, que me dejaran seguir, sin embargo, cada vez que daba un paso más hacia lo que yo quería, me recordaban que todo podía caer de un momento a otro, que todo lo bueno podía desaparecer.

Somos expertos en el arte del autosabotaje, de agarrarnos también a eso que nos decimos, quizá porque nos da miedo dejarlo ir. Una parte de mí se identificaba con esos miedos, algunas veces me costaba pensar que yo no era ellos; al mismo tiempo sentía que eran mi sitio seguro porque los conocía y dejarlos ir significaría perdonar. Y yo no conocía lo que significaba esa palabra.

Subí las escaleras hasta llegar a casa, al abrir, Aina me esperaba con los brazos cruzados y me escrutó con la mirada. Entornó los ojos y me hizo esbozar una sonrisa.

—Buenos días, mamá —la saludé con un beso en la mejilla y dejé la chaqueta apoyada en la isla de la cocina.

—Siéntate y cuéntamelo todo.

—Ayer salí con Javi y nos pillamos una cogerza. Una chiquita. —Hice un gesto con mis dedos y resopló.

—No quiero que me cuentes lo que hiciste ayer con Javi, quiero que me cuentes lo que hiciste después con Candela. ¡Me muero de la curiosidad!

—Pues la curiosidad mató al gato.

—Quien te va a matar a ti voy a ser yo. —Sonrió forzosamente.

—Me siento bien con ella. Muy bien, de hecho.

—¿Y qué más? ¿La puedo llamar cuñada?

—No, Aina, no. Si no la espanto yo antes, lo vas a terminar por hacer tú. —Cogí un vaso y lo llené de agua. Me martilleaba la cabeza—. Nos estamos conociendo.

—¿Otra relación abierta? Si a Aurora le dijiste que no querías cuando te lo propuso.

Sacudí la cabeza, divertido, y bebí. Mi teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo, lo saqué bajo la mirada atenta de Aina y fruncí el ceño. No conocía el número.

—¿No lo coges? —me preguntó.

—Estoy hablando contigo, sea quien sea puede esperar.

—Bueno, entonces ¿es o no es una relación abierta? —retomó la conversación.

—No, no lo es. Estamos dejándonos llevar, nos vemos, estamos a gusto, nos

reímos, hablamos y a ratos nos desquiciamos. —Volví a sentarme y tamborileé con mis dedos sobre la encimera—. Candela es divertida, tiene la cabeza llena de colores, de ganas, sabe cómo hacerte sentir en casa, cómo hacerte reír, también es cabezona, como tú.

—¿Será el amor de tu vida? —preguntó, soñadora.

—Aina, lo del amor de tu vida es un cuento. El amor es una elección.

—¿Y tú como sabes eso? Qué poco romántico.

—La tía Isabel me lo dijo una vez, me contó que querer a una persona es fácil, que lo difícil es permanecer.

Aina se calló durante unos segundos, como si tratase de masticar esas palabras, de hacerlas quizá también suyas como hice yo aquella tarde sentado en la alfombra del salón después de haber hablado con ella.

—Parecía que lo sabía todo sobre la vida... —Añoró mi hermana.

—Y lo único que sabía era vivirla.

Di unos pasos hacia ella y la abracé, ella se acurrucó contra mi pecho, como esa niña pequeña que para mí siempre sería, y dejé un beso en su pelo.

—Qué bien hueles.

—Me gustaría decir lo mismo.

Solté una risotada y se separó.

—¿Tiene alguna pregunta más, señorita? —Negó con la cabeza—. Entonces me voy a la ducha de nuevo.

—¿Cómo qué de nuevo? —Escuché mientras me alejaba por el pasillo—. Serás marrano, ¡qué tengo una imaginación muy poderosa!

—¡Pues no deberías! —grité y me reí.

Decidimos salir a comer juntos, no sin antes pasarme por el restaurante, sabía que no iba a acabarse el mundo si no iba, pero me quedaba más tranquilo si lo hacía. No era habitual que no estuviera allí supervisándolo todo desde por la mañana, quebrándome la cabeza, lo cierto es que algo superior a mis fuerzas me arrastraba a quedarme allí, luego recordé eso de que la vida se me escapaba entre los dedos entre pensar y hacer.

Aina me llevó a un restaurante de azotea por la calle Serrano, el sol de mayo ya avisaba de ese verano inminente, aun así, todavía era agradable sentirlo y el momento perfecto de sentarse en cualquier terraza o de caminar por la calle incluso a las cuatro de la tarde, cosa de la que uno se podía olvidar en junio.

—¿Cerveza? —Asentí y pidió también la comida—. Tengo que decirte algo seriamente.

—A ver...

—Tienes que cortarte el pelo. Mira qué frente tan blanca —Levantó parte de mi flequillo—. Y otra cosa.

—Adelante.

—He pedido una beca para seguir la carrera en París.

Me incorporé en el asiento con la espalda tensa y atisbé en ella nerviosismo. Lo primero que pasó por mi cabeza fue un «no» rotundo, no iba a dejar que mi hermana se fuese sola a un lugar que ni siquiera conocía; lo segundo que pensé fue que era un completo gilipollas por pensar eso, y lo tercero, y la conclusión a la que llegué, es que

era su sueño, por mucho que me diese miedo que se fuera, miedo que seguro ella también sentiría, tenía que apoyarla en ese nuevo vuelo y disimular ese pánico que me recorrió desde los pies hasta el estómago. Maldita sea, me pide que salgamos a comer para que me dé una indigestión.

—Dime algo —pidió nerviosa y cogí su mano.

—Hazlo. Vete y vuela, gruñona.

Dejó escapar el aire de su boca con sonoridad y me apretó la mano, sus ojos se empañaron y agitó la cabeza para retener esas lágrimas.

—Creí que me ibas a decir que montarías un restaurante allí para que no me fuera sola.

—Y lo haré —bromeé y sonrió—. El restaurante no, pero iré contigo y no me iré hasta que te instales y sepa que todo va bien.

—Gracias, por todo.

En ese todo cabían un millón de cosas, el mismo millón por el que yo le daba las gracias a ella.

—Tú eres mi familia, Aina. —Pellizqué su mejilla y destensé la espalda—. Por eso querías que saliésemos a comer...

—Por eso y porque quería pasar tiempo contigo. Además, aquí hacen unos mojitos que te mueres.

—Parece que queréis matarme de una borrachera.

Rio y comió de ese primer plato que el camarero dejó en la mesa. Aina nunca me puso las cosas difíciles, lo entendió todo, incluso cuando era pequeña, y se adaptó mejor que yo a esa vida que nos tocó vivir. Nunca se quejó, nunca preguntó por mis padres después de aquella tarde en la que mi madre se fue. Un día me contó que estaba agradecida de que la tía Isabel le hubiese dado aquella infancia y de que después fuese yo quien la cuidase. Admiraba que no tuviera rencor, que supiera quedarse con lo bueno, agradecer incluso después de todo lo que vivimos.

Terminamos de comer y después de ese mojito nos fuimos al restaurante. Aina canturreaba en el coche contenta y yo me uní a su voz mientras se carcajeaba.

—¡Cállate! Si ni siquiera te la sabes —protestó entre risas.

—«Y es que me gustas nananana, más que el olor a café cuando me levanto, contigo nananana en el banco, contigo veo París desde todo lo altooo» —vociferé y siguió riendo.

—Creo que podrías hacer un remix de la canción: «Mon amour feat nanana».

—Oye, ¿y tú sabes francés?

—Lo tengo un poco oxidado, no paso del *voulez-vous coucher avec moi?*

La miré y le pellizqué el brazo.

—Me vas a matar lentamente.

Ella se carcajeó y sonreí al escuchar esa risa tan especial que tenía.

—No te preocupes, allí me apuntaré a una academia.

Le guiñé un ojo y bajamos la cuesta del garaje hasta que aparqué. Subimos al restaurante, Aina decidió ir al despacho a mandar algunos correos de la universidad y a gestionar algunas reservas. Saludé y me paré a hablar con algunos compañeros que ya se encontraban allí, ni rastro de Javi todavía. Supervisé el salón, revisé que en la barra todo estuviera preparado para el servicio y me encaminé hacia la cocina.

La vi allí, concentrada, con su pelo ondulado recogido por un bolígrafo y chupando alguna crema de una cucharilla. Escuché música, supuse que el sonido saldría de su teléfono, y la observé mientras se contoneaba con suavidad al ritmo de la canción que sonaba. No podía sacármela de la cabeza, no podía dejar de mirarla. Me gustaba y odiaba esa sensación a partes iguales, porque en su mano, sin ella saberlo, había un pequeño poder con el que tenía la capacidad de cambiarlo todo como lo cambió el momento en el que nos encontramos en aquella terraza. Y mira que después intenté seguir, olvidarla, pero entonces nos volvimos a encontrar y ya se metió en mi vida por completo. Y tampoco quería que saliese de ella.

Anduve hacia ella, no quería asustarla, cuando notó mi presencia detrás de su espalda sonrió y besé su hombro.

—¿Qué estás haciendo? —Quise saber.

—Una tarta de cumpleaños para Javi.

—Huele muy bien —observé—. ¿Qué es eso?

—Crema de mantequilla de café. Es una especie de tiramisú con forma de tarta.

—¿Te he dicho alguna vez que me vuelve loco verte cocinar? —Negó y atisbé una sonrisa—. Haces un gesto así —imité—, concentrada, y te muerdes el labio inferior.

—Estaba tranquila hasta que llegaste tú —señaló—. Vete con tus perversiones a otra parte. —Rio e intenté acercarme hasta que me apuntó con la manga pastelera—. Vete o disparo.

Me reí levantando las manos y di unos cuantos pasos hacia atrás.

—¿Nos vemos luego? Si no escapas, claro.

—Ya veremos. —Me dio la espalda con cierta chulería y salí de allí con una sonrisa, encantado.

Nunca pensé que me gustaría tener a la persona con la que compartía parte de mi vida personal también en la profesional, de hecho, me sorprendí al darme cuenta. Quizá era porque era ella, porque lo hacía sumamente fácil, quizá porque eso de ocultar que nos llamábamos, que nos atraíamos con la mirada se convertía en un juego. No sé, el caso es que solo le quedaba una semana en aquellas cocinas y yo quería ofrecerle que se quedara, quería tenerla cerca, pero no sabía lo que ella quería, lo que esperaba, tampoco lo que soñaba. Me acordé de sus palabras esta mañana, de ese «no nos conocemos»; era así, aún había cosas que no sabíamos el uno del otro.

El personal comenzó a llegar, cada uno ocupaba su puesto en sala y en la cocina, subí al despacho donde estaba Aina para ponerme esa chaquetilla con mi nombre y el logo del restaurante bordado y vi que Javi entraba por la puerta.

—Buenas, preciosura. —Le dio un beso a Aina—. Hola, ogro —me dijo y puse los ojos en blanco—. ¿Qué tal la resaca?

—Creo que a mí me ha durado menos, cara dura.

—Siempre que es el fin de semana de mi cumpleaños entro a las doce, ya te avisé ayer, además, lo pone en el contrato.

—Son las siete de la tarde, no sé si te has dado cuenta —señaló Aina.

—¿Te estás convirtiendo en tu hermano?

—Con mi hermano solo me puedo meter yo, así que cuidadito —amenazó tratando de sonreír y Javi dio unos pasos hacia atrás.

—No me atrevería.

—Ya está casi todo listo.

—¿Sigue todo lleno hasta julio? —le preguntó a Aina.

—Quedaron algunos huecos de reservas canceladas, pero volvieron a completarse entre ayer y hoy.

—Perfecto. —Sonrió satisfecho—. Pues manos a la obra.

Javi salió del despacho y miré a mi hermana cuando terminé de abrocharme la chaquetilla. Estaba pálida, nada que ver con la Aina que reía hace unas horas en aquella terraza.

—¿Estás bien? —le pregunté y asintió esbozando una sonrisa que no me convenció—. ¿Es la tensión? ¿Estás mareada?

Desde pequeña Aina sufre bajadas de tensión, especialmente cuando está estresada o algo le preocupa en exceso. Me acerqué a ella e hizo aspavientos con las manos.

—No me pasa nada, me habrá dado el sol de más mientras comíamos.

—¿Estás segura? Prefiero que te vayas a casa a descansar, Javi puede sustituirte.

—No me pasa nada, ahora me tomo una Coca Cola y listo. Venga, a trabajar. —Se levantó de la silla, bajamos las escaleras y antes de separarnos le pedí que me avisara si no se encontraba bien.

A las ocho comenzó a llegar el primer turno, todo funcionaba como siempre. Me desplazé a la cocina para supervisar las elaboraciones de los distintos platos que conformaban aquel menú y, mientras los comensales tomaban el postre, me paseaba por las mesas para hablar con ellos y preguntarles qué tal había estado todo. Para mí aquella parte de mi trabajo era una de las más gratificantes, ver que entre todos lo estábamos haciendo bien cuando una persona dejaba el restaurante satisfecha, con una sonrisa o comentando el recuerdo que alguno de los platos le dejó, especialmente aquellos que volvían por ese algo otra vez, y cuando me despedía y les daba las gracias, todo parecía merecer la pena: el esfuerzo, los quebraderos de cabeza, esa inseguridad que con el tiempo se convertía en certeza, las noches en vela, todo. Si alguien me pregunta por qué escogí aquella profesión, diría que porque tenía la capacidad de transmitir en un plato varias emociones, mis recuerdos, los viejos, los nuevos que estaba creando y, sobre todo, porque podía hacer feliz a la gente. Podía hacer que se olvidasen de un mal día, de cualquier preocupación, hacer de cualquier celebración algo único que también recordarían. Mi trabajo era todo eso que provocaba en los demás.

Cuando el servicio terminó di las gracias y felicité al personal de sala como siempre hacía, hablamos durante unos minutos y volví a la cocina a repetir el proceso mientras les ayudaba a limpiar. Cada vez que los miraba a ellos irse a casa satisfechos, realizados, también sentía que estaba haciendo algo bien con ese equipo de profesionales que me escogió a mí. Porque no, trabajar con alguien no significa que solo el que tiene el poder de contratar te elija, sino que también esa persona a la que tú eliges te escoja a ti. Y creo incluso que lo segundo es más difícil que lo primero.

Una vez limpias las cocinas, Oxana sacó la tarta de cumpleaños que Candela preparó y comenzamos a cantarle a Javi en cuanto entró en la cocina. Javier era una de esas personas que me eligió, me eligió para complicarse conmigo, para reír, para crear e incluso para emborracharse, así que agradecía que estuviera allí en su salsa

mientras le cantábamos, le encantaba ser el centro de atención.

—¡Gracias, gracias! —dijo saludándonos a todos—. Fue ayer, pero no os lo tendré en cuenta.

—Lo importante es celebrarlo, niño mío. —Oxana le abrazó cuando sopló las velas.

—Invítate a algo, ¿no? —sugirió Aina y los que estábamos allí comenzamos a vociferar.

—Sí, hombre, a un trocito de tarta. ¿Quién quiere? —preguntó y nos reímos.

Partieron la tarta y la repartimos entre los que estábamos allí, abrimos también dos botellas de cava y brindamos.

—Por nuestro pesado —propuso mi hermana y a todos nos pareció buena idea, hasta él lo aceptó de buena gana.

Me acerqué a Candela, quien hablaba divertida con Tomás y Rebeca.

—Está muy buena la tarta —alabé y esbozó una sonrisa.

—Siento que ya no haya para repetir.

—Hasta yo me he quedado con ganas de más —añadió Tomás.

—Pues ya sabes, ponte a preparar otra.

—No estás tú loca ni nada. ¿Me ves manos de espátula? —le preguntó y rio.

—Vamos a ver qué más hay por ahí que puedas comer. —Rebeca tironeó de él para dejarnos a solas y Candela agitó la cabeza.

—Menos mal que no tienen que hacer de celestinos, porque no harían ni una pareja.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Quise saber.

Aina se acercó a nosotros, parecía que la cafeína había funcionado y le había devuelto la energía. Candela carraspeó antes de que llegase a nuestro lado.

—¡Hola! —exclamó.

—Aina —dije para advertirla.

—Tranquilo, yo sé que aquí es *top secret* —susurró y asentimos—. Solo quería saludar a mi cuñada.

—¡Aina! —siseé—. ¿Qué te he dicho esta mañana?

—¿Qué me has dicho?

—Eso, ¿qué le has dicho? —Se unió Candela y ambas rieron.

—Creo que tengo las de perder aquí, no puedo con una, voy a poder con las dos —me lamenté con una sonrisa y me fui con mis compañeros mientras ellas dos hablaban.

En aquel momento sentí que no necesitaba más: las risas de los míos en aquel lugar que era como mi templo después de una jornada exitosa de trabajo. Si me preguntan qué es la felicidad para mí, hubiese descrito aquel momento.

Capítulo 26



Viejos fantasmas

Pasado, presente, futuro.

Pasado, presente, futuro.

De un instante a otro.

Pasado, presente, futuro.

Nos quedaba un fin de semana más en aquella cocina, menos de un mes para nuestro examen final y luego, luego de nuevo me plantearía hacia dónde conduciría mi futuro, mientras tanto, prefería estar entre las risas que sonaban.

Aina se quedó hablando conmigo cuando Santana se fue, en cierto modo me recordaba a mí, un poco bocazas, según su hermano teníamos más cosas en común que estaba expectante por descubrir.

—¿Qué tal estás aquí? —me preguntó tratando de disimular su interés por hacerme otro tipo de preguntas.

—Bien, ahora que me he acostumbrado es cuando ya me tengo que ir.

—No creo que mi hermano te deje ir tan pronto. La verdad es que, ahora que lo pienso, no sé cómo me ha dejado irme a mí. —Bebió de su copa y achinó los ojos—. Quizá es que quiere la casa para el solo... —pensó y sonreí.

—¿A dónde te vas?

—A París, quiero continuar allí con la carrera.

—Me encanta la ciudad, y la moda —dijo y sus ojos se abrieron ilusionados.

—¿Sí? Cuando esté instalada puedes venir a verme.

—Me encantaría.

Continuamos hablando y Aina me dio ternura. Era una chica madura, demasiado para su edad, parecía que tenía una gran determinación y me habló de su hermano como si fuera su persona favorita. Ella decía que no trataba de vendérmelo y a mí me hizo reír su espontaneidad.

—Solo necesita que lo entiendan, hemos pasado por mucho juntos y no suele mostrar sus sentimientos.

—¿No tenéis a nadie más?

—De familia no, llevamos muchos años solos. —Me estremecí al escuchar aquello—. Pero tenemos a Enrique y su mujer que son encantadores y siempre nos han cuidado y tratado como si fuésemos sus hijos. Él era el antiguo chef del restaurante hasta que se jubiló y mi hermano tomó el relevo.

Quise saber más y a la vez no. Sabía que Aina me contaría todo lo que yo quisiera saber, sin embargo, yo necesitaba que fuese él, que saliese de él. Hablamos durante unos minutos más, me contó que tenía miedo tras haber tomado la decisión de marcharse y le dije que a mí me pasó exactamente lo mismo cuando vine a Madrid, pero que iría bien. Estaba segura de que le iría

bien.

—Candela, tu taquilla no para de sonar —me avisó Rebeca cuando llegó.

—Ni que hubiera una rata dentro. Es tu teléfono —especificó Tomás y me reí.

—El cava bien.

—Fenomelal —pronunció mi amiga con la lengua trabada.

Me excusé y fui hacia los vestuarios. Abrí la puerta y rebusqué en mi mochila el teléfono que no paraba de sonar. Era un número que no conocía y me extrañó tener una llamada tan tarde.

—¿Sí?

—Candela. —Escuché la voz rota de Alejandra al otro lado—. Ven corriendo, por favor.

La sangre abandonó mi cuerpo en unos segundos. No, otra vez no.

—¿Dónde estás?

—Me llevan hacia el hospital —sollozó.

—¿Al de Hugo?

—No —dijo y le pedí la dirección. Saqué mi mochila corriendo de la taquilla—. Llámale tú, yo no...

—Tranquila, va a salir todo bien.

—La última vez no fue así.

—Ahora es diferente, te lo prometo.

Tomás y Rebeca se asomaron por la puerta mientras me calzaba las deportivas con rapidez.

—Me voy, Alejandra va para el hospital.

—Espera, yo te llevo. —Se ofreció Tomás y asentí.

—Yo voy también —se apuntó Rebeca.

—No, quédate y dile a Santana que me tuvo que ir. Te llamo luego.

Asintió y salió del vestuario. Tomás y yo salimos por la puerta de atrás del restaurante hasta llegar a su coche, justo cuando salíamos del aparcamiento tenía una llamada suya.

—¿Qué ha pasado?

—Alejandra —resoplé intentando mantener las lágrimas a raya—. Está embarazada y...

—Dime en qué puedo ayudarlos.

—¿Puedes ir a por Hugo? Voy a llamarlo y no quiero que coja el coche nervioso, dile a Rebeca que vaya contigo.

—Hecho. Salimos ya.

—¿Sabes cuál es su hospital?

—Sí, me lo dijo el otro día.

Colgué y busqué su contacto. Tomás me apretó la mano y esbozó una breve sonrisa.

—Venga, llámalo.

Mis dedos temblorosos pulsaron el botón y al tercer timbre me contestó su voz.

—Hugo.

—Hola, enana. ¿Todo bien?

—No te asustes, Alejandra...

—Dime que no se ha caído ni se ha hecho daño.

—No, Hugo, no.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué no me ha llamado a mí?

—Porque yo ya he vivido esto con ella, Hugo. —Atajé la conversación.

—No me jodas, Candela, no puede ser. —Escuché un quejido y exhaló sonoramente.

—Santana está llegando al hospital con Rebeca, ellos te traerán aquí.

—No la dejes sola —me pidió y me enjuagué las lágrimas.

—Nunca lo he hecho.

Me bajé en la puerta del hospital y me dirigí al mostrador, pregunté por Alejandra Herrera y me dijeron que aún no estaba registrado su nombre. No podía ser, no pude llegar antes que ella. Llamé a su teléfono y no me contestó, tampoco lo hizo al número desde el que llamó. Volví a preguntar en el mostrador de admisiones por si ya habían registrado su nombre y la recepcionista negó con la cabeza.

—Pero ¡cómo no sabe dónde está! —exclamé casi rozando la histeria.

No me percaté del tiempo que pasó, solo sé que Hugo entró corriendo y me vio parada delante del mostrador.

—¿Dónde está?

—No lo saben todavía.

Una enfermera pasó por allí y Hugo se dirigió hacia ella. Le preguntó y nos dijo que acababa de entrar a consulta. La chica nos condujo a través de la sala de espera y cruzamos algunos pasillos hasta llegar a la consulta. Cuando abrió la puerta, Alejandra estaba tumbada en una camilla y la doctora se estaba preparando para examinarla.

—Mi amor. —Hugo le cogió la mano y se la besó. Desplazó su mirada hacia la ropa interior que se encontraba manchada de sangre e intentó tranquilizarla.

Alejandra nos miró asustada, recordando todo aquello que pasó hace años, por aquel entonces estábamos las dos solas, ella no quería añadirle más peso a su familia y Hugo no era parte de su vida, así que nos dimos la mano. Pasé con ella noches en vela, la escuché llorar en silencio, le pedí que me mojase toda la camiseta de lágrimas si quería, pero que me prometiera que seguiría y, al final, cuando se vació, se levantó poco a poco. Por eso, ahora, en aquella consulta, era inevitable que esos mismos recuerdos estuvieran presentes.

—Es mi culpa, yo dije que no sabía si quería tenerlo y por eso estoy así, por eso lo voy a perder.

—Eso no es así, Ale —asegué.

Hugo me miró con los ojos empañados, tratando de mantenerse fuerte. Me agarré de su brazo y esperamos a la doctora. La pantalla del ecógrafo se encendió y llenó el vientre de mi amiga de un gel viscoso antes de posar el ecógrafo sobre ella. En el momento todo se vio negro en la pantalla y de repente se atisbó algo. La mujer se acercó frunciendo el ceño y en cuanto amplió la imagen Hugo fijó su vista en la pantalla y esbozó una sonrisa como pocas antes le había visto esbozar. Besó a Alejandra porque supo antes de que la doctora dijera algo que estaba bien, atisbó el latido de su corazón y mi amiga lloró esta vez con una sonrisa en su rostro.

—Pero ¿son adivinos? —me preguntó la mujer.

—No, es que él también es ginecólogo.

Hizo un gesto con el que decía que ahora lo entendía todo.

—El bebé está bien y la placenta también. La sangre puede deberse a que haya capilares que se hayan roto y suele ser algo escandaloso, por ahora no es motivo de preocupación. Voy a ver a las semanas a las que se corresponde y haremos algunas pruebas más para quedarnos tranquilos.

Todos asentimos y besé la mejilla de Alejandra.

—Te dije que iba a ir bien. —Asintió, seguía sin poder pronunciar palabra—. Os espero fuera, ¿vale?

Hugo acarició mi mejilla antes de irme y me sonrió. Sabía que aquello para él era un sueño, siempre quiso ser padre, de ahí también uno de los motivos por los que escogió su profesión.

Alejandra estaba aliviada, supe en cuanto la miré que, aunque tenía miedos que afrontar, esa vez sería diferente.

Salí de la consulta y crucé la sala de espera. Tomás, Rebeca y Santana salieron a mi encuentro cuando me vieron y sonreí antes de llegar a ellos.

—Está bien, solo ha sido un susto.

Mis amigos me estrujaron en un abrazo, contentos. Después Santana me rodeó con su brazo y me estrechó contra su pecho.

—No sabíamos que Alejandra estaba embarazada. —Se sorprendió Tomás.

—Nosotras tampoco hasta esta mañana.

—Entonces esa era la urgencia... —Dedujo Santana y asentí—. Por suerte todo está bien.

—Estuve a esto —hizo un gesto Rebeca—, de amordazar a Hugo por el camino, y mira que no lo conocía, pero habría sido un buen comienzo.

Hablamos con el jefe de Alejandra y una de sus compañeras que, sin darnos cuenta antes, la estaban esperando también. Les conté lo que dijo la doctora, les dije que podían irse y les di las gracias por haberla cuidado. Media hora después, Hugo y mi amiga salieron de allí y todos respiramos un poco más aliviados.

—¿Qué tal todo? —pregunté cuando llegaron a nosotros.

—Bien, le mandaron reposo unas semanas —nos contó Hugo y Alejandra se encogió de hombros—. Después hablaré con vosotras. —Nos señaló a ambas y me escondí un poco detrás de Tomás.

—¿Necesito un abogado? —Intenté hacerle reír, pero estaba entre contento y cabreado diría yo—. ¿Me puedo quedar a dormir? Prometo que os voy a preparar un desayuno de rechupete y que no voy a hacer ruido si madrugo.

Conseguí que Hugo esbozara una sonrisa y Alejandra me cogió la mano.

—Vamos, os llevo a casa —dijo Santana.

—Nosotros nos vamos también, recupérate pronto, te prometo que iré a verte pagando de mi bolsillo. —Tomás le ofreció el dedo meñique y Alejandra lo estrujó.

Rebeca le dio un beso en la mejilla y ambos se despidieron.

Santana condujo hacia casa de mis amigos, durante el camino Hugo y él hablaban sobre el coche, dijo que era de su tío abuelo y le contó una historia que no escuché muy bien porque estaba inmersa en todo lo que había ocurrido hace unas horas. Seguíamos en *shock*, Alejandra tampoco hablaba, solo miraba por la ventanilla sumida en sus pensamientos.

—Ya hemos llegado —avisó Santana.

—Muchas gracias, si no hubiera sido por Rebeca y por ti quizá ni hubiese llegado.

—No es nada. —Hugo le palmeó el hombro y salió del coche—. Alejandra —la llamó.

—Dime. —Trató de sonreír, pero apenas pudo.

—Vas a poder con ello, ya lo verás.

—¿Y si soy una mala madre? Esta mañana no quería tenerlo.

—Yo sé lo que es tener una mala madre y, créeme, ni tú ni Hugo lo vais a ser. Tus sueños tampoco se van a romper, sino que va a haber alguien más que te acompañe en ellos, y los tres intentaréis ser el mejor equipo.

Alejandra lloró y buscó abrazar a Santana por el hueco que quedaba entre los asientos. Lloró como una niña, lloró con todos sus miedos y él le susurraba que todo iría bien.

Me bajé del coche mientras seguían hablando y me paré al lado de Hugo.

—No me voy a quedar a dormir. —Me miró con gesto interrogativo—. Alejandra y tú tenéis

que hablar. No seas duro con ella, tiene miedo. No solo es por su sueño —entendí—, no quiere ser como su padre fue con ellos.

—Sé que eso no pasará y decida lo que decida estaré ahí con ella —resopló—. Siento que a veces se le olvida.

—No, no se le olvida, pero sabes que si ese niño viene al mundo el cambio será más fuerte para ella que para ti.

—Jamás dejaría que abandonase sus metas. Yo solo quiero que sea feliz. —Se pasó los dedos por los ojos, enjugándose esas lágrimas que amenazaban con salir y le abracé.

—Hablad, ¿vale? Como vosotros sabéis.

—A corazón abierto.

—A corazón abierto —repetí con una sonrisa—. Mañana estoy allí para desayunar.

Me apretó entre sus brazos durante unos segundos y Alejandra salió del coche.

—¿No vienes? —me preguntó y negué con la cabeza.

—Esto es vuestro, pero dentro de unas horas vengo a dar la murga.

Asintió y la abracé antes de subir de nuevo al coche. A través de la ventanilla vi cómo se daban la mano, cómo se miraban entrelazando sus dedos y sonreí. Sonreí porque sabía que ellos podrían con cualquier tormenta, que bailarían bajo ella, y a veces no necesitamos saber si esa tormenta pasará o no, si al final saldrá el sol; solo necesitamos saber que nuestro compañero de baile, la persona que elegimos para girar, para que el agua nos cale hasta los huesos, está ahí, y no importa nada más.

Capítulo 27



Después de la tormenta

Apenas había dormido unas horas cuando abrí los ojos. Miré hacia el techo y resoplé. No sé vosotros, pero muchas veces me quedaba mirando a la nada viendo como los pensamientos se sucedían en mi cabeza. Eran como monos saltando de una rama a otra sin llegar a ningún lugar en concreto. Que digo yo que ya podían pararse en algún sitio, porque era agotador que mi cabeza anduviera con la maquinaria encendida nada más despertarse. Me acordé de mi psicólogo y me puse a respirar. Un, dos, tres, cuatro, cinco. Un, dos, tres, cuatro, cinco. Fui cerrando los ojos poco a poco y me concentré en las sensaciones: me di cuenta de que estaba lloviendo porque escuché las gotas repiquetear en el borde de la ventana, olía a café recién hecho y a un perfume amaderado que reconocí como el suyo. ¡Joder! Me incorporé de inmediato en la cama, a la mierda el *mindfulness*, y comprobé que no estaba en mi casa. Que conste que no bebí, aunque ayer tenía una especie de borrachera emocional y hoy me tocaba la resaca.

Me metí de nuevo debajo del edredón y me tapé la cabeza. Vi que llevaba puesta una de sus camisetas y sonreí. Saqué el brazo de debajo de la manta y palpé hasta encontrar mi teléfono. Solo eran las ocho y media de la mañana, no tenía ningún mensaje, por lo que supuse que todo estaba bien. Supuse por mi tranquilidad mental, porque si no mi cabeza comenzaría a convertirse en un rodaje de *El planeta de los simios* y yo iba a arañar paredes de la desesperación. Fuera de la habitación podía distinguir dos voces claras, la de Santana y Aina manteniendo una conversación. Por el tono y los mensajes que llegaban a mi oído supuse que algo no iba bien. Lo que no llegaba a adivinar era ese algo.

—Era el mismo número que te llamó. Lo cogí, era ella.

—Deberías haber colgado.

—Yo no sé huir hacia delante. ¡Tú siempre me has enseñado a ir de cara, a enfrentar lo que pasa! —Escuché a Aina levantar la voz.

—No voy a hablar con ella, Aina.

—Pues deberías, porque estoy harta de verte cargar algo que no te corresponde.

Lo siguiente que oí fue la puerta de la casa cerrándose con fuerza. Me quedé debajo de las sábanas sin saber bien qué hacer. ¿Debería preguntarle a Santana qué estaba pasando? ¿Sería mejor salir de la habitación o hacerme la dormida? La puerta se abrió interrumpiendo mis pensamientos y mi cuerpo dio un respingo.

—¿Estás despierta? —me preguntó con la voz suave.

—Sí. —Asomé media cabeza y lo encontré sonriendo. Me gustaba verle sonreír, casi siempre que estaba en el trabajo andaba serio o concentrado, no sé bien.

—Toma, creo que lo necesitas después de ayer.

Salí de mi escondite hasta sentarme y cogí la taza que me tendía.

—Gracias. —Di un sorbo y cerré los ojos unos instantes—. Y gracias también por lo de

ayer.

—Entendía a Alejandra. Yo hubiese tenido el mismo miedo que ella.

—¿A ser un mal padre?

Asintió.

—Me daría miedo ser como mis padres fueron conmigo. Como su padre fue con ellos durante el tiempo en el que se perdió en él mismo.

—Te lo contó...

Volvió a asentir y dio un sorbo a su taza.

—Tu hermana me dijo que no tenéis familia —seguí hablando.

—Mi hermana tiene la lengua muy larga —suspiró—. No, solo estamos ella y yo.

—¿Y vuestros padres?

—No quiero hablar de ellos ahora. No es el momento.

—Me estás poniendo difícil eso de conocerte.

Me levanté de la cama después de beberme el café y tiré de esa camiseta que solo cubría una parte de mis muslos. Me encaminé hacia el baño y Santana me cogió antes de que cruzase la puerta.

—Me duele recordarlo, Candela.

Acaricié su mentón con mis dedos y le miré.

—La vida se trata de avanzar, y si te da miedo dejar atrás esa parte de tu vida, jamás vas a poder hacerlo. No te lo digo porque sea una genia —sonreí—, sino porque yo también estoy tratando de hacerlo. Ya te conté que mis padres tampoco son los mejores, pero siempre vas a tener otros motivos por los que seguir.

Se agachó para besarme, pero le guiñé un ojo y entré en el baño. Lo cierto es que a ratos me frustraba, entendía su forma de ver el trabajo, lo importante que era su hermana, sabía que una bandana era casi su sello de identidad y que daba lo que fuera por proteger a quienes quería, pero había una barrera que nos separaba, que no me dejaba ver más allá, y no sé si él sería capaz de derribarla, si la podría dejar atrás.

—Candela —me llamó cuando salí del baño y me desentendí unos instantes—. Nena.

Me paré y le señalé con el dedo.

—No me vas a engatusar —le advertí—. Tómate el tiempo que necesites, yo estoy preparada para escucharte.

—No intento engatusarte. Sé lo cabezona que eres.

—Ah, no. No sabes de la misa la mitad —dije mientras me ataba las Converse—. Tengo que irme, les prometí que estaría allí temprano y tengo que pasar por casa.

—Espérame y te llevo.

—Quédate y descansa.

—Pero ¿qué os pasa hoy a las dos? —Lanzó la pregunta al aire.

—Creo que esa no es la pregunta que deberías hacerte. A nosotras no nos pasa nada. —Me levanté y me dirigí hacia la puerta—. Nos vemos luego.

Llegué a casa, me duché con rapidez y me cambié de ropa. Salí con el pelo mojado e hice unos recados por el barrio para conseguir todo lo que necesitaba para preparar el desayuno. Me sentó bien caminar, canturrear esas canciones que sonaban en mis auriculares, hasta hablar con la señora de la panadería. Me sentó bien estar conmigo misma, fuera de la vorágine del día a día, de las personas, de la compañía. A veces es difícil estar con nosotros, me atrevería a decir que hasta puede darnos miedo, pero no hay nada como la sensación que nos envuelve cuando conseguimos

hacerlo.

Un taxi me llevó hasta la casa de mis amigos. Hugo me abrió aún somnoliento y con el pelo alborotado. Me recibió sin camiseta y sonreí al verlo.

—¿De qué te ríes? —me saludó de buen humor.

—Me gustan las vistas.

—No empecemos, entra —me indicó entre risas y fuimos hacia la cocina—. Vienes muy contenta.

—Me ha sentado bien pasear de buena mañana.

—¿En qué te puedo ayudar? Ya sabes que se me da bien hacer de pinche.

—Saca una sartén y la mantequilla. —Recogí mi pelo y me subí las mangas para poder trabajar—. Chico del torso descubierto, póngase un delantal o una camiseta, no vaya a ser que se queme.

—Voy a por una camiseta.

Desapareció de la cocina y comencé a preparar la masa para hacer unas tortitas. Cuando volvió dejé en sus manos la tarea de hacerlas mientras preparaba unos huevos poché y unas tostadas con aguacate.

—¿Qué estás haciendo con los huevos?

—Escalfarlos. —Le apunté con la espumadera—. Como se te quemen, te mato.

—Qué jefa más agresiva.

—¿Cómo está Alejandra?

—Mejor, ayer hablamos y está más tranquila.

—¿Puedo darte entonces la enhorabuena?

—Supongo que sí. —Esbozó una sonrisa y nos dimos un breve abrazo.

—¡Qué se queman!

—Todo controlado.

Terminamos de preparar el desayuno y puse la mesa mientras Hugo despertaba a Alejandra. Llegó al salón bostezando, con su pelo rojo enmarañado, parecía un nido de pájaros, e intenté aguantar la risa.

—¡No te rías! Es culpa de la peluca que me ponen.

—Estás preciosa —le dijo Hugo.

—Di que sí —añadí y la apreté entre mis brazos—. Mi princesa preciosaaa, hermosaaa —pronuncié con una vocecita y se rio.

—Qué hambre. Qué buena pinta tiene todo. ¿Lo has hecho tú sola?

Negué con la cabeza.

—El pinche sexy me ayudó.

Hugo puso los ojos en blanco y ella se echó a reír.

—Ya me imagino.

Comenzamos a comer y me preguntaron por la escuela y por el trabajo. Les conté que solo me quedaba una semana de prácticas y que tenía poco tiempo para preparar el examen. Me planteé incluso volver a Málaga para estudiar. El timbre de la puerta sonó y Hugo me pidió que fuese a abrir.

—Pero ¿quién es?

—El repartidor.

—¡Y por qué no vas tú! —me quejé levantándome.

—Porque estoy cansado.

—Y yo, no te jode —farfullé recorriendo el pasillo.

Abrí la puerta y solté un grito, después me llevé las manos a la boca. Nuria estaba embarazadísima, embarazadísima y allí en el rellano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté—. Qué guapísima estás. —Volví a abrazarla mientras ella dejaba besos en mi pelo.

—¿Cómo está mi niña?

—Voy a llorar. Te he echado mucho de menos. Muchísimo.

—¿Y a mí? —dijo una voz detrás de ella y salió Óscar.

Me encaramé a él, me cogió y se rio sosteniéndome.

—A ti también —aseguré apretándolo contra mí.

—Venga, bájate que estoy mayor. —Negué con la cabeza y comenzó a andar conmigo en brazos—. Garrapata.

—Déjame quererte un poquito, ¿no?

—Lo que tú quieras.

Llegamos al salón y me solté para que saludaran a Alejandra y a Hugo. En un momento aquello se convirtió en una pequeña sede de abrazos y besos, como si fueran regalados, siempre fuimos demasiado intensos. Si le preguntáis a alguno de ellos, dirá que la que llevaba el sinónimo de chicle era yo, pero ya os digo yo que había alguno que, si se lo proponía, llegaba a empalagar más que una cucharada de Nutella.

Nos sentamos y picotearon también de ese desayuno ya tardío, Óscar bebió un café bien cargado, apuesto lo que sea a que no pegó ojo desde que Hugo le llamó ayer por la noche.

—Te veo bien, enana —observó mientras acurrucaba a Alejandra en su pecho.

—Voy a ser mamá. ¿Tú me ves capaz? —le preguntó y él sonrió.

—Si lo fui yo, ¿cómo no vas a serlo tú?

—Tú no tenías tanto miedo.

—Te juro que cuando vio el positivo parecía que había visto a la niña de *Poltergeist* —conté.

—Yo como no estuve, no puedo decir nada —intervino Hugo un poco molesto aún.

—Ay, ya. Supéralo, hombre. Que no pasa nada. —Intenté quitarle importancia.

—Sí que tenía miedo, lo que pasa es que siempre ha sabido disimular. ¿Sabes eso de que la procesión se lleva por dentro? Pues él llevaba unos cuantos pasos —recordó Nuria—. Habló con una amiga que es psicóloga, quizá pueda ayudarte a ti también, Ale.

—Puedes hablar con el mío, ya tienes su número después de la encerrona que me hiciste —sugerí—. Podemos hacer una terapia de grupo. Todos juntos, un ohm.

—Ohmmm —repiteieron y nos echamos a reír.

—Creí que me ibais a dejar sola.

—Quizá deba ir, sí —concluyó mi amiga.

Me acomodé en la alfombra con la espalda pegada al sofá y Nuria comenzó a tocarme el pelo mientras contaban que les fue difícil encontrar un billete de tren a primera hora de la mañana y correr para dejar a Lucas con Marina, la madre de Óscar y Alejandra.

—A mamá le iba a dar un infarto cuando se lo conté.

—No tenías que habérselo dicho.

—Ya, claro, para que luego se entere y tenga que huir del país.

—Está todo bien, pero también tenía que saberlo. —Suavizó Hugo—. Hablé con ella esta mañana y se quedó más tranquila.

—Manda narices... Se lo digo yo que soy su hijo y tú que eres el último en llegar va a ser al santo al que le va a rezar.

Nos carcajearnos ante su indignación.

—Soy el médico de la familia, qué quieres. Además, ya no soy el último que llegó —se defendió y me miró arqueando una ceja.

—¿Todavía tienes el efecto del Lorazepam de ayer? —le pregunté con sorna.

—Yo no me tomé ningún...

Le miré con el ceño fruncido y calló, aunque no sirvió de nada, la piedra ya la había tirado.

—Eso otra —resopló Óscar—. Me estáis matando lentamente entre las dos, que lo sepáis.

El timbre volvió a sonar y esta vez fue Hugo a abrir la puerta, segundos después se escucharon dos voces y los pasos por el pasillo. Le vi cruzar el umbral y mi corazón dio un brinco. Mi corazón, mi estómago, no sé bien. A la boca del lobo, querido. Miré a Alejandra y se encogió de hombros. Traición. Pero ¿de dónde sacó su número? Me palpé el bolsillo trasero del pantalón y achiné los ojos. Nota mental: cambiar el código de mi móvil.

—El chef —mencionó Nuria y él se pasó la mano por la nuca, nervioso.

—Ese soy yo.

Nuria hizo ademán de levantarse, pero él se acercó viendo su barriga. Se presentó como la madre de dragones y nos reímos. Se agachó después de saludarla, me dio un beso en el pelo y me guiñó el ojo. Seguía sentada en el suelo, aún estaba procesando que hubiese venido y verlo entre nosotros. Óscar le tendió la mano y lo examinó.

—Soy el hermano mayor. —Se presentó y nos carcajearnos.

—Más bien es el papá oso —especifiqué y siguieron riendo.

—De papá oso nada, no tengo ni un pelo en el pecho —rebatí.

—Hugo tampoco —dije.

—Hugo tiene demasiado tiempo libre, un hombre con ese abdomen no es de fiar.

—Ya, claro. Envidioso —le defendió Alejandra.

—Gracias, cariño. —La besó Hugo.

—Así siempre —informó Nuria a Santana, quien ocupó sitio al lado de ella.

—Bueno, así no os aburrís.

—Oh, nunca. El día que no hablen entre ataques y risas me preocuparé.

—Entonces tú eres el famoso chef... —retomó Óscar.

—No soy famoso. Soy uno entre tantos.

—Hombre, no te quites mérito. Tienes una estrella Michelin.

—Es trabajo en equipo —aseguró.

—Modesto —observó Óscar—. Medio punto más.

—Ah, ¿pero ya tenía algún punto? —Quise saber.

—Por supuesto. El de aguantarte a ti es uno así de grande —bromeó mientras hacía un gesto con sus manos y le hice una burla.

—Luego dime que me quieres.

—Que te quiera no quita que seas una cabezona. Eso sí, lo da todo por quien quiere. Así que cuidadito —le advirtió con el dedo.

—Yo sé defenderme solita.

—Damos fe —dijeron casi todos a la vez. Parece que hoy estaban conectados en una especie de simbiosis. O quizá serían todos los años juntos que llevábamos a la espalda.

Hablamos y reímos en aquel pequeño salón. Óscar se había dejado olvidadas las maletas en

el rellano y Hugo las entró cuando le abrió la puerta a Santana, lo que fue motivo de risas durante unos minutos. Cuando los miraba sentía que el tiempo no pasaba, que lo que había entre nosotros no cambiaba, me sentía abrazada y protegida, porque el único lugar en el que yo sabía que querer era incondicional era con ellos. Daba igual donde estuviésemos, los kilómetros que nos separasen, siempre serían ellos.

Capítulo 28



Las pequeñas cosas

El verbo valorar solo tiene un significado: el de apreciar. Apreciar los instantes, los abrazos, una sonrisa, quizá hasta algo tan nimio como un café en la mañana, algo de comer bien rico, el paseo hacia el trabajo, la canción que suena en un instante o el abrazo que nos envuelve en la noche y, a su vez, es algo que no siempre hacemos. En ocasiones pienso que poco nos paramos a agradecer esas pequeñas cosas para todo el tiempo que tenemos, para todos los minutos que hay a lo largo de un día, y estoy segura de que, si le dedicásemos tan solo uno a saber apreciar esas pequeñas cosas que nos hacen sentir bien, nos acercaríamos más a nosotros mismos.

Santana y yo salimos de la casa de mis amigos cuando se acercó la hora de entrar a trabajar. De día del Señor nada, al restaurante como todos los domingos. Llamamos al ascensor y en cuanto se cerraron las puertas me agarró de la cintura con rapidez y buscó mis labios. La necesidad es algo de lo que quizá os hable más adelante, puede que se me olvide, aunque lo definiría como aquel beso: algo urgente. Enterré mis manos en su pelo mientras lo acercaba y su lengua se abría paso buscando la mía hasta enredarse. Un sonido nos avisó de que llegamos abajo y las puertas se abrieron. Nos separamos con la boca enrojecida y nos reímos al mirarnos.

—Siento lo de esta mañana. Tienes razón, soy un libro cerrado.

—Con llave.

—Déjame que encuentre algo de fuerza para recordar y entonces hablaremos, ¿vale? Te prometo que no será tarde.

—No quiero que me prometas. Solo quiero verte, a ti y a tus miedos.

—Vas a salir corriendo —dijo quitándole importancia.

—En peores garitas he hecho guardia, créeme.

Subimos al coche y condujo hacia el restaurante. Nos separamos en el garaje, fui hacia el vestuario para cambiarme y llegué a la cocina donde esperaban mis amigos. Saludé a Tomás y a Rebeca con un beso y volvimos a hacer esa pequeña reunión de grupo, como cada noche, en la que nos repartíamos las tareas.

—Buenas noches —saludó Berto—, acercaos.

—Esta noche el chef, Berto y yo hemos decidido que vamos a presentar el postre nuevo. Como es la primera vez que los comensales lo van a probar, Berto y yo estaremos supervisándolo para que quede perfecto.

Rebeca, Tomás y yo nos miramos, observé que Ángel sonreía con suficiencia.

—Voy a repartiros a todos la hoja de la receta, aunque esta noche se encargará de él Ángel y Marta.

Asentimos y Berto nos repartió la hoja de la receta, cuando leí el título esbocé una sonrisa. Tomás me golpeó con el codo suavemente y Rebeca pronunció un «sí» agitando el puño.

«De un viejo recetario», así era el título que encabezaba la hoja, así era el guiño que

quisieron hacerle a la historia de la receta.

—Perdona, Oxana —intervino Ángel—. Este no es el título que propuse para la receta.

—El título de una receta le corresponde a la historia de la persona que la crea, ¿no te parece? —contestó tajante—. Ya hablaremos, ahora vamos, todo el mundo a sus puestos.

Ángel me miró y le sostuve la mirada, negué con la cabeza y me giré dándole la espalda. Se acabó el juego de niños.

Aquella noche me centré en el trabajo olvidando el tiempo que me quedaba allí, me llené de ganas y disfruté del servicio, de la satisfacción que sentíamos cuando todo salía bien.

—Niña, ¿le das tú a la varilla? —me preguntó Tomás con una jarra llena de nitrógeno entre las manos.

—Ni de coña, que acabo con los brazos como si fuera Flubber.

—Pues agarra esto y ve echando cuando te diga. —Hice lo que mi amigo me indicó y vertí parte del contenido de la jarra mientras él mezclaba con fuerza.

—Chicos, necesito ese helado fuera ya —avisó Oxana—. Por cierto, vais a servir el postre en sala.

—¿¡Qué!? —exclamamos los dos a la vez.

—Órdenes del chef.

—Vaya joyita de novio —siseó Tomás con una sonrisa y le pisé el pie.

—Tú dale a la varilla, que pareces el *¡Hola!* enterándote de los cotilleos de todo el mundo.

—Eso me pasa por juntarme con vosotras, por vuestra culpa parezco una Mari sentada en una peluquería —se quejó y me reí.

—Ay, Tomás. A quién quieres engañar. ¡Venga, sigue! —le animé y terminamos aquel helado.

Nos quitamos el delantal y nos dispusimos en la línea de camareros. Dejamos sobre un carrito todo lo que necesitábamos para emplatar aquel postre, Santana salió a nuestro encuentro y los dos le miramos con cara de rencor.

—Ya te vale, nadie ha hecho esto nada más que nosotros —susurré.

—No os preocupéis, todos lo haréis en estos días que os quedan. Además, es por una buena causa.

—No sabía que eras un alma caritativa —seguí y Tomás se rio.

—Vamos, anda. Ya discutiréis luego.

—No estamos discutiendo —dijimos a la vez.

—Vale, Pimpinela.

Salimos hacia la mesa que nos indicó, la cual estaba en aquel cerramiento de cristal, y al llegar los vi a los cuatro allí, sonrientes. Tomás abrazó a Alejandra y a Hugo mientras que yo no podía mover ni un solo músculo, mi boca se quedó abierta, le podían haber entrado unas cuantas moscas. Óscar me sacó de aquel estado agitándome entre sus brazos.

—Qué bien te sienta esa chaquetilla, ¿no?

—No te mofes —le advertí y se rio.

—No me atrevería.

Saludé a Hugo y Alejandra me apretujó hasta que me hizo sentarme en sus piernas.

—Tía, esto es alucinante. Ese tipo es un genio.

—¿Has comido bien?

—¿Qué si he comido bien? Mira mi tripa, y no es por el embarazo.

Sonreí y le di varios besos en su mejilla.

—Oye, que digo yo que tú a mí me debes una cosita... —le recordó Tomás y nos echamos a reír.

—¿Qué cosita te debe si se puede saber? —preguntó Hugo y seguimos riendo.

—Nada, hombre. No te preocupes.

—Que sepas que soy una mujer de palabra. —Alejandra sacó de su bolso dos entradas del musical.

—Avísame cuando actúes tú que, si no, no voy a verlo.

—¿Debo preocuparme? —Quiso saber Hugo y negué divertida.

—Nuri, ¿qué te pasa?

Todos dirigimos la mirada hacia ella que se encontraba en silencio y con unas cuantas lágrimas deslizándose por sus mejillas. Se encogió de hombros y Santana le tendió un pañuelo.

—Gracias, hombre —habló entre sollozos y sonreímos—. Estoy contenta, eh.

—Quién lo diría —apuntó Alejandra.

—Tú calla, que verás de aquí a dos meses. Vas a llorar como los cocodrilos.

—¿Los cocodrilos lloran? Pero si están en el agua todo el tiempo —argumenté—. No se distinguen las lágrimas.

—Sí lloran, sí —concluyó Nuria sabiendo que si seguíamos hablando de eso podíamos entrar en un bucle del que no saldríamos.

—Bueno, chicos, tenéis que terminar el postre.

Tomás fue haciendo *quenelles* con la cuchara mientras las iba disponiendo en los platos de cada uno y yo me encargué de poner con el sifón la espuma de limón.

—Este postre se llama «Desde mi ventana». —Introdujo Santana.

—¿Y por qué se llama así? —interrumpió Alejandra y la miramos—. Perdón, perdón.

—No pasa nada. —Sonrió él—. Se llama así porque mi tía Isabel tenía un limonero enorme en el jardín, la ventana de mi habitación daba allí, y cuando comenzaba a florecer en verano, el olor a azahar invadía toda mi habitación. Es un olor que me recuerda a casa, a esos días felices y largos de verano.

—Qué bonito —suspiró Nuria.

—Cariño, no llores más, eh —rogó Óscar y ella negó con una sonrisa.

—El postre tiene un helado de yogur que va cubierto por una espuma de limón, dispuestas alrededor hay pequeñas escamas crujientes de chocolate blanco y una crema de *lemon curd* —les explicó mientras ellos miraban el plato—. Coronando la espuma, un cristal con pétalos de azahar hecho con isomalt.

—Alucinante —alabó Hugo.

—Para comerlo rompemos el caramelo de isomalt con la cucharilla y tratamos de coger un poco de cada una de las elaboraciones —recomendó—. Que disfrutéis.

Recogimos nuestro carrito mientras probaban con sorpresa aquel postre y comentaban entre ellos. Se les veía encantados, disfrutando de aquella comida, de la compañía que hacía tiempo que se debían, porque había días en los que la distancia se hacía cuesta arriba. Salí de allí guiñándoles un ojo y con una sonrisa que ni todos los caramelos ardiendo del mundo podían borrar. Bueno, quizá exagero, solo quería decir que lo que acababa de vivir me hizo feliz.

Nuestra entrada en cocina no fue demasiado amable por parte de nuestros compañeros, podéis imaginaros de quiénes, solo Rebeca daba pequeños saltitos emocionada cuando le contamos todo lo que vivimos en aquel salón.

Al terminar el servicio nos cambiamos y nos despedimos del equipo. Poco después, Aina

entró en el vestuario, llevaba siempre una sonrisa puesta y contagiaba buen humor.

—Os están esperando en el salón.

—Más sorpresas no, tengo el cupo cubierto hoy —dije.

—Venga, venga. Que se están animando a hacer cócteles y todo. —Bailoteó.

—El alcohol está prohibido para las menores de edad. —Trató de picarla Tomás.

—Y para los abuelos también. —Le guiñó un ojo triunfante mientras nosotras coreábamos un «ohhh»—. Además, tengo veintiuno.

—Muy bien llevados, sí señora.

—No puedo decir lo mismo.

—Déjalo ya o tu orgullo saldrá herido —le aconsejó Rebeca.

—Ni hablar, todavía tengo noche para seguir desafiándola.

—Tomás —repetimos a la vez.

—No seáis mal pensadas, joder. —Se levantó abrochándose los botones de su camisa vaquera y doblando las mangas hasta el codo—. Me tenéis frito, eh. Cuando acabe me voy a tomar unas vacaciones, pero de vosotras.

—Entonces nos vamos tú y yo solas de viaje, Cande.

—¡Ni de coña! —Saltó.

Salimos de los vestuarios entre bromas, en el salón mis amigos se encontraban animados, Javi estaba detrás de la barra preparando cócteles y allí vi a Santana abrazar a Aina con fuerza mientras ella reía pidiendo que la soltara.

—Me voy a la barra, así pillo la receta y luego os hago margaritas infusionados con flores de Jamaica y sal rosa del Himalaya en el bordecito —detalló y se alejó contento.

—¿Cómo habéis conseguido mesa? —pregunté cuando llegué a mis amigos—. Escuché que las reservas estaban completas hasta julio.

—Secreto de estado. —Miré a Óscar con los ojos achinados—. ¡Pues por quién va a ser! Santana llamó a Alejandra para que viniésemos.

—Bueno, ya hablaré después con él...

—Shhh, no quiero saber más. —Me calló Óscar pellizcándome los labios con los dedos.

—Nosotras lo sabemos todo de ti y seguimos enteras, sin ningún trauma.

—Nuria, por Dios. —Lloriqueó.

—Que tenemos casi treinta años para saber que los niños no vienen de las cigüeñas.

—Ni por ese cuento de que las abejas vayan a la flor y...

—Suficiente. Ya me ha quedado claro que Alejandra sabe de dónde vienen los niños.

—Sí..., pero no recuerdo en cuál de ellos fue.

—Me estáis dando la noche. Al final voy a acabar en el baño diciéndole adiós al menú de tres cifras. ¡Qué sois mis hermanas, joder! Ya está bien de hablar de intimidades.

—Yo no he dicho nada —se defendió Alejandra.

—Yo tampoco.

—Menos mal —ironizó—. Me voy a por una copa, no vaya a ser que entonces, entonces —enfaticizó—, digáis algo.

—Te acompaño. —Palmeó Hugo su hombro.

—Sí, así te tengo a ti también vigilado.

Los vimos alejarse hasta llegar a la barra.

—Me alegra verte así —me dijo Nuria—. Te brillan los ojitos porque estás haciendo eso que siempre quisiste hacer.

—Pronto acaba este sueño, Nuri.

—Y empezarán otros, eso también es bonito.

—Qué difícil es esto de los sueños... —suspiró Alejandra—. Cuando los alcanzas son efímeros, y hasta llegar a ellos parece que tardamos una vida.

Soñar es una de las cosas más bonitas que podemos hacer, algo que tenemos el privilegio de hacer. Somos capaces de crear, de imaginar, de proyectar y de conocernos a través de los sueños. Llegar a ellos es un camino difícil, algo que solo lo sabe quien lo vive, quizá quienes nos quieren, porque al final es cierto que quien está fuera de nuestra vida, solo ve un pedazo. Es como un cuadro, cuando vas a un museo lo admiras y piensas quizá que te gustaría hacer algo así, que tu cuadro lo vea todo el mundo. Piensas en ese resultado, en lo que ves expuesto, pero antes de esas pinceladas había miedos, y dudas, algunos trazos inciertos, colores que te atreves a mezclar, pero lo no consigues y tiras el lienzo. Con el tiempo decides volver a colocar uno nuevo y a intentarlo otra vez durante unas semanas, unos meses, unos años, hasta que llega el momento en el que tu obra se encuentra ahí. En una pared en blanco siendo admirada por un mundo que no sabe todo lo que hubo detrás, todo lo que conllevó que esa pintura estuviera hoy donde está; por eso soñar es difícil, pero también necesario, y os diré algo: todo lo que merece la pena en la vida es difícil.

Nuestra noche siguió hasta bien entrada la madrugada. Javi decía que estaba terminando de celebrar su cumpleaños, volvimos a cantarle, no sé de dónde Aina sacó bengalas. Santana y yo cruzábamos miradas cómplices con las que intentaba darle las gracias por hacer que todos juntos estuviésemos allí, entre historias y carcajadas sonoras.

Capítulo 29



Poder acercarme a ti

Las despedidas deberían sonar como esa canción de Daddy Yankee, que digo yo que así una se despediría con menos pena, aunque creo que la historia de aquella canción no es que acabase muy bien. De cualquier manera, odiaba las despedidas, creo que a uno no le preparan para despedirse de una persona, ni siquiera de un lugar o alguna experiencia que ha formado parte de ti, que te ha aportado algo, que también te ayudó a crecer. Nadie nos enseña a despedirnos porque creo que ninguna persona en este mundo está preparada para hacerlo, para decir adiós.

El lunes me desperté con esa palabra en los labios, primero porque les dije hasta pronto a Óscar y a Nuria, pero lo que venía después era más difícil aún si cabía, porque ellos estaban siempre, sin embargo, al coger el autobús para ir a la escuela me invadió ese sentimiento de pena. Era la última semana, el último lunes de clase en el que Tomás nos esperaría a Rebeca y a mí con cualquier «buenos días» ingenioso que pensaba mientras nos acercábamos a él; que nos sentaríamos en esa cuarta fila asientos asignados desde el primer día, que Carmen nos prepararía el bocadillo y que compartiríamos los postres de después de las clases prácticas. Eran las últimas veces de todo eso y no me gustaba, la verdad, porque sabía a esa despedida que no quería que llegase.

Me bajé del autobús y caminé hasta encontrarme de frente con Rebeca. Últimamente se quedaba con Elisa cuando su marido estaba de viaje, no sabía mucho más, solo que Rebeca decía que estaba bien y creo que con eso a Tomás y a mí nos bastaba.

—Buenos días, Supernenas —nos saludó con un beso a cada una cuando llegamos.

—Supongo que tú eres la tercera —le dijo mi amiga.

—Tiene más bien cara de Mojo Jojo.

—El cerebro de ese mono va a ser el mío cuando acabemos el examen. Va a haber de postre sesos en vez de una tarta.

—Tienes cara de nostálgica —observó Rebeca y Tomás me miró.

—Ya está la sentimental del grupo.

—¿No puedo soltar unas lagrimitas porque esto se acabe o qué? —protesté cruzándome de brazos.

—Sí, mujer. Tú ve soltándolas ya que luego no queremos verte llorar —previó Rebeca.

—Candela cuando llora hace tsunamis.

—Ja, ja —dije con ironía dándole un manotazo en el brazo.

—Coño con la Supernena, venga, vamos para adentro con el profesor Plutonio. —Comenzó a andar y le seguimos.

—De verdad que este hombre...

—¡Os estoy escuchando!

Rebeca y yo nos reímos y cruzamos el vestíbulo hasta llegar a los vestuarios. Aquel día

hasta me abroché los infinitos botones de la chaquetilla sin prisa.

Tras llegar a clase y ocupar nuestros asientos, Beltrán entró ajustándose las gafas en el puente de su nariz con un «buenos días» y una sonrisa. La palmada que dio nos hizo dar un respingo en nuestros asientos, el café todavía no había hecho efecto en muchos de nosotros, y prestamos atención mientras él se balanceaba en un movimiento de punta a talón de sus pies. Qué hombre tan adorable.

—Hoy es el último lunes que pasamos juntos y, para aprovecharlo, vamos a empezar con una Selva Negra.

Comenzó explicándonos que aquella era una versión 2.0 de la tradicional Selva Negra, lo que para nosotros se traduce en la palabra complicaciones. Anotamos todos los ingredientes que se necesitaban y prestamos atención a cada una de las elaboraciones.

—Cuando tenemos la masa del bizcocho lista, la extendemos sobre una bandeja forrada con papel vegetal y la llevamos al horno durante unos doce minutos. —Dejó la bandeja en el horno y siguió—. Preparamos la compota de cerezas, una vez la tengamos hay que hacer un molde de unos dieciséis centímetros con acetato, la vertemos y a la nevera.

—«Que el ritmo no pare, no pare, no». —Cantó Tomás.

Beltrán siguió explicando la elaboración de la *namelaka*, para que nos entendamos, era una crema que se utilizaba en pastelería a la cual para aquella tarta le añadió *Kirsch*, un licor de cerezas.

—Voy a necesitar un chupito de eso —señalé.

—Que sean dos —añadió Rebeca—. Espero no emborrachar la crema.

—Mira el lado positivo, el que se la coma va a salir contento y con suerte te aprueban el examen —pensó Tomás.

—Sí, tú rézale a todos los santos ese día, que alguno te escuchará —siguió Rebeca.

—Oye, a mí me escucharon con el recetario.

—Pero porque tú eres muy pesada.

—No hablemos de pesados aquí... Además, si luego eres un empollón, ¿de qué andas quejándote?

—Porque quejarse es un deporte nacional que todos practicamos.

—Él debe tener la medalla de oro —acertó a decir Rebeca.

—Los del fondo este, ¿todo bien? —nos preguntó el profesor y asentimos. Tomás hizo alguna pregunta para disimular y salir del paso.

Terminó las elaboraciones con una *mousse* de chocolate negro, y no os creáis que era la típica que se hace con chocolate, huevos, mantequilla y azúcar, no, no.

—Bueno, llegó la hora de montar la tarta.

—Creí que no iba a llegar nunca —resoplé.

—Ahora verás cuando nos toque a nosotros —comentó Tomás—. Qué lunes más lunes.

—Vamos a disponer un aro de acetato de unos veinte centímetros y cubrimos la base con la *mousse*. Desmoldamos la compota y la *namelaka*, las colocamos sobre la *mousse* y volvemos a cubrir con la misma. —Nos miró con la manga pastelera en la mano—. ¿Todo bien?

Inserte aquí sonido de grillos.

—Sí —dijo algún insensato después del silencio y el profesor siguió no muy convencido.

—Casi terminamos —avisó para consolarnos—. Cortamos con un aro de dieciséis centímetros el bizcocho de chocolate, lo ponemos sobre la *mousse* y cubrimos con esta. Por último, antes de terminar la tarta con un glaseado espejo, vamos a llevarla al abatidor unos

cuarenta y cinco minutos, pasado este tiempo estará lista.

Se escuchó algún «por fin» y varios suspiros. Beltrán nos dijo que no temiésemos, que como todo lo que hacíamos en la cocina, era cuestión de práctica. El problema era que quedaba menos de un mes para el examen y que los conceptos y las recetas ya no se acumulaban en nuestra cabeza, ya se agolpaban.

—Durante las semanas que tenéis para estudiar sabéis que disponéis de un horario de tutoría en el que os podemos ayudar —nos recordó, tranquilizador—. Vamos al descanso y nos vemos en la cocina.

Salimos de clase y nos dirigimos casi todos a la cafetería, saludamos a Carmen, cogimos nuestros bocadillos y nos fuimos hacia el solecito.

—Ya estoy organizando nuestro viaje, y no —interrumpió a Tomás—, no es turismo de chiringuito.

Chasqueó la lengua contra el paladar y me reí.

—Se comerá bien por lo menos.

—Sí, pesado.

—Cualquiera diría que comes como un gorrino. —Di una palmada en su abdomen.

—Si no fuese al gimnasio con todos los dulces que como y pruebo a lo largo de la semana, estaría como el muñeco Michelin, aunque claro, aquí cada uno lo quema a su manera. —Arqueó las cejas mirándonos.

—Come y calla —le pidió Rebeca.

—Despedíos de la luz, cuando salgamos de aquí estará anocheciendo.

Efectivamente, cuando terminamos la clase eran las ocho y media de la tarde y faltaba poco para el atardecer. No salimos muy descontentos, nuestra Selva Negra se pareció bastante a la de Beltrán, había alguna que era más jungla que selva, pero tanto las elaboraciones como los sabores y el acabado final no distaba mucho de la original para ser la primera vez que la hacíamos.

Al salir de la escuela anduvimos medio despeinados, con nuestras chaquetillas llenas de chocolate y cereza comentando que si hubiésemos comido un poco más de la *namelaka* para probar el punto del alcohol, hubiésemos salido de la escuela como si de una *happy hour* se tratase.

—Barra libre de aguardiente, después me guardo la botella para tocar villancicos en Navidad.

—Pero si eso es con la botella de anís —apuntó Tomás.

—Cande. —Me dio un codazo Rebeca y me quejé—. El chef.

—¿Qué chef? —pregunté sin entender y frotándome el brazo.

—Eres de plastilina.

—Y tú de arcilla —me burlé y Tomás se carcajeó—. Admite que esa ha sido buena.

—Santana. —Me indicó con la mirada y le vi en la esquina apoyado en su coche—. Creo que ha llegado el momento de irme con Tomás.

—Puedes dormir en casa —le dije.

—No, no. Tú te vienes ya conmigo, que la ratonera es demasiado pequeña para las dos.

—Cuidado, el del palacio renacentista —repliqué y Rebeca rio.

—Voy con la condición de que quites el ambientador del cuarto de invitados.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta. El otro olía mejor.

Me reí al escucharlos hablar y nos despedimos hasta la mañana siguiente.

—Ni se os ocurra practicar sin mí.

—Tranquila, que lo único que vamos a practicar es el ñam.

—Me apetece una hamburguesa con patatas fritas, de esas especiadas que tienen... —Se fueron hablando y me encaminé hacia el coche.

El viento abanicaba aún fresco en recuerdo a los últimos días de mayo; el cielo ya comenzó a teñirse oscuro y, justo cuando caminaba por la acera, las farolas se encendieron. Al llegar a él me recibió con una sonrisa amplia, tranquila.

—Creo que no he pedido un taxi. —Me acerqué hasta besarle. Nos entretuvimos entre esos besos que casi no pudimos darnos el día anterior. Me sostuvo la cara con algunos de sus dedos suaves y, finalmente, besó mi frente.

—Tendría que ser el taxi más barato de la historia.

—Hay gente que paga bastante por darse una vueltecita en uno de estos coches antiguos.

—¿Qué tipo de gente? —Quiso saber.

—La que, como tú, tiene recuerdos. Por eso sigues teniendo el coche contigo y lo tendrás hasta que se caiga a pedazos y tengas que conducir con los pies como los Picapiedra.

Él esbozó una sonrisa y me abrió la puerta.

—Por eso me gustas tanto —concluyó y frunció el ceño después de que cerrase la puerta.

—¿Qué has dicho? —pregunté para que me repitiera.

—¿Yo? Nada.

—Maldito mentiroso —gruñí.

—Lo escuchaste.

—Ya, pero quiero que lo repitas.

Soltó una carcajada al aire y me miró.

—Siempre sabes mirar más allá de cualquier cosa. Y no todo el mundo puede hacerlo.

Miré por la ventanilla mientras avanzábamos por el siempre ajetreado tráfico de Madrid. Pensé en sus palabras, siempre me consideré una persona sensible, a veces extremadamente sensible, mis amigos bromeaban con ello y a mí me gustaba sentir de esa manera. Vivir cualquier pequeña cosa como si fuese algo enorme, reír a carcajadas porque si no para mí no significaba reír, también debo decir que lloraba a mares, que yo no podía llorar como un grifo que goteaba, y puede que lo viviese todo de esa manera porque cada cosa significaba algo para mí, cada momento, cada persona. Sonreí, me gustaba ser así, me gustaba la Candela que era así, la que sentía tanto y tan fuerte. Supongo que todos nos vamos conociendo con el paso de los años.

—Oye, ¿a dónde vamos?

—A mi casa.

—¿Y tu hermana?

—A esa casa no.

Minutos más tarde me di cuenta de que estábamos saliendo de Madrid. Intenté leer los carteles que había encima de la autovía para saber a dónde nos dirigíamos, pero cuando quise hacerlo ya era demasiado tarde. Tendría que haber reaccionado antes.

—¿A dónde vamos? —Volví a preguntar.

—A un sitio.

—¿Dónde?

Agitó la cabeza y trató de esconder una sonrisa mordiéndose el labio inferior.

—¿Quieres dejar de preguntar?

—No —respondí, sincera.

—Ya sabía yo, ya...

—Puedo denunciarte por secuestro —dije seria, aun sabiendo que estaba bromeando.

—Alejandra lo sabe.

—A ella también puedo, por cómplice. —Me crucé de brazos enfurruñada y me hundí en el asiento—. Demasiada confianza, te recuerdo que primero es mi amiga.

—Ahora también es la mía, nos entendemos muy bien. Como Hugo y tú.

Chasqueé la lengua varias veces en señal de negación.

—Hugo y yo somos de un planeta aparte, y nuestra amistad también.

Encendió la radio y comedí una risa al ver que funcionaba. Yo que pensaba que vendría con un tocadiscos y un disco de vinilo incluido...

—No me has contestado.

—¿A qué, Candela? —preguntó, exasperado.

—Oye, tampoco te desesperes. Eres tú el que ha decidido que era un buen día para que hiciésemos una excursión. Llevo la chaquetilla llena de churretes de chocolate y cereza y el pelo que parece que acabo de salir del pasaje del terror.

—Estoy intentando darte una sorpresa —aclaró por si no me había dado cuenta. Pero era impaciente y me ponían nerviosa las sorpresas—. ¿Qué habéis hecho hoy en clase?

—¿No hueles? Parece que he estado en una destilería.

—Huele un poco a alcohol, sí —notó.

—Porque se me cayó una medida de *Kirsch* en la chaquetilla.

—Selva Negra. —Descifró tras decir el nombre del licor.

—Selva Negra 2.0 —le conté—. Glaseado espejo y decoración con hojas de chocolate incluidas después de todas esas capas.

—Vaya, ¿y cuándo dices que tenéis el examen?

—El día veintiuno.

—Puedes ir siempre que quieras al restaurante a practicar. Alguno de tus compañeros lo ha hecho mientras Oxana estaba por allí.

—No puedo imaginarme quién —expresé con cierta ironía.

—Imaginas bien.

—Prefiero estudiar en la cocina de la escuela si lo necesito. Tomás, Rebeca y yo solemos estudiar juntos y vamos practicando y resolviéndonos las dudas. También pedimos alguna tutoría con Beltrán alias el gurú de la pastelería.

Santana sonrió con la mirada fija en la carretera.

—Como quieras entonces.

—Creo que bajaré a Málaga también durante unos días. Necesito estar allí, ver a mi abuela y estar con los míos.

—Es una muy buena idea.

Seguimos avanzando por la autovía, los faros de aquel coche aún tenían coraje para seguir alumbrando el asfalto, ya sin la luz del día, se atisbaba alguna estrella y las luces parpadeantes de cualquier avión. Santana golpeteaba con sus dedos el volante al compás de la canción que sonaba, no la conocía y sonreí al verlo así: relajado, contento. Me pilló mirándole y aparté rápidamente la mirada mientras sonreía.

Una hora y algunos minutos después, aún sin saber dónde estábamos porque me pidió que no mirase los carteles, Dios sabe que quise hacer trampa, pero no pude, el coche subió por una

cuesta hasta llegar a una verja, era negra y parecía bastante antigua. Santana se bajó del coche para abrirla, entramos a un rellano y aparcamos allí.

Me bajé y observé lo que me rodeaba: un porche alumbrado con una luz tenue que dejaba ver una mesa y unas sillas de hierro forjado; un árbol enorme, me pareció que era un limonero, justo detrás de donde Santana dejó el coche y, en ese porche, la puerta de la casa rodeada por los cientos de ladrillos que conformaban la pared.

Miré a Santana con una mirada interrogante y él me agarró la mano.

—Tú querías saber quién soy, y para contártelo necesitaba venir aquí.

—¿Aquí dónde?

—Es la casa de mi tía Isabel. —Sacó unas llaves de su bolsillo e introdujo una de ellas en la cerradura haciéndola girar—. Vamos, entra.

Cogí su mano, que me condujo hacia el interior, y encendió las luces que alumbraron una cocina y un salón contiguos. Míralos, oye, qué modernos eran ya por aquel entonces, salón y cocina integrados. La pared de la cocina era entera de una piedra en color marrón, tenía dos grandes vigas en el techo y unas cortinas de cuadritos que cubrían la parte de debajo de los muebles que eran las alacenas. Antes de cruzar al salón, había una mesa alargada con dos bancos de madera. El salón lo presidía una chimenea y unos sofás antiguos tapizados. ¿Qué si había tapetes de ganchillo? Por favor, qué pregunta es esa.

—Aquí viví desde los quince años hasta los diecinueve —me contó, yo miraba la casa maravillada—. Mi padre nos dejó con su tía Isabel.

Me di la vuelta y fruncí el ceño.

—¿Cómo qué os dejó?

—Mi madre nos abandonó y mi padre no lo pudo soportar, así que prefirió dejarnos con su tía que sabía que nos cuidaría, ella nunca tuvo hijos. —Se sentó en uno de los bancos de la cocina mientras yo me apoyaba en la encimera, sorprendida.

—Pero ¿cómo...? —alcancé a decir y me interrumpió con una sonrisa triste en los labios.

—Mi madre decía que tenía sueños, ella quería ser cantante, actuar por todo el mundo. Siempre fue fantasiosa, tampoco sé si lo consiguió, lo que sé es que nosotros no estábamos entre sus planes, nunca lo estuvimos.

—Pero tu hermana...

—Aina era una niña... —pronunció con rabia—. Cuando mi madre hizo las maletas, mi padre quiso ir detrás de ella. Él decía que la tía Isabel nos cuidaría como ellos no habían sabido, por lo menos en eso no se equivocó.

Cogí uno de los taburetes viejos y lo coloqué frente a él para sentarme. No me miraba, no podía levantar la vista, quizá sus ojos estaban empañados por ese dolor y la rabia que entendí que sentía.

—Y no..., ¿no supiste más de ellos?

Negó con la cabeza.

—La tía Isabel recibió alguna llamada de mi padre. Tiene otra familia, ni siquiera están en el país —dijo sin dar más detalles—. De mi madre no supimos nada y, la verdad, así vivíamos bien.

Lo noté pensativo, miraba hacia el suelo tratando de ocultar la tristeza que cada una de sus palabras dejaba entrever. Las lágrimas se agolparon también en mis ojos. Eran unos niños, unos niños que no se merecían tener esos recuerdos, vivir lo que vivieron, sentir ese abandono. En ese instante retiré con rapidez una lágrima que recorrió mi mejilla. Cuando somos niños todo lo vivimos con inocencia, con esperanza. Los imaginé confiando en que en algún momento sus

padres volverían y también los vi acostumbrándose a que esa especie de ilusión se apagase con el paso del tiempo.

—Santana, yo...

—No digas lo siento —me avisó con suavidad—. Para nosotros vivir aquí con la tía Isabel fue un regalo. Fue lo mejor que nos pudo pasar. Aina tiene recuerdos felices de su infancia y yo crecí gracias a todo lo que nuestra tía nos enseñó.

—Me alegro de que ella estuviese con vosotros. Me hubiese gustado conocerla. —Busqué su mano y la apreté entre la mía.

—Estoy seguro de que tú le hubieras gustado a ella. —Me miró esbozando una pequeña sonrisa—. Nuestra tía hipotecó lo único que tenía para que pudiésemos mudarnos a Madrid y así yo pude estudiar cocina. Cuando me asocié a Enrique decidí mantener la casa, al principio casi ni podía, pero no quería que nuestros recuerdos se fuesen con ella. Esta mañana firmé las escrituras para quedarme con ella.

—Eso es fantástico. —Me lancé a sus brazos y noté su sonrisa en mi cuello.

—¿Llevas una de mis bandanas en tu trenza? —Tiró con suavidad de ella hasta que la deshizo y se la quitó de las manos.

—Es mía.

—¿Tienes hambre? Vamos a cenar.

No sabía cuán profundas eran sus heridas, si permanecían abiertas o solo escocían, porque él con su actitud hacía ver como que ya eran una especie de marca sobre su piel. Después de todo lo que me contó, me preguntó si tenía hambre, como si acabase de contarme cualquier cosa, simplemente para hacerme creer que se le daba bien dejar lo malo atrás, y yo me dejé engañar por ello, sin embargo, nunca sabes lo que esconde una persona debajo de la piel.

Capítulo 30



Todo lo que soy

Hay lugares a los que quieres volver una y otra vez sin importar los años que pasen, lugares con esos olores que se te quedan en la piel, como un tatuaje, como el de aquel limonero. Hay lugares en los que necesitas perderte porque son esa brújula que te ayudan a encontrar el norte. Yo nunca me había sentido de ninguna parte, no me sentía del lugar en el que crecí con mis padres, pero a medida que mi vida transcurría en Madrid, comencé a echar de menos la casa de Toledo. La casa de mi tía. Nunca me había sentido de ninguna parte hasta que tuve la necesidad de volver allí, y cuando lo supe, moví cielo y tierra para poder mantener aquella casa. No me importaba lo que me costase, si mis cuentas en algún momento fallaban, para mí solo valían los recuerdos y las sonrisas que se quedaron allí, el único sitio en el que descubrí que fui feliz.

Candela lo miraba todo como quien ve algo por primera vez: con interés, con curiosidad y fascinación. Me gustaba que a través de sus ojos me pudiera decir tantas cosas. Una parte de mí decidió que era hora de enseñarle aquel lugar, de contarle esa parte de mi vida que aún no olvidé y que evitaba, porque hablar de ella todavía me hacía daño. Era un hecho: se me daba bien ocultar el dolor, fue algo que aprendí a hacer hace tiempo, cuando decidieron por mí y solo me quedó la opción de ser fuerte.

Allí, sentados en aquella cocina, le conté parte de esa historia que solo sabían algunas personas. Odiaba contarlo, no quería que nadie sintiera pena, no lo soportaba, y siempre que lo hacía provocaba ese sentimiento en quien lo escuchaba. Ella no iba a ser menos, tenía los ojos inundados en lágrimas cuando acabé de hablar, así que quise cambiar de tema y tapar mis heridas una vez más.

Nos levantamos de allí y salimos hacia el porche. Abrí el maletero y saqué la mochila que me dio Alejandra con algunas de las cosas de Candela, mi mochila y una nevera con algunos tápers que preparé en el restaurante antes de recogerla.

—¿Cuál es el menú de la noche? —me preguntó mientras dejaba la nevera sobre la mesa.

—*Focaccia* con tomates secos, romero, burrata y mortadela de Bolonia; pasta fresca con pesto de menta y, para terminar, *soufflé* de pistacho.

—¿Estás de coña? —Arqueó la ceja, incrédula, y sonreí.

—Qué querías, ¿unas croquetas?

Se echó a reír y abrió la nevera para comprobar que lo que le dije era cierto.

—La leche —exclamó y se frotó las manos.

—Ve a cambiarte si quieres, yo voy poniendo la mesa.

Le indiqué dónde estaba el baño y se fue hacia dentro con su mochila. Llevaba la chaquetilla llena de chocolate negro y el pelo suelto después de haberle quitado una de

mis bandanas que usó para atar la trenza. Agité la cabeza mientras la veía alejarse y fui poniendo la mesa. Saqué una botella de vino blanco, seco, como le gustaba a ella, a veces pensaba que el tipo de vino no decía nada de cómo era la persona, porque si hubiese tenido que adivinar cuál le gustaba hubiese dicho que alguno afrutado, rosado, quizá.

Cuando volvió al porche me sonrió. Llevaba puesto un vaquero con una sudadera y unas Converse. Olía a ella, dulce, envolvente, no a ese licor de cereza.

—¿Alejandra te hizo bien la mochila?

—Perfectamente —dijo y se sonrojó.

—Quería meter un vestido y no sé qué más cosas, pero cambió de idea cuando le dije que vendríamos aquí.

—Seguro que me ha dejado el armario hecho un zafarrancho —se quejó y se sentó—. Me rugen las tripas, tiene todo muy buena pinta.

Descorché el vino y serví en ambas copas.

—Pues venga, a comer.

—No, antes hay que brindar. Por la tía Isabel. —Levantó la copa y tragué saliva.

—Por ella entonces.

—Qué rico, chef —alabó al meterse un trozo de la *focaccia* en la boca—. Deberías hacerme tápers, nunca me da tiempo a cocinar en condiciones —me propuso tratando de ocultar una sonrisa.

—Aquí contigo solo soy Santana.

—A mí me gusta llamarte chef, así impone más —aseguró con una sonrisa.

—¿Impongo?

—Un poco. Cuando miras a alguien fijamente con esos ojos ¿cómo no quieres imponer?

—¿Se puede saber qué les pasa a mis ojos? —pregunté, divertido.

—Que son muy azules y no puedes apartar la vista de ellos. Es como si fueses un faro, tú tan alto, impertérrito, y luego tus ojos como una luz, una guía.

—Creo que me acabas de decir algo bonito.

—No te acostumbres —repuso con rapidez y se rio tranquila.

Su risa... joder con Candela.

—¿Qué vas a hacer después de acabar la escuela? En el restaurante podrías...

—Ni lo menciones. —Me frenó.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Si no fuésemos —hizo aspavientos con las manos— lo que sea que somos, no lo hubieras dicho.

—Estás equivocada. Muy equivocada. —Bebí un poco de vino y la miré—. Jamás mezclo el trabajo con mi vida personal.

—Pues a ti no te importaba que en la cocina se supiera que tú y yo... —Esperé a ver qué decía y chasqueó la lengua contra el paladar.

—No me importaba porque en esa cocina tú eres una más como lo somos todos, por eso jamás te trataría de manera diferente. —Comí un poco y apoyé mi espalda en la silla. Dios, tenía que cambiarlas.

—Seguro que no tenías pensado planteárselo a ninguno más. —Volvió al ruedo.

—Candela, ¿tú te has visto trabajando en cocina? Eres disciplinada, exigente, te

concentras y desaparece el resto del mundo, tienes unas manos para la pastelería y una capacidad de crear que no todo el mundo tiene, hasta Oxana y Berto me lo han dicho. —Se sonrojó de nuevo y subió una de sus piernas a la silla—. Y, para tu información, tenía pensado hablar con Rebeca.

—Le hace mucha falta un trabajo.

—A nosotros también nos gustaría tener en el equipo a alguien como ella.

—Lo siento —dijo con la boca pequeña—. Se me va la fuerza por la boca y aún me cuesta creer y valorar lo que soy capaz de hacer.

—Eres brillante, Candela.

—Mis sueños son otros —expresó, finalmente—. Me gustaría seguir formándome y montar un pequeño restaurante en el que el menú solo sean postres. También me gustaría convertir esa cocina algunos días en un taller donde la gente pueda descubrir o vivir esa pasión por la pastelería. —Se encogió de hombros y me miró—. Me gusta estar con la gente, ayudarla. Pienso que todos hemos venido a dejar huella, y a mí me gustaría dejar una bonita.

—Sigue peleando por ellos como hasta ahora. Yo... —Sacudí la cabeza y esboqué una sonrisa cuando la miré—. Me gustaría acompañarte.

Candela se levantó de su asiento y me pidió que me retirara hasta poder sentarse encima de mis piernas. Rodeó mi cuello con sus brazos y me miró apoyando su frente contra la mía.

—Me encantaría que lo hicieras.

Nuestros labios se juntaron entreabiertos y dejaron paso a ese baile de lenguas y humedad. Candela besaba y te encendía el alma. Era ese fuego de invierno que te abraza, que es hogar y que solo quieres llegar a casa para encender. Enterré una de mis manos en su espesa melena, haciendo ese beso más profundo, un breve gemido se escapó de las comisuras y ella se pegó más contra mi cuerpo. Decidí levantarme, enrolló sus piernas en mi cintura, la agarré de los muslos y la conduje en brazos hacia el interior de la casa. Bueno, a oscuras me fue imposible llegar a alguna habitación, y con ganas de ella aún más.

La luz del porche se filtraba suave por la ventana de la cocina y el sonido de nuestros besos llenaba la estancia. La apoyé en la mesa alargada de madera y nos separamos durante unos instantes. Ella se quitó la sudadera con una sonrisa desafiante y yo hice lo mismo con mi camiseta hasta dejarla en el suelo. Paseé mi mirada por sus ojos, su boca, su cuello y sus pechos enfundados en un sujetador de encaje por el que se intuían sus pezones. Sentí una sacudida ahí abajo y ella me acercó volviendo a enroscar sus piernas en mi cintura.

—Candela —susurré besando su cuello—. Quiero más.

—Tú y yo ya somos más —dijo clavando sus uñas en mi espalda.

Deslicé mi boca hasta llegar a sus pechos, tardé unos segundos en desabrochar su sujetador, unos segundos que provocaron una risita y que después se convirtieron en gemidos cuando mordí uno de sus pezones. Jugueteé con ellos mientras ella me invitaba a seguir, así que recorrí el camino que me llevaba hasta el vértice de sus muslos. Desabroché su pantalón y la levanté por el trasero bajándoselo hasta que una de las piernas de la prenda quedó colgando de su tobillo.

Comprendí por qué se sonrojó cuando Alejandra le preparó la mochila, su ropa

interior no dejaba mucho a la imaginación, y acaricié aquel punto con la punta de mi nariz. La besé por encima de la tela y después las aparté para posar mi boca en ella. La miré con el pelo suelto, alborotado, parecía una maldita amazona capaz de hacer conmigo lo que quisiera en aquel momento. Sus manos tensas apretaban el borde de la mesa cada vez que emitía un jadeo, una de ellas se hundió en mi pelo, enseñándome ese punto de no retorno que mi lengua encontró. Unos minutos más tarde su cuerpo me avisó de que estaba a punto de visitar el abismo e introduje dos de mis dedos en su interior mientras me incorporé buscando su boca de nuevo.

—Santana —articuló justo cuando llegó al clímax—. Ahhh.

Me abrazó tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración, mordiendo mi cuello con suavidad.

Cuando se recuperó, jugueteó acariciándose con mi entrepierna. Bufé y ella sonrió con malicia. Tenía las pupilas dilatadas y encontré sus ojos más bonitos que nunca. Desabrochó mi pantalón y lo bajó hasta acariciar mi erección por encima de mi ropa interior.

—Me vas a matar.

—Por poco tiempo, tranquilo —musitó y me besó con suavidad.

Sacó de mi cartera un preservativo. ¿Que cómo la había cogido? Ni puta idea, tampoco me importaba. Se lo quité de las manos y tiró de mi ropa interior hasta dejar libre mi erección, lo coloqué con rapidez y acaricié su entrada. Me introduje en ella con suavidad, sentía que me iba cuando me acogió y se tumbó sobre la mesa. Apoyé una mano en su vientre y con la otra acariciaba su clítoris. Estaba absorto en lo que veía: su pelo caía como una manta brillante y se camuflaba con el color de la madera, una de sus manos acariciaba su pecho y la otra jugueteaba con mis dedos que se perdían en su humedad.

Moví mis caderas con suavidad y fui aumentando el ritmo. Candela se incorporó y me pidió que la cogiese, dejé su espalda pegada justo en la pared de enfrente y allí, con el vaivén de su cuerpo sobre el mío, me extasié con ella.

—Ha sido... —Intenté expresarme y rio.

—Nuestro —contestó.

—Nuestro... —repetí saboreando aquella palabra.

Nos abrazamos durante unos minutos y ahí, resguardado en el hueco de su cuello, le di un beso que se mezcló con ese perfume dulce.

—¿Nos damos una ducha? —propuse.

—Creo que sería buena idea.

La llevé hasta el baño y la dejé debajo del grifo de agua caliente. Estar con ella era como un bálsamo, como cuando alguien es capaz de acariciarte las heridas, de mirar y no juzgarte, de no importarle lo que fuiste, sino lo que eres. Candela veía en mí todo eso que yo no era capaz de ver porque una parte de mí seguía anclada al dolor. Y jamás pensé que eso pudiese con nosotros.

Capítulo 31



Agridulce

Admiro a esas personas que entran en tu vida y deciden quedarse. Las que saben que tienes miles de barreras, de frentes abiertos y aun así no dudarían en arrojarse al barro a luchar contigo. Más de admirar, aún si cabe, cuando se dan cuenta de lo fuerte que eres y de que esas guerras eres capaz de librarlas sola, que te ven desde la barrera y te gritan que todo ese ruido alguna vez se convertirá en canción. Admiro a quienes son valientes, a quienes no se rinden, a quienes son capaces de decir que ven en ti unas alas inmensas que en algún momento saben que desplegarás.

Tenía la sensación de que cuanto menos quería que el tiempo pasase, más rápido pasaba. Era como esos momentos para los que esperas tanto tiempo y que al final duran un suspiro, así fueron aquellos días. Disfrutamos de los últimos días de clase juntos, como veníamos haciendo desde el principio, desde que aquel merengue cayó sobre nuestras chaquetillas recién estrenadas un día de octubre hace ya algunos meses. Cada vez que nos saludábamos durante aquellos días, recuerdo que mirábamos la fachada antes de entrar como si quisiésemos hacer una fotografía perfecta en nuestra memoria. Esa especie de nostalgia se instaló hasta en los profesores, hasta en nuestra Carmen que decía que echaría de menos prepararnos los bocadillos. Es lo que pasa cuando las etapas están a punto de acabar, que los recuerdos vuelan.

El viernes salimos a comer con todos nuestros compañeros, fuimos con nuestras chaquetillas, orgullosos, y aquello se alargó de más, tanto que llegamos atropelladamente al restaurante. Cuando entramos por la puerta, Javi nos examinó a los tres e intentó ponerse serio.

—¿Os parece normal que lleguéis cinco minutos antes y en ese estado?

—Si estamos perfectos. —Hipé y Tomás se rio.

—Era nuestro último día de clase —explicó mi amigo tratando de justificar nuestro estado.

—¡Hay que celebrar la vida, Javier! —exclamó Rebeca en un tono más alto de lo habitual y le dimos un codazo en ambos brazos—. ¡Ay!

—Agua y un cafelito para estos tres, por favor —le pidió a un camarero que pasaba por allí.

—No te enfades. —Me acerqué y le di un abrazo—. A ti también te voy a echar de menos. Sonrió y me devolvió el abrazo.

—No me enfado, pero alguien tiene que hacer de jefe cuando falta.

—¿No ha venido hoy? —Negó con la cabeza—. Qué raro.

—Me dijo que tenía algunos asuntos que resolver con Aina sobre la mudanza, así que venga —dio una palmada que nos sobresaltó—, a tomaros un café y a cambiaros.

Salimos de allí bailoteando los tres, cogimos de la barra esas tazas de café y bebimos.

—Ya me lo tomé.

—A ver si vas a tener que salir de la cocina por una urgencia... —dijo Rebeca y se rio.

—Yo me comería unos churros con chocolate.

—Pero si hemos comido hace... ya ni me acuerdo.

—Lo que le pasa a esta es que ha bebido más de lo que comió —aseguró Tomás.

—Tú no parabas de hacer brindis —espeté—, parecía aquello una boda. No sé cuántas copas de vino tomé.

Fuimos al vestuario y nos cambiamos de chaquetilla para ponernos la del restaurante, busqué en mi mochila un bolígrafo para sujetarme el pelo y sonreí al sacar la bandana.

—Vamos, que prefiero la bronca de Javi a la de Oxana. El otro día soñé que me pegaba con el rodillo. —Fingió un escalofrío y me reí.

—¿A lo *Cincuenta sombras de Grey*?

—¿Qué? ¡No! —dijo rápidamente y nos carcajamos—. Mente tórrida.

—«Caliente, caliente, eo, caliente, caliente, oa». —Fui canturreando mientras salíamos de los vestuarios hacia la cocina.

La fiesta se acabó en cuanto empezó el servicio, me costó concentrarme en las primeras elaboraciones, después el ritmo de cocina se contagiaba y todo salió según lo esperado. Creí que Santana vendría para acabar el servicio, me extrañó que no estuviera para supervisar ni para salir a saludar a las mesas, aunque también sabía que Aina era lo más importante para él, por lo que supuse que quería pasar tiempo con ella.

El sábado remoloneé en la cama y desayuné con tranquilidad, Alejandra me pidió que fuésemos a comer juntas, así que antes me di una de esas duchas largas que recargan las pilas mientras sonaba «Late night talking» de Harry Styles.

Salí de casa para reunirme con mi amiga y cogí el metro hasta llegar a Alonso Martínez, anduve unos cuantos minutos y vi su pelo cereza algunos pasos antes de llegar. A medida que me acercaba atisé su sonrisa y sonreí también al instante.

—Te juro que me tiene frita —declaró guardando el teléfono—. No puede ser más pesado. ¿Será la edad?

—Si hablas de Hugo, te recuerdo que solo tiene dos años más que tú.

—¿Me estás llamando pesada?

—¿Yo? No me atrevería. —Disimulé aguantándome la risa—. ¿Qué le pasa?

—Que no coma esto, que no beba tal, que patatín, patatán. —Imitó y lancé una carcajada.

—Solo se está preocupando. —Me encogí de hombros—. Anda, vamos.

La agarré del brazo hasta la puerta del restaurante, mi amiga dio su nombre y una camarera nos condujo al salón. Era de lo más estrambótico, había una estatua de una sirena en la barra y cientos de cosas adornaban el lugar.

—Me río yo de la casa de mi suegra en Navidad...

El camarero vino a tomarnos nota, Alejandra se carcajeó porque el chico era italiano y yo intenté hablarlo, cierto era que lo tenía un poco oxidado desde mi Erasmus, pero vergüenza, lo que se dice vergüenza, yo no tenía, así que unas risas que se echó él también.

—Hay que mimetizarse con el entorno.

—Lo tuyo ya excede lo camaleónico.

—Para camaleónicas las bragas que me metiste en la mochila el otro día, poco más y se me transparenta hasta el alma.

—A ver, me lo pintó todo tan romántico que yo qué sé. No te iba a echar unas de esas bragas que tienes de la primera comunión.

—Esas son para cuando me viene la regla, idiota.

—Seguro que le gustaron. —Arqueó las cejas y cerré mi boca con una cremallera imaginaria.

Me sonrojé acordándome de aquella noche. Agua. Más agua.

Nos trajeron un entrante y después los platos de pasta. A mi amiga le gustaba embadurnarlo todo con queso, tuvimos que asegurarnos de que el de aquella pasta era uno de los que podía comer, cuando vimos que sí casi llora de alegría.

—Oh, ¡qué rico! —dijo después de meterse el primer bocado en la boca—. ¿Cuándo tenías la próxima cita con el psicólogo?

—La semana que viene. Como voy a Málaga iré a verlo.

—Ojalá pudiera irme contigo. Mi madre es otra pesada de manual.

—Normal. —Sonreí con ternura—. Eres su niña.

A veces me gustaría que las cosas fueran diferentes, que mis padres no fueran tan suyos, que se preocupasen por mí, que estuvieran orgullosos de mis logros; otras veces pensaba que de nada me servía lamentarme por lo que no era, que eso solo me traería sufrimiento, sin embargo, en el fondo, uno nunca termina de aceptar la dureza de ciertas situaciones siendo inevitable que en ocasiones nos duela.

—Me voy el martes. Tengo muchas ganas de ver a mi abuela, no se lo espera.

—Tienes que mandarle caramelos de violeta de mi parte, ahora después vamos a comprárselos.

—Hecho. —Comí y sonreí al ver cómo disfrutaba de su plato—. Oye, ¿no tienes nauseas?

—Ni siquiera me he enterado de que llevo un conguito dentro, si no fuera por el sangrado que tuve...

—¿Un conguito? No me digas que así le habéis llamado. —Asintió orgullosa y me reí—. Esto de los nombres se os está yendo de las manos. Vais a traumatizar a los niños y aún no han nacido. Castaña y su primo Conguito.

—Oye, mi sobrina ya tiene nombre.

—Y menos mal.

Comprobé mi teléfono para ver si Santana había contestado al mensaje que le mandé ayer por la noche, nada, y fruncí los labios.

—¿Pasa algo? —preguntó Alejandra.

—Santana no fue ayer al restaurante.

—¿Y eso es raro?

—Sí cuando eres un obseso del control. —Comí y me encogí de hombros.

—Quizá deberías ir a verlo a casa.

—¿Me crees si te digo que he dormido en su casa, pero no sé en qué calle vive?

—Viniendo de ti, sí. Vaya novia estás tú hecha.

—Perdona que no sabía que me tenía que saber la dirección, el DNI y hasta el grupo sanguíneo.

—Deberías, es muy útil.

—Y tú demasiado madraza. El instinto lo traías tú ya de serie. Pobre Conguito. —Acaricié su barriga y susurré—. No te preocupes, la tía Candela te va a consentir.

—Eso me da miedo.

—Oye, Lucas se ha quedado conmigo infinidad de veces y nunca le pasó nada —me defendí—. Bueno, una vez en los trampolines se dobló el tobillo, pero es que yo acabé con un esguince de muñeca. —Me reí—. Y otra vez nos retamos a ver quién podía comer más *chicken nuggets*, acabé vomitando. Aún no he vuelto a probar los *nuggets*.

Alejandra se mordió el labio intentando no reírse.

—Y así quieres consentir a mi Conguito, ajá.

—Ahora tengo a dos más para hacer planes, seremos un equipo temido por todos.

—Por todos nosotros, dirás.

—Exactamente. —Sonreí triunfante ante esa idea, me gustaba sacarles de quicio de vez en cuando, debo decir que se me daba muy bien hacerlo. ¿Cuenta eso como habilidad?

Terminamos de comer y salimos del restaurante. Casi tiene que venir una grúa a levantarnos porque el postre tampoco lo perdonamos, entendedlo, era pastelera, y al acabar tenía una barriga como la de mi amiga. Y sin estar embarazada.

—Necesito un café cargado. —Negué con la cabeza—. Pues un té. —Volví a negar—. ¡Un puto ColaCao! —exclamó.

Anduvimos un poco e hicimos una parada en la cafetería, mientras yo disfrutaba de aquel *matcha latte* que Alejandra miraba con envidia, ella se bebía su ColaCao sin grumitos. Ella era de ese grupo, no la juzguéis.

—¿Por qué habré bebido yo café esta mañana sabiendo que no aguanto la tarde sin uno? —se lamentó.

—Vas a tener que hacerte una tarjetita de puntos de la cafeína.

—¿Qué tal fue ayer la despedida?

—Muy bien, comimos todos juntos y acabamos bastante animados. —Di un sorbo y jugueteé con el cartón—. Al salir de allí tuvimos que coger un taxi, Tomás no se acordaba de dónde dejó el coche y tampoco estaba para conducirlo.

—¿Y lo ha encontrado ya?

—Espero que sí. —Me reí—. Después llegamos al restaurante, Javi intentó ponerse serio, casi le sale.

—Me acuerdo cuando llegaste y creías que aquello solo iba a ser una experiencia más. Mírate, ahora eres pastelera.

—Casi.

—Bueno, casi —repitió y continuó—. Has hecho amigos, has crecido como profesional, pero de lo que más orgullosa estoy, es de ver que sigues creciendo y esforzándote por ser mejor a pesar de todo lo que temes y de lo que te duele.

Me acerqué a ella y nos abrazamos tirando uno de los vasos. Nos reímos y cerré los ojos en ese abrazo.

—Gracias por creer en mí, por quererme tan bien.

Nos separamos y cuando vimos que lo que habíamos tirado era el vaso de ColaCao... volvimos a reír.

Capítulo 32



Quedarse es un superpoder

Deberíamos saber elegir las cosas que queremos que pesen más en nuestra vida, pero también las que pesen menos, saber ponerlas en una balanza. Es cierto que esas que queremos que no pesen tanto se aferran con fuerza, no quieren salir de la mochila que cargamos, hasta nos acostumbramos a caminar con ellas. Aunque lo hacemos lento. Y en algún punto de ese camino nos damos cuenta de que no avanzamos porque les damos la importancia que no merecen, quizá en algún momento nos ayudaron y la merecieron, pero no ahora. Ya no.

Aprender a soltar es complicado. Y no os hablo solo de dejar ir a una persona, sino de soltar esas partes de nosotros que una vez fuimos y que ya no somos, de soltar esos miedos con los que en ocasiones nos identificamos tanto que olvidamos quiénes somos, lo que realmente queremos. De soltar lastres, creencias, pasados.

El domingo por la mañana estuve preparando mis apuntes, el recetario y demás cosas de la escuela que debía llevarme a Málaga para estudiar, como algunas herramientas, porque como comprenderéis, mi abuela eso del termómetro, el sifón, el acetato, obulato y los polvitos mágicos que utilizábamos en cocina, como que no. Ella tenía una amasadora que secuestre de casa de mis padres, seguro que no la echaron de menos, y una báscula que no entendía. Me pregunté si la volvió a usar, y si lo hizo, si estaba viva. No lo sabría hasta que llegase.

Mi teléfono comenzó a sonar y vi en la pantalla un número que no tenía guardado. Fruncí el ceño y lo cogí.

—¿Sí?

—Candela. —Escuché a alguien decir en voz baja—. Soy Aina.

—¡Aina! —exclamé—. ¿Qué tal? ¿Ha pasado algo? —pregunté extrañada.

—No sé cómo contártelo, pero necesito que vengas a casa. Santana no... y yo no sé cómo hacerlo.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre.

—Escríbeme la dirección, voy para allá.

No me hizo falta escuchar más. No sabía exactamente lo que había pasado, pero fuera lo que fuese, tras escuchar aquellas dos palabras, y tal y como vi a Santana cuando me contó esa historia aquella noche, sabía que no era bueno.

Corrí hacia la calle principal y llamé a un taxi. No voy a decir que me abalancé, el conductor hasta se asustó. Llevaría una cara digna de ver. Le indiqué la dirección y unos veinte minutos después estaba allí. No llamé, avisé a Aina y escuché cómo el telefonillo se descolgaba y el timbre anunciaba una puerta abierta. Subí las escaleras de dos en dos, me apoyé en la pared al llegar al rellano y me abrió con una pequeña sonrisa cuando me vio coger aire.

—Ni se te ocurra reírte, voy a necesitar una bombona de oxígeno. Y una ducha puede que

también, casi me da un jari corriendo.

Aina cerró la puerta con suavidad y me pidió que me sentase en las escaleras. Ocupó un lado y observé su expresión triste. Tenía el rostro cansado y unas ojeras muy marcadas que incluso se notaban más por el azul de sus ojos. Acaricié su rostro con suavidad y me abrazó, buscando quizá un refugio mientras lloraba. Froté su espalda y dejé que se desahogase. Cuando se calmó un poco agarré su mano y comenzó a hablar.

—Hace unos días mi madre intentó ponerse en contacto con nosotros. Álvaro no cogió la llamada, pero yo sí lo hice. No conocía el número, pero algo me decía que era ella.

—Por eso os enfadasteis aquella mañana...

Asintió y siguió contándome.

—Quería vernos, pero mi hermano se negó en rotundo y se lo hice saber. No contenta con eso, el viernes por la mañana, justo antes de que me fuese a la universidad, llamó a la puerta de casa. —Se retiró algunas lágrimas con el dorso de la mano—. Cuando abrí yo no... no me pude creer que estuviera allí.

—¿Te acordabas bien de ella? —Pregunté—. Eras muy pequeña.

—Tiene nuestros mismos malditos ojos, Candela.

—Entiendo...

—Me quedé paralizada, Álvaro salió de su cuarto preguntando quién era, y cuando la vio se quedó congelado, rígido. Su cara fue cambiando de la sorpresa a la rabia. La tengo aquí grabada. —Se señaló la cabeza.

—¿Por qué quería volver? ¿Por qué ahora?

—No lo sé exactamente, Candela. Nos dijo que sabía que no había sido una buena madre, que antepuso sus necesidades a las nuestras y que cuando se dio cuenta quiso volver, pero no sabía cómo hacerlo. Nos pidió perdón, no recuerdo cuantas veces entonó las disculpas, pero fueron varias. Mi hermano no reaccionaba y tuve que pedirle a mi madre que se fuera. Algo se rompió en él.

—Aina, estoy... estoy flipando. ¿Tú cómo estás?

Agité la cabeza varias veces intentando asimilar lo que me estaba contando. Me preocupaba Aina, pero sabía que a Santana le dolía de una forma que no podía expresar, porque cuando lo intentaba, hasta las palabras le dolían.

—A mí no me afecta tanto que haya vuelto, no le guardo rencor, quizá sea menos complicado porque, como dices, era más pequeña cuando se fue. Además, nunca me faltó el cariño y la protección, pero Álvaro era ya un adolescente y me está matando verlo así. —Volvió a secarse las lágrimas—. No sabía a quién llamar, Candela. Ayer por la noche lo intenté con Javi, no quiso verlo. Enrique salió con su mujer unos días y no quise llamarlo, por eso pensé en ti.

—Hiciste bien. Dejémosle como comodín hasta que vuelva y deséame suerte. —Me levanté decidida a entrar. Casi me santiguo—. No te preocupes por lo que escuches, ¿vale?

Asintió y entramos en el piso. Crucé el salón, enfilé el pasillo hasta llegar a su habitación y toqué levemente la puerta con mis nudillos. No hubo respuesta, así que entré. Solté el aire que contuve cuando escuché el agua de la ducha correr y me senté en la cama mientras le esperaba. Cuando acabó di un respingo, a los minutos salió con un pantalón de pijama, las gotas aún salpicaban su torso, pero lo que más me asustó y me sorprendió fue aquella mirada torturada.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? Llevas dos días sin aparecer por el restaurante y nadie sabía nada de ti. —Me levanté y me acerqué con cautela—. Estaba preocupada.

—Estoy bien —dijo sin mirarme.

—No. No lo estás. Deja de decir siempre que estás bien, que eres fuerte, que no pasa nada. La vida a veces es una puta mierda.

—Qué sabrás tú...

—A mí no me abandonaron mis padres, pero mi vida tampoco ha sido fácil.

Di dos pasos más hasta llegar a él y lo abracé. Estaba más delgado, quizá apenas había comido durante esos días, si es que lo había llegado a hacer. No me correspondió, no envolvió mi cintura ni me dio un beso en el pelo como solía hacer. Se separó y volvimos a quedar de frente.

—No puedo, Candela.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no puedes?

—Esto... nosotros. No puedo hacerlo bien.

Respiré hondo intentando mantener la calma. Sabía que era el miedo quien hablaba, conocía esa reacción porque fue la misma que yo tuve cuando lo conocí a él, cuando sabía que podía llegar a ser alguien importante. Y mira, no me equivoqué. Reconocí que no era él porque ni siquiera fue capaz de mirarme, de reafirmar su decisión. Ahora mismo estaba encerrado en un cuarto del que nadie tenía llave, en un cuarto cuya puerta supo hacer fuerte sin caer en la cuenta de que para lo único que servía aquel muro indestructible, era para que lo de fuera no lograra hacerle daño, pero qué más daba si dentro tenía al peor de sus enemigos.

Lo conocía, conocía esa sensación, ese peso en el pecho, porque yo aún trataba de hacer que en mi vida fuese más liviano, de saber elegir, de ir dejando poco a poco todas esas piedras que cargaba y que pesaban; de elegirme a mí, de dejar de pensar que merecía cargarlas, así que lo entendí, solo esperaba que no se perdiera en ese lugar.

—Deberías irte.

Sonreí débilmente y con cierta ironía.

—Es curioso, siempre me han dicho lo que debería o no hacer, y ahora creo que puedo decidir por mí misma.

—No es momento de ser cabezona.

—Me gustaría quedarme.

—Candela, no me lo pongas más difícil.

—¿De verdad quieres que todo lo que te pesa pueda con nosotros?

—Contigo pudo una vez —recordó.

—No... no pudo. Si no, no estaría aquí.

Suspiró y soltó aire con cierto pesar.

—Vete, por favor.

Asentí, dolida, y me encaminé hacia la puerta.

—Estaré con Aina, quizá la lleve a comer fuera. —Agarré el pomo de la puerta, antes de salir me volví a girar y me topé con esa mirada azul—. Lo que no se puede es querer desde el miedo a perder. Eso es lo que no se puede.

Recorrí el pasillo e intenté sonreírle a Aina, no dejar que la rabia y la tristeza que tenía pudiesen más que yo. Porque era injusto que algo que no éramos nosotros pudiese decidir de esa manera por los dos.

—Vamos a comer, Aina. Te vendrá bien estar un rato fuera.

Ella asintió, fue hacia su habitación a por el bolso y cuando lo cogió salimos cerrando la puerta de casa. Decidí que quizá era buena idea ir al rastro, a ella le pareció bien y anduvimos hacia la parada del metro, recorrimos el rastro y Aina se entretuvo en algún puesto, también me

animó a entrar a una de las varias tiendas de ropa de segunda mano que había. Me pidió que me probara algunas cosas con ilusión y una sonrisa, se notaba que le gustaba la moda y que sabía apreciar esas prendas especiales sin importar el tiempo que tuvieran. Compré la cazadora vaquera que eligió para mí, tenía un color lavado y unos parches decoraban una de sus mangas, observé que ella miraba también una cazadora de cuero sintético y la cogí decidida para que se la probara. Los flecos de aquella chaqueta bailaban al ritmo al que ella movía el torso y nos reímos.

—Pareces recién sacada de *Pasión de Gavilanes*.

—Solo me falta aprender a montar a caballo. —Se la quitó y fue a dejarla en la percha, pero la recuperé.

—Me gustaría regalártela.

—No podría...

—Dejemos los «no puedo» por hoy, por favor. —La miré y esbocé una sonrisa—. Sé que te vas a ir y me gustaría que tuvieras un recuerdo mío.

—Yo creo que no me hace falta la chaqueta, eres de esas personas que una no olvida.

—Deberías haberle dicho eso a unas cuantas personas que pasaron por mi vida como si nada. —Me reí—. Gracias, yo creo que esa sonrisa tuya es de las que tampoco se olvidan. Así que enseñámela hoy por si no vuelvo a verte hasta dentro de mucho.

—No ha ido bien con mi hermano... —Dedujo—. Maldito cabezón.

—Y que lo digas, luego dice que somos nosotras.

—Te juro que he estado a esto —hizo un gesto pequeño con sus dedos—, de agarrarle de los pelos y sacudirle la cabeza para ver si espabilaba.

—Está encerrado en él, ahora mismo no hay quien lo saque. —Chasquéé la lengua e insistí en pagar ambas chaquetas hasta que lo conseguí.

Salimos de aquella tienda, y como era lo suficientemente temprano como para coger sitio en algún bar, fuimos a comer cocido. Sí, a dos días de que junio empezase, pero no me digáis que una buena sopa de fideos no entra cuando una está de bajón. Y de resaca. Y cuando está mala y... vaya, que pega siempre.

—Yo creía que mi hermano iba a reaccionar cuando tú llegaras —me confesó.

—Ojalá fuera un poco maga o un poco bruja y haberle ayudado. —Me encogí de hombros, resignada, y pedimos nuestra bebida.

—Nunca le he visto llorar. Siempre se lo ha tragado todo, lo ha guardado, lo ha soportado como mejor ha podido, y tanto así que no me he dado cuenta de que por dentro estaba hecho una mierda —se lamentó—. Me siento culpable.

—Tú no tienes la culpa de nada, Aina. Estoy segura de que despertará.

—Sí, solo espero que cuando lo haga no sea demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para recuperar todo lo que le importa.

Pensé en el restaurante, estaba segura de que no dejaría que su sueño, eso por lo que tanto había trabajado y se había sacrificado tanto él como su tía, se fuera a pique solo porque su madre hubiese vuelto. Estaba segurísima de que esa misma rabia le haría volcarse en la cocina, al final ese era su refugio.

—¿Cuándo te vas a París? —pregunté cambiando de tema.

—A principios de julio. He decidido quedarme en una residencia, al menos los dos primeros meses.

—Es una oportunidad increíble, París es una ciudad mágica. ¿Has estado alguna vez? —

Negó con la cabeza—. Seguro que todo irá bien y te enamorarás de ella.

—Me da miedo irme, es la primera vez que nos separamos y que voy a estar sola.

—Al principio quizá sea difícil, pero con el tiempo todo mejorará, conocerás gente, tendrás nuevas oportunidades. —Vi que sonreía—. Deja que ese miedo te acompañe, pero que nunca te frene, Aina.

—Me encantaría que te hubieses quedado en nuestra vida.

—Puedes llamarme siempre que quieras, me gustaría seguir hablando contigo y que me contases. Debo avisarte de que soy muy cotilla.

Se rio y comenzamos a comer cuando dejaron los platos en la mesa. Después de comer seguimos paseando, tomamos café en un Starbucks y pasamos por mi casa para que pudiera coger la mochila y así ir las dos al restaurante.

Antes de entrar me paré delante de aquella puerta acristalada como la primera vez y sonreí recordando ese momento. Unas voces me sacaron de aquellos pensamientos, Tomás y Rebeca se acercaban corriendo y saludaron a Aina.

—¿Pensabas entrar sin nosotros? —Me asaltó Tomás indignado.

—Faltando a los rituales. —Rebeca se hizo la ofendida.

—Lo siento, son tantos los rituales que me voy a tener que hacer una lista.

—¿Qué rituales tenéis? —preguntó Aina y Tomás la miró—. Si se pueden saber, claro.

—Algunos sí, otros son un poco turbios.

—No creas que hacemos pactos de sangre y que cosemos muñecos de vudú —avisé.

—Rebeca podría coser alguno con las Señoras del Telar.

—Ahora hago cuencos para gatos y perros —dijo y nos reímos.

—Dice eso para que no le pidas nada, Tomás, porque cuando vas a tu casa no sabes si estás entrando a un piso o a Zara home —aseguré mientras Aina y Rebeca reían.

—Soy un hombre con gusto, qué queréis que os diga —se defendió y asentimos—. Además, tú de qué te ríes si me has dicho que estos días has dormido como un bebé —acusó a Rebeca.

—Es cierto, perdóname. Te haré una taza con una D.

—¿Una «D» de qué? —Nos empezamos a carcajear y hasta él intentó aguantarse la risa—. Ni se te ocurra decirlo.

—Es que si no Aina no se va a enterar.

—Ya tiene suficiente espectáculo la muchacha.

—Todavía no me has contado alguno de vuestros rituales —apuntó.

—Vamos a entrar y te cuento alguno.

A ver qué se inventaba, porque teníamos alguno, pero es que Tomás era un poco peliculero. Que digo yo que podría haber sido guionista en lugar de pastelero.

Entramos, ahora sí, juntos, y les dije que fueran a los vestuarios, que tenía que hablar con Javi. Subí las escaleras y llamé al despacho, escuché ese adelante y entré cerrando la puerta detrás de mí.

—Contigo tampoco ha querido hablar —maldijo.

—Sí, pero para despedirse de mí.

—¿Qué? —preguntó levantándose de la silla—. Te juro que no lo entiendo.

—Yo sí le entendí, pero tranquilo, hoy vendrá.

—¿Cómo lo sabes? Lleva dos días sin venir.

—Porque el restaurante le importa demasiado.

—No sé qué pensar...

—Hasta que no perdone a su madre esto no va a acabar. Él lo sabe, pero admitirlo es una puta mierda y le está pudiendo más la rabia y el orgullo que la tranquilidad que necesita.

—Tienes razón, Pajarillo.

Esboqué una sonrisa con cierta tristeza y salí del despacho para cambiarme. El servicio comenzó puntual, como siempre. Antes de empezar Oxana nos dijo que nos echaría de menos y que había sido un placer trabajar con cada uno de nosotros. Nos miró con cariño, destacó la dedicación que le pusimos a este mundo tan bonito, complejo y exacto como es el de la pastelería, y nos animó a que dejásemos volar la imaginación y siguiésemos creando. Me gustó conocerla, a ella y a Berto. Detrás de cada plato que uno come en un restaurante hay dos historias: la del chef que lo crea y la del pastelero que lo elabora, y me consideraba una afortunada al conocer las dos.

Tomás, Rebeca y yo pudimos trabajar codo con codo aquella noche. Berto nos había bautizado a los tres como los reyes del palique, y nosotros llevábamos aquel mote con orgullo, porque para qué mentirnos, cuando se trataba de mantener la boca cerrada durante varias horas era una misión imposible. Me río yo de las de James Bond.

Al acabar el servicio aplaudimos y nos abrazamos. Hicimos un círculo entre nosotros, saltamos junto al equipo de pastelería celebrando aquel último postre que salió y el resto del equipo se sumó a ese aplauso. Incluso el de él. Porque ya os dije que iba a aparecer, aunque fuese para decirnos adiós.

Estuvimos un tiempo más en la cocina mientras hablábamos y recordábamos. Había sido toda una experiencia, un privilegio para cualquier pastelero formar parte del equipo de una cocina de una estrella. Fue durísimo, los primeros días apenas tenía fuerza, tuvimos que aprender a compaginar el trabajo con los estudios, a dejar a un lado esos días malos cuando entrábamos en la cocina y dar todo lo que podíamos; trabajamos en equipo, conocimos a personas que siempre llevaría conmigo y que me ayudaron a crecer. Porque en aquel lugar, en Aire, descubrí a esa Candela que vio lo que era capaz de hacer con sus manos, y me sentí orgullosa. Aquel era mi trabajo, lo que había conseguido. Aquella sí era yo.

Nos despedimos de todos ellos dándoles las gracias. Al llegar a Javi me abrazó y sonreí.

—Vuela alto, Pajarillo.

—Lo intentaré —prometí y me pellizcó la mejilla.

Con Santana todo fue diferente, intentó ser amable con todos, como siempre, y dedicar algunas palabras cuando hablaba con mis compañeros, porque entre nosotros no había mucho más que decir. Antes de salir de allí nos miramos frente a frente, pero seguía viendo lo mismo que vi esa mañana y me apenó. Intenté sonreír y que, si tenía que tener un último recuerdo de mí, fuese aquella sonrisa.

—Esperaba que ese «quédate un poco más» no acabase tan pronto. —Le miré por última vez antes de irme y traté de sonreír—. Gracias. Por todo.

Quedarse me parece un superpoder, pero cuando alguien decide que algo acaba, la única opción que te queda es irte, y hacerlo cuando no quieres, cuando tú quieres luchar, es una putada.

Capítulo 33



Mi refugio

La mañana del lunes me desperté sobresaltada, creía que llegaba tarde a clase y me levanté a las siete de la mañana. La cosa no se queda ahí, no. Me duché, desayuné e hice la mochila para salir. ¿A dónde?, diréis, si las clases ya habían acabado, pues ya me podríais haber avisado si lo sabíais, ¿no?, con lo bien que me hubiesen sentado unas horitas más de sueño...

No me di cuenta cuando llegué a la escuela, menos mal. Fue cuando abrí el teléfono y ojeé el grupo de «Los merengues» en el que Tomás escribió si nos veíamos para desayunar a eso de las diez. Me reí cuando me imaginé esperando en la puerta de la escuela y viendo pasar las musarañas porque allí no aparecía ni el tato. Pues nada, café doble.

Nos encontramos en una cafetería en Lavapiés, cuando llegué ya estaban sentados en la mesa, saludé y ocupé mi lugar.

—¿Ya habéis pedido? —pregunté.

—No, pero si hubieses tardado cinco minutos más ya lo hubiera hecho —dijo Tomás.

—Claro, acostumbrado a comerte las baguettes que te prepara Carmen.

—Ningún bocadillo de los que he probado le hacen competencia —aseguró.

—Eso es porque están hechas con amor —añadió Rebeca alargando la erre. Tomás y yo nos miramos debatiéndonos entre reír o escapar.

Lo que el camarero fue trayendo a nuestra mesa era un popurrí de cosas. Tomás decía que eso era un *brunch*, pero perdonadme, yo al salmón ahumado con patatas, un *bagel* de tortilla francesa y tortitas con sirope con sus correspondientes zumos y cafés a las once de la mañana, no sabía si llamarlo *brunch*. Además, aquel popurrí me recordó a las mesas de Navidad cuando tu tía de por ahí trae un pastel de cabracho y la de más por aquí te pone una sopa de un puchero recién hecho. Veis que os dije que la sopa pegaba siempre.

—No he pegado ojo en toda la noche —contó Tomás.

—¿Y eso? ¿La emoción de ayer?

—Qué mentiroso, si has dormido profundamente. El Oso Yogui roncando a tu lado es un gatito.

—¿Perdona? Si yo no ronco.

—¿Qué no? Esta noche te grabo.

Me miró buscando ayuda.

—Es que no se puede ser perfecto. —Me encogí de hombros.

—Casi. —Chasqueó la lengua contra el paladar—. ¿Y tú qué? ¿Qué tal la noche?

—Al final no nos has dicho por qué no has pegado ojo —repetí entrecomillándolo con mis dedos.

—Pensando en lo que iba a hacer después con mi vida.

—Ya... eso es algo que nos ronda a todos ahora mismo.

—Supongo... Bueno, ¿qué tal? —Volvió a preguntar.

—Si preguntas por mi calidad de sueño, ya sabes que nunca fue muy buena; y si preguntas si estuve con alguien más, te diré que no.

—Por lo menos ayer apareció —mencionó Rebeca, que también notó su ausencia.

—Apareció para despedirse y ya está. —Bebí un sorbo de café y me encontré con la mirada atenta de ambos.

—¿Cómo que para despedirse? —Inquirió Rebeca. Tomás, viendo que yo no contestaba, me zarandeó.

—Ha tenido una vida un tanto complicada, ¿sabéis? Hace unos días volvió alguien que le hizo daño y se ha encerrado en él.

—Vaya... —suspiró Rebeca.

—¿Y eso implica que tú te quedas fuera? —preguntó Tomás y asentí—. Este tío es gilipollas.

—Qué viva la empatía —ironizó Rebeca.

—Coño, Rebeca, que ya somos mayorcitos para aprender a no apartar a quienes nos quieren cuando tenemos miedo. Que la mayoría de las veces dos pueden más que uno —bufó y bebió un trago de zumo.

—Ahí sí tiene razón —le dije a Rebeca y asintió—. Su cabeza es un muro, tapiado y todo.

—Puedes hacer como Miley Cyrus y montarte en una bola de demolición.

—Ahora mismo me horripila la imagen que se me vino a la cabeza. —Tomás fingió un escalofrío y sacudí la cabeza.

—Bromas aparte, cada uno tiene que pasar por su propio duelo, que a veces perder a alguien en vida puede incluso doler más. Él ahora mismo piensa que solo te va a hacer daño.

—No creo que haga falta ser un Einstein para saber que daño ya le ha hecho —evidenció Tomás.

—Ya, pero eso lo ves tú desde fuera. Él desde ahí dentro no lo ve. Se cree que si su corazón no siente es más fácil, porque si sintiera estaría expuesto otra vez al dolor de las despedidas.

—Tampoco hay que ser muy listo para saber que te quería —me dijo.

—Así que él mismo se ha puesto como diana: lanzó el dolor creyendo que se desharía de él y lo único que consiguió fue recibirlo.

—Ayer estaba tan frío... —recordé con tristeza—. No lo reconocí en nada, en ningún gesto, en la mirada, en ningún sitio.

—Volverá —declaró convencida mientras me apretaba la mano.

A mi cabeza acudió la letra de esa canción de El canto del loco. Supe que no se refería a que volviese a mi lado, y lo cierto es que ahora mismo no pensaba en ello, lo que quería era que volviese a ser él, que lograra sentirse libre del rencor que lo tenía prisionero desde hace años, que se atreviese a moverse por lo que él quería sin pensar constantemente en que supusiera un riesgo, sin temer a lo que vendría después. Era como si caminase sobre una línea recta tratando de mantener el equilibrio en lugar de aprender a escalar una montaña y disfrutar de las vistas en cada parada. Y sí, es cierto que a mí me hubiese gustado darle la mano porque quizá juntos hubiese sido algo más fácil, pero él decidió que prefería que doliese. Y yo también lo entendí.

Al día siguiente cogí mi maleta, la mochila con todos los artilugios de cocina y llamé a un taxi que me dejó en Atocha. Estaba nerviosa, tenía ganas de volver a casa, de ver a mi abuela y la reacción de mi sobrino Lucas.

Mientras iba en el tren, Aina me escribió para comentarme que Santana se había ido con

Enrique a la casa de Toledo unos días. Ojalá Aina tuviese razón y Enrique fuese esa persona que podía ayudar a Santana, porque ni ella ni yo supimos cómo.

El tren llegó a Málaga más tarde del mediodía, bajé con mi maleta y me dispuse a cruzar la estación hasta llegar a la parada de metro. Iba tan concentrada en mis pasos, tan ilusionada pensando en la reacción de mi abuela que, cuando me hicieron un placaje y solté la maleta, me costó reaccionar.

—Pero ¿qué te creías?, ¿que nadie iba a venir a por ti? —me dijo recogiendo la maleta del suelo y le di una torta en el brazo.

—Que me has asustado, coño, Óscar. —Hice un gesto parecido al de una niña pequeña cuando se queja y nos abrazamos—. Gracias por venir.

—¿Qué es todo lo que llevas en esta bolsa?

—Mis cachivaches de cocina. —Lo miré con una sonrisa y encogió sus hombros—. Te quiero mucho, ¿sabes?

—Y yo a ti. —Comenzamos a andar y me avisó—. Lucas no sabe que vienes.

—Eso me da carta blanca.

—No le hagas nada que luego tenemos al niño con pesadillas una semana en nuestra cama.

—Qué mentiroso. ¿Cuándo ha pasado eso?

—Cuando lo llevaste en Halloween a un pasaje del terror en el centro comercial creyendo que era de niños.

—Él insistió —me defendí recordando aquello.

—Claro, y tú le haces caso a un niño.

—Por eso soy una de sus tías favoritas.

—Solo tiene dos —resolvió metiendo mi equipaje en el maletero de su coche—. Y creo que son suficientes.

Sonreí y me senté en el asiento del copiloto.

—Echo de menos conducir mi coche.

—¿Te acuerdas del día que fuimos a comprarlo?

—Nunca se me olvidarán las pestañas kilométricas que tenía pegadas a los faros.

—Fue la mayor horterada que he visto en mi vida. —Se rio.

—Daba miedo. —Me reí también.

Miré por la ventanilla mientras avanzábamos. Condujo por la avenida de Andalucía y cogió el desvío de la universidad para ir hacia su casa.

—¿Estás segura de que aquí vas a lograr concentrarte para estudiar?

—No, pero lo intentaré. Necesitaba volver antes de hacer el examen. Echaba de menos el calorcito.

No me refería al calorcito de la ciudad, mucho menos al del terral en verano, sino al de casa, ese era el calor que necesitaba.

Al llegar a su casa subimos en el ascensor y abrió la puerta. Respiré tranquila al ver que todo estaba como siempre, que hasta el olor del ambientador que nos recibía era el mismo. Óscar me pidió que lo siguiese, quería enseñarme algo, y anduve detrás de él por el pasillo hasta cruzar el salón y entrar en uno de los cuartos. El que antes era el cuarto de la plancha se había convertido en un dormitorio infantil. Ya tenía la cuna, recordé algunas de las cosas que Lucas tenía y me emocioné un poquito.

—¿Te gusta? Tengo que terminar de montar esa cómoda para poner encima el cambiador —me explicó y paseé mis manos por aquella cunita blanca vestida de beis. Cogí un pequeño

doudou que había y lo olí. Qué bonitos son los recuerdos y qué bonito era tenerlos con ellos.

En aquel momento me dije que por mucho que la vida me hubiese quitado, también me había dado, y para saberlo solo tuve que parar un momento, mirar ese muñeco y pensar en quienes me rodeaban. ¿Acaso no era eso suerte?

—¿Estás bien? —me preguntó Óscar con suavidad y yo asentí.

—Sí —aseguré sonriendo y dejé el muñeco en la cuna.

—Nuria me avisó de que están en el portal, rápido, escóndete.

Salí corriendo hacia el salón y me escondí justo en la esquina para salir cuando escuchase que estaba entrando.

—Ni se te ocurra asustarle mucho que lo llevo a dormir contigo, verás qué divertido —me advirtió y negué.

Las llaves sonaron entrando en la cerradura y Óscar se fue a la cocina para disimular. Escuché a Nuria decirle que se quitase los zapatos en la entrada, él la obedeció y se quitó hasta los calcetines. Salió por el pasillo caminando mientras llamaba a su padre, entró al salón y cuando estaba de espaldas...

—¡Bu!

—¡Ahhh! —Siguió corriendo hasta llegar a su cuarto y volvió al cabo de unos segundos partiéndose de risa—. Papá, ¿por qué me asustas? —le preguntó sin darse cuenta de que era yo la que estaba allí.

—Yo no he sido —dijo Óscar saliendo de la cocina.

—Qué mentiroso.

—¿Tan pequeña soy que no me ves? —Puse los brazos en jarra y esbozó una sonrisa amplia.

—¡Tía Candela! —Corrió a abrazarme y me rodeó la cintura con sus brazos—. ¿Qué haces aquí?

—Pues he venido a verte, pero si quieres me voy.

—No, no, no —negó dando pequeños saltos emocionado—. Me has dado un susto de muerte. Ya te vas a quedar, ¿verdad?

—Me voy a quedar todo el tiempo que tú quieras.

—¡Pues entonces mucho!

Nuria entró al salón y nos dimos un abrazo, Lucas intentaba apartarla diciendo que primero le tocaba a él y ella se negó a apartarse.

—Aquí mando yo. Además, conozco a la tía Candela antes que tú.

—Bueno, técnicamente a él lo conozco desde siempre.

—El que lleva más tiempo con la tía Candela soy yo y se acabó. —Zanjó Óscar uniéndose a aquel abrazo.

—¡Qué me estáis aplastando! —se quejó el niño desde abajo y nos separamos.

—Venga, todos a poner la mesa que voy a apartar la comida —ordenó Óscar y obedecimos.

—¿Después podemos ir a saltar a los trampolines? —me preguntó.

—Tengo que ir a ver a mi abuela, pero mañana te prometo que vamos.

—Ah, no. Que luego venís los dos lesionados.

—La última vez llegamos sanos y salvos —rebatí.

—Es verdad, mamá —me apoyó Lucas y chocamos los cinco.

—Bueno, ya veremos.

—Eso es que sí —susurré y él asintió contento.

Comimos mientras Lucas nos contaba sus peripecias en el colegio, aún me costaba asumir

que ya no era ese niño tan pequeño, aunque para mí siempre lo sería. Sus gustos cambiaban a medida que pasaban los años, sabía más, hablaba como si no hubiera un mañana y utilizaba algunos palabros un tanto curiosos. Al terminar tomamos café y Óscar me dijo que me llevaba a casa de mi abuela antes de entrar al estudio.

—¿Ya te vas? —me preguntó Lucas.

—Sí, acuérdate de que mañana te recojo en el cole, nos vamos a comer y a los trampolines.

—Verás que va a echar la patata... a mí no me llames después —me avisó Óscar.

—Vaya padre —masculló Nuria dándole una palmada en el brazo.

—El mejor y lo sabes. —Besó su pelo y sonreí.

—Yo no voy a vomitar —soltó Lucas y nos echamos a reír.

—Claro que no, cariño.

—Dame un abrazo que te he echado de menos. —Me agaché hasta llegar a él y lo cogí—.

Ay, mi espalda. —Fingí—. Pero ¿cuánto pesas?

—Uf —resopló dramático—. Hoy me he comido un bocadillo de jamón en el recreo y un Actimel, y aquí un filete con patatas y de postre un plátano.

—Y ahora, calcúlalo tú —terminó Óscar y reí.

—Hasta mañana, mis amores.

—Mañana hablamos tú y yo, ¿vale? —me prometió Nuria y asentí—. Sé que hay algo que te preocupa —observó y le di un beso sonoro antes de salir de su casa.

¿Algo? Yo creo que si hacía una lista había varias cosas que me preocupaban. Cosas que tenían una señal con luces de neón que reclamaban mi atención. Pero yo no estaba preparada para enfrentarme a todas y cada una de ellas. Al menos aún no.

Capítulo 34



Abuelita, dime tú

En casa de mi abuela olía a comida recién hecha, a los nardos que ella siempre colocaba en la entrada y al jazmín de su perfume. Olía al lugar en el que siempre fui feliz y a la persona que lo había dado todo por mí. Que me seguía cuidando, que seguía viéndome crecer, la persona que me quería incondicionalmente, de la que aprendí y que me ayudó a ser fuerte; porque yo con solo mirarla sabía que era capaz de todo, y que todo lo que consiguiera llevaría su nombre antes que el mío. Porque así era y así lo sentía, porque era mi manera de darle las gracias.

Llamé al timbre y escuché su «ya voy», supuse que estaba levantándose del sillón y que tardaría poco en llegar hasta la puerta. Cuando abrió se llevó las manos a la boca y me miró sorprendida, después abrió los brazos y me agaché hasta rodearla.

—Mi niña —pronunció y se separó para agarrarme la cara—. Estás guapa, eh, puñetera.

—Abuela... —Volví a abrazarla—. ¿Cómo estás?

—Pues bien, cada vez más vieja.

—Yo te veo estupenda. —Nos soltamos y cruzamos el recibidor hasta entrar en el salón.

—¿Se puede saber cuándo has llegado tú? Qué poca vergüenza, ni avisar a tu abuela. —Negó con la cabeza en señal de desaprobación.

—Era una sorpresa, mujer. Me ha recogido Óscar esta mañana.

—Qué bueno es ese muchacho... ¿Están bien? ¿Y la Alejandra? —preguntó mientras se sentaba en su sillón y cogí una silla para sentarme frente a ella.

—¿A que no sabes qué?

—Uy, cotilleo. Dime, dime, que estoy muy aburrida. Encarna nada más me cuenta que le duele aquí que le duele allí, y Socorrita no para de decir que su nieto se va a casar y que se va de boda. Eso lleva diciendo un año, a lo mejor el niño ni se casa ni na', pero no le habrán dicho nada a la mujer para no darle un disgusto.

—¿Y si sí se casa?

—Demasiado está tardando. Tu abuelo me pretendió unos meses, después nos casamos, aquí te pillo y aquí te mato y pum, tres churumbeles —resumió.

—Ya, ya. —Me reí—. Alejandra está embarazada.

—¡No me digas! —Dio un pequeño respingo en su asiento—. Qué alegría más grande. Mañana vamos *anca* Mercedes a comprar unas bobinas de punto. ¿Qué es? ¿Un niño o una niña?

—Todavía no lo saben.

—Bueno, pues la hago en beis o en blanco.

—Te manda esto de su parte. —Saqué una lata con caramelos de violeta—. Siempre se acuerda de que te gustan.

Los miró y sonrió. Abrió la lata y se metió uno en la boca.

—Me recuerdan a cuando yo estuve viviendo allí, aunque me tenían de criada en la casa del

señorito. —Comenzó a recordar—. La señora tenía caramelos de estos en el tocador y yo cada vez que les limpiaba el cuarto me llevaba uno a la boca. Muy caros que eran.

—Pues hala, disfrútalos que ya no se los tienes que quitar a nadie. —Sonreí.

—Qué bien que estés aquí. Cómo te echaba de menos. Dime, ¿cuánto tiempo te vas a quedar?

—Una semana y media, después tengo que volver para seguir estudiando. Iré también a la escuela, que en casa no tengo muchos de los aparatos que necesito.

—Muy bien, muy bien. —Asintió conforme mientras chupaba su caramelo—. Y... ¿vas a ver a tus padres?

Lo pensé y me encogí de hombros, ella no insistió. Lo más probable era que no lo hiciera, hablar con ellos significaba dudar de mí, de esas decisiones que tomé y que me hacían feliz. Y no, no necesitaba eso, especialmente ahora que tenía que prepararme para el examen final. Quizá si me tuvieseis delante me diríais que no debería importarme lo que me dijeran, pero sabréis que no es tan fácil cuando los gestos de desaprobación o ciertas palabras vienen de tus padres, porque seguro que para muchos de vosotros su apoyo es el que más os reconforta y os da impulso. A mí, por el contrario, solo me servía para retrasar mi vuelo.

A la hora de cenar preparamos unos platitos de jamón y queso, me pidió antes que bajara a la panadería a por unos picos y un poco de pan, sacó la mitad de una tortilla de patatas que preparó al medio día y abrimos una botella de vino dulce que tenía en la vitrina del salón. A mi abuela le encantaba. Me dio a entender que tenía más años que el hilo negro, aunque, según ella, cuanto más viejo mejor, así que no iba a ser yo la que dijese lo contrario. Puse el mantel con todo lo que preparamos y nos sentamos alrededor de la pequeña mesa redonda. Abrí el vino y lo eché en unas copas pequeñas y bajas.

—Por mi niña, que es más bonita que todas las cosas.

Esbocé una sonrisa y choqué mi copa con la suya. Bebimos y mi abuela se rio de mi cara. El vino estaba dulce, no era yo muy de ese tipo de vino, y también fuerte. Ella ni se inmutó.

—Bebe, bebe. Verás esta noche qué bien vas a dormir.

—Voy a dormir que va a parecer que estoy en el camarote del Titanic.

Ella se echó a reír y comenzamos a comer. Necesitaba llenar el estómago si no quería acabar durmiendo en el sofá. Juro que a la primera copa que me bebí ya me mareé.

—Pon *El hormiguero* que me ría yo un rato.

—¿Más? —pregunté contenta y cambié de canal.

—Un día me llamó tu tío y se cachondeó de mí. Me preguntó «¿sabe usted qué es lo que quiero?». Y yo ya iba a llamarte para decirte que me había ganado la tarjeta. El muy cabrito —maldijo y me reí entre dientes.

—Qué mala persona. —Disimulé.

—Al domingo siguiente me invitó a comer porque se sentía mal.

—Bueno, no ganaste una tarjeta, pero sí una comida.

—Hablando de comida, ¿y tu cocinero?

Me atraganté con el vino, me salió hasta por la nariz y puse cara de estreñida.

—No me digas que no pasa nada que he visto cómo te ha salido el chiato por la nariz.

—Pues ha pasado, pero ya no pasa.

—¿Qué pamplinas son esas? —Inquirió indignada y bebí más vino, notaba que comenzaba a estar contenta y que me daba la risa floja.

—Yo creía que me quería un poquito, eh. Que no me lo había dicho porque es un poco

Ironman, pero al final resultó que no.

—¿Quién es ese?

—Un superhéroe que es de hierro. Y él parece que lo tiene todo de hierro. —Hice un mohín y escuché a mi abuela carcajearse. Tardé unos segundos en procesar lo que había dicho y me contagió su risa.

—Cuéntame más.

—Con él soy yo, abuela. —Ella asintió porque supo cuando me miró que lo que decía era verdad, que no tenía que fingir ser alguien que no era—. Y es cierto que no es de decir grandes cosas, pero las hace —seguí.

—Y entonces, ¿qué pasa?

—Pues que tiene miedo, es un *Ironman* cagao.

Me reí y ella me miró con ternura.

—Todos sentimos miedo, Candela. Tú lo sabes bien, y ese miedo lo podemos usar para dos cosas: para florecer o para marchitarnos.

—Espero que no lo use para marchitarse.

—¿Y tú? ¿Para qué lo usas?

«Y tú para qué lo usas, y tú para qué lo usas, y tú para qué lo usas...». Ella plantó esa pregunta ahí solo para que yo pensara en ella, no esperaba respuesta, simplemente quería que me quedase con ella. ¿Y yo para qué lo usaba?

—Déjale que se tome su tiempo en decidir para qué quiere usar el suyo porque, aunque pienses que ya lo hizo, quizá aún no lo sabe.

—Pero en el momento en el que te aleja de lo que quieres ya estás usándolo en tu contra.

—Candela, en la vida muchas veces alejamos cosas y personas que nos hacen bien por miedo. Algunas veces uno tiene la suerte de recuperarlas, otras son como un tren que pasa una vez y su estación desaparece.

—¿Y qué hago? ¿Esperar a que decida?

—Si te fijas, uno nunca espera porque el tiempo sigue pasando. Tú estás haciendo tu vida, estás tomando tus decisiones, has venido aquí y estás con tu abuela. La vida no se paró, lo único que tienes que hacer es seguir como hasta ahora y ya veréis si os volvéis a encontrar o no.

Me levanté de la silla y me tambaleé, ella sonrió y me hizo un hueco en su regazo. Recuerdo cuando de niña me podía mecer, cuando cabía en sus brazos y, aunque ahora ella estuviera pensando que ya no podía hacerlo, lo hacía, en aquel momento me meció con sus palabras y con su cariño. Bueno, debo decir que también con la botella de vino dulce.

A la mañana siguiente mi abuela me despertó con un mollete calentito con aceite y tomate y un café recién hecho, cogimos energía mientras desayunábamos y escuchábamos la radio, después nos preparamos para ir a hacer recados, o lo que yo llamo un *tour* por el vecindario. Fuimos a la frutería a ver al frutero, a la mercería, a la charcutería. Aquel *tour* no duraba una hora como perfectamente podría durar, sino unos cuantos minutos más porque claro, si nos encontramos con la vecina de la esquina, a la que llevaba unos días sin ver, y con el vecino que siempre pasea a su perro —creo que ese perro debía ser inmortal—, la salida de la mañana duraba hasta el mediodía. «¿Esta es la niña de tu Arturo? ¿Cuántos años tiene ya? ¿Y no se ha casado? Esta juventud...». De modo que me dice que soy mayor para no haberme casado ya y luego me llama joven, aclárese, señora. Mi abuela se reía cuando me miraba, yo solo podía poner los ojos en blanco. Debo decir también que a algunos de los vecinos les tenía cariño y solo me decían que qué guapa estaba y que se acordaban de mí cuando era una niña. ¿Veis? Así sí,

hombre ya.

—Deberíamos haber cogido el coche, abuela —le dije mientras se sentaba un momento en el asiento del andador.

—No porque si no, no socializo.

—¿Cómo qué no?

—A mí me gusta pararme y hablar con fulanita con menganita, da igual que me cuenten lo mismo de siempre —me explicó—. Y si vamos con el coche no vemos a nadie y no me puedo dar un paseíto, que tengo las piernas entumecidas de tanto estar sentada.

La miré con ternura entendiendo lo que me decía, cada vez le daba más respeto salir sola a la calle, iba a visitar a sus vecinas de vez en cuando, y también era capaz de hacer algunos mandados, pero cuando estaba con ella me decía que tenía que aprovechar ahora que yo la podía acompañar.

Cuando llegamos a casa me despedí de ella y le dije que volvería para cenar, bajé hasta el garaje y fui directamente hacia la plaza en la que estaba aparcado mi escarabajo. El pobre estaba un poco sucio, crucé los dedos esperando que arrancase después de algunos meses de parón. Me senté en el asiento y metí la llave en el contacto, aunque le costó, finalmente revivió. Automáticamente saltó ese disco de Alejandro Sanz con las canciones del año noventa y siete y me asusté. No por la canción, «Y ¿si fuera ella?» es un himno de la historia del amor, sino por el volumen. Microinfarto.

Conduje hasta el colegio de Lucas canturreando aquel «amiga mía, princesa de un cuento infinitooo» y que acabó justo cuando aparqué. La puerta del colegio estaba llena de padres y madres que se ponían en primera fila como un equipo de fútbol haciendo barrera. A mí me recordaba al juego de los topos ese que se esconden y de repente salen, porque en un momento están tranquilos y cuando suena el timbre empiezan a levantar y mover las cabezas. Yo me puse en la esquina en la que todo el que iba a recoger a Lucas se esperaba, lo acordamos así porque de esa forma el niño no se volvía loco buscando a quien le recogía ese día, que solía ser Nuria, Óscar o su abuela, aunque Hugo, Alejandra y yo también veníamos de vez en cuando. Me localizó en un momento y corrió con la mochila trotándole en la espalda.

—¡Ay, ay! —exclamé cuando me abatió y él se rio abrazándome la cintura. Le miré contenta y lo subí a caballito—. ¿Cómo ha ido hoy el cole?

—¡Bien! ¿Sabes que ya sé sumar con llevadas?

—No me digas, ¿en serio?

—En serio, y papá me ha enseñado unos trucos que son secretos para hacerlo bien.

—Humm, es que tu padre es tan listo como tú.

—Tengo hambre, ¿qué vamos a comer?

—Lo que tú quieras.

Se echó un poco hacia delante, apoyando su cabeza en mi hombro e hizo como que pensaba. Yo ya sabía dónde quería ir.

—Vamos a comer... ¡hamburguesa con un batido de oreo!

Sonreí orgullosa. Esa americanada la habíamos descubierto juntos, puede ser que lo malcriase, pero era mi único sobrino, por ahora, que la cosa se estaba animando. Además, ya había aprendido del episodio de los *nuggets* a que retos con comida ya no más.

Volvimos al coche, saqué el alzador que llevaba en el maletero y lo coloqué para que se sentase.

—¿Me has traído una ropa también de casa? —preguntó al verlo—. Elena me manchó la

camiseta de zumo de melocotón.

—¿Y eso?

—Porque lo estábamos compartiendo y se escapó de la pajita.

Aguanté la risa y asentí.

—Ahora te cambio, corazón.

—Vale, *corazona*.

Lo miraba de vez en cuando por el espejo del centro y sonreía, cuánto me gustaba estar con él, sabía que iba a echar de menos estos momentos cuando me fui, pero no que lo iba a hacer tanto. Alejandra y yo compartíamos ese sentimiento, no sé decirlo si para alguna de las dos era más duro que para la otra, lo único que sé es que ese niño nos llenaba con solo el sonido de su risa y uno de sus abrazos. Que Lucas siempre sería especial.

—«¿Quién llenará de primaveras este enero? ¿Y bajará la luna para que juguemos? Dime si tú te vas, dime, cariño mío».

—«¿Quién me va a curar el corazón partío?» —terminó Lucas—. Ponla otra vez.

Le hice caso y le escuché canturrear la canción. No me extrañó que se la supiera, la vida de Óscar giraba en torno a la música, era así desde que lo conocía, pero en el último año logró dedicarse profesionalmente a ello y trabajar como compositor, así que cuando vi a Lucas decir con ganas ese «Corazón partío», solo pude pensar en que era digno hijo de su padre.

Las hamburguesas y el batido de oreo controlado, después Nuria nos pidió, bueno, más bien nos obligó a que hiciésemos una parada en su casa. Aún no se creía que Lucas y yo pudiésemos comer sin empacharnos y necesitaba comprobarlo ella misma, que lo estábamos, un poco, pero disimulamos porque si no nos iba a obligar a hacer la digestión antes de ir a saltar en las camas elásticas igual que si nos fuésemos a meter en la piscina. Una vez pasado el escáner de mamá, Lucas me miró en el ascensor como diciendo «por los pelos» y acabamos riéndonos.

Jugamos primero unos bolos, creo que si nos hubiésemos puesto a saltar de primeras hubiese salido mal, y como perdió insistió en echar una segunda partida. Nuestra tarde pasó entre bolos que no lográbamos derribar, saltos para ver quién llegaba más alto, caídas libres a una piscina de cubos de gomaespuma y luchas por ver quién era el que tiraba a quién a ese foso en el que se me perdió un calcetín.

—Te puedo dejar uno de mis calcetines, pero solo te va a tapar el dedo gordo —apuntó mientras descansábamos en una piscina de bolas y vi cómo se reía.

—No te preocupes, en esa piscina está el calcetín descansando junto a sus primos.

Él se carcajeó y negó con la cabeza.

—Ahí hay más cosas que calcetines, en un cumpleaños, uno de mi clase sacó un diente.

—¿Qué me dices! —exclamé con cara de asco.

—Sí, sí. Se le cayó a una niña, y como lloraba porque el Ratoncito Pérez no iba a ir, todos nos pusimos a buscarlo.

«Niños», pensé.

—¿Cuándo nazca la hermana vamos a seguir viniendo a los trampolines? —me preguntó y tiré de su pie provocando su risa hasta que pude abrazarlo.

—¡Pues claro que sí! Y cuando ella crezca vendremos los tres.

—¿Y si se pierde en la piscina de gomaespuma?

—Pues la buscamos como al diente.

Sonreímos y me abrazó como si se hubiese quitado una de esas preocupaciones que, supongo, todo niño tiene ante la llegada de un hermano, ese miedo a que todo cambie, a que ya

no haya tiempo para hacer los planes que se hacen con él, aunque sabía que Nuria y Óscar lo manejarían bien. Además, contaba con un séquito de tíos a cuál más pesado.

Después de aquella tarde volví cansada a casa de mi abuela, ella sonrió al verme con los pelos de loca, sabiendo que, seguramente, habría saltado casi más que Lucas, y fue a prepararme un vaso de leche caliente con galletas.

—No hace falta, abuela. De verdad, ya lo hago yo —insistí levantándome.

—Ahí quieta —me ordenó con su dedo y obedecí hasta que volvió con el vaso y el paquete de galletas—. Yo me voy a tomar otro.

—Hoy no hay vinito, ¿no?

—Porque se ha acabado, que si no... —insinuó riéndose—. Dime que no dormiste bien.

—Como un tronco.

—Pues eso. —Metió triunfante una galleta en la leche y se la llevó a la boca—. Siempre has hecho eso con las galletas —observó mirando mi vaso.

—A mí me gusta así, las machaco todas y las hundo, como una papilla de bebé. Debería hacer un postre con este sabor —pensé.

—Sí, pero que no sea tan poco apetitoso como eso, que parece papilla de pájaros.

—Yo te lo hago de pitiminí, abuela. —Me metí una cucharada en la boca y tragué—. En el restaurante todo era así, hacíamos aires, elaboraciones con nitrógeno y unos polvos mágicos.

—Uy, intimidando en el restaurante.

—Abuela, ¡qué dices! —Me eché a reír ante su cara de espanto—. Son unos polvos que se usan en la cocina para dar texturas. Mañana te enseño.

—A ver qué me vas a enseñar tú a mí.

—Te voy a preparar un postre que ya verás, sabe a pestiños, pero es otro nivel.

Me miró ilusionada y bebió de su vaso de leche hasta acabarlo. Después me dio un beso en la frente y me apretujó contra ella antes de darme las buenas noches e irse a la cama. Yo me quedé allí un rato más pensando en todos los recuerdos que tenía en aquel sillón de color verde.

Capítulo 35



Tocado y... ¿hundido?

Creí que estaba avanzando, que estaba logrando que los malos recuerdos doliesen menos, que lo estaba haciendo bien conmigo mismo, realmente lo creí, pero lo cierto es que creer y saber son dos cosas totalmente diferentes. La llamada que recibimos hace unos días tambaleó mi vida, y todo en lo que estaba trabajando, lo que estaba viviendo y consiguiendo, se desmoronó solo con volver a ver sus ojos. Sus malditos ojos. Yo sabía que la herida que un día ella provocó aún me dolía, pero jamás llegué a pensar que dolía tanto como para tener la necesidad de parar mi vida, de esconderme esperando a que se fuera otra vez.

El lunes salí de mi habitación para ir al restaurante, allí intentaba librarme durante unos instantes de todo lo que ocurría fuera, el problema era que me encontraba con su ausencia. Ya no la veía pulular por la cocina ni trabajar concentrada y con el pelo sujeto por un bolígrafo o una de mis bandanas. Ya no la escuchaba reír ni bromear con sus amigos y en aquel momento dudaba de si volvería a hacerlo. Las palabras correctas, por mal que suenen, serían que la eché de mi vida, sin pedirle permiso, solo porque pensaba que la iba a proteger, porque no se merecía a alguien inestable en su vida, lleno de miedos y de rencor que pudiera apagar esa luz con la que ella vivía, que pudiese apagarla con mi pasado. También pensé que con aquella decisión me iba a proteger a mí, porque me daba miedo sentir tanto por ella que pudiera quedar expuesto y vulnerable; por eso le dije adiós. Llamadme cobarde, cagón, buscad los sinónimos que queráis, me los merezco, pero era preso del pánico y no sabía bien cómo escapar.

El martes por la tarde Enrique llegó a mi casa con el propósito de sacarme de allí. Aina se había encargado de ponerle al tanto de todo, la admiraba, de verdad, estaba tan entera que me preguntaba cómo cojones podía estar yo tan en pedazos.

—Mete unas cuantas mudas en la mochila y venga, arreando. —Me apremió Enrique con el bastón.

—No me puedo ir y dejar a Aina sola.

—Tranquilo, no te voy a echar de menos. He convivido con un fantasma durante cinco días —espetó.

La miré e intenté sacarme ese dardo que me había tirado con puntería.

—Todo solucionado entonces. Paz vendrá a verte, ¿vale, chiquilla?

—Muy bien, la espero —asintió de buena gana y agitó las pestañas. Enrique tiró de su moflete hasta dejarlo sonrosado y salió por la puerta principal.

—Espero volver pronto —le dije antes de abrazarla.

—Sí, pero vuelve siendo tú de una vez. —Apretó mi camiseta entre sus manos y

nos soltamos—. No estás solo, Álvaro, nunca estuviste solo.

—Nunca me sentí solo, siempre te tuve a ti. —Dejó un beso en su frente y me fui con su sonrisa grabada.

Conduje hacia la casa de mi tía, bueno, ahora era mi casa, aunque para mí siempre sería más de ella que nuestra. Cuando llegamos, Enrique paseó por allí con su bastón, le enseñé lo que tenía pensado hacer cuando tuviera algo más de dinero y salimos al porche para sentarnos.

—Mañana tendremos que ir a la tiendecilla del pueblo a hacer la compra.

—¿Un cocinero con la nevera vacía? —Me miró con un gesto de sorna y sonreí—. Es bonito, y tranquilo. —Observó el lugar y miró hacia el limonero que había enfrente.

—Me gusta estar aquí.

—Está bien volver de vez en cuando a los recuerdos, pero uno no debe anclarse a ellos.

—Pero sí debe cuidarlos.

—Tú ya has hecho bastante para cuidarlos, hijo. Has comprado la casa donde creciste, pero no me hables de dejarla así cuando está casi para echarla abajo, ¡por Dios!

—A mí me gusta así —aseguré.

—No, a ti te gusta así porque viviste muchos momentos felices en ella y temes que haciendo desaparecer ciertas cosas, se esfumen. ¿Y sabes qué? Te estás anclando tanto a ellos que no te das cuenta de que ahora —se remangó y observó en su reloj de pulsera— a uno de junio del año dos mil veintiuno —volvió a carraspear—, hay en tu vida otros recuerdos que crear. Unos nuevos. Y que te harán feliz también.

—¿Crees que vivo anclado?

Asintió con rotundidad.

—Tanto a lo que te hizo bien como a lo que te hizo mal.

Me quedé meditabundo viendo como el sol se esfumaba hasta que los últimos rayos se filtraron entre las ramas del árbol. No busqué un constructor como le dije a Enrique que hice, ni siquiera compré unas malditas sillas para cambiar esas sobre las que estaba sentado, ni las colchas que parecían sacadas de *La casa de la pradera*, aunque cuando viví allí me gustaba taparme con ellas en invierno. Y me di cuenta de que Enrique tenía razón, estaba anclado. No pude ni deshacerme de las cosas materiales que había en esa casa por los recuerdos.

A la mañana siguiente me invitó a hacer un ejercicio. Se puso un chándal que me hizo sonreír. Enrique era mayor, tenía setenta y dos años, pero estaba en buena forma física a excepción de sus piernas que fueron memorizando todas esas horas que pasó de pie detrás de los fogones. Quizá cuando yo sea mayor también tenga que andar con un bastón.

—Coge estas bolsas y tira todo lo que esté mal, lo que no te guste ni te represente. Olvídate de antes, piensa en el Álvaro de ahora.

—¿No hay unas bolsas más pequeñas? —bromeé y me dio con el bastón en la parte de atrás del muslo.

Comencé por la parte del porche, cogí unos cuantos tiestos vacíos, las dos sillas incómodas que quedaban y la mesa para llevarlas a la puerta de fuera. Miré el columpio que había colgado del limonero, no lo iba a tirar, quería restaurarlo, quizá si

algún día tenía niños podría verlos jugar en él. ¿Niños? Agité la cabeza. El caso es que lo quería conservar. A Enrique no le pareció mala idea y lo dejamos ahí. Seguimos dentro de la casa... Las colchas, unos platos que había colocados en la pared de la chimenea, la alfombra, unos jarrones y algunas lámparas ya oxidadas. Las bolsas se amontonaban y tanto Enrique como yo parecíamos satisfechos. Acabamos el día sentados alrededor de la mesa de la cocina tomando unas copas de vino y comiendo de algunos platos que preparamos entre los dos.

—No deberías preocuparte tanto, Enrique. Te lo agradezco, pero esto es demasiado, en tu casa estás más cómodo.

—Estoy donde quiero estar. Shhh —me interrumpió cuando iba a hablar—, ni una palabra más. Para mí, Aina y tú sois como mis hijos desde que os conocí.

—¿Crees que mi tía estaría de acuerdo con lo que estamos haciendo?

—A ella no le importaría que tirases la casa abajo con tal de verte feliz.

Sonreímos y bebimos de nuestras copas.

Durante muchos años tuve la sensación de no tener familia. Esa familia que mis compañeros de clase tenían. No tuve unos padres que me apoyasen y me vieses crecer, una familia con la que reunirme en Navidad niirme de vacaciones como solían hacer mis amigos cuando llegaba el verano en el instituto, sin embargo, con el tiempo fui entendiendo que, como me dijo Aina, no estaba solo. No tenía una familia convencional o estructurada según el modelo social, era cierto, pero nunca me faltó el apoyo ni alguien que me viese crecer, equivocarme y darme un abrazo cuando lo necesitaba. Incluso cuando la tía ya no estaba, no me faltaron esas cenas de Navidad ni algún día en la playa con las personas que poco a poco fui encontrándome en el camino y que hacían mi vida mejor, más bonita. Así que me percaté de que compararme era un error, que todo lo que necesitaba y quería estaba, solo tenía que mirar a mi alrededor.

A la mañana siguiente nos acompañaron unas cuantas agujetas, ambos nos reímos, sobre todo él, y pensé seriamente lo de volver al gimnasio. Dios mío, treinta y un años y la espalda peor que la de Enrique. Seguimos tirando cosas, decidimos reparar algunos muebles y resoplamos unas cuantas veces. A esa casa le hacían falta semanas, e incluso meses para ser habitable. Decidí conservar la mesa de madera de la cocina con sus bancos, unas cuantas sillas, alguna cómoda, dos cabeceros de forja y un escritorio. Por supuesto, la librería. Era la parte que más me gustaba de la casa, incluso más que la cocina.

Aquella noche no tuvimos más remedio que dormir en los sofás, habíamos terminado de partir las tablas de las camas y sacado fuera los colchones. Tenía polvo hasta en las pestañas. No nos sentamos en el sofá, casi nos tiramos del cansancio, y miré al techo mientras me acomodaba.

—De verdad que puedo llevarte a casa, así no duermes en este sofá. —Intenté colocarme para no clavarme los muelles.

—Que no, ya mañana volvemos.

—¿No te ha gustado la experiencia? —pregunté en tono sarcástico—. El techo tiene varias goteras.

—Ya tienes tareas esta semana.

—Como si no tuviera suficientes.

—Por lo menos estás aprendiendo a delegar y ya no te vuelves loco si no vas al restaurante. Debería hacerme consejero.

—Hombre, es que si no te hago caso me pegas un bastonazo.

Lo cogió y alcanzó a darme con la punta engomada en el brazo. Lo miré y sonríó.

—A los mayores hay que hacerles siempre caso. Y a los viejos más todavía.

—Sí, maestro senséi.

—Mañana vas a llamar a tu madre —declaró rotundo y me incorporé alarmado.

—¿Qué? Lo siento, por ahí no paso.

—Sí vas a pasar. Y vas a pasar porque llevas mucho tiempo necesitando hablar con ella.

—Yo no tengo nada que hablar con esa mujer.

—Quizá sí, quizá no, pero tienes que aprender a perdonar, y si no lo haces, por mucho que hagas por seguir, va a haber algo que te vuelva a arrastrar. Todos nos equivocamos, ella lo hizo mal, muy mal, pero tú no vas a estar toda la vida arrastrando ese dolor, tienes que dejarlo ir. —Chasqueó la lengua contra su paladar y me miró—. El sufrimiento existe, hijo. Es la otra cara de la moneda; la felicidad y el dolor, y uno no lo puede evitar ni puede elegir que algo malo no pase, lo que sí puede elegir es si lo que pasa le aparta de la vida que quiere o, a pesar de que esté ahí, sigue avanzando.

Enterré las manos en mi pelo y tiré levemente de él. En el fondo, una parte de mí creía que no sabía soltar el pasado, que se agarraba a él porque lo conocía, porque quizá le daba miedo lo desconocido. ¿Quién sería yo entonces si perdonaba a mi madre? ¿Podría hacerlo? ¿Podría avanzar con todo lo que viví sin que pesase tanto como ahora?

—Deja de hacerte preguntas, solo hazlo.

Enrique se tumbó en el sofá, apagamos la luz y nos quedamos en silencio unos minutos.

—Enrique —le llamé.

—Ni se te ocurra decirme que me vas a llevar a mi casa —advirtió.

—Gracias. —Estiré mi mano hasta alcanzar la suya y la apreté.

Al día siguiente, justo antes de dejar a Enrique en su casa, me pidió que llamase a mi madre delante de él, lo hice porque hasta yo sabía que, si no lo hacía en ese momento, no lo iba a hacer nunca. Mientras hablaba con ella, me palmeaba el muslo en señal de ánimo y con su mirada me decía que lo estaba haciendo bien, aunque yo no podía pensar lo mismo, era la última cosa que quería hacer.

Quedamos esa misma mañana en la cafetería del hotel donde se alojaba. Al entrar al vestíbulo giré la cabeza a la derecha y la encontré justo donde me indicó. La observé antes de que se diera cuenta de que había llegado: sus dedos tamborileaban sobre la mesa, no podía parar de mover la pierna y su pie golpeaba el suelo con suavidad, estaba nerviosa, tanto o más que yo. Anduve hacia ella poco decidido, y cuando estuve delante se levantó y me miró esbozando una leve sonrisa.

—Siéntate, por favor. —Me indicó la silla, la retiré y me senté.

El camarero llegó y nos tomó nota, después se alejó y cuando dejó delante de nosotros las tazas de café comenzó a hablar.

—¿Cómo estás? —Quiso saber y agité la cabeza.

—No sé si realmente te importa cómo estoy.

—Claro que me importa. Aunque no lo sepas, siempre he sabido cómo habéis estado, dónde habéis vivido, qué habéis estudiado, hasta lo que os regalaban por Navidad.

—Quizá hubiese sido mejor que lo hubieras vivido por ti misma y no por otras personas.

—Álvaro, yo... lo siento muchísimo. —Dirigió su mirada hacia el café y luego hacia mí—. No lo supe hacer bien.

—Lo estabas haciendo bien, ¿sabes? Lo estabas haciendo bien hasta aquel día.

—Pero yo no era feliz.

—Claro, y como tú no eras feliz nos hiciste infelices a los demás. Podrías haberte quedado, podríamos haber encontrado la manera de que hicieras lo que pensabas que te haría feliz.

—Crees que cogí el camino fácil, pero con el tiempo no lo fue —suspiró conteniendo las lágrimas—. Me di cuenta del daño que os había hecho y ya no podía volver por el miedo que tenía a vuestras reacciones, a ese rechazo, a la rabia que vi en tus ojos hace unos días.

—¿Te crees que no te habríamos perdonado? ¿Que dos niños no te habrían perdonado? Cuando no podemos perdonarte es ahora después de haber estado casi toda nuestra vida ausente.

—Álvaro...

Agaché la cabeza y entrelacé las manos. Al final todo se resume en eso, en el miedo, y nos paraliza hasta el punto de no saber qué decisión tomar. Y no hay una buena y una mala, no. La decisión está entre lo que hacemos y lo que tememos.

—Solo quiero que me escuches —dijo llamando mi atención y la miré con los ojos enrojecidos—. Te pido perdón, no me perdones si no quieres, si no lo sientes, no importa. No he vuelto aquí porque sea una egoísta que quiere liberarse de la culpa con la que carga, hace años que sé que me va a acompañar hasta el día en el que me muera. —Dejó una mano sobre las mías—. He vuelto porque no quiero que ni tú ni tu hermana tengáis esa carga, que sigáis pensando que no estoy, que no os veo crecer. Da igual que no os vea desde cerca, como he hecho durante toda mi vida, pero por lo menos ya lo sabéis. No quiero que sintáis que os abandono durante toda vuestra vida, que no me importáis. Quiero que tú y tu hermana viváis sin ese peso en el pecho, sin ese dolor que siento y que sé que tú eres el que más lo siente también.

Una de esas lágrimas que contenía resbaló por mi mejilla. En mí se estaba librando una guerra entre el rencor y la necesidad de soltar el peso que me lastraba y que estaba quitándome lo bueno que me estaba pasando. Me costaba disfrutar de lo que hacía, de con quién lo hacía y lo compartía. Me costaba conocer, perderme, querer, salir y descubrir por el miedo a estar solo conmigo mismo y encontrarme a una persona que no me gustara, en la que no supiera ver nada bueno, solo desconfianza, rencor, temor. Y me cansé, me cansé de sostener.

Las lágrimas comenzaron a sucederse, una detrás de otra, desordenadas. Yo necesitaba soltar y ellas también necesitaban salir. En aquel momento decidí perdonar, me liberé de esas cargas, las solté en un abrazo y salí de aquel hotel con más ganas de vivir que nunca.

Capítulo 36



Tic, tac, tic, tac

Los días en Málaga pasaron en un abrir y cerrar de ojos, tuve tiempo para cocinar en casa de mi abuela, repartimos unos cuantos dulces por el barrio porque si no decía que iba a romper el asiento del andador cuando se sentase; también cocinamos juntas, cantamos en aquella estrecha cocina alguna copla e intenté aprender a bailar algún pasodoble con el delantal puesto. Me gustaba estar con ella, regalarnos el tiempo que ya no podíamos compartir tan a menudo, quedarme con su risa e incluso con alguna de sus regañinas. También pude estar con Lucas, Nuria y Óscar, cenar fuera, malcriar a mi sobrino y tener alguna noche con mi amiga que tanto echábamos de menos y falta nos hacía.

Cuando Nuria me llevó a la estación me dijo que ni se me ocurriera darme la vuelta cuando cruzase el arco de seguridad porque seguro que iba a llorar, y que creía en mí. No lo dijo por el examen, no, ella creía en Candela, en quien era quitándose el uniforme y detrás de lo que le daba miedo.

Al llegar a Madrid mis días se sucedieron entre las cocinas de la escuela, donde pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo, y las horas de estudio en casa de Tomás, porque tenía una cocina mejor equipada que la mía. En aquella semana y media no había otras preguntas más allá de alguna duda en cualquier elaboración, de las cantidades de alguna receta y de si habíamos repasado alguna cosa que decían por el grupo, porque cuando uno de los tres creía que no, entraba en pánico hasta que lo recordábamos. Así. Delantales manchados y nervios a flor de piel.

La noche de antes del examen estábamos en casa de Tomás con la mesa del salón llena de apuntes y caras cansadas.

—Me voy a graduar y a jubilar. —Lancé el bolígrafo sobre la mesa—. Esto me va a costar la salud y una melena nueva.

—Vamos a aprobar, vamos a aprobar, vamos a aprobar —repitió Rebeca como un mantra y Tomás la miró con la ceja arqueada—. ¿Qué? Si lo invoco a lo mejor aprobamos.

—Claro, vamos a aprobar porque lo invoques y no por las horas que hemos estado estudiando. ¡A tomar por culo ya, hombre! —Cerró la libreta y se levantó hasta desaparecer. Después volvió con unas cervezas y las miramos como si no debiésemos.

—No me voy a liar, no me voy a liar, no me voy a liar —repitió de nuevo.

—Tranquila, que solo hay tres botellines.

Chocamos los culos y bebimos.

—¿Queréis que os cuente algo?

—Si es algo del grupo de los histéricos de la clase, prefiero que no —dije.

—No, no es nada de eso. ¿A qué no sabéis dónde nos vamos a ir de vacaciones?

Tomás y yo nos incorporamos al momento en nuestra silla y le prestamos atención.

—¡Venga, dilo! —exclamé viendo que la pausa dramática duraba de más.

—¡Nos vamos a Grecia!

—¿A Grecia? —Tomás hizo una mueca—. ¿A ver ruinas?

—A mí me parece bien, nunca he ido a Grecia.

—Finales de junio, Grecia. ¿Alguna vez os ha dado una insolación? Se pasa muy mal, os aviso.

—Cállate. Vamos a ir a Atenas, pasaremos unos días allí y después nos vamos a Mykonos.

—¡Ves! Ya estamos hablando el mismo idioma.

—Voy a pedir cita para ir vendiendo mi riñón —bromeé.

—Tranquilos, que la más pobre de todos aquí *c'est moi*.

—Bueno, por poco, que vas a trabajar en un restaurante de estrella Michelin —le recordó Tomás.

—Eso ahora mismo no importa.

—¡Claro que importa! Y pienso celebrarlo cuando estemos allí.

—Pero si no eres tú la que va a entrar a trabajar —me dijo Tomás y nos reímos.

Rebeca había recibido la llamada de Santana la semana anterior, decía que no quería desconcentrarla ni que fuese un problema, pero le ofreció un puesto en el equipo de pastelería del restaurante. Ella ni se lo pensó, fue un sí rotundo. Le dijo que esperaría a que aprobase el examen final y se graduase y ella le pidió unos días más de tregua por nuestro viaje. ¿Qué si le pregunté por cómo le había escuchado? Me declaro culpable, aunque también sabía por Aina que estaba bien. Que ahora realmente estaba bien. Y me alegré por él, se merecía poder respirar sin que le pesara el aire en el pecho, tranquilo y libre.

—No os alarméis, que todo está ajustado a nuestro bolsillo.

—Hostales de mala muerte no, eh. Que no me dejan llevar el kit de limpieza en la maleta.

Rebeca y yo nos carcajamos y ella negó con la cabeza.

—Hostales no, aunque algún día en un estudio ha caído.

Rebeca nos enseñó todo el *planning* que había preparado, los lugares que visitaríamos, los precios de los vuelos, del alojamiento y del transporte allí. Le dijimos que la ayudaríamos con algún fleco que quedaba y aceptó la ayuda para cuando acabásemos con aquel examen que nos estaba derritiendo el cerebro como si fuese chocolate. «El chocolate negro hay que fundirlo hasta los cuarenta y cinco grados, enfriarlo hasta los veintinueve y atemperarlo a los treinta y un grados para que no cristalice», repasó mi cabeza mientras os contaba.

Cerca de las doce de la noche, Tomás me acercó a casa para intentar descansar. Me despedí de él con un beso y un «reza mucho», subí y me preparé para dormir. Justo en el momento en el que estaba poniendo tantas alarmas como fuesen posibles, ya conoceréis ese pánico por quedarse dormido la mañana de un examen, una notificación de WhatsApp apareció en mi pantalla. Supuse que eran «Las supremas» por décima vez para desearme suerte, pero no eran ellas, era él.

Santana:

No sé si debía escribirte o no. Llevo un rato pensándolo, pero quería desearte suerte.

Releí el mensaje unas cuantas veces, si debía escribirme... Aplasté la almohada contra mi cara, ahogué una sonrisa y un «será idiota» al mismo tiempo. Me destapé la cara y comencé a teclear.

Cande:

Gracias.

¿Gracias? ¿A secas? Di que sí, Candela, así es como se entabla conversación. Resoplé y miré la pantalla convencida de que no contestaría a mi mensaje de mierda, pero, ¡sorpresa! Lo hizo.

Santana:

Seguro que estás nerviosa, doña perfecta.

Cande:

Unos minutos más y me subo por la pared como *Spiderman*.

Santana:

Hazlo como tú sabes y cree en ti. Yo lo hago con los ojos cerrados.

No, hombre, no, conversaciones con trasfondo ahora no. Tengo el cerebro frito de tantos apuntes.

Copié el mensaje y lo mandé al grupo de «Las supremas», en unos segundos era pólvora.

Alejandra:

Pero qué tierrno.

Cande:

Lo único tierno en lo que puedo pensar ahora mismo es en un bizcocho.

Nuria:

Una declaración de intenciones en toda regla, sí señor.

Alejandra:

Está claro que se dio cuenta de que la cagó y está intentando llegar a tu dulce corazoncito.

Nuria:

Nuestros análisis nunca se equivocan.

Cande:

«Vas a volverme locaa, ¿por qué? Vas a volverme locaa no lo vees».

Nuria:

¿Le perdonarías?

Pensé en la pregunta que me hizo Nuria, no tardé demasiado en contestar con un «sí» al aire porque, como os dije, yo sabía que quien hablaba no era él, era ese adolescente dolido y golpeado por los malos recuerdos.

Cande:

Sí. Pero eso no significa que vayamos a intentar algo.

Alejandra:

Piri isi ni signifiqui qui... ¡Venga ya!

Nuria:

Tú calla, que no eres la más indicada para hablar.

Cande:

Menos mal, meeenos mal que lo dices.

Alejandra:

Este dos contra uno no lo veo, eh.

Cande:

En el caso de que hablásemos, en el hipotético caso, ninguna de las que estamos aquí sabe dónde va a acabar esa conversación.

Alejandra, Nuria:

Bueno...

Cande:

¡Ahora tenéis una bola para ver el futuro y yo no me había enterado! Me voy a dormir la mona.

Nuria:

Contéstale.

Alejandra:

Dile buenas noches.

Santa paciencia.

Cande:

Lo que voy a hacer es tomarme una tila y contar ovejas. Esta noche el rebaño es muuuy grande.

Nuria:

Háblanos si no te puedes quedar dormida. Yo últimamente no duermo nada con la niña pegándome patadas. Cuando crezca la voy a apuntar a yudo a la jodía.

Alejandra:

Yo me caigo de sueño, así que no creo que escuche el teléfono. Mucha suerrrte. ¡Tú puedes!

Nuria:

¡Suerte, cielo! Llámanos en cuanto sepas algo.

Cande:

Lo haré, no os preocupéis. Os quiero.

Alejandra, Nuria:

¡Y nosotras!

Salí del chat riéndome y me fui a la cocina a calentar el agua para la infusión. Al volver dejé la taza en la mesilla mientras miraba el teléfono, dubitativa. Lo cogí, me metí en la aplicación y volví a abrir su conversación, total, hasta que la tila me hiciese bostezar me quedaban unos

minutos.

Cande:

Supongo que por mucho que crea una parte le corresponde al azar.

Bebí de mi vaso mirando la pantalla, pasaron unos minutos hasta que apareció un mensaje.

Santana:

Creí que ya no contestarías.

Cande:

Me lo he pensado.

Santana:

Tú siempre tan sincera... Irá bien, confía. Duerme, mañana será un día largo.

Cande:

Estoy esperando a que la tila haga su poca magia.

Santana:

Deberías haberte tomado algo más fuerte.

Cande:

Todavía no me ha dado por fumar porros.

Santana:

De verdad...

Me lo imaginé agitando la cabeza y sonriendo.

Santana:

Si no lo hubiera hecho mal contigo ahora estaría escuchando todas tus dudas hasta que te quedaras dormida.

Releí el mensaje unas cuantas veces deseando uno de esos abrazos con los que cubría todo mi cuerpo y me reprendí.

Cande:

Ahora no es momento de pensar en eso. Voy a intentar dormir, que sueñes bonito.

Santana:

No, quizá no, pero no puedo evitarlo.

Arrugué mis labios como si fuese un pez mientras leía la palabra «escribiendo».

Santana:

Buenas noches, Candela. Confía, de verdad, hazlo.

Capítulo 37



Violeta se llama mi amor

Me desperté taquicárdica, una ducha de agua fría y otra tila fueron mis mejores aliadas esa mañana. Tomé un desayuno contundente, porque sabe Dios las horas que tardaría en hacer el examen, para el último fueron unas tres horas, así que supuse que este último duraría un poco más. Repasé y cerré esos apuntes cuando llegó la hora de prepararme. Me abroché la chaquetilla blanca con el logo de la escuela, recogí mi pelo en una coleta y salí de casa.

Aquel día, mientras cogía por última vez el autobús, recordé a esa Candela que llegó a Madrid hace diez meses sin saber qué le esperaba, con mucho miedo, sin creer en ella, y ahora tenía que dejarla atrás. Dejarla, quizá, en aquella escuela de la que saldría una más decidida, una que estaba aprendiendo a bailar con todos esos miedos, pero, sobre todo, creyendo en ella. Porque sí, creía en lo que era capaz de hacer, en lo que podía imaginar y crear con mis manos. Creía en mi sueño, creí. Y gracias a eso me abroché decidida los botones de aquella chaquetilla para terminar de alcanzarlo. Y os aseguro que lo abrazaría muy fuerte para que no perdiese esas ganas de volar.

Al llegar a la escuela, Tomás me esperaba junto a Rebeca, cruzamos miradas y se santiguó.

—No te hacía muy creyente —le dije cuando llegué a él.

—Algo hay ahí... —Se puso místico y me reí.

—Me tiemblan las piernas —confesó Rebeca.

—Yo me estoy haciendo pis cada dos por tres.

—Ahora que lo dices, yo también.

—Pues venga, arreando que empezamos en quince minutos. —Apremió Tomás.

Cuando llegamos a clase la tranquilidad también brillaba por su ausencia, todos estaban nerviosos, a punto de entrar en pánico y con las uñas a ras de la carne de tanto morderlas. No descartaba que alguno se hiciera pis del susto. Tampoco que no fuera yo.

Nos separaron por grupos y por sorteo se decidió el grupo que iba primero. Tomás y yo caímos juntos en el segundo, pero Rebeca entró en ese primer turno, le deseamos suerte cuando escuchamos su nombre, ya solo nos quedaba rezar por ella.

—Esto es peor que el examen del coche —susurré y Tomás se rio.

—Chicos, ha quedado una última plaza en este primer grupo. ¿Alguien que la quiera ocupar? —preguntó uno de nuestros profesores—. ¿Nadie? Pues bueno, según el sorteo la siguiente es Candelaria Macías.

—Me cago en mi suerte —farfullé y me levanté al instante.

—Va a salir bien, ya lo verás —me animó Tomás y yo asentí—. Nos vemos en el veredicto final, a mí tampoco me queda mucho para entrar.

—Deséanos suerte. —Crucé los dedos, le di un abrazo y salí detrás del profesor.

Entré a la cocina donde se encontraban las encimeras separadas por filas. Todo bien, hasta

ahí como las dos veces anteriores. Rebeca me guiñó un ojo al verme, ocupé el sitio detrás de ella y uno de los profesores de la escuela comenzó a hablar.

—Para este último examen con el que obtendréis el certificado superior de pastelería, tenéis que preparar un postre de libre elaboración que combine los clásicos de la pastelería más tradicional con las creaciones de autor de la repostería moderna. Contaréis con tres horas y media para realizar la prueba. Al final de la prueba, un jurado de tres expertos en pastelería valorará los platos, posteriormente os comunicaremos el fallo.

—Vamos allá, Candela —me dije inspirando y soltando aire en una larga exhalación.

Siguió indicándonos las reglas que ya sabíamos y, cuando dio por finalizada la explicación, bajo su consejo de que estuviésemos tranquilos para pensar con claridad y su deseo de que nos saliese bien, el reloj se puso en marcha dándonos el pistoletazo de salida.

Cogí el cuaderno y comencé a trazar el borrador de lo que sería mi postre, una vez estuve convencida de lo que iba a hacer y de los pasos que tenía que seguir, fui a la nevera y a la despensa para comenzar con la masa de los *macarons*. De mis amados y temidos *macarons*. Hice por una parte la pasta de almendras y por otra el merengue, después los integré junto a un poco de colorante violeta y metí la mezcla en una manga pastelera con la que dibujé las conchas sobre una base de silicona que coloqué antes en una bandeja de horno. Cuando la terminé se fue directa al interior de este. Seguí con la semiesfera de *mousse* de mora y la salsa de caramelo de violeta que simularía el relleno del *macaron*. En este caso, necesitaba darme prisa porque tenía que hacer varios y meterlos en el abatidor para asegurarme de que lo pudiera desmoldar bien y las dos capas se viesan diferenciadas al cortar el *macaron* por la mitad.

Me compliqué la vida, ya os digo que me la compliqué, y no fue con otra cosa que con los pétalos que irían alrededor del *macaron* y que simularían una flor. ¿Por qué? Porque eran de chocolate blanco, chocolate que también tenía que teñir de violeta. Lo pensé lo justo y necesario, cuanto antes me pusiera con ello, en caso de que saliese mal, me daría tiempo a repetirlo una segunda vez.

Cogí el chocolate blanco, un bol y una cacerola para derretirlo al baño maría, este chocolate era el que menos grados necesitaba para fundir. Me centré en moverlo con la espátula mientras iba midiendo con el termómetro. Cuando alcanzó unos treinta y ocho grados lo saqué y lo vertí sobre una tabla de mármol, lo manipulé con las espátulas varias veces, pero se enfrió con rapidez y se hizo una especie de pasta. Tuve que volver a repetirlo. Dejé esta vez que alcanzase los cuarenta grados que podía como máximo y así pude atemperarlo sin que este se enfriase tan rápido.

Cuando lo tuve, estiré una lámina de papel guitarra y con la manga pastelera dispuse un número distinto de gotas de chocolate según los tres tamaños que necesitaban los pétalos, después coloqué otra lámina y aplasté con la base de un vaso para que se formaran esos pétalos que se fueron corriendo al abatidor.

El tiempo pasaba rápido, más de lo que tenía previsto, vi que Rebeca también andaba de aquí para allá, no podíamos hacernos señales, pero estaba concentrada y cuando lo estaba sabía que iba bien.

La siguiente elaboración era un helado de yogur, mascarpone y hierbabuena que le aportaría ese toque de frescor al dulce de la mora, el chocolate y la violeta. Hice también unos *shots* de jengibre que en mi cabeza y en mi paladar quedaban bien.

Entramos en la última media hora, dejé preparada la infusión de violeta que simularía el rocío de la mañana y me dispuse a emplatar.

Me temblaban las piernas, una parte de mí se sentía segura, otra no quería celebrar sentirse así porque decía que aún las cosas se podían complicar.

Saqué algunas de las elaboraciones que tenía en los distintos electrodomésticos. Las conchas de los *macarons* habían quedado con un color precioso, igual que el chocolate. Por suerte, ese día no me convertí en ningún teleñeco teñido de morado. Cogí el molde en el que tenía las semiesferas y comencé a desmoldar, la primera tenía alguna pompa de aire, chasqueé la lengua y la descarté. La segunda tenía una capa de salsa de violeta demasiado gruesa, se fue directa con la otra. A la tercera, en este caso, sí fue la vencida, así que la coloqué sobre la base del *macaron*, puse otra concha encima y directo al plato. Respiré hondo cuando tuve delante las láminas con los pétalos de chocolate. Intenté desmoldar los pétalos medianos, conseguí hacerlo, al igual que con los grandes, sin embargo, no pude hacerlo con los pequeños porque les faltaba frío. Y a mí tiempo. Los devolví todos al abatidor, no podía comenzar a pegar los pétalos porque iban de menor a mayor. Fueron unos cinco minutos un tanto agónicos, si no conseguía los pétalos, el postre no tendría sentido. Observé la encimera, repasé mentalmente todas las elaboraciones para asegurarme de que estaba todo, o casi todo, bajo control. Terminé vertiendo la infusión de violeta en un pulverizador y volví a mirar el reloj. Solo quedaban quince minutos para acabar.

Volví a por los pétalos, me temblaba el pulso y la pequeña espátula bailaba en mi mano derecha. Negué con la cabeza viendo cómo se rompía el chocolate por culpa de ese movimiento de manos que tenía que templar.

—Tú puedes, Candela, tú puedes —me recordé bajito.

Me enfrenté de nuevo a aquella elaboración, contuve el aire cada vez que despegaba uno de los pétalos, como si un simple soplo fuese a quebrar el chocolate y, poco a poco, fueron desprendiéndose de aquel papel. ¡Por fin! Una vez desmoldados comencé a pegarlos alrededor del *macaron*. No os imaginéis un *macaron* de tamaño normal, este era algo más grande para poder así dibujar bien la flor. Cuando tuve todos los pétalos pegados, tenía dos minutos para sacar del abatidor el helado y los *shots*. El postre lo terminaba delante del jurado.

—Cinco, cuatro —comenzó a cantar uno de los profesores—, tres, dos, uno. Pasteleros, un paso atrás.

Respiré y me doblé sobre la cintura abandonando la tensión que mi cuerpo había acumulado durante estos días. Sonreí porque lo había hecho. Lo había hecho. Rebeca se giró y ambas esbozamos una sonrisa amplia. Después esperamos mientras íbamos pasando de uno en uno al lugar en el que se encontraba el jurado. Era la última, paciencia.

Me llegó el turno, puse todas mis elaboraciones en un carro de sala y anduve con él hacia el interior de la habitación.

—¿Candelaria Macías? —preguntó uno de ellos y asentí—. Mi nombre es Fernando Fuertes, soy uno de los críticos que valorará su plato. Cuando quiera.

Volví a asentir e intenté calmar esos nervios que se manifestaban en mi párpado. A ver si iba a pensar uno de estos señores que le estaba guiñando el ojo para flirtear.

—¿Cómo se llama su postre? —preguntó la mujer.

—Violeta se llama mi amor.

—Adelante, explíquenos.

—A mi abuela Gracia le gustan mucho los caramelos de violeta. Ella siempre cuenta que cuando vino a Madrid a trabajar fue como criada en casa de unos señores. No tiene muy buenos recuerdos de esos años, aunque sí algunas anécdotas graciosas. Me contó que la señora de la casa no se portaba muy bien con ella, y que cuando le limpiaba el dormitorio se llevaba algunos de los

caramelos de violeta que dejaba en el tocador.

Vi a la mujer y a uno de los hombres esbozar una sonrisa, el tal Fernando tenía una cara de ñu que no podía con ella.

—Dice que en aquel entonces los caramelos de violeta eran un capricho que una criada no podía permitirse, ahora, cada vez que bajo a verla a Málaga, siempre le llevo una caja, por eso este postre va por ella.

Hice la *quenelle* de helado, me temblaban las manos, y la dispuse en el plato; seguí con los *shots* de jengibre y el nitro mientras ellos estudiaban todo lo que estaba haciendo. Cuando lo tuve, caminé con mi plato hacia ellos y lo coloqué delante de la mujer, que era la que se encontraba en medio. Lo miró con aprobación, en sus labios apareció un gesto de satisfacción; el que tenía cara de ñu siguió tal cual, el otro señor se colocó las gafas en la punta de la nariz y asintió también. Rocié el agua de violeta sobre el plato para finalizar, di unos pasos hacia atrás y me agarré las manos detrás de mi espalda.

—El plato está compuesto por un *macaron*, el relleno es una semiesfera gelificada cuyas capas son una *mousse* de mora y salsa de violetas. Alrededor se disponen los pétalos que conforman la flor de chocolate blanco. Le aporta el frescor el helado de yogur, mascarpone y hierbabuena junto a los *shots* de jengibre. Para terminar, una infusión de violeta a modo de perfume que simula el rocío —terminé de explicar y cogieron las cucharas.

Quería darme la vuelta, pero vi sus expresiones, cómo observaban el plato y paladeaban las elaboraciones. La capa de invisibilidad de Harry Potter por aquí, por favor.

—Candela —se dirigió a mí la mujer—, te felicito. Has sabido plasmar en este plato la historia, los sabores están muy equilibrados, la concha del *macaron* es perfecta y el helado y los *shots* ayudan a suavizar la potencia de la *gelée* y la salsa de violeta. Sin duda, un buen trabajo.

—Muchas gracias. —Agradecí y le devolví una sonrisa.

—El chocolate no está muy bien trabajado.

Di un respingo cuando comenzó a hablar el Risto que todo jurado tiene.

—Algunos de los pétalos pequeños están agrietados.

—El chocolate está bien atemperado —intervino su compañero—, no es cuestión de eso, sino de que era un trabajo muy minucioso y difícil de terminar a la perfección en el tiempo que tenían.

—Hubiese incorporado el jengibre al helado —repuso—, es cierto que su sabor aporta, sin embargo, lo hubiese utilizado en otra elaboración.

La mujer, Alicia, creo recordar que ponía en su placa, siguió comiendo del postre. Quizá cara de ñu no era muy querido por aquellos lares, a mí al menos me dio el rato.

—Ya puedes retirarte, Candela. En unos minutos os comunicaremos el fallo.

—Muchas gracias. Buen día.

Salí hacia la habitación donde se encontraban parte de mis compañeros, en cuanto abrí la puerta Rebeca corrió a abrazarme. Apreté con fuerza su chaquetilla entre mis manos y me froté la espalda.

—¿Cómo ha ido?

—No lo sé —respondí confusa—. Te diría que bien, aunque el tal Fernando ponía unas caras un tanto raras. ¿Y a ti?

—Me ha pasado exactamente igual, ahora solo nos queda cruzar los dedos.

Nos sentamos hasta que Beltrán entró, al fin nuestro hombre de confianza. Os juro que hasta me entraron ganas de levantarme a abrazarlo.

—Chicos, tengo aquí el fallo. Iré diciendo vuestros nombres y venís al despacho. En caso de no haber aprobado, tendréis que repetir el examen esta semana. Os daré a todos una lista de los aciertos y errores que el jurado elaboró, pero, antes de nada, me gustaría felicitaros a todos. Habéis hecho un gran trabajo y estoy muy orgulloso de todos vosotros.

Aplaudimos sus palabras y entró en el despacho.

Uno a uno, mis compañeros fueron pasando por allí, podría decir que en aquel momento había un setenta por ciento de aprobados y otro treinta de suspensos. Cuando escuchamos el nombre de Rebeca dimos un respingo. Le deseé suerte y me mordí las uñas mientras estaba allí. Salió unos minutos más tarde con una sonrisa de oreja a oreja y corrió hacia mí con una señal de victoria en su mano.

—¡Sííí! —vociferamos al unísono.

—Me alegro muchísimo. Te lo mereces, amiga.

—Corre, ve. Esto no tiene sentido si no podemos celebrar los tres.

Anduve hacia la puerta y entré. Beltrán estaba ojeando la lista, tragué saliva y me pidió que me sentara. Estuvo en silencio unos segundos que parecieron minutos.

—Beltrán, dime algo, esto está siendo peor que un parto.

—¿Tú tienes niños? —preguntó extrañado.

—No, pero mi amiga Nuria me ha dicho que el día más largo de su vida fue el día que tuvo a mi sobrino. Para mí este día está siendo igual.

—Ya me contarás si algún día tienes niños. —Sonrió, miró la hoja y después a mí—. Aprobado, Candela.

—¿En serio? —Los ojos se me llenaron de lágrimas y asintió—. ¡Sí, sí, sí!

Salté de la silla y la tiré hacia atrás por la efusividad, rodeé su mesa hasta abrazarlo y rio mientras me devolvía el apretón.

—Lo has hecho realmente bien. Están impresionados con tu trabajo, enhorabuena.

—¡Sí, joder! Gracias, gracias, gracias.

Salí de allí, Rebeca me esperaba en la puerta y salimos de la sala donde se encontraban nuestros compañeros. Una vez fuera saltamos y vociferamos que lo habíamos conseguido. Sonó un «we, we, we» que no un «oe, oe, oe», después nos pusimos a llorar. Un pico de felicidad siempre acaba con una sonrisa amplia y unas cuantas lágrimas.

—No me lo puedo creer.

Nos tiramos en el césped e hicimos tiempo esperando a que Tomás terminase. Casi dos horas después salió corriendo a buscarnos, y cuando nos vio se tiró al suelo y comenzó a hacer la croqueta. Nos tiramos encima de él haciendo un sándwich y, finalmente, nos levantamos para abrazarnos y seguir celebrando.

—Estoy feliz —declaró, emocionado—. Estoy feliz por nosotros.

Y creo que con esa frase podíamos resumir los tres aquella experiencia que acababa de terminar.

Capítulo 38



En las nubes

El tiempo pasa tan deprisa que a veces nos cuesta parar y ver lo que hemos logrado, a dónde hemos llegado. Nos dejamos llevar por la inercia, por ese paso imparable del tiempo, sin embargo, llega un momento en el que empezamos a aprender a desacelerar, a observar por dónde caminamos y a felicitarnos por haber llegado a una de nuestras paradas. Quizá me leáis y penséis que eso no os pasa, habrá alguien que diga «sí, por fin lo he logrado», pero si no ha llegado, os prometo que llegará. Que llegará la tregua, que os daréis cuenta de que el aire roza vuestra piel en esa pequeña cima a la que habéis escalado, que sonreiréis y os daréis un abrazo, que conseguiréis disfrutar de ese momento y coger fuerza para lo que la vida tenga preparado para después.

Durante aquellos días volé, disfruté de esa cima, me asomé al vacío donde estaban todos los meses anteriores: todos los momentos, las lágrimas, las risas, la frustración, mi esfuerzo, mis amigos, él. Y me sentí orgullosa de ver en quien me estaba convirtiendo, lo que estaba luchando por tratar de cambiar lo que no me hacía bien, por aprender nuevos y desaprender viejos patrones, por arriesgar y asumir que no todo siempre iba a ser perfecto que, aunque en mi realidad faltaban cosas, no por ello era menos bonita o menos digna de ser vivida con intensidad o celebrada con una canción. Era. Y eso también es importante.

Dormí como una marmota, hacía tiempo que no me despertaba a las once de la mañana ni me tomaba mi tiempo en prepararme un buen desayuno, en tener una llamada larga con mi abuela, en salir con Alejandra y perdernos por esa ciudad que aún no conocíamos del todo. Celebré con Tomás y Rebeca, bien celebrado, y también terminamos de preparar nuestro viaje.

Si me preguntáis por él, todavía le estaba dando vueltas a su mensaje desde el mismo día del examen.

Santana:

Enhorabuena, Candela. Beltrán me ha dicho que aprobaste el examen, sabía que conseguirías creer en ti, en lo que merecías.

Santana:

Echo de menos tu risa y el hoyuelo que se te marca en la mejilla izquierda, que pulules por la cocina del restaurante, echo de menos hasta esos líos en los que te veías envuelta, tu cabezonería y las ganas de vencer todo lo que venga. Te echo de menos y no sé qué hacer con eso.

No, no le escribí una respuesta. A pesar de que una parte de mí quería correr hacia el restaurante para abrazarle, la otra sabía que eso no acabaría bien, porque yo quería que plantásemos los miedos como las cartas, encima de la mesa, sin que ninguno de los dos quisiese huir, y para ello hacían falta varias de esas conversaciones incómodas que lo remueven todo.

Revisé el mensaje de nuevo, dejé el móvil encima de la mesa y entré en el baño para prepararme. El uniforme me esperaba planchado encima de la cama, y bien planchado, lo llevé hasta a una tintorería porque reivindicó que tener treinta años y que no se te dé bien planchar es normal. Al lado de este se encontraba el traje que utilizaría para la cena.

Sonaba esa canción de Yatra que tan buen rollo daba y me duché cantándola. Seguí con el repertorio mandándole a mi cerebro el mensaje de que se fuese preparando para la noche, y me hice unas ondas sutiles que caían sobre mi pecho. Seguí con el maquillaje, marqué mis ojos con un ahumado marrón y un poco de brillibrilli en dorado, se me fue la mano con la raya del *eyeliner*, suerte que pude corregirlo con una toallita antes de estropearlo todo, y terminé con los labios en un todo *nude*: resistentes, *waterproof* y todo lo que le echasen, que yo volvía esa noche con mis labios intactos.

Tomás me recogió en casa, Rebeca ya iba con él en el coche. Tocó el claxon para hacerme saber que ya estaban abajo, así que cogí mi bolso y bajé corriendo. Estaban tan sonrientes que si tiraban un poquito más de la sonrisa yo creo que podían haberlos llamado como secundarios del Joker.

—Me toca a mí delante —le dije a Rebeca.

—No, me toca a mí.

—La última vez fuiste tú delante —le recordó Tomás.

—Que yo detrás me mareo. —Lloriqueó y puse los ojos en blanco mientras me sentaba atrás.

—Luego sí que te vas a marear en el autobús —dije con malicia.

—Y te vas a sentar al lado del conductor, en el asiento de los profesores.

—Después coges el micro y rezas un padrenuestro antes de salir de excursión.

—Vais a conseguir que me monte atrás.

—No, ahora te quedas aquí. —Sujetó Tomás su pierna—. Toma, pon música. —La distrajo dándole su móvil—. ¿Trajiste tus entradas para poder dárselas a mis hermanas?

—Cómo para no traerlas, pesado.

—Ni el último día me libro.

—No podemos faltar a la costumbre.

—¿En tu familia sois de una secta o algo? —preguntó Rebeca.

—Pero ¿qué dices ahora?

—Hombre, es verdad que sois ciento y la madre. Tienes dos de mis entradas y dos de Rebeca —apunté.

—No son todas para mi familia.

—¿Entonces? —siguió mi amiga.

—¿Has estado haciendo trapicheos con ellas por ahí? Por lo menos te habrán pagado bien.

—Dios mío, qué suplicio. Ahora os enteraréis.

—Ahora resulta que eres como Wallapop —le dije y Rebeca rio.

Por suerte para Tomás, llegamos a la escuela. Esperamos en el césped de fuera donde saludamos a algunos de nuestros compañeros que ya se encontraban con sus familiares. En ocasiones como esas notaba más la ausencia de mis padres y de mi abuela, pero contaba con el apoyo de Alejandra y Hugo.

—Pero ¿¡qué belleza se gradúa hoy!? —Me giré al notar un pellizco en mi trasero y la abracé.

—Si necesitas un rescate esta noche, puedes llamarme. —Hugo me guiñó un ojo y nos

abrazamos también—. Lo digo en serio, Alejandra me va a volver loco.

Me reí y le froté la espalda.

—No te preocupes, ahora que estoy algo más libre podemos batallar los dos con sus hormonas.

—Estás muy guapa, enana —susurró y me dio un beso en la frente.

Nos reunimos allí la familia de Tomás, los padres de Rebeca, con quienes había tenido una conversación y las cosas estaban más calmadas, y su hermana. Hablamos hasta que vimos que todo el mundo comenzaba a pasar y nos dispusimos a entrar al salón donde se celebraba la graduación.

—Dame tus entradas —me pidió Tomás.

—¿Para quién?

—Detrás de ti.

Fruncí el ceño y me giré. Mi abuela caminaba agarrando a Nuria de uno de sus brazos y con el otro apoyándose en mi padre. Corrí hacia ellos y mi abuela me abrazó conteniendo las lágrimas, yo no pude parar de llorar.

—Candelita, mi niña.

—Abue, ¿qué haces aquí?

—Pues mira, aquí que he venido con tu padre y con Nuria. Esto no me lo perdía yo.

Abracé a mi padre y a Nuria, quien lloraba también.

—No son las hormonas, eh. Es que me he emocionado —avisó y reímos sorbiendo las lágrimas.

—Papá —le dije, queriéndole preguntar dónde estaba mi madre, por qué había venido.

—Hablamos después, ¿vale? —me aseguró cogiendo mi cara entre sus manos.

—Luego soy yo el de la secta, la que lleva el séquito detrás.

—Te lo tenías muy calladito.

—Te merecías esa sorpresa, tonta.

—Gracias.

Nos despedimos de nuestra familia para ocupar los asientos que teníamos asignados, poco a poco comenzaron a entrar nuestros profesores, que ocuparon la mesa principal, y después dieron paso a algunos chefs que colaboraban con la escuela. Le vi entrar junto a ellos. Llevaba un pantalón claro y una camisa del mismo azul de sus ojos, tenía el pelo algo más corto, me reí pensando en el momento en el que seguro Javi o su hermana insistieron en que fuera a la peluquería. Estaba cambiado, sus brazos se marcaban bajo la tela de la camisa, supuse que durante este tiempo decidió desfogar en un gimnasio, aunque si os digo la verdad, lo veía más de darle a un saco y que en cada golpe fuese diciendo «a este plato le falta *umami*, este ingrediente combina con este otro», imité en mi cabeza con voz grave y me reí.

—Mírala, se ha puesto tonta —observó Tomás.

—Venga ya, no me reía por eso.

—¿Entonces? —Quisieron saber.

—Cosas mías.

Nuestros profesores comenzaron a hablar, el acto no fue demasiado emotivo, no es como cuando acabas la carrera y ponen en un PowerPoint tu foto de pequeña con una de ahora o algún compañero se subía a dar el discurso destacando algunos de los momentos que habíais vivido con algún que otro comentario sobre algún profesor haciendo algo de mofa y que ellos se tomaban bien.

—Queremos agradecer a cada uno de vosotros el esfuerzo que habéis hecho para llegar hasta aquí, por haberos comprometido con la profesión, haber dado lo mejor de vosotros en cada uno de los lugares en los que habéis estado aprendiendo de otros profesionales, por tratarlos con tanto respeto y admiración. Para nosotros es un orgullo que forméis parte de la escuela, así que gracias por habernos elegido.

Un aplauso que duró casi un minuto comenzó a resonar en el salón, después se dispusieron a la entrega de nuestro gorro. Llamaban, subíamos al escenario, saludábamos, foto feliz con el gorro y volvíamos a nuestro lugar. Cuando le llegó el turno a Tomás, Rebeca y yo aplaudimos como si fuésemos sus fans. Que lo éramos. De él, de su paciencia y su cariño.

—Candelaria Macías Ramos, Marta Martínez del Río, Rebeca Pérez Guijo.

Rebeca y yo nos levantamos, escuché a Nuria y a Alejandra gritar «¡esa es nuestra amiga!» y me fui riendo mientras subía las escaleras del escenario. Beltrán me puso el gorro y asintió contento después de darme un apretón de manos.

—Felicidades, Candela. Ha sido un placer.

—El placer ha sido mío. Muchas gracias.

Nos paramos a que nos hicieran la foto y saludamos a los tres chefs que estaban después de la mesa de profesores. Eran bastante jóvenes, la verdad.

—Enhorabuena. —Iban diciendo al apretarnos la mano.

Cuando llegué a Santana y le tendí la mano la cogió con rapidez, como si esperase ese contacto. Miré nuestras manos y luego le miré a él.

—Brillas —me dijo y sonrió—. Enhorabuena, Candela.

—Gracias. —La sonrisa no se me borraba de la cara, noté en su mirada que quería decirme muchas cosas, tantas como quizá quería decirle yo a él—. Hablamos luego. —Deshice ese apretón y él me cogió de la muñeca antes de irme.

—Te espero.

Asentí y bajé por las escaleras de vuelta a mi asiento.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntaron cuando me senté.

—Qué cotillas.

—No somos cotillas, somos ávidos de información —se defendió Tomás.

—Que brillaba.

—Ohhh —pronunciaron al unísono.

—Shhh, le dije que hablaríamos luego.

—A ver si es verdad, hombre —protestó Tomás.

—Creo que os cuento demasiados detalles de mi vida, y que cuanto más os doy, más queréis.

—Somos como los vampiros con la sangre, pero con los cotilleos —comparó Rebeca.

—Pues id buscando otra presa a la que hincarle el diente.

—Esta mucho preguntar y de su vida no sabemos ni de la misa la mitad —me dijo Tomás.

—Eso es verdad.

—Mi vida es anodina.

—Chica, si tú llamas anodino a eso de intercambiar pareja, entonces yo soy una monja a punto de tomar el hábito.

—Yo ya estoy de clausura —siguió Tomás.

—Eso no te lo crees ni tú. A ti deberíamos hacerte también un tercer grado.

—Ya no tengo nada con Elisa.

—¿¡Cómo!? —exclamamos.

—Shhh, ya hablaremos. Ahora mismo estoy disfrutando de este momento, no quiero acordarme de eso.

Tomás y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. O Rebeca era experta en esconder cómo se sentía o nosotros habíamos estado demasiado centrados en el examen y no nos habíamos dado cuenta de que algo pasaba. O las dos opciones, quién sabe.

Al salir del acto volvimos a reunirnos con nuestra familia en una pequeña copa de bienvenida que la escuela organizó, busqué a mi padre y a mi abuela, quien estaba sentada en una silla mientras que el resto estaba de pie.

—Has sido muy aventurera viniendo sin andador —señalé y se rio.

—Ahora me llevas de fiesta contigo —bromeó y le guiñó un ojo. Hizo un gesto con su cabeza señalando a mi padre, y al dirigirme a él me volvió a abrazar. Yo intentaba asimilar lo que estaba pasando. No recordaba el tiempo que pasó desde la última vez que lo hizo. Pero era mucho.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Quise saber.

—No quiero perderme más cosas de tu vida —confesó con tristeza en sus palabras—. Todos los padres nos equivocamos alguna vez, al parecer yo nunca paré de hacerlo. Tu madre tampoco, y aunque ella es más orgullosa para admitirlo, también le duele —dijo haciendo una mueca y me miró—. Siento no haber sabido estar, mantenerme al margen cuando decidías algo que era importante para ti, siento no haber sabido decirle a tu madre que cerrase el pico cuando no llevaba razón. —Sonrió en un suspiro y esbozó una sonrisa.

—Yo tampoco soy perfecta, pero os necesité muchas veces y no os encontré. —Apreté los labios y miré a mi abuela, quien nos miraba con cierta tristeza—. Tenemos que hablar porque esta que ves hoy soy yo, papá.

—Hablares, te lo prometo, pero antes déjame decirte que estoy orgulloso de ti. De que siempre hayas peleado por lo que querías. Eres muy valiente, Candela. No sé a quién has salido.

Miré a mi abuela y asentí con una sonrisa. A ella, me parecía a ella. Me dio un beso en la mejilla que correspondí y le di las gracias. Equivocarse es fácil, lo difícil es admitir que lo has hecho y asumir el error. Que mi padre estuviese allí significaba muchas cosas, la más importante de todas era que estaba dando un paso hacia delante para tratar de arreglar ese daño que supo que dejó en mí y que también provocó en él. Sabía que no iba a ser fácil para ninguno, sin embargo, cuando lo abracé sentí alivio, porque era algo que pesaba en mi mochila y que no tuve valor de afrontar antes. Ahora sabía que sí lo tenía.

—Tu amigo el chef nos ha recibido hoy en su restaurante, lo ha abierto para nosotros —comentó mi abuela dando un sorbo a su tónica.

—Espero que no me estés mintiendo, y que eso no lleve nada de misterio.

Se rio y se encogió de hombros sembrando la duda. Menuda era.

—Hemos comido de categoría. Insistí en pagar, le dije que de allí no me movía, pero me dijo que, si no, me iba a perder tu graduación, así que... Le dejé una buena propina —me contó y miré a mi padre y a mis amigas que estaban riendo.

—¿Me lo estáis diciendo en serio? —Asintieron y puse los brazos en jarra—. ¡Seréis gorriones! ¿Habéis ido todos? —Les escruté con la mirada y se encogieron de hombros—. ¡Pero qué vergüenza!

Se carcajearon y terminaron por confesarme que, aunque al principio no les dejó, como se tuvo que ir antes, hablaron con Javi y ajustaron cuentas.

—Santana llamó a tu abuela y le preguntó si queríamos estar hoy aquí. Óscar tuvo que quedarse con Lucas, si fuese por ellos también habrían venido —añadió mi amiga.

—Hablé un buen rato con él, le conté hasta la novela que estaba viendo. Luego llamé a tu padre, creía que iba a tener que echarle un sermón, pero no me hizo ni falta.

—Qué calladito te lo tenías, creía que entre nosotras no había secretos. —Entorné los ojos y en su cara veía lo contenta que estaba, yo no daba crédito de lo que estaba escuchando.

—Muy zalamero, eh. Y así, duro.

—¡Gracia! —exclamaron mis amigas y nos carcajamos.

—Mañana vamos a comer churros. ¡Ah!, y a la lotería, que voy a llevarme unos cuantos décimos. Y a por los caramelos de violeta, que ya se me acabaron —les dijo a Alejandra y a Hugo.

—A sus órdenes —contestó este mientras el resto la escuchábamos divertidos.

—Mañana vamos a donde tú quieras, abuela.

—Para una vez que salgo de viaje... Verás cuando se lo cuente a Encarna.

Seguimos hablando y riéndonos. Los miraba y sabía que estaban allí por mí, me sentía afortunada. En aquel momento creo que hasta las palabras se me quedaban cortas para contaros cómo me sentía. Supongo que después de haberme acompañado a lo largo de estos meses sabréis lo que ellos significan para mí. Una hora más tarde nos despedimos hasta el día siguiente.

Capítulo 39



Qué lástima, pero adiós

Tomás y Rebeca casi me secuestran para volver a casa, arreglarme con rapidez e ir a la cena. La noche continuaba y estábamos preparados para lo que nos deparase. Llegamos a mi apartamento, que era el que se encontraba más cerca, y Tomás sacó su traje y la bolsa de Rebeca del coche.

—Estoy pensando en llevarme el gorro —anunció Tomás mientras yo abría la puerta verde—. Me queda muy bien.

—¿Te lo ha dicho mi abuela? —Asintió—. Pues no te fíes mucho —bromeé y me hizo una burla.

—Venga, venga, que el autobús sale dentro de media hora. —Apremió Rebeca.

Decidieron hacer la cena en una finca en las afueras de Madrid, habían alquilado un autobús para que quien bebiese pudiera volver sin tener que coger el coche. A mí me recordaba a las bodas, y como no teníamos intención de volver sin alguna copa encima, no nos quedó más remedio.

Nos arreglamos todo lo rápido que pudimos, suerte que Rebeca y yo ya estábamos peinadas y maquilladas. Me puse aquel *total look* en negro: unos pantalones *palazzo* de talle alto, un top *balconette* que dejaba ver parte de mi vientre y una blazer *cropped* con hombreras. Todo muy yo. Me subí a unas sandalias joya negras y cuando estuve lista ayudé a Tomás con el nudo de la corbata.

—Estás preciosa —declaró con una sonrisa.

—Tú también estás muy guapo. Aunque no entiendo que con treinta y tres tacos no sepas hacerte el nudo de la corbata.

—Sí sé, estuve viendo videos en YouTube, pero ahora no me sale, cosas del directo.

—¿Estamos *ready*? —preguntó Rebeca saliendo del baño. Iba con un pantalón de traje y un *body* encorsetado espectacular.

—¡Qué cañón! —piropeé al verla y dio una vuelta sobre sí misma.

—Sí que han hecho un buen trabajo las Señoras del Telar —añadió Tomás y mi amiga le dio un codazo—. Es broma, bombón.

—No me hables de chocolate.

—Prohibido —pedí también—. He tenido pesadillas con esos pétalos. Me atacaban. Como una planta carnívora.

Tomás agitó la cabeza y comidió una risa.

—Venga, vamos que la noche es joven.

Fuimos en metro hasta la ubicación del autobús, allí nos encontramos con algunos de nuestros compañeros y también de nuestros profesores, supusimos que estaban dispuestos a darlo todo esa noche. Al llegar a la finca, observamos las luces tenues que decoraban las copas de los árboles, era como si en ellos se reflejasen algunas estrellas. Todo estaba organizado a modo de

coctel: mesas altas, algunos taburetes que yo ya estaba visualizando porque sabía que, en unas horas, o no sentiría los pies o me querría morir; un pequeño escenario en el que estaban los chicos de un grupo para amenizar aquello, algunos pequeños *foodtrucks* con distintos tipos de comida, postres incluidos, por supuesto, y un puestecito de bebidas y cócteles. El cielo.

Nos agrupamos en una de esas mesas con dos de nuestros compañeros, margarita en una mano y un taco al pastor en la otra. Comimos y bebimos mientras que el chico del grupo cantaba «¡Qué bueno!». Alguno de nosotros vociferó aquella canción sujetando alto nuestra copa.

—«Qué bueno que es tenerte, qué bueno fue conocerte. Qué bueno que es sentir que te tengo para ahora y para siempre». —Cantamos—. «Y qué bueno volar, y qué bueno vivirrr, y qué bueno cuando tú me miras y me dices que sí».

Seguimos comiendo, cantando y bailando. Brindando con nuestras copas con cualquier compañero que nos encontrábamos, menos con Ángel. Seguía sin tragarnos, bueno, más que nada a mí.

—Yo creo que a Ángel le gustaba Santana.

—¿¡Qué dices!? —exclamamos Tomás y yo.

—¿Por qué si no de buenas a primeras esa actitud contigo?, ¿eh?

—Porque se quería quedar a trabajar en el restaurante —pensó Tomás.

—Sí, pero también le gustaba.

—¿Y qué quería? ¿Quitarme de en medio como en las telenovelas?

—Más o menos.

—Sea lo que sea, ahora mismo me da igual. Vigíladlo de vez en cuando por si me tira una de esas antorchas para quemarme el bajo del pantalón —bromeé y nos reímos.

Ninguna cosa es demasiado surrealista para que nos pase en la vida. ¿No os habéis preguntado alguna vez «¿por qué me pasa esto a mí? Si esto no tiene que pasarle a alguien normal»? Pues pasa. Y no es porque seas tú.

—Voy al baño un momento —avisé dejándolos allí.

Fui cruzándome con gente en el camino, buscar los baños era como adentrarse en el laberinto del fauno. Bordeé el restaurante y encontré el baño en una especie de casita de piedra. Miedito. Entré, no había nadie e hice pis rápidamente. Justo cuando me estaba lavando las manos se apagaron las luces, después se escuchó el sonido de una puerta cerrarse abruptamente. Juro que no hemos pasado a una novela de terror, aunque yo casi tuve que entrar de nuevo al baño porque me iba a hacer pis encima del susto. Le eché valor, salí de allí con las manos empapadas y me choqué con alguien. Grité. Y no un «¡ah!» Fue un «¡ahhh!, ¡Socorro!»

—¿Candela?

—Seas quien seas enciende la luz, por favor.

Noté que se movía y yo ya estaba santiguándome porque creía que me iba a secuestrar. Y sin móvil para que al menos me pudiesen rastrear. Cuando la luz se encendió respiré aliviada, el aire abandonó mi cuerpo unos segundos. Jesús. Qué mal rato tan innecesario. Lo miré y me preguntó con sus manos qué había pasado, no pude contestar, simplemente nos echamos a reír.

—Te juro que creía que me iban a secuestrar.

—Aún queda noche.

Palmeé su torso y sonreí.

—Hola.

Su perfume lo inundaba todo en aquel momento, no reparé en él cuando tuve mi mejilla pegada a su pecho, pero lo hice en ese instante. El azul de sus ojos parecía oscuro tras la ausencia

de luz, quizá también era el color de su ropa que los hacía ver así. Yo también le echaba de menos. Y lo peor, echaba de menos todas esas cosas que podíamos haber sido.

Levantó su mano hasta coger uno de los mechones de mi pelo, lo deslizó entre sus dedos con suavidad y lo colocó detrás de mi oreja.

—No pretendía asustarte —dijo mirándome y yo me quedé en silencio—. Ven, vamos donde haya un poco más de luz —propuso tendiéndome la mano y la cogí.

Salimos del baño de la muerte y anduvimos por un camino de gravilla que llevaba a un pequeño jardincito con una fuente en el centro. Su mirada me recorrió hasta parar en mi boca. Estaba nerviosa, pensé que quizá también podía escuchar cómo se me aceleraba el corazón, después volvió a mis ojos.

—¿Te comió la lengua el gato?

—Ahora mismo necesito una copa de vino y un exorcista. He pasado miedo. —Nos reímos—. Gracias por haber hecho que mi abuela viniese, y mi padre.

—No ha sido nada. Además, me lo pasé muy bien hablando con ella.

—Dime que no te tuvo una hora al teléfono contándote toda la novela.

Sonrió indicándome que sí lo hizo.

—Me hizo un resumen. —Rio acordándose de la conversación—. Te mereces tener a quien quieres a tu alrededor, a quien te quiere. Sabía que hoy era un día importante para ti, ya está.

—Gracias, de verdad —repetí. Frunció el ceño y entornó su mirada mientras esperaba que yo siguiera hablando, que encontrase las palabras—. Yo también te echo de menos —solté finalmente.

—Lo siento, Candela. Te dije que contigo no me iba a arrepentir de nada y sí que lo hago, me arrepiento de haberte hecho daño, de haberte dicho adiós aquella mañana. Yo... tenía miedo de no merecerte, de apagarte con tantos miedos y que al final acabases yéndote tú también.

—En ese caso tendría que haber decidido yo si quería quedarme o no. Y yo estaba dispuesta a hacerlo.

—No estaba bien, necesitaba un tiempo, encajar lo que estaba pasando.

—Yo te lo iba a dar, no iba a presionarte, solo quería estar si me necesitabas —suspiré—. No podemos huir cada vez que la cosa se complique, que dudemos, que tengamos miedo. Y lo peor de todo esto es que en algún momento lo hemos hecho los dos.

—Lo sé, ahora lo sé, y lo siento.

Me acerqué a él y hundí mi cara en su pecho hasta notar que sus brazos me rodeaban. Abracé su cintura y suspiramos. Siempre hay partes de nosotros mismos que vamos a tener que arreglar, siempre vamos a tener pedazos que coger para reconstruirnos. No se trata de sanar con rapidez, de dejarlo todo bien bonito para comenzar a admirar lo que hemos hecho, se trata de trabajar con lo que tenemos, de aprender a vivir aun estando rotos o faltándonos piezas que pegar. De vivir con lo que traemos, sin esperar a que ese algo ocurra para empezar a hacerlo. Porque puede que nunca llegues a terminar ese mosaico en el que trabajas, pero siempre vas a poder admirarlo. Este acabado o no. Y puede que en eso consista también el amor, en ver como esa persona va uniendo sus piezas, va equivocándose o encajándolas. En acompañar, en ver crecer, volar.

—Ojalá no sea demasiado tarde para nosotros —susurró.

Alcé la vista, nos mantuvimos la mirada unos segundos y se agachó hasta que sus labios rozaron los míos. Me aferré a su cuello y él me sostuvo apretando sus manos sobre mi piel, como si tuviese la necesidad de sentir que era real. Noté cómo los músculos de su espalda se relajaban

mientras nos perdíamos en nuestras bocas. Su lengua se abrió paso entre mis labios, jugueteando con la mía y después de lo que me parecieron apenas unos minutos se separó con unos cuantos besos breves y una sonrisa. Así creo que deberían acabar todos los besos. Con una sonrisa.

—Quizá no lo sea —dije aún cerca de su boca y siguió sonriendo.

—Ya estoy en casa, mi amor. La puerta está abierta, no necesitas volver a llamar.

—¿Ya no necesito llave?

—Ni siquiera hay cerradura.

Sonreí al ver que todos esos muros habían ido cayendo uno a uno.

—Prepárate, porque algún día entraré desbaratándolo todo —le advertí con una sonrisa.

—Estoy preparado para el huracán.

—Espero que cuando vuelva seamos capaces de elegirnos por encima de nuestros miedos.

—Pasaremos por encima de todo —susurró dejando un último beso en mis labios—.

Disfruta de la noche, van a pensar que te han secuestrado de verdad.

—Y lo has hecho.

—¿Eso crees? —Me miró desafiante y me levantó del suelo cargándome en su hombro.

—¡Qué se me van a salir las tetas!

Lanzó una carcajada que acompañé y no me soltó hasta casi llegar a la fiesta.

—Te vas a librar porque llevaba el top bien apretado. ¡Me voy! —Me alejé mientras reía y me siguió con la mirada hasta que me reuní con mis amigos.

—¿Dónde coño estabas? —me preguntó Rebeca y miré hacia atrás. Lo vio de soslayo y me pellizcó el antebrazo—. ¡Cuenta!

Le quité su copa de vino y comencé a vociferar.

—«Soy un borracho de tu amor, de tus vermús de medio día, ponme otro beso a tu salud, vengo del barrio de la alegría».

Agarré a Tomás, que pasaba por allí, y bailamos aquella canción con un movimiento de manos un tanto flamenco.

—«Soy un borracho de tu amor, de tus vermús de medio día, ponme otro beso a tu salud, morena mía». —Seguimos cantando hasta acabar con la canción y con la copa.

Hubo un momento de la noche en el que me quité las sandalias, sentir el césped bajo mis pies fue lo último que necesitaba para seguir bailando.

—Quítate los zapatos —le dije a Tomás.

—¡Qué dices!

—Que te los quites, que me vas a pisar el pie y me vas a romper la uña del dedo gordo. Y esas tardan en crecer.

—¡Quítatelos, quítatelos! —Coreamos Rebeca y yo con la lengua algo trabada y nos hizo caso.

Los tres seguimos coreando las canciones que sonaban mientras bailábamos, ahora sí, sin dolor de pies.

Pusieron una fuente de chocolate, a nosotras, que renegábamos de él después del examen, nos faltó tiempo para ir y reponer algo de fuerza. Crucé mi mirada con la de Santana alguna vez hasta que dejé de verlo entre la gente, supuse que se habría ido.

El chico de la banda anunciaba la última canción, el cielo estaba completamente cubierto de estrellas, parecía que incluso me lanzaban un guiño, quizá era una señal cómplice, algo diciéndome que lo estaba haciendo bien. Sonó aquel «Me voy» de Julieta Venegas para cerrar la noche.

«Qué lástima, pero adiós. Me despido de ti y me voy».

Capítulo 40



Por nosotros

Seguro que habéis escuchado que los aeropuertos cuentan muchas historias. Historias de quienes deciden empezar de nuevo en algún lugar, de quienes vuelven a casa, de quienes van a reencontrarse con alguien, a perseguir un sueño o a cerrar un capítulo. Y allí se cerraba uno de los nuestros. Un capítulo de nueve meses, el capítulo más intenso de mi vida, más bonito, que sentí más real porque logré escribirlo con todo lo que quise, con mis decisiones, algunas más acertadas que otras, y otras difíciles pero necesarias.

Embarcamos a medio día, una hora decente para poder terminar de recuperarnos de esa resaca que duro veinticuatro horas. Eso de habernos puesto detrás de la barra de los cócteles a prepararlos y de paso beber no fue una buena idea, aunque apuesto a que todo el mundo a las cinco de la mañana con la música aún sonando lo habría hecho. Suerte que en uno de esos intentos de hacer de barman o de *barwoman*, —¿eso existe? — no se me cayó la botella a mis pies descalzos. Las sandalias las perdí en una de las veces que me las quité, Rebeca estaba segura de que Ángel me las había tirado a la fuente, yo esperaba que si las tenía él se las quedase de *souvenir* o que las tirase a la basura, pero que no hiciese vudú ni nada raro con ellas.

—Tengo que ir al baño —dijo Rebeca.

—¿Otra vez? —pregunté

—La Muñeca Meona. —La apodó Tomás—. Venga, ve que vamos a ser los últimos en embarcar.

—No os vayáis sin mí.

—Debería haberse tomado una tila o algo, ponte tú en medio, me niego a que me clave las uñas cada vez que el avión se mueva.

—Qué buena amiga.

—Soy buena amiga, pero tengo la piel fina.

—Ya estoy, venga, vamos. Cuanto antes suba, antes bajo —resolvió cuando volvió.

El vuelo fue relativamente tranquilo, Tomás acabó con alguna señal de las uñas de Rebeca, hubo un azafato que le preparó una tila y más o menos se tranquilizó. Logramos llegar, quién lo diría, sin ningún percance. Ni vuelo perdido ni problemas en el control ni escándalo en el avión. Prueba superada.

Cogimos el metro que nos dejaba en el centro de la ciudad, justo al bajarnos sentimos una bofetada de calor que nos hizo echar de menos algo fresquito, así que anduvimos con la maleta hacia un barecito que se encontraba a escasos metros del hotel.

—¿De verdad vamos a ser tan vagos como para no entrar primero al hotel? ¡Qué habéis estado tres horas con el culo sentado en el avión! —protestó Tomás.

—Tomaso, son vacaciones. Relax —le recordé—. Ven, ven, siéntate.

—Los trámites del hotel son estresantes. Que si la reserva, el DNI, entiende tú también lo

que dicen.

—¿Cómo se dice «hola» en griego? —les pregunté por si alguno lo había mirado.

—Γεια σας —contestó el camarero que llegó a nuestra mesa.

Imaginaos la cara que se nos quedó. El camarero se rio y comenzó a hablar en español.

—Se pronuncia /Yiá-sas/. ¿Algo mejor?

—Algo. —Sonreímos.

—¿Qué vais a tomar?

—Tres Coca Colas, por favor.

—Y fresquitas, con hielo —pedí.

—Sí, que te va a entender —apuntó Tomás mientras el chico se retiraba.

—Ahora en el hotel hablas tú —pidió Rebeca y Tomás asintió.

—¿Y por qué yo?

—Porque tú eres la que habla inglés *fluently*.

—Voy a cobraros una comisión por traductora.

—A mí no que yo aún no sé qué voy a hacer con mi vida, se la cobras a la del restaurante estrella Michelin.

—Ya hablaremos al final del viaje, ya —aseguré.

El camarero dejó los refrescos en la mesa junto a tres vasos con hielo, le hice a Tomás un gesto repelente porque el chico sí me había entendido y bebimos. No un sorbito, el trago fue largo.

—Qué gusssto —gemí cerrando los ojos.

—Estamos oficialmente de vacaciones. —Secundó Tomás y sonreímos.

Acabamos y pagamos por tres Coca Colas lo que en España hubiésemos pagado por seis.

—Aquí nos va a salir caro emborracharnos —se lamentó Tomás.

Salimos por aquella calle empedrada hacia el hotel. Minutos después Rebeca paró frente a un edificio, Tomás me miró incrédulo y una sonrisilla se dibujó en su rostro.

—Dime que este es el hotel.

Mi amiga asintió y él dio una palmada. Entró rápidamente al vestíbulo, estaba tan emocionado que hasta habló en inglés con la recepcionista. Hicimos el *check-in* y subimos a la habitación. Abrimos la puerta y Tomás entró revisándolo todo, el Inspector Gadget de la limpieza, así que cuando dio su visto bueno se tiró en la cama.

—¿Habéis visto que tiene hasta piscina? —Miró el panfleto que nos dio la recepcionista—. ¿Y si vosotras vais a hacer turismo y yo me quedo aquí?

—Que te lo has creído, rey de los chiringuitos —dije y Rebeca se rio.

Descansamos una hora hasta que el apetito volvió a llamar a nuestro estómago y decidimos buscar un sitio para comer. Era una de las cosas que más me gustaba hacer cuando viajaba, probar distintos platos de cada lugar y, al mismo tiempo, lo que más odiaba: buscar un sitio que fuese bueno y no de esos en los que te ven cara de turista y comes mal y caro.

—Según Google hay un restaurante que tiene buenas reseñas a diez minutos de aquí —indiqué mirando mi teléfono.

—¿Habéis avisado ya a vuestras respectivas familias de que habéis llegado sanas y salvas? —preguntó Tomás mientras andábamos y asentimos—. ¿Y al respectivo novio?

—¿Hablas conmigo? —Me señalé.

—¿Con quién si no?

—Él y yo no estamos juntos. Aún no.

—Pues no entiendo el porqué, si os miráis y ya no hay más mundo, por Dios. Si a mí Elisa me hubiese mirado así, ya te digo yo que no habría dudas.

—Ha dicho «aún», dramática —puntualizó Tomás.

—¿Por qué dices que Elisa no te miraba así, Rebeca? —Quise saber.

—Yo creo que para ella no significó lo mismo. Resultó ser una especie de entretenimiento para que en su matrimonio se recuperaran algunas cosas que habían perdido.

—¿Tú estás segura? Mira que su posición también es difícil, quizá prefirió alejarse por miedo a todo lo que podía pasar después. No sé. —Me encogí de hombros.

—De verdad que cualquiera que os escuche os contrata como guionistas de telenovela. ¿Y a mí por qué no me pasa nada tan emocionante?

—Para que te pase lo mismo que a nosotras, mejor quédate como estás.

—Y lo tranquilo que duermes por las noches —seguí—. ¿Tú estabas enamorada, Rebeca?

—Estaba ilusionada.

—¿Crees que volverá? —le preguntó Tomás—. O más bien, ¿quieres que vuelva?

Rebeca negó con la cabeza.

—No si eso va a suponer una complicación. No quiero eso ahora mismo para mí, quiero estar tranquila, disfrutar de mis logros, centrarme en el nuevo trabajo.

—De todas maneras, la cerámica no se te daba tan bien —bromeé y ella sonrió.

—Quédate con que la persona que más feliz te está haciendo ahora mismo eres tú —le dijo Tomás y se nos escapó un «ohhh» que le hizo sonrojarse.

Comimos una ensalada fresquita con pepino y queso feta; probamos la *musaka*, presentía que nos íbamos a hartar de ella durante estos días, y terminamos con una especie de kebab llamado *souvlaki*. Después recorrimos el barrio de la Plaka, me gustó el color de sus calles, que las enredaderas y flores cubriesen muchas de sus fachadas y ver a tanta gente llenando las callejuelas de vida con sus bares y tiendas.

—A este barrio le llaman el barrio de los dioses —nos contó Tomás mirando su móvil.

—¿Y eso por qué?

—Porque está a los pies de la Acrópolis. —Miramos hacia donde nos indicó y pudimos verla a lo lejos—. Hay que informarse, niñas, si no uno va a los sitios y no sabe ni lo que ve.

Fuimos al mercadillo de Monastiraki, pasamos bastante tiempo mirando todas aquellas tiendecitas y puestos, hasta me compré un ojo griego.

—Esto lo pongo yo en la puerta de mi casa. Me voy a coger un llavero también, que eso lo llevo siempre conmigo. Y una pulsera.

—¿No crees que te estás pasando de supersticiosa?

—Esto tiene que funcionar bien porque es de aquí.

—Y de Turquía también —señaló el señor Wikipedia.

—Aquí todos tenemos taritas, esta es una de las mías.

Compré alguno también para mis amigas y para mi abuela, no vaya a ser. Aquí todos protegidos contra el mal de ojo.

Seguimos viendo el centro de la ciudad, y cuando terminamos de perdernos y encontrarnos, nos sentamos en una terraza para cenar.

—Me han mandado un correo desde el restaurante —anunció Rebeca mirando su teléfono.

—¿Ha pasado algo con tu contrato? —pregunté.

—No, con mi contrato no. Es Javi, dice que mañana va a haber una reunión importante, que se me comunicará después lo que hablen.

—Eso suena chungo —comentó Tomás y le pisé el pie—. ¡Ay!

Hice un gesto para que se callara.

—Seguro que no es nada malo.

—¿Y si deciden no contratarme?

—Anda que Javi, que sabe que estamos de vacaciones, coño. Vaya forma de joder —protestó mi amigo.

—Si fuese malo estoy segura de que no te lo hubiera dicho hasta que llegases. Será algo que tiene que ver con todo el equipo. —Intenté tranquilizarla.

—¿Tú crees?

Asentí.

—Javi no es de alarmar, de verdad.

—Bueno, pues no pensemos más. ¡Qué aproveche! —Zanjó Tomás.

Al llegar al hotel no tuvimos fuerza más que para cambiarnos y cruzar un «buenas noches».

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano, Rebeca había contratado una de esas visitas guiadas en grupo por la Acrópolis. Quedamos en un punto concreto, el guía pasó lista y nos explicó que primero subiríamos hasta el Partenón porque era lo que más se llenaba de turistas, y que después bajaríamos y visitaríamos el resto de la Acrópolis.

—Esta cuesta no hay quien la suba al mediodía —me quejé medio ahogada.

—Lo bueno es que cuando haga más calor estaremos bajando.

Poco antes de llegar ya se podía atisbar la inmensidad de aquello. Cuando lo hicimos, nos paramos frente al monumento, me sentí como en una película, no terminaba de creer que estuviese en aquel lugar. ¿Hércules? ¿Dónde estás?

—El Partenón lo construyeron los atenienses en honor a la diosa Atenea. Cuentan que Atenea y Poseidón lucharon por la soberanía de Atenas. Zeus decidió que la soberanía de la ciudad sería para el que creara la mejor obra para los hombres. Poseidón, a golpe de tridente, creo una fuente, el problema fue que era de agua salada, mientras que Atenea plantó un olivo, así que se decidió que la victoria era para ella.

—Madre mía... —exclamamos observando todo aquello.

—Esto es impresionante.

Mientras rodeábamos el monumento, el guía continuó explicándonos cosas sobre la arquitectura, los vaivenes que había sufrido la ciudad y parte de su historia. Hicimos varias fotos como buenos turistas, Tomás se puso algo más tiquismiquis porque él quería salir como esos modelos de Instagram y mira, no, uno con bermudas, la camisa de flores hawaianas y una mochila no puede, pero para qué le íbamos a convencer de lo contrario.

Después de un buen rato visitamos la Acrópolis: el teatro, alguno de sus templos y las cariátides, que hacían de columnas en el templo de Erecteion. Le pedimos al guía que nos hiciese una foto, cada uno de nosotros imitaba a una de esas columnas. El chico se rio. ¿Puede uno cumplir los treinta y que el pavo aún no haya pasado? Yo digo sí. A veces.

Tres horas y dos botellines de agua después bajamos de la Acrópolis. Me torcí el tobillo y di un culetazo en plena cuesta. Me llevé un moratón de *souvenir* a parte de los ojos griegos y nos fuimos directamente al hotel a refrescarnos en la piscina. Seguimos nuestro recorrido de la ciudad por la tarde, y por la noche decidimos salir antes de marcharnos a la mañana siguiente. Una botella de Ouzo fue lo que bebimos aquella noche. A chupitos, así se bebía.

—Pero si esto sabe a anís del mono —dije después de beber—. Vamos a acabar cantando «Los peces en el río».

Rebeca se carcajeó mientras Tomás bailaba aquella música. Una señora le cogió para intentar enseñarle, nos miró con una expresión de socorro, pero decidimos dejar que se fuera y grabarle sin poder parar de reír. Cuando creíamos que la tortura para Tomás fue suficiente, fuimos a rescatarlo.

—Esto de los bailes tradicionales no es lo mío.

—No lo jures.

—¡Uy! —Rebeca sacó el móvil del bolso—. Puse sonido por si me llegaba algún correo.

—No, hombre. Malas noticias no —bufó Tomás después de beberse otro chupito.

Qué bien iba a dormir esa noche.

Rebeca leyó el correo con rapidez y frunció el ceño.

—No lo entiendo —me dijo pasándomelo.

—Santana se va. ¿Cómo puede ser eso? —Releí el correo sin entender tampoco.

—¿Lo que me está queriendo preguntar es si quiero seguir en el barco aunque él vaya a estar ausente unos meses?

—Sí, creo que sí. No sé qué habrá pasado. —Me pellizqué los labios y los solté.

—Ring, ring. Suena el teléfono del amoor —balbuceó Tomás.

—A ver si es alérgico al anís, que a mí esto no me está subiendo.

—A mí tampoco —negó Rebeca—. Cuando llegue me enteraré bien de lo que está pasando, al menos no es tan malo como me imaginaba.

—No es malo es... raro.

—Quizá debas llamarlo mañana.

—Sí... quizá.

Apuesto a que Tomás no recuerda bien cómo llegó aquella noche al hotel.

A la mañana siguiente hicimos las maletas y nos despedimos del hotel y de la ciudad de Atenas, un barco esperaba en el puerto para llevarnos a Mykonos. El apartamento allí no fue como nuestro amigo esperaba, nos reímos porque llevaba su pócima secreta a base de suavizante y agua para echarle a las sábanas. Es cierto que era más humilde, aunque era espacioso y acogedor. Se encontraba en una de esas calles que te recuerdan a las de la película *Mamma Mia!*

Alquilamos unas motos para movernos con facilidad, valientes de nosotros sin conocer el tráfico de allí, y disfrutamos de la playa durante toda la tarde. Arena dorada y fina, el agua cristalina —sí, había alguna alga—, en resumen: una imagen de postal. Leí, comimos bien rico, bebimos algunos cócteles sentados en la orilla del mar, riendo porque una de las olas casi se los lleva y hablando de algunos de esos sueños que teníamos por cumplir. Porque sí, más grandes o más pequeños, todos tenemos sueños y con cada paso que damos intentamos crear un camino que nos conduzca a ellos.

Capítulo 41



El invierno nunca es eterno

Los atardeceres tienen cierta magia: ninguno es igual a otro, da igual en qué parte del mundo estés, el cielo no es el mismo. Tienen la capacidad de cambiar, de adaptarse, de esconderse algún día detrás de las nubes sabiendo que al día siguiente será uno nuevo, que volverán a aparecer, a sonreír, a ser especiales, que volverán a cambiar, a esconderse cuando lo necesiten y salir. Somos atardeceres, cada una de las personas que me estáis leyendo. Todos nos hemos escondido en algún momento y hemos acabado enfrentándonos a eso que tanto miedo nos daba. Todos hemos cambiado, todos somos diferentes, especiales y seguimos creciendo, cada uno a nuestro ritmo.

El último día que pasamos de vacaciones estuvo lleno de sol, sal y risas. De paseos por aquella isla llena de turistas, de calles empedradas y casas blancas de puertas y ventanas azules. De buena comida, de algunos brindis por estar allí, en aquel lugar en el que se respiraba esa paz que tanto necesité, quizá esa que ya encontré.

Decidí ducharme la primera, soltar toda la arena que llevaba pegada a la piel, ponerme aquel vestido blanco y las sandalias que llevaba atadas alrededor de mis gemelos.

—Voy a salir un momento, ¿vale?

—¿Ya te has cansado de nosotros? —me preguntó Tomás.

—Jamás. —Besé su mejilla y cogí mi bolso.

—¿Puedes ir a buscarme algo para la picadura de la medusa?

—¿No te funcionó hacerte pis encima? —bromeó Tomás.

—A ver cómo me las arreglo para contarle lo de la medusa a la farmacéutica —me despedí y salí de allí.

Consecuencias de un calor asfixiante y de no salir del agua ni con los dedos arrugados. Consecuencias también de no entender a los socorristas, yo me salí alguna vez cuando venían a avisar creyendo que podía haber un tiburón, yo qué sé, estaba convencida de que alguna vez en mi vida iba a ver uno. Y mejor desde la orilla. Cuando nos dimos cuenta de que la bandera indicaba la presencia de medusas era demasiado tarde, porque a Rebeca le había dado alguna un besito, aunque por suerte no fue más que un pequeño roce. Menos mal que en la farmacia me entendieron.

Salí de allí, bajé la calle y saludé a la camarera del bar en el que habíamos desayunado estos días. Al llegar a la playa desanudé las sandalias y las cogí en mi mano. Hundí mis pies en aquella arena fina, aún más dorada porque el sol estaba arrojando esos últimos rayos del día, los más intensos, los más especiales. Me senté cerca de la orilla y cerré los ojos mientras escuchaba el vaivén del mar.

Saqué el teléfono y busqué su número, algún tono después apareció su mirada azul y su pelo alborotado en la pantalla.

—Hola —saludó sonriente.

—Hola, ¿cómo estás?

—No tan bien como tú —observó—. Estás preciosa.

—El sol, quizá el aire de aquí o la gente, quién sabe.

—Yo creo que no es ninguna de esas cosas.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces?

—Eres tú, no sé bien cómo explicarte, pero es por ti. —Agitó la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿Qué tal el viaje?

—Mira. —Volteé la cámara del móvil para compartir aquel atardecer. Nos mantuvimos en silencio viendo como el sol bajaba queriendo desaparecer y, antes de que lo hiciera, volví a girar el teléfono.

—Gracias por compartirlo conmigo.

—Dicen por ahí que compartir es vivir. Sería muy egoísta si me hubiese quedado con este atardecer para mí sola —dije haciéndole un guiño—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuándo no has podido?

—Siempre pude, pero no siempre obtuve respuestas, eres demasiado obtuso.

—Dispara.

—¿Por qué te vas?

—Porque creo que llegó el momento de pensar un poco en mí. Llevo años cargando con tantas responsabilidades que casi me olvido de quién soy, ahora soy libre, ya no cargo con más rencor, estoy aprendiendo a delegar, e irme es un acto de fe ciega en quienes me rodean. Ellos también me empujan a hacerlo porque saben que lo necesito. —Se apoyó en la barra de la cocina y chasqueó la lengua—. Quiero viajar, quiero conocer el mundo, probar cosas nuevas, comer hasta decir basta, llenarme de ideas y vaciarme de quién fui una vez y no me hacía bien.

—Eso es de valientes —afirmé emocionada y vi que su gesto estaba más relajado.

—Quiero hacerlo bien conmigo, con el restaurante, con Aina, contigo..., y aunque después pueda equivocarme, ahora mismo es lo que quiero.

—Pues eso es lo perfecto ahora, hacer lo que quieres y lo que sientes.

—Si justo en este instante hiciera lo que siento, estaría abrazándote mientras veo ese atardecer contigo.

—Ojalá pudieras.

—No me tientes. —Esbozó una sonrisa socarrona y me reí.

—Por ahora nos tenemos que conformar con compartirlo.

—¿Y tú? ¿Sabes ya lo que vas a hacer? —me preguntó.

—Yo... aún no lo sé. Lo único que sí sé es que este es mi camino. Y que ahora te voy a colgar porque quiero ver estos últimos rayitos de sol antes de que se pierdan en el mar.

—Te espero antes de irme —prometió—. No voy a volver a irme sin antes despedirme bien.

—¿Qué es para ti despedirte bien? —Inquirí comiéndome una sonrisa.

—Contigo entre mis brazos, en mi cocina, en la cama, da igual, pero quiero llevarme tu olor conmigo.

Terminé de esbozar esa sonrisa y me dije que sí, que pasaríamos por encima de todos nuestros miedos.

—Nos vemos entonces, Álvaro.

—Te espero impaciente, Candela. Ahora disfruta de ese lugar.

Nos despedimos con la mano y una sonrisa. Guardé el teléfono en mi bolso y saqué ese

cuaderno que me acompañó durante este tiempo junto a un bolígrafo.

2/07/21

Mykonos, Grecia

Han pasado diez meses desde que pisé Madrid y decidí quedarme, llegué con todo mi equipaje y el corazón guardado en una caja en la que ponía frágil. Me asustaba el mundo, me asustaba yo. Durante este tiempo me he dado cuenta de que tengo mucho dolor que entender, que tengo que seguir trabajando en mí, tengo muchas cosas que hacer, que seguir haciendo, pero también he comprendido otras tantas. He comprendido que quien te quiere cuida tus decisiones y no duda sobre ellas cuando tú lo haces porque cree en ti, he sentido que no estaba sola cuando yo creía estarlo, he cuidado de mi sueño, he sido capaz de hacer eso tan bonito por mí, de perseguirlo y no abandonarlo. Estoy usando mis miedos para florecer y he dejado de huir de ellos; de huir de mí porque yo no soy todas esas cosas que no elegí vivir. No soy la forma en la que algunas personas se comportaron conmigo, no soy lo que me digo cuando me siento pequeña, no soy lo que pienso, sino lo que hago conmigo y por mí, con y por quienes quiero. Me he abrazado en la debilidad, he estado construyendo algunos de los cimientos sobre los que quiero habitar, y aunque a veces me sienta perdida, sin saber qué rumbo tomar, he comprendido que no tengo que saber hacia dónde voy, porque ¿quién no se ha sentido perdido? El rumbo fijo solo existe en una brújula, para quien no siente.

Durante este tiempo he entendido a esa desconocida que habitaba en mí, que se miraba al espejo y en ocasiones no se reconocía y he logrado sonreírme después de llorar. Esta soy yo, así que... bienvenida a casa, bienvenida a ti, a esas flores que crecen dentro aunque a veces llueva y siga siendo invierno. Bienvenida a esa casa que estás construyendo con cada paso que das, con cada miedo que conoces y al que le das la mano, con esa valentía de hacer lo que sientes que has venido a hacer, sea lo que sea, más grande o más pequeño. Soy mi lugar en el mundo; el lugar más complejo e imperfecto que estoy construyendo, pero a la vez el más único y especial.

—Bienvenida a casa, Candela —me dije emocionada contemplando por última vez aquel atardecer.

Epílogo



Si el mundo se acaba tú vendrías, ¿verdad?

Seis meses después

Nunca tuve un rumbo fijo y, ahora que lo pienso, ya nunca me importa sentirme perdida. Es más, en todo este tiempo he estado tomando tantos caminos diferentes que ahora lo que me suena raro es la palabra encontrarse. Vivir en el caos también es bonito, mucho más cuando una comienza a comprenderlo, a abrazarlo, a necesitarlo.

Después de nuestro viaje, Tomás y yo recibimos una oferta laboral en una de las mejores escuelas de pastelería de restaurante, él no dudó ni un segundo en aceptar, yo sí tuve dudas, lo pensé demasiado porque suponía alejarme de nuevo de quienes quería, volver a comenzar de cero en una ciudad diferente, aunque esta vez tenía la convicción de que volvería a casa. Y mi casa, contra todo pronóstico, ya no está en Málaga, sino en Madrid.

—Estoy cansada de tantos planos, ¿en qué momento decidimos meternos en esto?

—No vale echarse para atrás, hay que ir hasta el final —dice Tomás.

—Voy a acabar de canas hasta las cejas, qué estrés.

—Hay que llamar al arquitecto.

—Pues te tocó. Te recuerdo que esta semana me voy a Málaga, tengo amenazas de muerte en mi teléfono si no llego antes de Navidad. —Reproduzco los audios de mis amigas y sonrío.

—No te preocupes, yo me encargo y te llamo de vuelta.

Al llegar al aeropuerto de Barajas, cogemos un taxi y le indicamos nuestras direcciones al conductor.

—Dale a Rebeca un abrazo de mi parte cuando llegue de trabajar. La llamaré estos días y nos veremos a la vuelta —le pido—. ¡Ah!, y a Elisa también.

—Hecho.

Rebeca decidió ocuparse del alquiler del piso de Tomás mientras él estaba fuera. Cada vez que hablábamos con ella la veíamos feliz, le gusta trabajar en Aire, sentirse parte de aquel equipo que la valora, la ayuda a ser mejor profesional y que saca de ella toda esa creatividad que antes volcaba en sus talleres. No se creía que hubiese trabajado mano a mano con el equipo de pastelería hasta que tuvo en su mano los nuevos menús que tan de cabeza trajeron a Santana. En cuanto a él..., decidió volver a conectar consigo mismo, con la cocina del mundo, con lo que había dejado atrás después de cargar con demasiadas responsabilidades durante toda su vida, y voló. Después de ayudar a Aina a instalarse en París, voló durante cinco meses por el mundo. Y durante cinco meses, en cada uno de esos lugares, me llamaba para compartir un atardecer. Y durante cinco meses, en cada uno de esos atardeceres, nos echamos de menos...

—Parece mentira que haya pasado medio año desde que nos fuimos, y míranos ahora, volvemos con un proyecto y con un local que es nuestro —comenta Tomás sacándome de mis

pensamientos.

—Bueno, gran parte es del banco. —Me río.

—Nuestro —repite—. Es el resultado de nuestro esfuerzo, de sacrificarnos y de arriesgarnos.

—No te puedo quitar ni un poquito de razón.

El taxi hace la primera parada, abrazo a Tomás durante unos segundos mientras el taxímetro sigue corriendo.

—Venga, que no somos ricos y esto sube como la espuma —me susurra en el oído y nos separamos—. Te voy a echar de menos, va a ser raro no levantarme y tener un café recién hecho con alguno de tus desayunos.

—Admítelo, soy la reina de los desayunos.

—Eres una reina en todos los sentidos y no me pude meter con nadie mejor que contigo en este ajo.

—¿Eres consciente de que se nos va a repetir mucho?

—Merecerá la pena. —Me guiña un ojo antes de salir.

Abro la ventanilla antes de que el taxi arranque, saco la cabeza y grito.

—Feliz Navidad, ¡te quiero!

—¡Y yo a ti!

En esa segunda parada me bajo del coche con mis maletas y busco las llaves en mi bolso. Tranquilas, no se me olvidaron en ningún sitio. Subo en el ascensor hasta el cuarto piso y me paro delante de la puerta. Ya no es verde pistacho ni rana ni tiene rayones en su superficie. Ahora es de un color madera de lo más aburrido a mi parecer, quizá en algún momento pueda pintarla de un color extravagante. Meto la llave en la cerradura que se abre con un giro de muñeca. Me recibe un olor a nuevo y a un ambientador desconocido. Cojo mis maletas y recorro el pasillo de ese piso que no tuve la oportunidad de disfrutar más de una semana porque me tuve que volver a ir. Quién me ha visto y quién me ve. Yo, que nunca había salido de Málaga, en un año y poco me he convertido en una nómada, aunque ahora estoy dispuesta a hacer de aquel lugar mi hogar. Un hogar con estancias separadas por puertas.

Llego hasta el dormitorio principal para dejar las maletas, saco unas cuantas cosas y me meto en el baño. Necesito una ducha larga. Muy larga. Estos meses han sido caóticos, han estado llenos de ilusiones, de trabas y también de nuevos miedos ante el nuevo proyecto, pero Tomás y yo hemos intentado aceptar todo lo que venía como parte del camino. Hemos aprendido mucho de un mundo que ni siquiera conocíamos, ahora entiendo a todas esas parejas que discuten tanto para construir una casa. Tomás y yo, en ocasiones, parecemos un matrimonio. Salgo y me visto, escucho de fondo la voz de Belén Aguilera y me sonrío en el espejo cuando estoy lista. Tengo las mejillas sonrosadas, el pelo húmedo y el corazón calentito.

Voy a la cocina que, sea cual sea, sigue siendo mi lugar favorito en el mundo, y enciendo la amasadora que dejé antes de irme para preparar algo rico para el desayuno de mañana. No lo perdono nunca, al contrario que otras personas, yo siempre me levanto famélica. Mientras el robot funciona, mi móvil comienza a sonar, cojo la llamada y al momento aparecen mis amigas en la pantalla.

—¿Has llegado ya? —pregunta Alejandra y le enseño mi pijama.

—¿No me ves?

—Chica, no tenías otra cosa más sexy que ponerte.

—Sí, llevo las bragas de Nochevieja, que ya se acerca el día y me pongo hasta nerviosa.

—Porque te pongas las bragas dos semanas antes de Año Nuevo no van a funcionar mejor.

—El año pasado lo hice y este año no me ha ido para nada mal.

—Pues me las voy a poner yo también y les voy a pedir que a Lara le dejen de dar cólicos. Ya perdí la cuenta de los días que llevo sin dormir más de dos horas seguidas.

—Entonces yo me las voy a poner también y les voy a pedir que mi niña nazca en Navidad o el día de Reyes.

—Decid que sí, aquí cada una le reza al santo que quiere —digo y me río—. ¿Por qué quieres que nazca en Navidad o en Reyes?

—Me niego a convertir un cuarto en una juguetería. No seré ese tipo de madre. Jamás —niega y Nuria se ríe a sabiendas de que acabará haciéndolo.

—Pues me parece fatal, si nace uno de esos días pienso regalarle el doble, no vaya a ser que la niña tenga un trauma de mayor.

—¿Quién es? —pregunta una vocecita y Nuria contesta—. ¡Hola, titaaa!

—¡Pero bueno! Si es mi sobrino favorito.

Lucas iba a tener el cielo ganado con las dos niñas que se le venían encima, una detrás de otra, con apenas meses de diferencia. No sabéis la ilusión que le hizo a Hugo saber que lo que venía era una niña, recuerdo que le pidió a Alejandra si podía darme la noticia. Nunca se me va a olvidar esa sonrisa y sus lágrimas. Era la primera vez que yo le veía llorar, que mira que el hombre había pasado lo suyo, pero desde que Alejandra está embarazada le asoma la lágrima fácilmente.

—¿Vas a venir por Navidad?

—Hasta que la tía Candela no llegue, no es Navidad. —Se ríe y sonrío automáticamente.

—Ya estoy ensayando para nuestro concurso de polvorones.

—Qué cosas tan bonitas te enseña tu tía. —Escucho a Óscar por detrás y aparece en la pantalla con la niña en brazos.

—Le enseño cosas guays, además, hablamos en inglés mientras comemos, es muy instructivo. No sé ni para qué le pagas academia.

—Ya se decir *we wish you a Merry Christmas* —pronunció Lucas a su manera—. Y *all I want for Christmas is youuu*. Y nadie en mi clase sabe decirlo tan bien.

—Ves, a ver si apreciamos más mis habilidades con los niños. Que digo yo que a esa niña no le hace falta comer polvorones, madre mía las roscas que tiene, si parece un *bulldog* pequeño.

—La miro con ternura—. Está preciosa, quiero achucharla entre mis brazos.

Alejandra se carcajea y Óscar mira a Lara que está la mar de entretenida con la luz de la pantalla del teléfono. Por lo menos no llora, todo lo que Lucas no había llorado de bebé ya lo está haciendo ella. Da tales berridos que una de las veces que bajé a verlos, Lucas decidió venir a dormir conmigo a casa de mi abuela para poder descansar. Cólicos del lactante lo llaman.

—Come, caga, llora, llora, llora y a ratos duermes.

—Pues lo que hace un bebé —añade Hugo sentándose al lado de Alejandra y besando su sien.

—No hace falta que me enseñes, doctor juju, he tenido uno antes. Mira, aquí está.

—¡Hola, tío Hugo!

—Hola, campeón. ¿Cómo estás?

—Intento hablar con la tía Candela, pero no me dejan.

—Este año vamos a añadir una frase nueva para nuestro concurso —propongo y asiente con una sonrisa pícara.

Si no sabéis de qué hablo, no os preocupéis, yo os lo explico. Lucas y yo cogemos una caja de polvorones el día de Navidad y competimos por ver quién puede decir mejor la frase sin que se le caiga el polvorón de la boca. Ni una mijita. Yo llevaba ventaja porque mi boca era más grande que la suya, aunque cuando se trataba de competir, la boca de Lucas se convertía en la de una ardilla, así que no había tregua ninguna entre nosotros. Luego dice Óscar que no le enseño nada bueno, anda que no, si encima de aprender inglés le enseño a ganar o a perder, según se dé, con deportividad. Que lo hayamos conseguido o no es otra cosa, pero cada vez lleva mejor eso de perder cuando toca.

—Bulldogcito se está durmiendo, Óscar —le aviso bajito y mira su cara en la pantalla para comprobarlo.

—Al final va a resultar que tu voz es hipnótica para los niños.

—Soy como la encantadora de serpientes.

—Voy a acostarla y a intentar descansar algo, esta noche me toca a mí levantarme. Deseadme suerte.

—¡Suerte! —respondemos al unísono.

—¡Shhh! —Chista y nos tapamos la boca automáticamente—. Una cosa, Candela.

—Dime.

—Me alegro de que hayas vuelto, te echábamos mucho de menos. —Coge el teléfono y susurra—. Que sepas que tu hermano está orgulloso de ti.

Sonrío y unas lagrimitas asoman.

—Cuando te vea me vas a tener que coger a mí y a la niña.

—Hecho. Lucas, vamos a la cama.

—¿Me vas a leer un cuento?

—El que quieras.

—Entonces sí voy. ¡Buenas noches! —nos dice.

—¡Qué sueños con polvorones! —me despido y él se ríe.

—Yo también me marchó, necesito dormir, la guardia me ha dejado molido —resopla—. Mañana paso a por ti para comer. Yo también quiero achucharte.

—¿Y yo no voy? ¿A mí no me quieres ver?

—¡Qué sí, mujer!, ¡qué sí! —exclamamos y asiente. Hugo nos lanza un beso y desaparece de la pantalla.

—Qué alboroto en un momento —apunta Nuria—. Oye, cómo va tu proyecto —me pregunta.

—A veces pienso que me voy a estrellar, que nos estamos tirando a una piscina sin agua.

—Ya, pero es que los sueños son así, inciertos —me recuerda Alejandra.

—Imagínate cuando quien vaya a vuestro taller se sienta como tú lo hacías de pequeña cuando cocinabas con tu abuela en su casa.

Sonrío ante aquel recuerdo que me invade y asiento. Quería sentirme así, que quien cocinase en aquel lugar que estamos construyendo se sienta así: feliz, acompañado, que fuese su refugio, ese lugar especial.

—¿Vosotras confiáis en que saldrá bien?

—Ciegamente —contestan las dos al mismo tiempo.

—Os quiero. Mucho.

—Nosotras a ti más, valiente.

—Aquí todas lo somos —aseguro.

—Esto de habernos visto a cada una perseguir lo que quiere sí que ha sido un sueño —dice Nuria y me muerdo el labio, emocionada. Alejandra ya tiene dos lagrimones recorriendo sus mejillas.

—Una suerte.

—Aún nos queda mucho que vivir juntas —promete Alejandra.

—Y tanto —respondo.

Y tanto que nos queda.

Nos despedimos enjugándonos las lágrimas, con una sonrisa y la promesa de no soltarnos nunca. De seguir acompañándonos, admirar cada paso que damos y apoyarnos en nuestras decisiones. Eso sería lo que, en caso de que las bragas de Nochevieja cumpliesen deseos, les pediría.

Metí en el horno lo que tenía en la amasadora y cerré la puerta mientras que con la otra mano removía con la varilla en un cazo un *coulis*.

—No sabes cuánto echaba de menos que la cocina oliese a dulce.

Me giro al instante y lo veo apostado en el marco de la puerta con una sonrisa enorme, el pelo oscuro, revuelto y sus ojos del color del más profundo de los océanos. Recorro el escaso espacio que nos separa y doy un pequeño salto hasta enrollar mis piernas en su cintura mientras me sostiene.

—Pero ¿qué? ¿Ya has vuelto?

—Llevo aquí un mes, nena. Estaba preparándolo todo, quería que cuando volvieres los dormitorios no estuvieran tan vacíos y tuviésemos, al menos, un sofá. —Ríe y vuelvo a encaramarme a él—. Me muero por darte un beso.

—¿Solo uno? —pregunto con cierta picardía.

—Uno por cada día que te he echado de menos. Y te juro que lo he hecho cada jodido día.

Me separo de él unos centímetros y busco sus labios, noto su sonrisa en mi boca, dibuja sobre ella algunos besos y acomete con su lengua buscando calidez, recreándose en ese amasijo de brazos que nos envuelve, aspirando nuestros perfumes que ni siquiera el tiempo ha cambiado, quienes sí lo hemos hecho, irremediabilmente, somos nosotros. En ese beso ya no está la persona que conocí, la que se escondía, que temía las cicatrices y el pasado. Ahora es distinto, ahora... ahora es él. Ahora somos nosotros.

—Dime que esta vez sí que vas a quedarte un poco más, porque si no me vas a tener que llevar a cualquier lugar contigo.

—Tengo todo el tiempo del mundo —digo mientras apoyo mi frente contra la suya.

—Bienvenida a casa, Candela —susurra cerca de mis labios.

Casa también es él. Los brazos que me rodean cuando tengo miedo, los que me alzan entre risas, las noches infinitas de esas conversaciones que nos debíamos, las que peleamos en la cama, sus ganas de verme crecer y perseguir mis sueños, mis ganas porque él volviese a soñar y a recorrer el mundo que se debía. Casa es él, su piel y mi piel. Esas que un día se tocaron y desde aquel instante estuvieron dispuestas a arder.

*Hay una niña perdida,
no sé donde quiere ir,
se parece un poco a la cría,
que hace mucho tiempo fui.*

***Ya no se la lleva el viento
porque yo la cojo a tiempo,
la conozco bien y siento
que muchas veces no me entiendo.***

Agradecimientos

Publicar esta novela ha sido todo un viaje, y no uno de los que recordaré por ser inolvidables. Ha sido muy difícil y duro, he tomado decisiones equivocadas, otras acertadas, y en cada duda, en cada lágrima y en cada paso que daba he estado rodeada de gente que no me ha dejado caer, que me ha ayudado a ver que aún había un brillito en todo lo que estaba haciendo, así que si esta novela está hoy entre tus manos, es también gracias a ellos.

A Jorge, por ser mi hogar junto a Chati, por sostenerme cuando mi mundo me pesa, por cuidar también de mi sueño, por abrazarme y no dejar que pierda la ilusión. Eres como uno de esos magos que consigue que creas en la magia. Sois mis mejores compañeros de vida.

A mi hermana, por ser siempre generosa, por reír, llorar y soñar conmigo. Sin ti no sería yo.

A mi hermano, por cuidarme y preocuparte solo como lo hacen los hermanos sin importar quién sea el mayor.

A mi abuela, la mejor cocinera que conozco, la que me mima desde que era pequeña, en cada novela siempre habrá algo de esa historia que tú no puedes escribir y que siempre me dices que te gustaría, no te preocupes, yo lo intento hacer por ti.

A mis padres, porque sé que es difícil ver cómo una de tus hijas intenta luchar por sus sueños y llamar a puertas que a veces no se abren. Gracias por no presionarme, por dejar que siga mi instinto, que confíe en mis tiempos y en que mañana todo será mejor.

A Eden, por compartir noches sentados mientras cenamos hablando de la vida e imaginando. Gracias por darle sentido a la palabra amistad.

A Teresa, por ser una persona vitamina, estar cerca de ti hace que las personas nos sintamos capaces de todo. Gracias por creer tanto en este libro. Siempre serás como una hermana para mí.

A Samantha, por las ferias, los distintos y las escapadas a Madrid. Por escucharme, aconsejarme y entender el mundo tan bonito y complejo de la literatura.

A Cris, por apoyar e impulsar mi sueño desde el principio, gracias por acompañarme en este camino desde el otro lado de una pantalla.

A vosotrxs, gracias por la espera, por la paciencia, por seguir confiando en las historias que viven en mi cabeza. Todo esto cobra vida en vuestras manos y en vuestra imaginación, el mejor hogar para todo lo que escribo. Gracias.

Sobre la autora



Me llamo Miriam y nací en Antequera, Málaga en 1995. Podría decir que escribo porque siento mucho, es mi forma de entender el mundo y de entenderme a mí. Los libros siempre me han parecido una ventana preciosa a la que asomarse, una que nunca se cierra y desde la que puedes viajar con tan solo abrir sus páginas, así que creo historias para que tú también puedas soñar desde cualquier lugar.

Bienvenida a mi mundo. Aparte de la Bilogía Alas y Bienvenida a casa puedes encontrarme en redes sociales como @esaqueescribe, donde comparto un poco más de mi caos a través de textos y frases.